
LOS McENTRIE 1
El rescate
del HIGHLANDER
JANA WESTWOOD

El rescate del Highlander

Los McEntrie 1

© Jana Westwood. agosto 2023

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.



JANA WESTWOOD

LOS McENTRIE I

Prólogo

Querida Marianne:

Espero que al recibir la presente estés bien de salud y, sobre todo, feliz. Me he alegrado mucho al recibir noticias tuyas, es maravilloso todo lo que me cuentas de Calcuta y me alegra que hayas hecho buenos amigos nada más llegar. Sí, no pongas esa cara, ya sé que probablemente pensabas que me sentiría dolida cuando lo supiese, pero es que las cosas han cambiado bastante desde que te marchaste. Y ahora es el momento de contarte mis novedades.

Elinor tuvo una boda preciosa. Aunque yo no estaba en mi mejor momento, como comprenderás, las cosas mejoraron cuando Elizabeth me presentó a Bonnie MacDonald, la hermana de Chisholm del que tanto te hablé en mi anterior carta. Tiene solo dieciséis años, pero es una jovencita muy madura y encantadora. Lo cierto es que de las dos yo parezco la menor, y no lo digo como un halago, estoy segura de que estarías de acuerdo conmigo en este punto. A partir del momento en el que empezamos a hablar, dejé de sentirme como una apestada. Esos dos hermanos han sido mi salvación desde que te fuiste.

Por suerte, Elizabeth y Dougal se han quedado hasta el inicio de la temporada social en Londres, de ese modo todos hemos podido disfrutar de su compañía y yo no he tenido que torturar a Elinor con mi presencia. ¿Todos los recién casados son tan «empalagosos»?, de verdad que me dan arcadas cada vez que estoy con esos dos, no dejan de tocarse y mirarse como si fueran un pastelito de nata. Qué asco.

Esta carta va a ser larga, hermanita, pero es que tengo tantas cosas que contarte…

Sigo: Elizabeth se compadeció de mí y me incluyó como su acompañante a cualquier evento

al que asistiera y eso hizo que intimásemos bastante, además de permitirme pasar tiempo con Bonnie. Te he dicho que esos hermanos fueron mi salvación, pero en realidad mi salvadora ha sido Elizabeth. Y aquí viene la gran noticia: Me voy a Escocia. ¡Sí! Ahora mismo debes tener una cara digna de verse. Cierra la boca, y ni se te ocurra irte al final de la carta como haces con los libros o me las pagarás. Lo que lees es cierto, me voy a Escocia con Elizabeth, Dougal y Bonnie. Chisholm se queda, al parecer Colin quiere presentarle a un montón de gente en Londres y después de la temporada social volverá a Harmouth con los barones.

En Lanerburgh me alojaré en el castillo de los McEntrie, la familia de Dougal. Allí viven sus cinco hermanos y su padre. Elizabeth tenía a Bonnie como única compañía femenina, pero ahora está en una escuela muy prestigiosa, la academia Robertson. ¿Te lo había dicho? Creo que no. La cuestión es que Bonnie ha estado de permiso, pero ha de regresar a la escuela y Elizabeth me pidió si quería acompañarla en su lugar. Dije que sí, por supuesto, la alternativa era pasarme el verano en Londres, sola y amargada. Es cierto que no me gusta viajar y que detesto estar lejos de casa y de las comodidades de las que aquí disfruto, pero aun así, no me compensaba todo lo que iba a tener que aguantar. Miradas y preguntas maliciosas que seguro me iban a hacer sentir peor de lo que ya me siento. ¿Por qué todos tienen que ahondar en la herida? ¿Es que no ven que no tengo pretendiente? ¿Cómo voy a casarme?

Y ahora viene lo mejor, pon atención, Marianne: ¡Los McEntrie crían caballos! Pero no cualquier caballo, no ¡caballos de carreras y purasangre! Ya, ya sé que lo sabes, todo el mundo lo sabe, pero es que… ¡Son de carreras, Marianne! Estoy tan feliz que casi no puedo contener mi alegría. Dougal me ha hablado de ellos y estoy ansiosa por montarlos. Después de que Alexander no quiso apoyarme en mi deseo de participar en La copa Thornbridge, me quedé muy disgustada, pero estoy segura de que en Escocia voy a tener mi oportunidad. Por lo que me ha contado Dougal hay muchas carreras y tengo todo el verano para disfrutarlas.

Estoy tan emocionada e ilusionada que no me importa viajar. Creo que habría sido capaz de

irme a la India si Harvey me hubiese tentado con una granja de caballos purasangre, así que tienes suerte de que a tu ahora marido no le interesen los equinos lo más mínimo.

Respira, tonta que es broma, ya me conoces.

Acababa de terminar de hacer mi equipaje cuando me he sentado a escribirte, Elizabeth me ha dejado tiempo para hacerlo, pero me están esperando para partir, así que voy a terminar ya. Por supuesto te escribiré desde Lanerburgh. Cuando pueda, porque voy a estar muy ocupada. Pienso pasarme el día en las caballerizas ayudando en lo que me dejen y, sobre todo, pienso montarlos a todos. Voy a aprender a domar caballos y conseguiré que me enseñen todo lo que hay que saber para, algún día, tener mi propia granja de caballos.

Estoy emocionada, Marianne, muy emocionada.

Sin más me despido enviándote todo mi cariño. Espero tus noticias.

Tu hermana que te quiere,

Enid.

Capítulo 1



1813. Lanerburgh. Escocia.

La luz del amanecer apenas iluminaba el paisaje brumoso de Escocia cuando Lachlan escuchó unos desgarradores relinchos a lo lejos. Eran el clamor de la desesperación, un grito que se le incrustaba en la médula y espoleó a su propia montura en cuanto él apretó los muslos contra su lomo.

Desde la distancia captó la escena y antes de que su caballo se detuviese saltó para correr hacia Duncan. El MacDonald levantaba el brazo que sostenía el látigo, dispuesto a golpear al animal con saña.

—¡Basta ya, maldita sea! —gritó Lachlan arrebatándole el arma para darle después un empujón

—¿Qué te crees que haces? —Duncan lo miró atónito y furioso.

Lachlan giró entonces la vista hacia la zanja en la que había inmovilizado al animal. El caballo luchaba por librarse, su hermoso pelaje ensombrecido por el sudor y la sangre. Los cortes en su lomo derecho eran profundos. Al fijarse mejor vio que ya tenía viejas cicatrices. La sangre le hirvió en las venas, estaba claro que llevaba tiempo maltratándolo y, por alguna perversa

razón, siempre en el lado derecho, lo que, con toda probabilidad, habría desequilibrado al animal provocando un comportamiento errático en su trote. El caballo estaba atado con gruesas cuerdas clavadas al suelo y se retorcía en un intento vano de huir de su tortura. Cuando volvió a mirar a Duncan la ira refulgía en los ojos del escocés como el filo de una espada.

—Malnacido —masculló mirándolo amenazador—. Solo un despojo como tú sería capaz de maltratar a un noble animal como este sin justificación alguna.

—¿Sin justificación? ¿Y tú qué sabes? Ese caballo está poseído por el mismo demonio.

—¿Poseído? ¿Te has vuelto loco?

—Nunca hace lo que le ordeno y esta mañana casi me tira de la silla. No voy a consentirlo. Si no sirve, mejor muerto.

—Si no lo hubieses torturado del modo en que lo has hecho...

—¿Ahora vas a decirme cómo tengo que tratar a mis animales? Métete en tus asuntos, McEntrie.

Lachlan tuvo la certeza de que aquello no acabaría bien si Duncan levantaba el látigo contra él y su lenguaje corporal indicaba que estaba preparado para hacerlo. Levantó una ceja y lo miró con desprecio.

—Piénsatelo bien, Duncan, ese látigo no me detendrá y lo sabes.

Desde luego que lo sabía, no era la primera vez que se veía en una situación semejante con un McEntrie. Pero él no era un pusilánime y tampoco se amilanaría.

—Vete por donde has venido, esto no es asunto tuyo. Estás son mis tierras, así que lárgate o acabarás con una bonita cicatriz en mitad de tu cara.

—Te lo compro.

—¿Qué?

—Te compro el caballo.

—¿Y para qué ibas a querer tú un caballo estúpido como ese? No es un purasangre ni un semental como los que vosotros criáis.

—Eso a ti te da igual. Dime cuánto quieres por él y te lo pagaré.

Duncan se rio a carcajadas antes de responder.

—No está en venta.

—Será mejor que cambies tu respuesta, Duncan. No voy a dejar que sigas maltratándolo, así que es mejor que encontremos una solución.

El otro golpeó su mano izquierda con el mango del látigo sin dejar de mirarlo reflexivo.

—Hagamos un cambio —propuso torciendo una sonrisa. Señaló al caballo del que Lachlan había desmontado—. Me quedo con el tuyo y tú te llevas a ese.

Lachlan apretó los labios y su corazón se aceleró. Bran era su caballo, lo había criado y domado él mismo. Era su compañero, su amigo. Se giró hacia el otro animal que resoplaba agotado, pero no dejaba de intentar librarse de sus ataduras.

—Te daré mil libras —dijo de pronto y la expresión en el rostro de Duncan lo satisfizo.

—¿Pagarías mil libras por ese…? —Se detuvo pensativo—. Que sean dos mil.

Lachlan endureció sus facciones. Sabía exactamente cómo le arrebataría el látigo, dónde le daría el primer puñetazo…

—Dos mil libras —aceptó.

Duncan soltó una carcajada y aplaudió satisfecho.

—Menudo negocio acabas de hacer. Y total, ¿para qué? ¿Crees que no encontraré otro

caballo con el que divertirme?

Lachlan se abalanzó sobre él y se enrolló al brazo las tiras de cuero cuando el otro intentó frenarlo con su látigo. Tiró de él y cuando lo tuvo a su alcance, le propinó un potente puñetazo en pleno rostro que lo derribó al instante. Una vez en el suelo, lo inmovilizó colocándole el antebrazo en el cuello y lo miró con fijeza a los ojos.

—¿Un accidente? ¿Qué opinas? ¿El caballo se soltó y te pateó la cabeza? —Lachlan miró a su alrededor—. No veo a nadie por aquí que pudiera ayudarte, ¿y tú?

El otro trataba de respirar, pero su tráquea aplastada no se lo permitía.

—Te daré dos mil libras por él, como hemos acordado, y si me entero de que vuelves a maltratar a un caballo, te juro por Dios que te mato, Duncan MacDonald. No volveré a avisarte. Cada vez que se te pase por la cabeza usar el maldito látigo, recuerda que yo apareceré cuando menos te lo esperes y te rebanaré el pescuezo sin que tengas tiempo de oír mis pasos. ¿Me has entendido?

Duncan intentó asentir. Lachlan lo soltó y se incorporó con ágiles movimientos mientras el otro tosía desesperado por recuperar el aliento.

Se acercó al caballo que lo miró con ojos temblorosos y asustados. Comenzó a hablarle suavemente al tiempo que lo acariciaba poniendo mucho cuidado en no tocar ninguna de sus heridas. El animal pareció entender que Lachlan no le haría daño y se calmó gradualmente. Lachlan se giró para ver cómo Duncan se alejaba y sonrió satisfecho.

—Te has librado de él —siguió hablando en gaélico—. No tendrás que volver a ver su desagradable cara nunca más. Ahora voy a soltar tus ataduras, no te escapes, por favor, no durarías mucho con esas heridas abiertas. Conozco a alguien que sabrá cómo curarlas.

Con movimientos lentos pero decididos, comenzó a desatarlo. Cuando lo hubo liberado lo ayudó a salir de la zanja y lo llevó suavemente hasta Bran. Los caballos se miraron con fijeza y el purasangre relinchó dejando claro quién era el que mandaba allí.

—Este es Bran. Está muy orgulloso con su linaje y a veces puede ser un poco arrogante, pero es un animal noble, puedes fiarte de él.

Dejó que los dos se estudiaran mientras pensaba.

—Habrá que buscar un nombre para ti —dijo subiendo a su montura sin soltar las riendas del otro—. Como quiera que te llamara Duncan no…

El caballo dio un paso atrás y sus ojos lo miraron asustado.

—Así que no te gusta oír su nombre —sonrió—, tranquilo, no lo escucharás nunca allí adonde te llevo. Solemos llamarlo *descerebrado* o *capullo* la mayor parte del tiempo.

Aunque cojeaba, el animal caminó a buen paso alejándose de su tormento. Lachlan le hablaba de vez en cuando y Bran relinchaba también como si quisiera darle ánimos.

—¿Ciaran? —Ewan miraba el lomo del caballo con preocupación—. No parece que te lo hayas pensado mucho.

Lachlan retiraba la silla de montar de su nuevo amigo para que su hermano le curase las heridas.

—¡Joder! —exclamó el pequeño de los McEntrie una vez pudo examinarlo bien—. Ese maldito Du…

—No lo nombres —lo detuvo—. Se asusta cuando escucha esa palabra.

Ewan miró al animal y sonrió al tiempo que lo acariciaba en una zona libre de heridas.

—Vaya, vaya, eres listo, muchacho. A mí me produce picores cualquier nombre que lleve asociado ese apellido, así que te entiendo. Bueno, primero te lavaré bien las heridas y después te pondré un ungüento que evitará que se te infecten. Habrá que vigilarlas para ver cómo evolucionan. —Se agachó para revisar la pata—. No sé si podrá galopar de nuevo con normalidad, pero creo que sí. Apártate —dijo mirando a su hermano—, necesito espacio para moverme.

Lachlan dio un par de pasos atrás y se quedó observando cómo Ewan trabajaba, hasta que llegó Kenneth con Fuaran, uno de los purasangre a los que entrenaba.

—¿Cuánto le has ofrecido por él? —preguntó Kenneth.

—Dos mil libras.

—¿Estás loco? ¿Cómo vas a justificar semejante dispendio. Padre va a matarte.

—Lo pagaré con mi dinero, no temas.

—¿Tu dinero? Aquí no hay de eso —se burló su hermano—. Tú verás, yo me voy a entrenar un rato con Fuaran, mañana vienen los ingleses a verlo.

Lachlan miró al purasangre y se encogió de hombros.

—No lo van a comprar.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Kenneth frunciendo el ceño.

—Lachlan siempre lo sabe —dijo Ewan, que lavaba ya sus heridas.

—Es cierto que no tienen ni idea de caballos —respondió Kenneth—. Pero eso no es óbice para que quieran comprarlo. Mira el maldito de Dunc…

—¡No lo digas! —exclamaron los otros dos a la vez.

Kenneth frunció el ceño mostrando su desconcierto.

—Ciaran se altera mucho cuando oye ese nombre.

—Ya veo. —El caballo resoplaba inquieto.

Kenneth se fijó entonces con mayor atención en las heridas que Ewan limpiaba con sumo cuidado y se le retorcieron las tripas.

—Hay que ser muy hijo de puta para hacer algo así —musitó. Miró a su hermano con ojos acerados—. Ha tenido suerte de que lo encontraras tú.

—No te refieres al caballo, ¿verdad?

Kenneth negó con la cabeza sin dejar de mirarlo con aquella oscuridad que navegaba siempre en sus ojos.

—Le habría arrancado la cabeza si hubiese sido yo. O Dougal, o…

—¿Cuándo regresan Elizabeth y Dougal? —lo cortó Ewan secándose las manos.

—Mañana —respondió Lachlan.

—Me alegro —dijo el pequeño.

—¿De qué te alegras? —Brodie llegó hasta ellos con las botas llenas de barro—. ¿Quién es este? ¡Dios Santo! ¿Qué le ha pasado al pobre animal?

—Yo me voy, que algunos tenemos trabajo —dijo Kenneth alejándose.

—Serás… —Ewan miró su espalda con evidente inquina—. ¿Es que lo que yo hago no es trabajo?

—No le hagas caso y contéstame. —Brodie se acercó para ver mejor las heridas.

Ewan le hizo un resumen sin mencionar el nombre de Duncan para no alterar al animal. Pero

a Brodie no le hacía falta el detalle para saber cuál de los MacDonald era el culpable de aquella atrocidad. Duncan MacDonald era famoso por su afición a maltratar a los animales desde que era un niño, cuando disfrutaba estrellando contra la pared de roca de los acantilados a las crías de gato que capturaba por ahí.

Los McEntrie y los MacDonald eran enemigos desde hacía unos seiscientos años, aunque su enemistad había ido variando con el tiempo y ahora era algo menos violenta que antaño, sobre todo porque ya no solían resolverse los conflictos a golpe de espada. Las tierras de ambas familias eran lindantes y eso había traído numerosos conflictos que habían beneficiado a una u otra familia, dependiendo del poder que ostentasen en cada momento de su historia.

Los MacDonald tenían granjas de ovejas y, aunque Batthair había querido convertir las tierras que heredó de su abuelo en cotos de caza para sus amigos ingleses, una cláusula en el testamento, se lo impidió, por lo que seguían siendo ovejeros muy a su pesar.

Los McEntrie se dedicaban a la cria de caballos purasangre, sementales y de carreras. También criaban razas de caballos más robustas, perfectos para trabajar la tierra o como caballos de tiro, pero esos no daban mucho trabajo.

Craig McEntrie, el patriarca, se había casado tres veces. La vida no había sido muy generosa con sus esposas y ninguna vivió mucho. Con la primera se casó por amor. Constance, «una mujer de las que solo se encuentran una vez en la vida», solía decir con orgullo. Fuerte, valiente y guerrera. Descendiente, probablemente, de alguna tribu vikinga de las que se instalaron en aquella tierra cientos de años atrás. Le gustaba mucho montar a caballo y fue la mejor compañera, tanto en el trabajo con los equinos como en la cama. Hasta que un desafortunado accidente acabó con su vida dejando a Craig con dos hijos y el corazón roto. Dougal era el

primogénito y Caillen el segundo de los McEntrie. Los dos eran muy pequeños cuando su padre volvió a casarse, esta vez por obligación.

Craig amaba profundamente a Constance, pero cometió un desliz. Se encaprichó de Alana, una joven increíblemente hermosa hija de un comerciante de aperos a la que conoció por casualidad cuando la rueda de su carreta se salió de su eje en tierras de los MacDonald. La muchacha era dulce y delicada. A pesar de su procedencia humilde, parecía una dama en sus maneras. Nada que ver con la salvaje frescura de Constance. Y Craig no pudo resistirse. Cierto es que después de satisfacer su deseo carnal, perdió por completo el interés y lo que creía que era afecto se diluyó por completo en el olvido.

Por supuesto, ese cambio de actitud, a Constance no le importó en absoluto y, cuando se enteró del engaño a punto estuvo de matarlo con una de las espadas que colgaban de la pared del castillo, antiguas reliquias de la familia McEntrie. No lo hizo, por respeto a sus hijos, pero a Craig le costó sudor, lágrimas y cuatro meses de dormir en otro cuarto, conseguir que lo perdonase.

Al final lo perdonó y la calma pareció instalarse de nuevo en el castillo de los McEntrie. De su reconciliación nacería Caillen, el segundo hijo del matrimonio. Y, pocos meses después, Alana dio a luz a Kenneth, hijo también de Craig y permanente recordatorio de la mala cabeza de su padre.

Constance, lejos de odiar al niño sentía el peso de la culpa por negarle lo que, en justicia, consideraba también suyo: el apellido McEntrie. Pero no era posible, ese niño no había nacido dentro del matrimonio y no podía ostentar dicho honor. Aun así, desde que supo de su existencia se preocupó de que al niño no le faltara de nada. Por eso cuando se cayó del caballo, y supo que

iba a morir irremediablemente, pensó que aquello era un designio divino y le hizo prometer a su esposo que se casaría con Alana, para que ese niño ocupara el lugar que merecía. Así es como Craig volvió a casarse, con el corazón hecho trizas y dos hijos a los que criar. Tres, en realidad, porque en cuanto vio a Kenneth no le cupo la menor duda de que era hijo suyo.

Craig no amaba a Alana y no era capaz de disimular que ni siquiera la soportaba. Quizá era la rabia por haber perdido a Constance. O la culpa. O el rencor que sentía hacia Dios por haberlo castigado tan cruelmente. La cuestión es que ejerció de marido, atendiendo a sus obligaciones sin demasiado entusiasmo y Alana concibió a su segundo hijo, Lachlan, el niño menos deseado de cuantos formaban el clan de los McEntrie. Y el culpable de su muerte, ya que su madre no pudo sobrevivir al esfuerzo que tuvo que hacer para traerlo al mundo.

De nuevo Craig se encontró solo y con hijos a los que cuidar. Con un bebé recién nacido tuvo que buscar la ayuda de una nodriza que lo amamantara y parecía decidido a no volver a casarse, después de la infelicidad que le había traído su segundo matrimonio. Pero entonces conoció a Daphne, que puso de nuevo su mundo patas arriba.

Craig tenía que viajar a menudo a Inglaterra, muchos de sus compradores de caballos eran ingleses y solía encargarse del traslado él mismo. En uno de esos viajes sufrió un accidente y se rompió una pierna por lo que tuvo que pasar una temporada en casa de un amigo. Ese amigo tenía una hija, una jovencita de dieciséis años que recompuso el corazón del escocés y le dio una nueva ilusión. A sus treinta años, Craig volvió a sentirse como un muchacho y se enamoró como no creyó que pudiera enamorarse jamás. Aquella era la mujer de su vida, no le cupo la menor duda y cuando regresó a casa lo hizo con una nueva esposa.

Daphne se ganó el corazón y el cariño de todos en el castillo de los McEntrie. Fue una madre

amorosa para los cuatro hijos de Craig, una esposa apasionada para su marido y una buena señora con los criados, que aprendieron a quererla y a respetarla. Daphne dio a luz a dos niños, Brodie y Ewan, pero, en realidad siempre fue la verdadera madre de todos. Hasta que una infección acabó con su vida porque era demasiado joven para creer que podía morir.

Y esa vez todos se quedaron huérfanos. Las lágrimas anegaron la tumba de la última esposa de Craig McEntrie, cuando este juró de rodillas y ante sus hijos que jamás volvería a casarse. Nadie lo creyó entonces, pero veinte años después seguía célibe y el retrato de Daphne ocupaba un lugar privilegiado en el salón principal.

Pero volvamos al presente…

—Ese desgraciado merece un escarmiento —dijo Brodie viendo cómo su hermano curaba las heridas con un ungüento apestoso.

—Es verdaderamente fuerte —constató Lachlan—. Esa grasa duele muchísimo cuando la aplicas en una herida abierta. Lo sé bien.

Brodie asintió, todos lo habían probado alguna vez.

—No creo que el dolor le sea ajeno —respondió Ewan sin dejar de untarlo—. Este animal ha sufrido maltrato desde muy joven. Tiene cicatrices que han crecido con él. Si no fuese fuerte, no habría sobrevivido.

—Maldito desgraciado —masculló Lachlan conteniendo su ira dentro de los puños—. Debería haberle dado una paliza de las buenas.

—No serviría de nada —dijo Brodie—. Con las que ha recibido en su vida, no ha variado su estupidez ni un ápice. Hay que dejarlo por imposible.

Lachlan asintió, no muy convencido.

—¿Cómo se llama? —preguntó Brodie antes de marcharse para seguir con su trabajo.

—Ciaran.

Capítulo 2



La taberna del cordero negro, Auchencrow. Tierras Altas de Escocia.

—¡*Chance*! —gritó Roderick, que había sido elegido mediador, y los que habían apostado a favor de Kenneth lo vitorearon contentos por los beneficios ya obtenidos.

—No tendrás tanta suerte otra vez —se burló Liam con una sonrisa perversa.

Kenneth levantó una ceja y acarició los dados antes de lanzarlos de nuevo.

—¡*Chance*! —repitió el mediador.

—¡Maldito hijo de…! —Liam se detuvo a tiempo. Conocía a su amigo desde hacía años, lo bastante como para saber que no debía mencionar a su madre y menos en esos términos.

—Señores, la partida ha terminado —anunció el tabernero—. Ya es hora de cerrar. Váyanse a casa.

Kenneth se levantó del suelo riendo, cogió la jarra que había dejado sobre la mesa y apuró el contenido de un trago. Le costaba mantenerse en pie.

—Eres un maldito cabrón —le espetó su amigo—, has vuelto a desplumarnos a todos otra vez.

—Tú no deberías jugar contra mí —dijo Kenneth en tono bajo mientras lo cogía de los hombros para salir de la taberna con paso inestable—. Ya sabes que solo hay una persona capaz de ganarme.

—Por eso no compites nunca con Lachlan, desgraciado —dijo librándose de su agarre y empujándolo con cierta violencia contra su caballo.

Kenneth soltó una carcajada y acarició a Glenfyne pidiéndole perdón por el empujón. Liam se subió a su montura y salió del establo sin despedirse de su amigo.

—Un día te caerás del caballo y te romperás la cabeza.

Kenneth se giró al escuchar la voz de Brodick a su espalda y se giró a mirarlo con cara de bobo.

—Me iría bien un poco de ayuda —dijo torciendo una sonrisa—. ¿Te pones a cuatro patas y me haces de banqueta?

El otro apretó los dientes sin disimular su enfado.

—No es inteligente por tu parte gastar toda tu suerte en el juego —dijo con mirada perversa —. Eso podría dejarte desprotegido para otras cuestiones.

—¿Crees que lo mío es suerte? —Se burló Kenneth y cerró un momento los ojos para detener el mareo que rebotaba en su estómago.

—Esta noche he perdido demasiado —dijo el otro del que Kenneth no sabía el nombre—, mi mujer no me dejará entrar en casa.

—Deberías haberlo pensado antes de apostar.

Kenneth se apoyó en un poste y estaba tan ocupado conteniendo las ganas de vomitar, que no se percató de que entraban más compinches de Brodick. Cuando uno de ellos se acercó, con muy

malas intenciones, lo recibió con una arcada; el tipo no tuvo tiempo de apartarse y acabó bañado con el contenido de su estómago.

—¡Dios! —exclamó asqueado—. Será desgraciado. ¡Me ha vomitado encima!

—Lo siento —dijo Kenneth limpiándose la boca—. Uf, ya me siento mejor.

Se dio cuenta entonces de que en la caballeriza había más gente de lo normal.

—¿De dónde habéis salido vosotros? —preguntó con el ceño fruncido—. Os conozco, os he visto con Duncan MacDonald. Claro que todos sabemos que Brodick es el perrito faldero de Duncan.

—Serás…

El susodicho se fue hacia él para propinarle un puñetazo, pero Kenneth lo esquivó sin problema, aunque luego tardaría unos segundos en dejar de ver doble.

—Wow, wow, ¿a qué vienen esas formas, Brodick? —Los miró a todos dando un paso atrás —. Ya veo que este no es un encuentro casual. ¿Has estado esperando a que Liam se marchase? No te hacía falta, probablemente te habría ayudado a darme una paliza si hubiese sabido que esa era tu intención.

—Deberías abandonar la costumbre de desplumar a tus amigos, al final no te quedará ninguno.

Acto seguido le dio un puñetazo en plena cara que le partió el labio.

—¡Eh! Así no se hace, hombre, deberías haberme dejado prepararme al menos.

Kenneth puso los puños en posición defensiva y sonrió burlón.

—Siento decirte que ya no estoy tan borracho y no os va a resultar tan fácil como esperabais.

—Kenneth —dijo Brodick con el mismo tono—, somos seis, no tienes nada que hacer.

Devuélveme mi dinero y nos iremos por donde hemos venido.

—¿Tú dinero? Lo siento, pero el dinero que llevo en mis bolsillos es todo mío. No sabes perder, amigo.

—¿Uno contra seis? —dijo uno de los secuaces de Brodick—. Te vamos a hacer picadillo.

—Dos contra seis.

Se volvieron hacia la puerta con muy mala cara.

—¿Qué dices tú, imbécil? Te vas a…

Lachlan le dio un puñetazo aprovechando el impulso con el que iba hacia él y lo derribó, dejándolo inconsciente.

—Ahora, dos contra cinco —dijo sin bajar la guardia.

Todos sabían que Lachlan era el mejor lanzador de martillo de todas las Highlands y su fuerza en los brazos era por todos conocida. Una pelea en la que interviniesen sus puños, era algo que cualquiera querría evitar a toda costa.

—Yo ya me iba —dijo otro levantando las manos en señal de rendición.

Dos más lo siguieron, levantando al que estaba en el suelo para llevárselo con ellos. Brodick aguantó el tipo unos segundos más antes de blasfemar y salir de la cuadra con mal talante.

—¿Podrás sostenerte encima del caballo? —preguntó Lachlan con mirada inquisitiva cuando estaban ya sobre sus monturas.

—Estoy perfectamente —dijo Kenneth sonriendo y al hacerlo no pudo evitar un gemido de dolor—. Dios, esta herida en el labio va a dolerme un montón.

—Da gracias de que no he llegado diez minutos después, te habrían dejado hecho unos

zorros. Iremos tranquilos, no quiero que fastidies la exhibición de mañana

El otro aceptó con un gesto y avanzaron en silencio un trecho, hasta que los pensamientos oscuros en la mente de Kenneth hicieron que volviese a preguntárselo, como hacía siempre.

—¿Por qué haces esto, Lachlan? ¿Por qué sigues viniendo a buscarme?

El otro no respondió y mantuvo la mirada fija en el camino.

—Deberías dejar que me molieran a palos o que me cayera del caballo cuando estoy borracho, aunque me rompiese el cuello. Tú no deberías preocuparte por mí.

—Deja de hablar, me das dolor de cabeza.

Unas yardas en silencio.

—He ganado —dijo Kenneth.

—Como siempre.

—Eso no es cierto. Contigo siempre pierdo. ¿Será mi conciencia la que no me deja ganarte?

—¿A Liam también lo has desplumado? —Ignoró su pregunta—. Debe de estar muy contento de tener un amigo como tú.

—Esta vez se ha enfadado de verdad.

—Se le pasará. Entiendo que seáis amigos porque los dos sois igual de inteligentes —dijo sarcástico.

Se perdieron de nuevo en sus pensamientos. Pensamientos que les habrían sorprendido de haberlos compartido con el otro. Lachlan estaba relajado, había hecho una buena obra librando a Ciaran de ese desgraciado. Ir a buscar a Kenneth se había convertido en otra de sus tareas benéficas, una que se había impuesto a sí mismo y no sabía muy bien porqué.

Hacía una noche espléndida y prefería estar allí en lugar de en su cálido lecho esperando a

que el sueño hiciera presa en él. No dormía mucho, desde hacía tiempo sus noches se habían convertido en algo incómodo que solo servía para ponerlo nervioso. Solía acostarse muy tarde y levantarse temprano, de ese modo minimizaba el tiempo que permanecía sobre la cama con la vista clavada en el techo tratando de vaciar su mente de absurdos y negros pensamientos.

No siempre fue así. Antes dormía como un bendito. Pero eso era antes.

Para Kenneth tampoco era fácil dormir. Ni siquiera se metía en la cama, caía sobre ella borracho o semi inconsciente por el agotamiento, pero nunca voluntariamente. Para ser exactos, sí se metía en la cama, pero casi nunca en la suya porque no lo hacía para dormir, precisamente. Tenía una fama que mantener, la de ser un crápula, un picaflor, un canalla y se le daba bien contentar a sus admiradores. Sabía siempre qué decir y cómo decirlo para tenerlos contentos. Todos pensaban que era un egoísta sin sentimientos. Un auténtico bastardo. Y él no quería decepcionarlos.

—Lachlan… sabes que te quiero, ¿verdad?

—No empieces con eso o te tiro del caballo.

—Te quiero, hermano —insistió.

El otro apretó los muslos para acelerar el paso de su montura, si había algo que soportase menos que verlo borracho era que se pusiera tierno.

Lo empujó dentro del cuarto y cerró la puerta antes de girarse y enfrentar a Caillen que lo miraba con expresión de enfado. ¿Es que nadie dormía en el castillo de los McEntrie?

—¿Por qué lo haces? —le espetó en susurros—. ¿Por qué siempre tienes que ir a buscarlo?

—Alguien tiene que hacerlo. —Se dirigió a las escaleras.

—Pero no tú. —Caillen bajó con él.

—Y tú tampoco, supongo.

Caillen apretó los labios.

—No quiero que se rompa la crisma —dijo Lachlan sin mirarlo.

—Debería dejar de beber.

Lachlan lo miró entonces como si hubiese dicho que la luna debería dejar de orbitar alrededor de la tierra.

—¿Alguna genialidad más que quieras decirme? Pensaba sentarme a leer un rato, pero estaré encantado de escuchar tu retahíla de insultos hacia Kenneth y tu versada opinión sobre cómo debo tratarlo.

—Lachlan, no eres su guardián, no puedes acudir a rescatarlo cada vez que pierde el control. Hablaré con padre…

—Caillen… —Su hermano lo miró muy serio—. Ni se te ocurra decirle nada.

—Sabes por qué bebe así. Alguien tiene que parar esto, y ese alguien no puedes ser tú.

—No hay nada que parar. Le gusta emborracharse de vez en cuando y a mí no me importa ir a buscarlo. No te metas, Caillen. Los dos sabemos cómo acaba esto si te metes.

Su hermano apretó los labios y soltó el aire por la nariz.

—Está bien, no hablaré con padre, pero lo haré con Dougal y te aseguro que no será tan paciente como yo. —Se dio la vuelta y regresó a su despacho.

Lachlan caminó hasta la biblioteca y se dirigió hasta la mesita, en la que había dejado el libro que estaba leyendo para ir a rescatar a su hermano. Otra vez. ¿Cuántas iban esa semana? ¿Dos veces? Cogió la caja de yescas para encender la lámpara mientras pensaba en lo que había dicho

Caillen. Sabía que tenía parte de razón, pero ¿qué podía hacer? Los dos sabían por qué bebía Kenneth, empezó después de lo de… Aileen. Un sudor frío bajó por su espalda al recordarlo. No podía ni pensar en ello sin que la sangre se le congelase en las venas. Cogió el libro de la mesita y se sentó a disfrutar de la lectura. Pero después de diez minutos el libro seguía cerrado sobre sus piernas y él permanecía en silencio y con la mirada perdida.

A su mente regresaron los recuerdos de aquella fatídica noche. La nota, su frenética y aterrada carrera hasta la posada… Cerró los ojos y apretó los puños en un intento de calmar la rabia que crecía en su pecho. Dejó escapar el aire en un largo suspiro y respiró hondo varias veces hasta que los latidos de su corazón recuperaron el ritmo normal. De nada servía alimentar al monstruo que permanecía agazapado en su interior esperando para atacar. Sabía que si lo dejaba salir su mundo estallaría en pedazos arrasándolo todo.

Caillen tamborileaba con la pluma sobre el papel y no se dio cuenta de que la tinta salpicaba torpemente sobre su camisa blanca hasta que ya fue inevitable.

—¡Mierda! —exclamó enfadado.

No estaba furioso por eso, lo que irritaba enormemente era que Kenneth se comportase del modo en que lo hacía. Y que Lachlan acudiese a rescatarlo siempre, lo enervaba aún más. Cualquier otro le habría negado hasta la palabra, pero Lachlan no era como los demás. Su código de honor y su fidelidad para con la familia eran inquebrantables. ¿Cómo podía Aileen haberlo traicionado de ese modo? ¿Cómo, su propio hermano fue capaz de…?

Sacudió la cabeza tratando de borrar esas imágenes de su mente. Se levantó para servirse un trago de whisky y apuró el contenido de golpe dejando el vaso sobre la mesa con excesiva

contundencia. No era un hombre dado a la violencia, siempre había sido el más cerebral y comedido de los McEntrie y aun así, aquel día perdió los papeles por completo. Solo lo aliviaba saber que si Dougal hubiese estado allí cuando Lachlan rompió su compromiso, la paliza que él le dio a Kenneth le habría parecido ridícula comparada con la que su hermano mayor le habría dado. Resopló, el whisky no estaba haciendo ningún efecto a su ánimo.

—Será mejor que revise esos papeles y me centre, si quiero dormir algo esta noche —dijo volviendo a su escritorio. El trabajo siempre había sido su mejor aliado.

En la familia McEntrie todos eran muy trabajadores, no les había quedado más remedio ya que Craig siempre actuó con firmeza en ese tema. El hecho de que tuvieran dinero y propiedades, no les eximió nunca de sus obligaciones. Además de las tareas con los caballos, él se encargaba de todos los documentos legales. Era el abogado de la familia, para eso había estudiado varios años bajo el auspicio de Morgan McTavish, uno de los abogados más prestigiosos de Escocia.

El otro que había tomado estudios profesionales era Ewan, el pequeño de la familia. Quería ser veterinario y no dejaba de insistir en que lo dejasen marchar a estudiar a la *Royal Veterinary*, en Londres, pero Craig no daba su brazo a torcer. Siempre ponía la excusa de lo terrible que fue para la familia que Dougal se marchase. Por eso, desde que Dougal regresó, Ewan había aumentado su presión para conseguir lo que deseaba.

Y en ese momento Ewan dormía a pierna suelta en su cama. Completamente feliz y sin ninguna preocupación que alterase su sueño. Por algo era la envidia de sus hermanos mayores.

Capítulo 3



Enid bajó del carruaje sin dejar de exclamar maravillada, como venía haciendo desde que el castillo de los McEntrie se vislumbró desde el camino.

—¡Mira qué ventanales! —Se volvió a mirar a Elizabeth, que sonreía divertida por su entusiasmo—. ¿Y esas torres? Estoy deseando ver la biblioteca, Bonnie no ha dejado de hablar de ella todo el camino hasta que la hemos dejado en Edimburgo. No es que yo sea tan amante de los libros como ella, pero si es tan bonita…

—Te la enseñaré cuando descanse un poco del viaje, estoy agotada —dijo su amiga poniéndose las manos en la parte de atrás de la cintura—. Pero si no puedes esperar, puedes verla tú sola, después de todo es una biblioteca, no necesita presentación.

Dougal apartó sus manos con suavidad y utilizó las suyas para masajearle allí donde le dolía.

—¡Qué alivio! —exclamó Elizabeth cerrando los ojos un momento.

—Ve a dormir un poco —le susurró al oído para que solo ella pudiera escucharlo—. Así estarás fresca para esta noche.

Elizabeth se sonrojó, no podía evitarlo, a pesar de que llevaban meses casados seguían turbándola aquellas muestras de intimidad. Por suerte, Enid ya se había alejado dispuesta a entrar

en el castillo sin más demora.

—Hola —saludó al mayordomo que la miraba como si fuese una comadreja que se hubiese colado por una ventana—. Soy Enid Greenwood. Vengo con la señora Elizabeth y su esposo. Usted debe de ser Ian, el mayordomo. Dougal me ha hablado de usted.

—Espero que bien, señorita.

—Oh, sí, muy bien. Dice que lo conoce desde que era un crío. Él, no usted. El crío, digo.

—La he entendido.

—¿Podría indicarme hacia dónde está la biblioteca? —Miró hacia el techo—. Este castillo es impresionante.

—Si espera un momento a que salude a los señores, yo mismo la acompañaré a…

—No es necesario —lo cortó—, solo indíqueme la dirección y yo la encontraré. Me gusta investigar.

Ian hizo lo que le pedía sin demasiado entusiasmo y Enid se dirigió al corredor con paso decidido. Cuando se alejaba escuchó las voces de Elizabeth y Dougal saludando al viejo mayordomo.

—¿Cuántos años tendrá? —se preguntó Enid en susurros—. Creo que nunca había visto a nadie tan viejo.

No le costó mucho distinguir la puerta de roble que Bonnie le había descrito tan bien. De hecho, era como si ya conociese aquel lugar y cada uno de sus detalles. Aun así, lanzó una sonora exclamación cuando abrió la puerta y vio la estancia en su plenitud. La luz del sol entraba a través de los vitrales y danzaba por doquier provocando una lluvia de colores, sobre todo en la parte alta, la zona que Bonnie había llamado «el voladizo».

—Es tal y como me la describió —dijo mirando a uno y otro lado con la boca abierta mientras la recorría.

El relincho de un caballo atrajo su atención y corrió a la ventana más cercana para asomarse. Desde allí podía distinguir perfectamente al jinete y su caballo. El animal de un pelaje castaño oscuro, casi marrón, tenía dos calcetines blancos en sus patas traseras. Era un ejemplar imponente, no solo por su tamaño sino por su prestancia y musculatura. Estaba segura de que era un caballo de carreras, nadie utilizaría esa obra de arte para otro cometido que no fuese vencer a cualquier rival. Sin pensárselo dos veces se subió al alféizar de la ventana y saltó y, mientras corría hacia el lugar en el que estaba el impresionante animal, rogó mentalmente porque nadie la hubiese visto hacer semejante cosa.

Kenneth estaba posicionado sobre el sillín con porte erguido y firme y rostro serio, como alguien acostumbrado a ese cometido y que se sentía muy a gusto en su papel. El caballo levantó la cabeza y relinchó como si respondiera a una muda interpelación del jinete y se movió lentamente frente a los que observaban. Miró a la joven que se unía al grupo sin prestarle mucha atención y condujo a Fuaran a través de un galope suave y controlado, demostrando su excelente paso. Su enérgico trote evidenciaba la potente musculatura del animal que trabajaba en perfecta armonía con su jinete. Un ligero toque de espuela y un tirón de riendas bastaron para lanzarse a un galope furioso. El caballo se disparó a través del campo, como un relámpago de potencia y elegancia. Los ingleses demostraron su satisfacción comentando entre ellos y Enid se fijó en Craig, que respondía a sus preguntas, reconociendo el enorme parecido con Dougal.

En ese momento Kenneth volvió a llevar al caballo a un trote más suave. Era evidente que

sabía lo que hacía, aunque a Enid le pareció que apretaba demasiado los muslos contra el lomo, quizá por ser demasiado fuerte. El caballo habría estado más cómodo con un jinete más delgado y pequeño. Estaba claro que el dominio sobre el animal no debía ejercerse a través de la fuerza, sino del control y para eso no hacían falta unas piernas como las del jinete.

El ejemplar purasangre era impresionante, eso no podía negarlo. No tenía nada que envidiar a los más famosos que ella había visto en carrera. Se fijó en los ingleses que especulaban sin tener mucha idea sobre lo que hablaban. Cuellos almidonados y rostros severos, fingiendo un dominio en la materia que estaban muy lejos de tener. Supuso que lo que sí tenían era dinero para gastar y habían decidido que un caballo de carreras era una buena inversión. Le dio rabia que un caballo como aquel fuese a parar a unas manos tan poco preparadas para sacar el enorme potencial que tenía.

—¡Galope otra vez! —pidió el más joven—. Queremos verlo correr más.

Kenneth asintió con un gesto de cabeza. A su señal el caballo inició de nuevo el galope, sus patas traseras se impulsaban con fuerza, el cuerpo del que lo montaba inclinado hacia adelante mientras recorrían el terreno con velocidad impresionante. Jinete y caballo se movían en perfecta sintonía, manos firmes en las riendas, controlando la dirección y la velocidad con habilidad. Regresó a paso más tranquilo y se detuvo frente a los asistentes a la exhibición.

—Haga algo divertido —pidió el de más edad para regocijo de la dama de mediana edad que los acompañaba—. Unas piruetas o algo así.

La mandíbula de Kenneth se marcó bajo la piel y a Enid ya no le cupo la menor duda de que sentía el mismo desprecio que ella por esos desconocidos. Aun así, ejecutó varios cambios de paso, un canter controlado, más rápido que un trote, pero más lento que un galope. Una marcha

en tres tiempos en la que Enid pudo ver un patrón específico en el movimiento de las patas del caballo. A continuación inició un trote recogido, centrándose en la armonía y la comunicación entre jinete y caballo. El animal se movía a un ritmo constante con pasos cortos y enérgicos, tal y como le indicaba su jinete.

Enid estaba realmente admirada, sabía que ese movimiento era muy difícil, requería mucha fuerza y equilibro por parte del caballo y una excelente comunicación con el jinete. A ese tipo de movimiento se le llamaba «recogido» porque el caballo parecía «recogerse» debajo de sí mismo, moviendo su cuerpo hacia arriba y hacia abajo en lugar de hacia adelante. Eso permitía un mayor control y equilibrio, pero también requería de mucha fuerza y entrenamiento. La joven miró a los observadores y comprendió que no sabían lo que acababa de ocurrir allí, sus expresiones indiferentes daban buena cuenta de su desconocimiento absoluto sobre el entrenamiento de un caballo.

—No está mal —dijo el más joven.

El padre levantó una ceja fingiendo un escrutinio experto.

—No estoy seguro.

Craig mantenía una expresión serena, acostumbrado a esa clase de situaciones.

—No tienen por qué decidirlo ahora —dijo—. Pueden regresar a su alojamiento y madurar su decisión.

Kenneth, que parecía mucho menos paciente, desmontó con elegancia, aunque un poco bruscamente.

—Durante la demostración ¿no ha notado un ligero cojeo en su paso derecho? —preguntó Enid mirándolo con fijeza y llamando la atención de los presentes—. Es posible que una pezuña

esté un poco más larga, lo que le podría ocasionar esa incomodidad, pero podría ser algo más serio. También he visto que en la transición del trote al galope había un breve instante de confusión. Es imposible que no se haya percatado, parece usted un experto jinete.

—¿Usted es…? —Kenneth sostenía las riendas de Fuaran mientras la miraba entre divertido e incrédulo.

—Enid Greenwood —dijo extendiendo la mano para que se la besara, pero él se la estrechó como habría hecho con un caballero.

—Apreciamos sus comentarios en lo que valen, señorita Greenwood. Como ha dicho mi padre, pueden hablar de todo esto en su hotel con total tranquilidad. Pero tengan en cuenta que cualquier fallo en la ejecución deben achacármelo única y exclusivamente a mí. Fuaran se ha comportado como un auténtico campeón.

—Lo pensaremos, lo pensaremos. Es demasiado dinero para gastarlo al tuntún… —dijo el caballero de más edad.

—¿Les apetece una copa de *drambuie*? —preguntó Craig llevándoselos de allí, consciente de que su hijo diría algo impertinente en cualquier momento.

—Ha sido una ejecución magnífica -dijo Enid sonriendo.

Kenneth no pudo evitar un respingo cuando la escuchó a su espalda. La miró con curiosidad y enseguida sonrió burlón.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita? —utilizó su voz más seductora pensando que se había quedado por él.

La muchacha era atractiva y tenía un bonito cuerpo, no muy exuberante a juzgar por el escote, pero sí bonito. Era muy joven, demasiado para su gusto, pero…

—Lo he dicho para librarlo de ellos —dijo Enid señalando hacia el lugar donde antes estaban los ingleses—. No tienen ni idea de caballos.

—Y usted muy buena opinión de sus amigos, por lo que veo.

—¿Amigos? No los había visto en mi vida.

—¿Qué no los…? Se puede saber quién es usted, señorita Greenwood.

—He venido con Elizabeth y Dougal.

—¿Qué? ¿Mi hermano y su esposa han regresado?

Enid asintió sonriente.

—Yo estaba en la biblioteca, Bonnie me había hablado tanto de ella que tenía que verla cuanto antes. Y entonces escuché un relincho. Me encantan los caballos, así que no pude evitarlo, salté por la ventana y…

—¿Saltó por la ventana?

Enid volvió a asentir.

—Era más rápido que hacerlo por la puerta. Además no quería que Elizabeth insistiese en que debía descansar…

—No me he presentado como debía —dijo él—. Soy Kenneth McEntrie, uno de los hermanos de Dougal.

—Por supuesto. Lo supe en cuanto lo vi. Que era hermano de Dougal, no que fuese Kenneth, claro, no nos habíamos visto nunca. Yo soy Enid…

—Greenwood. No tengo tan mala memoria.

—¿Puedo? —preguntó al tiempo que acariciaba el cuello de Fuaran sin esperar confirmación —. Es magnífico. ¿Este es el mejor ejemplar de su granja? Dougal me ha mencionado a

Strathspey, pero sé que lo vendieron el año pasado.

—No, Fuaran es un buen caballo, pero no es nuestro mejor ejemplar. Veo que entiende de caballos.

—No tanto como me gustaría, pero los monto muy bien.

Vio la sonrisa condescendiente en el rostro de Kenneth y levantó una ceja con expresión irónica.

—¿No me cree? Puedo demostrárselo.

—¿Ahora?

Enid asintió.

—No lleva silla de mujer.

—No la necesito. —Enid se subió al caballo con gran agilidad y montó a horcajadas.

—¿Cómo…? —Kenneth no pudo disimular la sorpresa al ver que su vestido se adaptaba perfectamente.

—Me los hacen a medida. Cuando estoy de pie parece un traje de montar normal, pero… —Le mostró los pliegues que se abrían dándole total movilidad y evitando que la falda se subiese mostrando más de lo debido.

—Ingenioso —afirmó él—. Tenga cuidado con…

Enid ya había enfilado a Fuaran hacia el campo e inició el galope alejándose de Kenneth con gran maestría.

—No deberías haberla dejado —dijo Lachlan a su espalda.

—Ha venido con Dougal.

—Lo imaginaba —dijo sin perderla de vista—. Es una excelente jinete.

—¿Verdad que sí? —Kenneth la observaba también sin ocultar su sorpresa—. Nunca había visto a una mujer montar así.

—Yo tampoco.

Kenneth lo miró olvidándose de Enid.

—¿Crees que lo comprarán?

—Ya te dije que no —dijo Lachlan escueto.

—Cierto. Entonces no es por mi culpa.

—No tienen ni idea de caballos, solo querían pasar el rato.

—Eso me ha parecido a mí también. ¿De dónde han salido?

—Contactaron con Caillen —explicó Lachlan—. Perdieron dinero apostando en una carrera en la que ganó uno de nuestros purasangre. Pensaron que era buena idea invertir en ello.

—¿Por qué será que perdieron? —Se burló Kenneth.

—Voy a ver a padre —dijo Lachlan dándose la vuelta para dirigirse al sendero—. Vigila que no se rompa la cabeza, no creo que a Dougal le gustara.

—Tranquilo.

—Malditos ingleses, qué ganas de hacer perder el tiempo a la gente. —Craig tenía las manos en la cintura y miraba a Lachlan con expresión de enfado—. No tienen ni idea de caballos.

—No te sulfures. Fuaran es un campeón, no costará nada venderlo. Sería un derroche que se lo quedaran ellos.

Craig asintió y después de unos segundos consiguió esbozar una sonrisa.

—Buchanan también está interesado. Me hizo una buena oferta, pero voy a rech…

—Acéptala —lo cortó su hijo sin desviar la mirada—. Su dinero es tan bueno como el de un inglés.

Su padre sonrió burlón ante el irónico comentario.

—Hijo, ¿cuándo vas a buscar una buena muchacha para casarte?

Lachlan torció su sonrisa y movió la cabeza.

—Veo que la conversación interesante ha llegado a su fin.

—Mira Dougal, es muy feliz con Elizabeth.

—Elizabeth es una mujer extraordinaria, no conozco ninguna como ella. Si me la presentas estaré encantado de casarme inmediatamente.

—Está la hija de los McKay o la de los Grant. Son buenas chicas.

—Sí, padre, muy buenas chicas, pero no me interesan.

Craig se puso serio.

—¿Aileen te sigue rondando?

—Padre… —advirtió con una mirada intensa.

—Sé que se hace la encontradiza contigo, me lo han dicho tus hermanos. ¿Por qué monta en nuestras tierras? Debería saber que no es bienvenida.

—Los Buchanan son nuestros vecinos. Y los Sinclair. Nosotros también cruzamos las lindes todo el tiempo. ¿Quieres prohibirles el paso? Por mí, puedes hacerlo, pero te recuerdo que Cameron te ha comprado todos los caballos que tiene y nos ha enviado buenos clientes.

Su padre apretó los labios visiblemente molesto.

—¿A ti no te molesta, hijo? Habla con sinceridad.

—Sabes que siempre hablo con sinceridad, padre. Sí, claro que me molesta, pero procuro ignorarla, igual que hago con los MacDonald. —Sonrió perverso.

—Desde que Bhattair se quitó de la cabeza la idea del coto de caza parece que están más tranquilos, ¿no te parece?

—Querrás decir, desde que su abuelo se lo impidió poniendo una cláusula en el testamento. Ya se le ocurrirá otra cosa para atraer a los ingleses. Es un auténtico MacDonald. Ojalá le hubieran dejado venderlo todo y marcharse para siempre.

—Amén.

Lachlan levantó el trasero del escritorio en el que había estado apoyado y se dirigió a la puerta.

—¿Cómo te va con Ciaran? —preguntó su padre—. ¿Has hecho algún avance?

—Le aterra estar fuera cuando anochece y sigue sin dejar que lo monte, pero ya no tiembla cuando oye pasos.

—Maldito Duncan —dijo Craig apretando los puños—. Le daría una buena paliza.

—Tranquilo —sonrió su hijo antes de salir del despacho—. Ya se la di yo.

Craig observó la puerta cerrarse con ojos reflexivos. Lachlan era un buen hijo y un hombre extraordinario, cualquier mujer debería sentirse orgullosa de que pusiera los ojos en ella. Pensar en Aileen Buchanan aún le hacía hervir la sangre. Nadie la obligó a aceptar la proposición de matrimonio, podría haber roto el compromiso de manera limpia y no del modo en que lo hizo. ¿Y ahora que estaba casada con Cameron Buchanan se dedicaba a perseguirlo como una…? Movió la cabeza para borrar aquellos pensamientos, pero era muy difícil para él no preocuparse por sus hijos.

—Lo he hecho lo mejor que he sabido, queridas, pero me temo que siendo padre nunca se está satisfecho —musitó y salió del despacho también.

Capítulo 4



—Intentaré acordarme de todos los nombres —dijo Enid sonriendo al tiempo que los señalaba uno a uno—. Caillen, Lachlan, Brodie, Ewan y… Kenneth.

—Ahora tenemos que escoger una habitación para ella y deshacer el equipaje —dijo Elizabeth cogiéndola de los hombros para llevársela de allí.

—Bienvenida —dijo Craig sonriendo también—. Espero que te sientas como en tu casa.

—Seguro. He visto sus caballos y son magníficos.

Craig amplió su sonrisa asintiendo.

—Toda una entendida.

No había mejor halago que pudieran hacerle al patriarca de los McEntrie y su satisfacción fue visible para todos.

—Ya tendréis tiempo de hablar de caballos y de todo lo que queráis. —Elizabeth la guio hacia la puerta y se la llevó de allí antes de que empezasen a hablar de purasangres y sementales.

Cuando la puerta se cerró el salón se quedó unos segundos en silencio. Todos miraban a Dougal a la espera de que dijese algo, pero el escocés quería asegurarse de que las dos mujeres se habían alejado lo suficiente.

—Escuchadme bien —advirtió muy serio—. Enid es intocable.

—¿Has oído, Kenneth? —preguntó Caillen con mirada cínica.

—No tengo ningún interés en ella.

—Peor me lo pones —insistió Caillen.

—Al que le ponga un dedo encima, le corto las pelotas. —Dougal no parecía estar bromeando.

—Cualquiera diría que somos tus hermanos —dijo Ewan molesto—. Si Enid te escuchara pensaría que somos unos crápulas.

Todos miraron a Kenneth que levantó una ceja con una sonrisa perversa.

—Ya he dicho que no tengo ningún interés en ella.

—Lleva falda —apuntó Caillen como si con eso fuese suficiente.

No exactamente, pensó el otro.

—Si alguno tiene intenciones serias, que venga a hablar conmigo antes de nada. No podéis ni pensarlo siquiera sin haber hablado conmigo. ¿Ha quedado claro?

—Dougal, acaba de llegar —dijo Lachlan—. Deja al menos que la conozcamos un poco antes de obligarnos a casarnos.

—Toda vuestra —dijo Kenneth caminando hacia la puerta—. Tengo cosas que hacer y esta conversación no va conmigo.

—Kenneth —lo detuvo Dougal con voz tajante—. ¿Te ha quedado claro?

—Clarísimo, hermano. Para mí esa joven es absolutamente invisible.

—… la sal es buena, un poco en el agua, le ayudará a recuperar la energía que ha perdido

durante el entrenamiento.

Kenneth miraba la escena con una mezcla de sorpresa y diversión. El rostro de Neill era de lo más gracioso.

—Señorita Greenwood —llamó su atención—. Usted no debería estar aquí.

Enid se giró hacia él con una enorme sonrisa.

—¡Kenneth! ¡Qué bien que ha venido! Quería que alguien me enseñase toda la granja y ¿quién mejor que usted? —Se acercó decidida—. ¿Cree que podría montar a otro de los purasangre hoy? He visto uno con una mancha que parece herradura que…

—A Glenfyne ni tocarlo —dijo tajante—. Es mi caballo y solo yo lo monto.

Enid se llevó un dedo a la boca y mordisqueó suavemente la uña con expresión pensativa sin dejar de mirarlo.

—Vale, es usted de esos.

—¿De esos?

—Sí, de lo que creen que su caballo es una extensión de sí mismos y no dejan que nadie más los monte.

—Pues sí, soy de esos.

—De acuerdo —aceptó—. Pero tienen muchos caballos y quisiera montarlos a todos. Menos al suyo, claro.

—Hable con Lachlan, él es el que decide.

Enid frunció el ceño sorprendida, pero después se encogió de hombros.

—Hablaré con él —dijo—. ¿Compiten? Quiero decir, ¿hay alguna carrera en la que…?

—¿No debería estar con Elizabeth haciendo lo que sea que hagan las damas con su tiempo?

—Oh, Elizabeth no me necesita para nada. —Sonrió abiertamente—. Se le da muy bien lo de ser la señora de la casa. Ya se le daba bien antes de casarse, pero ahora es una maestra.

Kenneth puso cara de que no le interesaba mucho el tema. Miró a Lachlan que pasaba a su lado.

—¿Vas a entrenar a Óengus?

Su hermano asintió.

—Yo voy a trabajar con Gaoth hasta la hora del almuerzo —le dijo siguiéndolo hacia las cuadras.

Enid observó cada uno de los movimientos de Kenneth. Era un hombre fuerte y elegante al mismo tiempo, no era tan grande como Dougal, pero sí más de lo que ella estaba acostumbrada. Era moreno y tenía un fino bigote que endurecía un poco sus facciones y le daba un toque… aristocrático. Sonrió, vestido adecuadamente podría parecer un zar. No era realmente guapo, al menos no de esa belleza que llama la atención. Era más bien… inquietante. Con unos ojos verdes con luces doradas…

—No quiero ser antipático —le espetó él sacándola de su ensimismamiento—, pero ¿podría quitarse de en medio?

Enid se apartó rápidamente y lo observó pasar a su lado, salir de las caballerizas y subir al caballo con gran elegancia y agilidad. Su porte era el de un auténtico caballero. Los siguió atraída como las moscas a la miel, obnubilada por la majestuosa presencia del corcel y su jinete. Y entonces sucedió. El paisaje se abrió ante ella con profunda magnificencia. Los campos, ondulantes y extensos, mostraban su manto verde y fresco mientras el rumor del mar se escuchaba a lo lejos. En la distancia, las montañas se alzaban como guardianes del momento y en

medio de todo, el jinete y su caballo, único punto de interés. Una pintura viva de perfección absoluta.

Kenneth frunció el ceño al ver su expresión. ¿Qué narices le estaría pasando por la cabeza para mirarlo con esa cara de boba? Movió la cabeza y se dio la vuelta para alejarse lo más pronto que pudiese de allí, no quería problemas con Dougal y esa mirada no auguraba nada bueno.

Enid dejó escapar un suspiro largo entre los labios. Su corazón latía tan rápido como si acabase de correr dos millas sin parar a descansar. Y bien sabía Dios que a ella no le gustaba correr si no era a lomos de un caballo. El suave murmullo del viento se deslizaba entre las ramas de los árboles cercanos y le pareció escuchar el canto de un ruiseñor. ¿Un ruiseñor? Lo dudaba mucho. Lo que sí oía era la voz de Harriet advirtiéndole.

«*Enid, tienes que dejar de hacer esto. ¡Enamorarte y desenamorarte tan fácilmente! Al final te verás casada con alguien a quién no ames y cuando te des cuenta…*»

Sacudió la cabeza con fuerza como haría un caballo y sopló al tiempo que sacudía las manos para librarse de la tensión. Pero en cuanto sus ojos se posaron en Kenneth supo que no iba a poder.

—Pero ¿qué me pasa en la cabeza? —musitó y se alejó de allí lo más rápido que pudo, decidida a no acercarse a ninguno de los hermanos hasta quitarse aquellas estúpidas ideas de la cabeza.

Óengus era un purasangre joven, de pelaje blanco y plateado que brillaba bajo el sol. Su porte era magnífico y Lachlan lo había estado entrenando durante semanas, pero había llegado el momento de ser más exigente, hacerlo galopar para corregir sus fallos y obligarlo a ser más

contenido. Como todos los hijos de Strathspey tendía a ser demasiado pasional y explosivo.

Pasó junto a Enid sin que lo mirase siquiera. Sonrió al pensar en ella, una niña que había crecido entre algodones y que creía ser una entendida en caballos. Estaba claro que por eso había aceptado acompañar a Elizabeth. No creía que las cosas que le gustaban a Elizabeth la hiciesen muy feliz. Le daba una semana. Dos, como mucho. A no ser que su encaprichamiento por Kenneth animase un poco sus días. Por el modo en que lo miraba y la extensión de sus suspiros dedujo que quizá durase un poco más allí.

Se subió al caballo y lo dejó cabecear un poco antes de dirigirlo. Desde niño, había una relación especial entre él y los caballos. Sus hermanos querían montarlos enseguida, pero él les hablaba mucho antes de hacerlo. Quizá por eso, cada vez que vendían uno de ellos sentía que perdía a un amigo. Le acarició el lomo susurrando sus indicaciones en gaélico con voz profunda y firme, pero sin agresividad. Era bueno dando órdenes, todo el que lo conocía lo sabía. No dejaba resquicio a la duda o a la interpretación, cuando quería que hiciesen algo lo decía con las palabras precisas y exactas.

—Hoy vamos a correr de verdad —le dijo—. Me vas a enseñar de lo que eres capaz.

Lo dirigió hacia el sendero y se alejaron de las caballerizas a buen paso, pero sin llegar a galopar. Hacía una mañana fresca y el cielo estaba despejado. Comenzó a darle indicaciones, unas silenciosas que trasmitía con su propio cuerpo, y otras con órdenes concretas y el tono adecuado. Cada pequeño movimiento, una inclinación del cuerpo, un cambio de peso, era una lección para el joven caballo, una invitación a entender la delicada danza entre el jinete y su montura. Cuando llegaron a campo abierto lo hizo galopar y Óengus pudo disfrutar de una carrera en total libertad. Lo dejó gobernar su propio ritmo y experimentar sus propios deseos,

antes de iniciar el entrenamiento propiamente dicho. A partir de ahí comenzó a llevar las riendas, dándole órdenes concretas para conservar la energía y actuar con perspectiva. Lo llevó a un terreno más accidentado y lo hizo atravesar el río. Y fue precisamente al regresar, cruzando el río, cuando la vio al otro lado, esperándolo.

—Magnífica exhibición —dijo Aileen colocándose a su lado cuando Óengus estuvo lo bastante cerca. Al ver que Lachlan no respondía siguió hablando—. Un extraordinario ejemplar, le pediré a Cameron que lo compre.

Lachlan seguía sin decir nada y de no ser porque Óengus estaba agotado se habría alejado de allí al galope. Aileen era muy lista seguro que lo había visto al llegar, pero se había mantenido alejada hasta el que consideró el momento preciso.

—¿No vas a hablarme siquiera? Me castigas porque no hay testigos. Eres muy malo, Lachlan McEntrie.

—Aileen, ¿qué quieres? —La enfrentó deteniendo a su caballo.

—Ya lo sabes.

—¿Y tu marido? ¿Lo sabe él?

Ella mostró una expresión infantil que en el pasado le dio muy buenos resultados con él.

—Cameron no me hace feliz —musitó.

—Es tu marido, díselo a él. —Puso el caballo en marcha de nuevo.

—Lachlan, no seas tan duro conmigo. ¿Es que acaso no vas a perdonarme nunca? Ya te he dicho un millón de veces que lo que pasó con Kenneth fue un error.

Él apretó los dientes y respiró hondo para controlar sus nervios, pero no dijo una palabra.

—Fue muy perverso por su parte hacer que te avisaran. No deberías haberte enterado.

Lachlan le dirigió una mirada helada que habría congelado el río de haber estado cruzándolo en ese momento.

—¿Él te parece perverso? ¿Y qué opinas de ti?

—Soy una mujer débil, me dejo engañar fácilmente.

El escocés torció su sonrisa con expresión sarcástica.

—¿Tú dejarte engañar? Eres la mujer más manipuladora que he conocido en mi vida.

Aileen estiró el brazo y lo agarró de la camisa.

—Hablemos, Lachlan. Baja del caballo y te demostraré…

—¿Qué? ¿Que puedes hacerme perder la cabeza? ¿Es eso lo que pretendes?

—Todavía me amas —dijo ella con fiereza—. Lo veo en tus ojos cuando me miras, no puedes negármelo. Y me deseas, eso también lo veo.

—¿Por qué habría de negarlo? Estaba dispuesto a casarme contigo, a pesar de lo mucho que me advirtieron para que no lo hiciera. Pero tú elegiste traicionarme, y no con cualquiera, con mi hermano.

—Kenneth era tan… peligroso. No pude resistirme.

—Siempre te interesó, no finjas. Me aceptaste a mí porque él no daba el paso.

—¿Te crees que no habría podido tenerlo de haber querido? —le espetó furiosa—. ¡Se acostó conmigo un mes antes de nuestra boda!

—Lo hizo para abrirme los ojos, Aileen —dijo en tono compasivo—. ¿Cuándo vas a aceptarlo?

—Nunca, porque es mentira. Él me deseaba, me lo demostró con creces aquella noche.

Lachlan apretó las riendas en sus manos y la miró con tal rabia que a Aileen le pareció ver

llamas en sus pupilas.

—¿Por qué tenemos que hablar de aquello? Todo eso es agua pasada. Yo solo quiero que nos llevemos bien. Quiero ser tu amiga.

—Quieres que rompa mis propias reglas —dijo él con cansancio—. Quieres doblegarme. Si te dejara acabarías por destruirme del todo. Pero no soy tan imbécil como crees, no voy a caer en ninguna de tus trampas. Ya no tienes poder sobre mí, así que déjame en paz de una vez.

—¡Jamás! —gritó cuando él inició el galope—. ¿Me oyes? ¡No te dejaré jamás!

Lachlan no se detuvo y ella lo observó alejarse con una mezcla de rabia e impotencia. Cuanto más la rechazaba más lo deseaba. Siempre lo había deseado, pero lo tenía tan seguro, comiendo de su mano… Nunca pensó que lo perdería. Creyó que podía tenerlo todo. ¿Cómo podía ser tan fuerte? Odiaba su integridad y sus escrúpulos. Todo sería mucho más fácil si se pareciese un poco más a Kenneth.

—Juro por Dios que haré lo que haga falta para que seas mío. Tengo que verte rendido ante mí suplicando mis caricias, y no pararé hasta conseguirlo. —Tiró de las riendas y regresó. Tenía mucho en lo que pensar y muchos hilos que mover.

Capítulo 5



Hacía una semana que habían llegado a Lanerburgh y Elizabeth observaba a Enid, que permanecía de pie frente a la ventana mirando hacia el exterior, mientras ella bordaba en su butaca.

—¿Por qué no te sientas un rato conmigo y charlamos, Enid?

La joven se acercó sin prisa y se sentó frente a ella con expresión aburrida.

—¿Quieres que salgamos a dar un paseo? —preguntó Elizabeth dejando la aguja.

—Ya hemos salido esta mañana. No tienes por qué cambiar tus costumbres por mí.

Elizabeth respiró hondo y después de unos segundos sonrió.

—Te aburres.

—No… —mintió.

—Ya lo creo que sí. —Dejó la labor en su cesta y la miró resuelta—. Enid, no quiero que te guardes nada, no te he traído aquí para que lo pases mal. Cualquier cosa que te ocurra debes decirme…

—Me aburro. Mucho. No te enfades, Elizabeth, pero no me gusta bordar, no me ha gustado nunca. Ya sé que es una ocupación muy femenina, pero… —Miró hacia la ventana.

Elizabeth frunció el ceño confusa, no tenía ni idea de lo que le pasaba por la cabeza a esa muchacha.

—Me gustan los caballos —dijo sin más.

—Lo sé.

Enid la miró de frente.

—En realidad, por eso quise venir. Pensé…

Su amiga estaba cada vez más confusa y se dio cuenta de que necesitaba más información.

—A ver, Enid, vamos a dejarnos de rodeos y hablemos como dos buenas amigas, ¿te parece bien? Habla sin temor. No voy a enfadarme, digas lo que digas.

Enid se mordió el labio, no estaba para nada convencida de eso.

—¿Seguro?

Elizabeth sonrió para tranquilizarla y le hizo un gesto con la mano animándola a hablar.

—Me gustan los caballos —repitió sin saber cómo empezar—. Me gustan mucho.

—Creo que eso ha quedado claro.

—Tanto que a veces me disfrazaba de chico y…

—¿Qué?

—Esto solo lo saben Marianne, Elinor y Harriet, pero ellas son mi hermana y mis mejores amigas, así que podríamos decir que no cuentan. Bueno, también lo sabe mi hermano, pero desde hace poco porque le pedí que me inscribiera en una carrera. ¿Ves? Ya tienes esa cara.

—¿Qué cara?

—Esa. —La señaló—. Piensas que te voy a meter en problemas.

Elizabeth sonrió abiertamente.

—Tengo cinco sobrinas bastante reacias a adaptarse a las normas —dijo como respuesta—. Estoy acostumbrada a que me metan en problemas.

Enid sintió que sus músculos se relajaban.

—¿De verdad quieres que sea sincera?

—Por supuesto, Enid. Me decepcionaría mucho que no lo fueras.

—Bien, cuando me propusiste venir como tu dama de compañía, no me atrajo mucho la idea, la verdad. —Se mordió de nuevo el labio sintiéndose mal por ella—. No te lo tomes a mal, pero ya te he dicho que no me gusta bordar.

Elizabeth no pudo evitar reírse, al parecer pensaba que eso era lo único que ella hacía.

—Pero entonces pensé en los caballos. Sabía que los McEntrie criaban purasangre. He visto a algunos de ellos ganar carreras y te aseguro, Elizabeth, que son impresionantes.

—¿También te gustan las carreras?

Enid asintió.

—Pero lo que más me gustaría sería… participar en ellas.

Elizabeth abrió los ojos y la boca con enorme sorpresa.

—Pero eso no es posible.

—No, si eres mujer —dijo Enid con expresión pícara—. Pero eso puede arreglarse.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, tu sobrina Harriet no es la única que se disfrazaba de chico. De hecho, creo que fui yo la que le dio la idea para poder subirse a aquel barco.

—¿Te vistes de muchacho para participar en carreras? —preguntó ignorando el otro tema—. Pero… ¡Enid!

—¿Has montado alguna vez a horcajadas con un vestido como este? —preguntó poniéndose de pie para enseñárselo—. Se sube hasta aquí y es incómodo y poco… adecuado.

—¿Poco adecuado? Desde luego.

—Al principio seguí el consejo de Elinor y me ponía unos pantalones de hombre debajo del vestido. Pero, aun así, seguía resultándome incómodo. Sobre todo si quería correr de verdad.

—¿De verdad?

—Soy muy rápida —afirmó con orgullo y volvió a sentarse—. Así que hice que me confeccionaran trajes especiales, como el que llevaba el día que llegué. No son muy bonitos, pero tienen unos pliegues que me permiten montar a horcajadas sin mostrar demasiado de mis pololos y evitar así que a mi madre le dé un vahído.

—No me resulta difícil de entender, la verdad.

—Pero no dejan participar en carreras a mujeres, se pongan lo que se pongan. Así que un día se me ocurrió la idea y le pedí al mozo de cuadras que me consiguiese ropa como la que él llevaba, pero de mi tamaño.

—¿Metiste al mozo de cuadras en esto?

—En ese entonces yo estaba perdidamente enamorada de él —dijo asintiendo.

—¡Enid! —Elizabeth se echó a reír a carcajadas. Era demasiado para asimilarlo de otro modo.

—¿Has visto a Adam? Es guapísimo… Pero, tranquila, ya se me pasó. Según tus sobrinas tengo facilidad para enamorarme y desenamorarme.

Elizabeth había oído hablar de eso, pero lo del mozo de cuadras no lo sabía.

—Me resultó tan cómodo vestirme como ellos que tengo varias mudas completas de hombre

en mi guardarropa.

—Y, ¿cuándo te la pones?

—Solo he participado en dos carreras, pero no eran importantes.

—No me lo puedo creer —se rio Elizabeth—. ¿Aceptaste venir porque pensabas vestirte de chico y participar en carreras aquí en Escocia?

Enid se encogió de hombros.

—Con que me dejaran ayudar con los caballos me conformaría. Pero esos McEntrie… —Se arrodilló a su lado y le cogió las manos mirándola con ojos de corderillo—. ¿No podrías pedirles que me permitan estar en las caballerizas? Podría cepillar a los caballos, darles de comer… Tengo brazos fuertes, hay muchas cosas que puedo hacer. Y quizá… me dejen montar… alguna vez.

—Pero, eres la hija de los duques de Greenwood, ¿cómo vas a trabajar en las cuadras?

—Estoy segura de que si hablas con Dougal él lo arreglará. Es el mayor, los demás me aceptarán si él… ¡Oh, Elizabeth, por favor…!

—Es una responsabilidad, Enid, entiéndelo. Tu madre te dejó a mi cargo… ¿No te gusta leer? Tenemos una gran biblioteca y…

Enid mostró su decepción y se levantó del suelo derrotada. Tampoco es que creyese que iba a ser posible convencerla, pero aun así no había podido evitar ilusionarse con la idea.

—Tranquila, no te preocupes. Tienes razón, debería leer más. De hecho… —dijo caminando hacia la puerta—. Voy a ver si encuentro algún libro que me guste. ¡Hay tantos!

Salió del salón sin dar opción a Elizabeth a decir nada y una vez fuera se mordió el labio tratando de contener las lágrimas. No quería que la viese llorar, eso sería injusto. La había

llevado allí con buenas intenciones y odiaba mostrarse como una desagradecida. Debería estar contenta y disfrutar de su compañía y sin embargo, lo único que podía demostrar era su enorme decepción. Hacía una semana que estaba en Escocia y ya se moría del aburrimiento, pero tendría que aguantarse y aceptar las cosas como eran. Iba a permanecer allí al menos hasta Navidad. Era lo justo después de haber convencido a sus padres de que la dejaran marchar. Marianne se había ido a vivir a Calcuta después de su boda con Harvey y a ella no se le ocurrió otra cosa que pedir que la dejaran marcharse con Elizabeth y Dougal a Escocia. Para su madre no había sido nada fácil aceptar que iba a vivir una buena temporada sin ninguna de sus hijas. No volvería antes de tiempo para que la tildaran de inconstante e inmadura.

—¡Oh! —exclamó sorprendida. Levantó la mirada y se topó con los burlones ojos de Kenneth McEntrie—. Perdón, estaba distraída.

—Ya lo veo. Debe ser que mis botas no hacen el suficiente ruido, la próxima vez golpearé más fuerte con ellas.

—Oh, no te molestes. —Habían dejado los formulismos para tratarse con familiaridad—. Cuando me distraigo no sería capaz de oír una gaviota chillándome en la oreja.

—Lo tendré en cuenta cuando tenga prisa. ¿Ibas a alguna parte?

—A la biblioteca —dijo con aburrimiento.

—Está claro que te entusiasma la idea —se burló él.

Enid se encogió de hombros y él amplió su sonrisa.

—He venido a cambiarme de ropa para ir a Lanerburgh a recoger un pedido. ¿Te apetece acompañarme? —La miró de arriba abajo—. ¿Puedes montar con ese vestido? No parece igual al que me mostraste.

Enid no fue capaz de disimular lo mucho que le apetecía.

—Me cambio en un instante —dijo echando a correr hacia las escaleras.

Kenneth asintió sonriendo y la siguió a buen paso. Ninguno de los dos se percató de la presencia de Lachlan y el escocés no hizo el menor intento de revelarla.

Kenneth fue encantador con ella. Enid no lo sabía, pero el tercero de los McEntrie era un seductor nato, estaba acostumbrado a tratar con las damas de modo que siempre se sentían con él como si fueran la reina de Inglaterra. Y ella no estaba preparada para defenderse, era demasiado inexperta e inocente. Kenneth, por su parte, se estaba divirtiendo. Observaba cómo se ruborizaba o desviaba la mirada a su antojo, cómo la manejaba sin apenas esfuerzo. En algún momento se sintió un poco mal, estaba claro que la joven no se percataba de ninguna de sus sutilezas. Ni del roce casual de sus dedos sobre su piel. Era como estar con una niña que acaba de llegar de un lugar remoto y no conoce las costumbres del lugar. No había disimulos ni subterfugios con ella.

El hecho de no tener hermanas y que prácticamente todas sus relaciones femeninas tuvieran una clara intención carnal lo habían insensibilizado a la hora de mantener una relación fraternal con una mujer. A excepción de Augusta O'Sullivan, única a la que llamaría amiga sin dudarlo. Pero Augusta era una *rara avis* y no había sitio más que para una en el universo de Kenneth McEntrie. Bueno, dos, contando a Elizabeth, aunque ella era más una hermana.

Enid, por su parte, luchaba con todas sus fuerzas por no pensar en lo atractivo que le resultaba, en lo educado y galante que era, en lo mucho que sabía de caballos y en que contestaba con suma amabilidad y detalle a todas sus preguntas sobre el manejo de los caballos sin que pareciese agobiarle o irritarle su insaciable curiosidad.

Al regresar, Kenneth la llevó hasta el camino que bajaba a la playa y cuando estuvieron sobre la arena la animó a desmontar. Enid no se hizo de rogar y contempló el mar con expresión emocionada.

—Es impresionante —dijo al mirar hacia lo alto de los acantilados.

—Debes tener cuidado. Nunca vengas por aquí sola —advirtió Kenneth—. Elizabeth ya te habrá contado…

Enid asintió con expresión asustada.

—Lo de su rescate, sí. ¡Qué miedo debió de pasar! Con el mar subiendo y sin ninguna escapatoria. Si no hubiera sido por vosotros…

—Pasamos todos un buen susto, sí.

—No pienso bajar aquí sola. El mar me provoca mucho respeto, aunque sé nadar.

—¿Sabes nadar?

Enid asintió sonriente.

—De pequeñas, las cuatro solíamos ir a nadar a lago en verano. Harriet, Elinor, Marianne y yo. Nos acompañaba la madre de Harriet y Elinor, porque la nuestra se ponía muy nerviosa. Si hubiese sido por ella jamás haríamos aprendido a nadar.

Kenneth asintió, conocía a la baronesa y sabía que era una mujer apacible y serena, perfecta para ocuparse de cuatro revoltosas niñas.

Siguieron avanzando para atravesar la playa.

—Supongo que vosotros sabéis bien cuándo suben la mareas —dijo mirando hacia el mar con cierto temor.

Kenneth sonrió.

—Tranquila, hoy no habrá luna.

—Me aterra la idea de morir ahogada. Bueno, en realidad, me aterra la idea de morir de cualquier forma, claro, pero ahogada…

Caminaron en silencio un trecho mientras Kenneth iba dándole vueltas a una idea.

—Deberíamos encontrar un caballo para ti. Uno que se amolde a tu personalidad y con el que te sientas a gusto.

Enid miró la yegua que sostenía de las riendas, se había sentido muy cómoda con ella.

—No, Ealain no puede ser. La hemos vendido y vendrán a buscarla en un par de días, pero seguro que encontramos otra montura perfecta para ti. —Sonrió y a Enid le pareció que el sol brillaba un poco más esa mañana.

Capítulo 6



Los días que siguieron a esa visita al pueblo fueron un galimatías desconcertante para Kenneth. Enid tan pronto se hacía la encontradiza con él como lo evitaba por completo y sin justificación. Llegó un momento en el que no sabía si sonreírle o ignorarla, dado que su reacción a cualquier de los dos gestos era del todo imprevisible y siempre sorprendente.

La mañana después de que Dougal les anunciase durante la cena que Enid iba a pasar tiempo en las caballerizas, la vieron aparecer vestida con ropa de muchacho y el pelo recogido dentro de una gorra. Al principio se quedaron confusos, pero enseguida rompieron todos a reír, excepto Lachlan que permaneció estupefacto un buen rato.

—¿Qué pasa? ¿No habéis visto nunca a una chica con pantalones? —preguntó poniéndose las manos en la cintura—. Lo primero que querría hacer sería elegir un caballo para mí, ¿os parece bien? Voy a estar aquí meses y será más cómodo si sé qué caballo debo montar.

Seguían mirándola con expresión divertida y ella soltó el aire como un caballo haciéndolos reír aún más.

—Moverse por aquí es muy complicado con un vestido, deberíais probarlo.

—Sobre todo si tratas de saltar un muro —dijo Ewan.

—O te caes en una zanja —añadió Brodie.

—Tendríais que señalizarlas —dijo ella con expresión severa—. Podría haberme roto algo en esa caída.

Caillen se acercó sonriente y tiró un poco de la gorra para colocársela.

—¿Elizabeth te ha visto?

Enid asintió burlona.

—Elizabeth no se escandaliza fácilmente.

—Aun así —intervino Lachlan—, me habría gustado ver su cara.

—Dejadla en paz —dijo Ewan acercándose para cogerla de la mano—. Ha estado ayudándonos incluso con esos vestidos y todos sabemos que tiene razón. Caillen puede ayudarte luego a escoger caballo. ¿Ahora te vienes conmigo? Tengo que revisar un montón de pezuñas.

Los dos se marcharon juntos y el resto siguió con sus tareas aún con una sonrisa en los labios. Kenneth los observó un poco más mientras se alejaban hacia el cercado donde pastaban los caballos y no se percató de que Lachlan lo observaba a él con una enigmática sonrisa.

—¿Por qué se llevan tan mal Kenneth y Caillen? —preguntó Enid mientras le sostenía la pata doblada al caballo para que Ewan le revisara la pezuña.

—Viene de muy lejos —respondió echando la espalda hacia atrás para estirarse—. Desde que eran críos.

—¿Es porque son de madres distintas? —preguntó con cierta timidez, no quería parecer una chismosa, pero llevaba ya bastantes días en Lanerburgh y le podía la curiosidad.

—Nuestro padre se ha casado tres veces, también yo soy de una madre distinta. —Negó con

la cabeza—. Lo de Kenneth con Caillen es algo… inexplicable, es como si vivieran permanentemente buscando motivos para llevarse mal. —Salieron del cercado y Ewan cerró tras él—. Quizá es por el modo en que sucedieron las cosas con su madre. Nuestro padre aún estaba casado con Constance cuando…

—Constance era la madre de Dougal y Caillen.

Ewan asintió.

—Cuando Constance murió, padre se casó con Alana, pero por lo que cuentan ella nunca fue feliz aquí. Aun así, Kenneth era muy pequeño, no puede acordarse de nada. Es culpa de los MacDonald, como siempre.

—He oído hablar de ellos —dijo caminando a su lado de vuelta a las caballerizas.

—No te acerques a esa familia —recomendó él con una sonrisa cómplice—. Los únicos MacDonald que valen la pena, no están aquí, así que mantente alejada de ese castillo y de sus tierras.

Enid asintió, pero desvío la mirada para que no leyese en ella la curiosidad que le provocaba aquella prohibición que tanto había escuchado desde que llegó a Escocia.

—Si saben que esos MacDonald son sus enemigos ¿Cómo pueden escuchar lo que dicen?

—Créeme, no es fácil resistirse a las artimañas de Bhattair y sus hijos. En cuanto a mis hermanos… —Se encogió de hombros—. Han alimentado tanto esa mala relación que al cabo de los años se han dado motivos reales para estar enfrentados.

—Entiendo —musitó pensativa—. El pez que se muerde la cola.

—Eso es.

Enid movió la cabeza pensando en lo estúpidos que podían llegar a ser los seres humanos.

—Kenneth ha hecho algunas cosas muy… feas —dijo Ewan—. Es mi hermano y le quiero, pero no voy a negar lo evidente. Aun así, no me gusta hablar mal de él, así que preferiría cambiar de tema, si no te importa.

Enid sonrió al tiempo que asentía.

—Eres un buen médico de caballos.

—Quiero ir al *Royal Veterinary* en Londres, pero mi padre es reacio a dejarme marchar. Sé que podría aprender mucho más y más rápido allí, pero… —suspiró.

Enid sonrió al tiempo que asentía.

—Conozco a alguien que cree que entre un deseo y su ejecución tan solo hay una determinada carga de persistencia.

Ewan frunció el ceño sin comprender y la sonrisa de Enid aumentó.

—Lo decía Elinor cada vez que alguien le negaba el derecho a hacer algo. «Insistencia debería ser mi segundo nombre» —dijo imitando su voz.

Ewan sonrió también y asintió.

—Ya veo. Opinas que no debería ceder.

Los ojos de la joven se habían fijado en Lachlan que estaba de pie junto a un precioso caballo marrón al otro lado del cercado.

—Siempre habla con los caballos —dijo en un susurro.

Ewan supo que la había perdido y se despidió con un gesto de su mano. Lachlan la oyó llegar, pero no se giró a mirarla y siguió susurrando en gaélico al oído del caballo. Enid escuchó embelesada aquellas palabras que no entendía, la voz del escocés era dulce y sedosa y se enroscaba a su alrededor como un delicado lazo que tiraba de ella suavemente.

—Se llama Ciaran —dijo de pronto mirándola de soslayo.

—¿Qué significa?

—Pequeño oscuro —dijo acariciándolo.

Enid asintió ligeramente, el caballo no era muy grande, aunque tenía algo en su porte que lo dotaba de dignidad. Su pelo era de un marrón rojizo y sus crines fluían como hilos de cobre. Tenía fuerte musculatura y estaba convencida de que sería un gusto montarlo.

—No deja que nadie lo monte —explicó Lachlan como si leyera su pensamiento.

—¿Por eso le hablas? Se que hacéis eso para ganaros su confianza.

Él asintió y le hizo un gesto para que entrase en el cercado. Enid no se hizo de rogar y en unos segundos estaba a junto a él.

—Ve al otro lado —dijo Lachlan sin apartar la mirada de ella.

Cuando vio las heridas Enid lanzó una exclamación asustada y rápidamente se tapó la boca para no alterar al caballo.

—¿Como se ha hecho… eso? —preguntó profundamente conmovida.

—Su anterior dueño se divertía torturándolo —dijo él con dureza.

Enid se acercó a Lachlan con una expresión desolada.

—¿Qué? ¿Esto lo han hecho… a propósito?

—No sabría cómo podían hacerlo sin querer —dijo con cinismo.

—¿Y cómo lo salvaste?

—Con un par de puñetazos y dos mil libras —torció una sonrisa.

La observó mientras acariciaba con delicadeza al caballo y sus ojos se entornaron escrutadores. Era una amazona impresionante, con un poco de entrenamiento por su parte podría

ser mejor que él mismo. Adoraba los caballos y les hablaba con tanto afecto y dulzura que no podía evitar la ternura que le provocaba escucharla.

—¿Podría intentar montarlo yo? —preguntó mirándolo un instante antes de volver a prestar toda su atención al caballo.

—No.

—¿No? ¿Por qué?

—Es muy probable que te tire. Más que probable.

Ella lo miraba decidida.

—No me da miedo.

—Pero a mí sí.

—Pero… —Frunció el ceño decepcionada—. Por favor, me gustaría… yo…

—Si quieres ganarte su confianza primero tiene que acostumbrarse al sonido de tu voz, a tu olor y a tu presencia. Darle tiempo. Además, ahora le harías daño, esas heridas aún no han curado.

Enid arrugó los labios como una niña que está a punto de romper a llorar. Se le partía el alma pensar que alguien le había hecho aquello voluntariamente.

—¿Tengo que hablarle en gaélico? —dijo con voz ronca—. Tú le hablabas en gaélico, ¿es lo único que entiende? Puedo aprender. Escribiré unas cuantas palabras y las practicaré todos los días.

—No será necesario. Debe reconocer tu voz y aceptar tu compañía. Solo tienes que ser… tú misma.

Sintió un temblor en el pecho que lo desconcertó. Aquellos ojos mirándolo fijamente con una

expresión inquieta y entregada, brillantes como un río de aguas cristalinas… Se encogió de hombros y se apartó para darle espacio, apoyándose en la cerca y colocando un pie en el travesaño más bajo. Entonces le hizo un gesto con la mano invitándola a dirigirse al caballo.

Enid se colocó de espaldas a Lachlan y, con su voz más dulce, comenzó a hablarle. En un instante se olvidó por completo de que no estaban solos. Habló y habló sin parar de Inglaterra, de su hermana gemela, con la que había estado muy enfadada por marcharse a vivir a la India y dejarla sola. Habló mucho de la soledad que había sentido al perder a Marianne, lo unidas que estaban. Le contó lo agradecida que estaba a Elizabeth por ofrecerle la oportunidad de acompañarla. Y volvió a hablar de su hermana, a la que estaba claro que echaba de menos. También de sus amigas, Elinor y Harriet, las dos Wharton más pequeñas. Lachlan frunció el ceño al escuchar que Harvey Burford, el marido de su hermana, la había cortejado a ella en un principio y que lo rechazó porque no quería vivir en la India.

—A ver, me cae bien, no te equivoques, es un hombre guapísimo y muy inteligente, pero… no era él. No sé si los caballos tenéis estos problemas a la hora de elegir compañera, pero así de complicado es para las nosotras. En cuanto a Harriet y Elinor… están casadas, ¿sabes? Ni te imaginas lo que han cambiado desde que se enamoraron, es como si no fueran ellas. ¡Tendrías que haber conocido a Elinor antes! No sabes lo reacia que era a estas cosas y ahora… Como ves estoy tan sola y perdida como tú, pero encontraremos nuestro sitio, ¿verdad, Ciaran? —Sonrió acariciándolo con más brío—. ¿Quieres que demos un paseo?

Lachlan bajó el pie al suelo al ver que se agarraba a su crin, pero se detuvo al comprobar que solo quería que el animal caminase a su lado. El caballo la siguió sin reserva y eso le arrancó una sonrisa al escocés. ¿Lo había atontado con su imparable charla? ¿O es que había despertado su

curiosidad y el animal no quería quedarse sin conocer el resto de la historia? Porque había más, eso seguro. Frunció el ceño algo desconcertado. La estampa resultaba de lo más pintoresca: La hija de los duques de Greenwood vestida como un muchacho, con una gorra muy poco femenina y hablando de sus cosas con un caballo que había sufrido un maltrato tan brutal que debería estar muerto. Sonrió divertido, tenía que reconocer que esa muchacha era todo un personaje.

Cuando Lachlan lo devolvió a su cuadra pensó que ella regresaría a la casa pues ya era hora de almorzar, pero al salir se la encontró sentada sobre una banqueta, con expresión ansiosa.

—¿Qué haces todavía aquí? —dijo mirándola con los brazos en jarra.

—Quiero pedirte algo.

Lachlan negó con la cabeza.

—Ya te he dicho que aún no está listo para que lo monten.

—Lo sé, pero ya lo has visto, le caigo bien.

—¿Le caes bien? —Frunció el ceño con expresión divertida—. ¿Te lo ha dicho él?

—No, no me lo ha dicho él —respondió molesta—, pero es evidente que le gusto.

—Ah, ¿sí? ¿En qué lo has notado? ¿En que no ha huido como una exhalación agotado por tu incansable charla?

—He hablado mucho, ¿verdad? —Sonrió y su rostro se iluminó—. Pero solo lo hice porque tú lo dijiste.

Lachlan comenzó a recoger algunas herramientas que habían quedado fuera de su sitio después de una mañana de intenso trabajo. Sus hermanos ya estarían lavándose antes de ir al comedor.

—Ciaran es mío y yo decido cuando y quién lo monta.

—Otro de esos. ¿Por qué pensáis que vuestros caballos son una propiedad? ¡Están vivos! Dadles un poco de libertad, por Dios.

Él la miró sorprendido por aquel arranque y después siguió colocando cosas ante su atenta mirada. Revisó que los caballos tuvieran agua y heno y al salir de una de las cuadras casi la arrolla. No se había percatado de que estuviese tan cerca.

—Perdón —dijo ella dando un paso atrás con timidez—. Pero no era eso lo que iba a pedirte. Deberías aprender a escuchar antes de dar las cosas por sentado. Quiero que me dejes encargarme de él. Cuidarlo y sacarlo a pasear.

—¿Sacarlo a pasear? ¿Te refieres a eso que has hecho hoy? Es un caballo, Enid, no un perro.

—Le ha gustado.

—Está claro que tenéis muy buena comunicación —se burló.

—Pues de algún modo sí me lo ha dicho.

Lachlan la miraba entre perplejo y curioso. Se le venían un millón de comentarios a la boca, pero los contuvo haciendo uso de sus buenos modales.

—Se me dan bien los caballos —afirmó rotunda—. Supongo que te has fijado en que monto muy bien.

—¿Quién te enseñó? —preguntó rindiéndose a su curiosidad.

—Al principio mi padre. Y cuando ya sabía lo suficiente mi hermano me ayudó a perfeccionar la técnica.

—¿Tu hermano? ¿El que estaba ciego?

—Sí. Montar sin ver desarrolló sus otras capacidades. Es un gran maestro en todo lo que se propone.

—Y ahora, además, ve.

—Sí, pero fue estando ciego cuando aprendió a usar el *jō* y el arco, a luchar con espada, a boxear… Y también, cuando nos enseñó a Marianne y a mí a cabalgar con los ojos cerrados.

—Una idea muy poco inteligente, si me permites dar mi opinión. —Salió de las caballerizas y caminó hacia el castillo sin esperarla.

—¿Lo has probado alguna vez? —Ella lo siguió dando saltitos para poder alcanzarlo. ¿Por qué todos eran tan grandes? Con esas piernas no había forma de caminar tranquila a su lado—. Te sorprenderías de lo que puedes hacer sin ver. Pero cuando regresó de su viaje por Oriente…

—Viajó por Oriente estando ciego —Lachlan se detuvo y la miró sorprendido—. ¿Quería oler el paisaje?

—Muy gracioso. Allí aprendió mucho, gracias a Bayan.

—¿Quién?

—Un monje ciego que lo enseñó a usar el *jō*. El *jō* es un palo que sirve para luchar. Otro día te cuento la historia.

—De eso no me cabe duda —dijo volviendo a caminar—. Supongo que no haría ese viaje solo.

—No, William iba con él, son muy buenos amigos, junto con Edward, aunque a él no lo conoces.

—¿Conozco a…? ¡Ah, ese William!

—Sí, ese —sonrió ella—, el que vino para pedirle a Elizabeth que se casara con él cuando en realidad ella ya estaba casada con tu hermano. Los tres son amigos desde niños.

—¿Los tres?

—Alexander, William y Edward, te lo acabo de contar. Edward es el marido de Emma Wharton. Habrás oído hablar de Emma porque Elizabeth y ella están muy unidas.

El rostro de Lachlan manifestaba que estaba recibiendo demasiada información que no había pedido y aceleró el paso como si quisiera librarse de ella. Enid se mordió el labio instándose mentalmente a reducir su tendencia a dar demasiados datos y corrió para seguir su ritmo.

—La cuestión es que soy una muy buena jinete —dijo al llegar a su lado—. Adoro los caballos, siempre me han gustado, y me encantaría poder cuidar de Ciaran y algún día muy, muy lejano —aclaró—, montarlo.

Él sonrió sin poder evitarlo y ella le devolvió la sonrisa.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó curiosa—. Me gustaría conocer la historia completa. ¿Ese hombre horrible estaba con él? Supongo que le golpeaste. ¿Le golpeaste? Se merecía una buena paliza, desde luego.

—¿Nunca te cansas de hablar? —preguntó él con expresión severa, pero enseguida respondió a sus dudas—. Escuché los relinchos lastimosos de Ciaran, los seguí, y vi a Duncan con el látigo en la man…

—¿Sabes el nombre del individuo? ¡Entonces hay que denunciarlo!

—¿Denunciarlo por golpear a su caballo? —preguntó sorprendido.

—¿Puede hacerlo?

—Era suyo. Podría matarlo si así lo quisiera.

Enid abrió tanto los ojos que Lachlan temió que si estornudaba en ese momento se le saldrían de sus cuencas.

—Le dije que parase y él, por supuesto, me dijo que me metiera en mis asuntos. Tuvimos un

intercambio de opiniones… silenciosas.

—¿Silenciosas?—Lachlan le mostró los puños—. ¡Ah, eso! ¡Bien hecho!

—Y entonces le ofrecí mil libras por él. Duncan pidió dos mil, yo acepté y fin de la historia.

—Ese Duncan, ¿vive cerca de aquí? Me gustaría verle la cara y decirle lo que…

—Ni te acerques a él. Es un MacDonald.

Enid abrió mucho los ojos.

—¿Duncan MacDonald era quien torturaba a Ciaran?

Lachlan asintió una vez.

—¡Será desgraciado! Ahora entiendo que Elizabeth me previniera contra los MacDonald, si los demás son como ese Duncan… ¡Oh, cómo lo odio!

—Buena respuesta.

—Pero… —De pronto su mirada se llenó de confusión—. Chisholm y Bonnie también son MacDonald y me caen muy bien.

—Ellos son diferentes.

Enid lo miró asintiendo.

—Me fiaré de ti. Todo el mundo dice que eres el mejor de los McEntrie, así que sé a ciencia cierta que puedo confiar en ti.

Lachlan se había detenido de nuevo y la miraba confuso.

—¿El mejor de…? —Soltó una carcajada.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—No sabía que hubiese una categoría. El mejor de los McEntrie —dijo pensativo—. Supongo que quieres decir que soy el que menos ruido hace.

—Siempre tiene que haber uno mejor. En mi caso es Marianne.

—Que es tu gemela, y por lo tanto… —Había un deje burlón en su voz.

—¿Por qué todo el mundo piensa que por ser gemelas somos iguales? No lo somos.

—Ah, ¿no?

—Desde luego que no. Nos parecemos, es cierto. Para ser honesta, somos igualitas físicamente, pero ahí acaba todo el parecido.

—Ah, ¿sí?

Enid frunció más el ceño.

—¿Te estás burlando?

—¿Yo? ¡Dios me libre!

—Te estás burlando. Pues que sepas que es una cosa muy fea burlarse de los demás.

—Lo cierto es que me haces mucha gracia. Y no suelo reírme mucho… —enmudeció de repente.

La curiosa mirada de Enid le advirtió de que había hablado demasiado. Echó de nuevo a andar dispuesto a no detenerse más.

—No me has contestado —dijo alcanzándolo de nuevo—. ¿Me dejas que cuide de Ciaran? Por favor, por favor, por favor.

—Está bien, puedes hacerlo —aceptó—. Y te dejaré que lo montes dentro de mucho, mucho, mucho tiempo, pero solo estando yo presente.

Enid empezó a dar palmas y su expresión de felicidad provocó una extraña calidez en el pecho del escocés.

—Nada de montarlo por tu cuenta.

Ella asintió con expresión inocente y levantando la palma de su mano sentenció:

—Prometido.

Capítulo 7



—En serio, el caballo ya ha leído más libros que Kenneth, estoy seguro —decía Caillen durante la cena una semana después—. Es gracioso ver cómo la sigue a todas partes como un perro.

—Como un perro, no —dijo Enid—. Ciaran merece un respeto, Caillen.

—Los he visto juntos —reconoció Elizabeth—, y debo decir que es todo un espectáculo.

—No podéis dejar que lo monte —advirtió Brodie—, ese caballo está mal de la cabeza.

—¿Crees que es peligroso, Lachlan? —preguntó Dougal mirando a su hermano muy serio.

—Mientras no intente subirse a él, no le hará ningún daño. Y no va a montarlo sin mi permiso, ¿verdad, Enid? —dijo mirándola con fijeza.

Ella negó con la cabeza y volvió a fijar la vista en el plato. No quería que viese en sus ojos lo mucho que le costaba cumplir su promesa.

—Si habéis acabado de hablar de Ciaran —intervino Craig con una sonrisa burlona—, Elizabeth tiene algo interesante que deciros.

Los hermanos la miraron ansiosos. Llevaban meses esperando recibir el anuncio de un embarazo y empezaba a ser preocupante la falta de noticias al respecto.

—No es eso —dijo molesta—. Dejad de mirarme así cada vez que llamo vuestra atención

para cualquier cosa.

Unos bajaron la mirada y otros la desviaron con expresión culpable.

—Cuando esté embarazada seréis los primeros en saberlo… —La mirada de su esposo la hizo sonreír—. Los segundos, quiero decir. Los duques de Sutherland nos han invitado a su baile de…

—Pffff… —Ewan lanzó un bufido sin poder contenerse—. No contéis conmigo.

—Vamos a ir —dijo Elizabeth con una expresión que no dejaba resquicio por el que escaparse—. Sois cinco jóvenes sin compromiso, debéis relacionaros con las señoritas adecuadas para poder…

—Nosotros solo nos relacionamos con señoritas «muy adecuadas» —la interrumpió Kenneth con una sonrisa burlona.

—Elizabeth se refiere a mujeres solteras, Kenneth, solteras y sin compromiso —dijo Caillen con ironía.

—A lo mejor consigue encontrar una para ti —respondió el otro con el mismo tono—. Quizá ella sea capaz de adivinar lo que te gusta, reconozco que para mí eres un completo misterio.

—¿Nos vas a buscar esposa? —intervino Brodie rápidamente para evitar que aquello llegara a donde acababan siempre esas discusiones.

—Alguien tiene que hacerlo —respondió su cuñada con semblante serio, demostrando que no se tomaba el asunto a la ligera.

—¿Nosotros? —insistió Kenneth.

—A vosotros no se os ha dado muy bien hasta ahora, ¿verdad?

—No es tan fácil —dijo Ewan arrugando el ceño—. Las mujeres sois demasiado

complicadas.

—Pues para eso estoy yo, para hacéroslo más sencillo. No es bueno que un hombre esté solo y vosotros ya habéis esperado suficiente. Vuestro padre me ha dado carta blanca en este tema.

—Y vais a obedecer sin protestar —añadió Craig.

—Este verano acudiremos a todos los eventos a los que se nos invite y espero total colaboración por vuestra parte. —Los miró expectante—. No voy a obligaros a casaros con nadie que no os guste, no temáis, pretendo daros opciones interesantes y solo os pido que las toméis en consideración.

—No somos niños —dijo Ewan arrugando el gesto.

Elizabeth lo miró enarcando una ceja.

—Exacto. Ya sois hombres hechos y derechos, por eso necesitáis formar una familia, ¿o es que acaso pretendéis esperar a ser viejos para buscar esposa y sentar la cabeza?

—El primero debería ser Caillen, ya que es el mayor —insistió Ewan—. Yo estoy al final de la lista.

—Caillen y Kenneth tienen la misma edad —apuntó Brodie uniéndose a su hermano.

El mencionado apretó los labios, odiaba que le recordaran ese detalle.

—Elizabeth solo quiere ayudaros —dijo Dougal comprensivo—. A ella le resultará más fácil presentaros a jovenes agradables y de buena familia con las que podáis relacionaros. Pero nadie os va a obligar a nada, la última palabra es vuestra.

—Menos mal que lo has aclarado —masculló Kenneth de malhumor.

A Enid se le escapó una risita y los cinco la miraron molestos.

—¿Te hace gracia? —preguntó Ewan.

—Mucha —afirmó la joven sin disimulo—. Me alegra ver que no solo nos pasa a nosotras.

—No creo que sea lo mismo —dijo Brodie—. Una mujer necesita casarse.

Enid frunció el ceño, no podía rebatírselo, aunque querría.

—Menudo verano nos espera —musitó Ewan.

—Será divertido —dijo Elizabeth con una cálida sonrisa—. Lo prometo.

—Menudas caras —dijo Dougal burlón—, cualquiera diría que tenéis miedo.

Los cinco centraron su vista en el plato fingiendo no saber de lo que hablaba.

—Bien, tema zanjado —dijo Craig—. Ahora contadme que novedades hay respecto a la venta de Dubh.

Casi todos sus hijos recuperaron el habla y enseguida la conversación fluyó por temas mucho menos pedregosos. Pero a Enid no le pasó desapercibido el mutismo de Lachlan, ni su mirada perdida en quién sabe qué pensamientos.

Después de la cena pasaron al salón. Elizabeth se sentó en la preciosa butaca, regalo de boda de Violet O'Sullivan, la mejor amiga de la madre de Dougal y Caillen, y siguió con su bordado mientras los demás se entretenían charlando o jugando. Dougal y su padre tenían una partida de ajedrez a medias y Kenneth jugaba a las cartas con Brodie. Enid se acercó a Ewan que leía uno de sus libros de medicina animal y miró por encima de su hombro un rato, pero le pareció de lo más aburrido. Miró a su alrededor y vio que Caillen también leía.

—¿Qué lees? —dijo sentándose a su lado en el sofá.

—*El castillo de Otranto*, de Horace Walpole —respondió amable—. ¿Lo conoces?

Enid negó con la cabeza.

—No soy una gran lectora, disfruto leyendo, pero soy demasiado impaciente para

permanecer sentada mucho tiempo. Lo último que he leído es *Orgullo y prejuicio.* No puedo decirte el nombre de su autora porque firma como «una dama». Lo leí por la insistencia de Katherine, mi cuñada, que a su vez lo leyó obligada por Emma, su hermana.

Caillen sonrió divertido y cerró el libro consciente de que no iba a poder seguir leyendo.

—¿Y qué te pareció? —preguntó.

—¡Oh! Me gustó, la verdad. Es el segundo libro que leo de esa misteriosa dama, pero diría que este me gustó más que el otro. Lo cierto es que tuve sentimientos encontrados con Mr. Darcy, en su primera novela. ¿Lo has leído? Me interesaría conocer la opinión de un caballero.

—Caillen, eres un caballero —se rio Brodie.

—Todos sois muy educados y elegantes —afirmó Enid muy seria—. Podríais pasar perfectamente por miembros de la corte.

—¿A que sí! Yo siempre lo digo —Brodie se enderezó en la silla orgulloso.

Enid se dispuso a jugar a algo a lo que su hermana y sus amigas las Wharton estaban muy acostumbradas.

—Caillen podría ser conde —dijo pensativa observando su firme mentón y el brillo plateado de sus ojos—. Serio y circunspecto, escucharía al regente con expresión inteligente esperando el momento de participar en la conversación.

—¿Y yo? —preguntó Brodie al que no le apetecía esperar su turno.

—Tú podrías ser conde también y un miembro destacado de la cámara —fantaseó Enid poniéndose de pie—. Tus discursos serían interesantes y audaces, pondrías a tus adversarios en serios problemas. —Se detuvo junto a la mesa en la que jugaban Kenneth y Ewan fingiendo ignorarla—. Kenneth sería el *laird* de los McEntrie. Gobernaría a su gente con mano firme y

justi…

Caillen lanzó un gruñido que hizo que su hermano levantara la vista de las cartas que sostenía.

—Parece que hay quién no está de acuerdo con el papel que me has otorgado en tu narración, Enid —dijo con tono frío.

—Es mi fantasía y solo yo puedo opinar sobre ella —dijo resuelta y desvió la mirada hacia Ewan—. Tú serías vizconde y el veterinario más prestigioso de Reino Unido. Todo el mundo querría que reconocieses a sus caballos…

—Vizconde es menos que conde —dijo Ewan frunciendo el ceño—. ¿Por qué Brodie sería conde y yo no?

—Un *laird* también es menos que un conde —dijo Kenneth con tono divertido—, tendremos que aceptar ser los hermanos menos «aristocráticos» de la familia. Quizá es nuestra fina nariz o el hoyuelo de nuestro mentón.

—Yo no tengo ningún hoyuelo —dijo Ewan tocándose la barbilla con expresión confusa.

Enid sonreía divertida.

—Sois como niños, solo pensáis en competir.

—¿Y qué título le otorgarías a Dougal? —preguntó Caillen metiendo a su hermano mayor en el asunto.

—Dougal sería el rey de los…

La mirada del escocés la hizo enmudecer. Iba a decir «piratas», pero se calló a tiempo. En realidad ella no debería saber que había sido pirata junto a *Bluejacket*, el ahora esposo de Harriet. Acababa de poner en evidencia a su amiga, que era quién se lo había contado todo. ¿Cómo

esperaba que se callase una historia como esa? Además, todos los presentes estaban al tanto de esa historia.

—A mí no me metáis en vuestros juegos —advirtió muy serio, aunque a Enid le pareció que en sus ojos titilaba una sonrisa—. Jaque mate.

—¡Maldita sea mi suerte! Has vuelto a ganarme —se lamentó Craig cuando Dougal se puso de pie dando por terminada la partida.

—Quizá la próxima vez, padre. —Sonrió burlón caminando hacia su esposa—. Deberíamos retirarnos, Elizabeth, mañana hay que madrugar.

Su esposa dejó inmediatamente la labor en su sitio y se puso de pie para acompañarlo. Los demás fingieron no percatarse de la pícara mirada de Dougal ni del modo impaciente con el que la guiaba hacia la puerta.

—Yo también me retiro —dijo Craig—. No trasnochéis que mañana hay mucho trabajo que hacer. Buenas noches, Enid.

—Buenas noches, señor McEntrie.

—¿Alguien quiere una copa de *drambuie*? —preguntó Brodie levantándose un momento de la mesa en la que jugaba—. ¿Tú un jerez, Enid?

Todos asintieron.

—Te falta Lachlan —dijo Ewan mirándola de frente.

—¿Qué? —preguntó confusa.

—No has dicho nada de Lachlan. ¿Él también es conde?

Enid se fijó en él y lo estudió durante unos segundos antes de responder. Era muy guapo y tenía una mirada intensa y profunda que hacía que se sintiera expuesta y vulnerable ante su

escrutinio. Como Kenneth, tenía un hoyuelo en la barbilla y el pelo oscuro como la noche.

—Lachlan sería… duque.

—¡Duque! —exclamó Kenneth—. Estoy completamente de acuerdo.

—¡Y yo! —gritaron los dos pequeños al unísono.

—Sois idiotas —dijo el mencionado moviendo la cabeza.

—El duque de Lanerburgh… —dijo Caillen con expresión pensativa—. Suena bien, la verdad. Alguien debería hablar con el regente.

—Mejor me voy a la cama que mañana tengo mucho que hacer —dijo Lachlan poniéndose de pie—. Vosotros seguid con vuestros jueguecitos estúpidos.

—No te vayas —pidió Enid con una enorme sonrisa—. También quiero tu opinión sobre Mr. Darcy.

El escocés enarcó una ceja.

—¿Mi opinión? ¿Y por qué crees que tengo una?

—He visto que te gusta leer.

—¿Y crees que he leído a esa dama?

—¿Lo has hecho?

—Lo cierto es que no he tenido el gusto.

Enid procedió a hacerle un resumen de la obra mencionada haciendo hincapié en un momento determinado de la misma que a ella la había irritado especialmente.

—Pues, según tu relato, opino que el señor Darcy actuó mal al hacer semejante proposición —dijo él después de tratar de eludir el tema sin éxito—, pero, dado el título de la novela, y después de escuchar tu apasionado resumen, está claro que era lo que la autora necesitaba para

transmitir su mensaje.

—Entonces ves lógica la reacción de Elizabeth, como yo.

Lachlan asintió sin dejar de mirarla con una sonrisa.

—Por supuesto, totalmente lógica. Aunque en la vida real las cosas no habrían sucedido de ese modo.

—Ah, ¿no? ¿Es que los caballeros no cometen errores al pedir matrimonio?

—Supongo que me preguntas eso porque conoces mi mala actuación al respecto. Sí, cometemos errores, sin duda, pero yo no me refería a eso.

Un silencio espeso se arrastró por el salón y Enid se maldijo por ser tan torpe.

—No pretendía…

—Basándome en tu resumen de la obra, está claro que el señor Darcy es un hombre instruido —siguió Lachlan— y, además, conoce bien a esa señorita Bennet. Cualquier hombre en su sano juicio sabría que no se puede hacer una petición de matrimonio en esos términos a una mujer de esas características, sin recibir un rapapolvo como respuesta. Una mujer inteligente y sensible se vería seriamente ofendida por sus palabras. Y si, además, contase con una afilada lengua, como es el caso, el señor Darcy debería haber adivinado su respuesta.

Enid no pudo disimular su satisfacción, a pesar de la incomodidad que aún sentía por haber metido la pata.

—Opino lo mismo.

—Pero si esa señorita lo amaba, ¿no debería haber visto más allá de sus palabras? —preguntó Kenneth con mirada perversa—. ¿No habláis las jovencitas siempre del amor con devoción y entrega?

Enid lo miró decidida.

—Porque lo amaba se sintió aún más dolida, ya que la ofensa es entonces aún mayor.

Kenneth entornó los ojos.

—¿Sin importar el que ofende?

—No entiendo la pregunta.

—¿Qué pasaría si fuese un rey?

—Sería lo mismo.

—¿Renunciarías a ser reina por una declaración poco acertada?

—Sin dudarlo.

—Lo dices porque sabes que el rey no pedirá tu mano —dijo incrédulo.

—Piensa lo que quieras, pero te equivocas.

—¿Qué hay tan ofensivo en la proposición? Le dice que ha luchado contra sí mismo para hacerla, ¿por qué habría de ofenderla eso? ¿Es que acaso no es ella de un rango inferior? Has insistido mucho en que su familia la pone en evidencia constantemente.

—Hablas como si hubieses leído el libro —se burló Ewan.

—O como si hubiese pedido la mano de alguna joven y esta lo hubiese rechazado —apuntó Caillen.

—No seas imbécil —respondió Kenneth con una mirada que no auguraba nada bueno—. Las damas que yo frecuento no aceptan proposiciones.

—Por supuesto, la mayoría están casadas —dijo Caillen.

—¿Adónde vas, Lachlan? —lo detuvo Ewan agarrándolo del brazo al ver que intentaba escapar. Y bajando el tono solo para él añadió—: Esos dos acabarán como siempre si no estás

para impedirlo.

—Elizabeth Bennet es una niña mimada y debería valorar que el señor Darcy contraviniera todas sus creencias al abordarla de ese modo —insistía Kenneth—. ¿Acaso no nos debemos a nuestra educación? ¿A los valores que no han inculcado desde niños?

—Según el relato que ha hecho Enid, es evidente que dudó. —Caillen se puso de pie frente a él—. Luchó con todas sus fuerzas contra unos sentimientos que consideraba indignos. Pero eso no es lo peor, a mi entender, lo peor es que la hace partícipe de su lucha interior y su derrota. Ninguna mujer medianamente inteligente aceptaría a un hombre semejante.

—No todos podemos ser tan perfectos como tú, hermanito —dijo el otro con desprecio.

—Algunos se esfuerzan demasiado en lo contrario.

—No empecéis —pidió Lachlan acercándose a ellos—. Además, me ha preguntado a mí.

—Nos ha preguntado a todos —dijo Caillen sin dejar de mirar a Kenneth.

—Ahora veo la suerte que tuvo Alexander de no tener más hermanos varones —dijo Enid torciendo su sonrisa—. ¡Y yo que creía que nuestras discusiones eran tontas!

Todos los ojos se habían vuelto hacia ella y su expresión era confusa.

—Os veis un poco ridículos —dijo caminando hacia la puerta—, hombres hechos y derechos peleando como niños. No es nada edificante. Buenas noches.

Los cinco hermanos se miraron incómodos y turbados. Sorprendentemente aquel rapapolvo los había avergonzado más que cualquier reprimenda que les hubieran dado antes por el mismo motivo.

Capítulo 8



Enid se observaba en el espejo con una sonrisa satisfecha. El vestido de seda color marfil, que Elizabeth había elegido para ella, desprendía un brillo sutil que rivalizaría con el de la luna en aquella cálida noche de verano. La tela parecía fluir como el agua alrededor de su esbelta figura, cayendo en pliegues suaves desde el ajustado corpiño hasta el suelo. El diseño de la prenda acentuaba su grácil silueta y las mangas cortas dejaban a la vista sus delicados brazos que en ese momento Enid agitaba como divertidas mariposas.

Observó el collar de perlas que descansaba en el tocador y frunció el ceño, no le gustaban mucho las perlas, pero su madre se había empeñado en que las llevase con ese vestido. Volvió a observarse con mirada crítica, es cierto que encajarían perfectamente con el diseño del escote, pero se sentiría como una anciana con ellas puestas, así que las descartó al instante. Lo que sí le gustaba era el tocado hecho con pequeñas flores de azahar entrelazadas con su cabello, que resaltaban el dorado brillo de sus rizos.

Sus ojos azules sonrieron con picardía, no porque hubiese el más mínimo atisbo de seducción en sus pensamientos, sino por verse tan femenina con semejante atuendo, en contraposición a su aspecto de aquella misma mañana. Los McEntrie no la reconocerían cuando la viesen aparecer.

Iban a ver una parte de ella que desconocían y estaba decidida a bailar con todos y cada uno de ellos antes de que Elizabeth los emparejara a su conveniencia.

Una exclamación silenciosa recorrió el vestíbulo cuando Enid bajó las escaleras. Todos estaban ya listos y solo esperaban su llegada para partir hacia el castillo de los duques de Sutherland. Elizabeth sonrió complacida.

—Los has dejado sin habla, ahora sé que mi elección fue la acertada —susurró a su lado.

—¿Quién es esta deliciosa joven, Elizabeth? —preguntó Caillen acercándose a besar su mano con galantería.

Brodie lo apartó con premura y le quitó la mano para llevársela a los labios también.

—No deberías utilizar nunca otra vestimenta, Enid. Pareces un hada así vestida.

Kenneth se inclinó galante y Ewan la miró con las mejillas sonrojadas por su habitual timidez. Dougal le dijo que estaba «presentable» y Craig se enorgulleció de poder ir acompañados esa noche de tan hermosas damas.

Lachlan fue el único que no hizo el menor comentario al respecto. La saludó con un gesto y sin más se apartó para dejarla pasar.

—¿Conoces a los duques, Enid? —preguntó Craig interesado.

—Sí. Cuando están en Londres suelen venir a visitarnos.

—Ya veo. Elizabeth tiene una bonita amistad con la duquesa.

—Lo sé —asintió Enid y volvió a mirar por la ventanilla cuando Dougal le comentó algo a su padre sobre el deseo del duque de comprarles un semental.

Enid contempló el majestuoso castillo de los duques de Sutherland desde el carruaje. El edificio, antiguo y noble, se mostraba orgulloso de su robusta estructura de piedra gris, la cual parecía formar parte de las montañas mismas que servían como telón de fondo. Las almenas y torres emergían de entre la neblina, invocando una sensación de misterio y elegancia propia de tiempos ya olvidados. Cada torre, coronada con tejados puntiagudos, tenía a su cargo contar las historias de las generaciones de Sutherland que habían habitado aquel hogar, fortaleza y cuna de su linaje. Un camino serpenteante, flanqueado por hileras de centenarios robles, llevaba a los visitantes hasta el imponente portón de roble macizo del castillo. Los carruajes se detuvieron frente a la entrada y la mirada de Enid fue atraída por los espléndidos jardines que se extendían a ambos lados del camino. Eran un tesoro de rosas escarlata, jacintos azules, y margaritas de un blanco puro, todos ellos engalanados con un toque de rocío, reflejando la pálida luz del final del atardecer.

Los invitados fueron conducidos a través de la grandiosa entrada hacia el corazón del castillo. En su interior, las paredes de piedra estaban cubiertas de tapices de rica seda y retratos de antiguos duques, todos observando con miradas eternas el ir y venir de la celebración. Candelabros de cristal, colgando del alto techo de vigas, desprendían una luz dorada y acogedora, proporcionando un suave brillo que se reflejaba en los rostros de los asistentes.

—¡Queridos amigos! —los recibió la duquesa con una enorme sonrisa—. ¡Qué alegría me da verlos! Enid, querida, que bien que estés aquí, nunca nos habías visitado.

—Me puse muy contenta al saber que por fin conocería el castillo del que tanto he oído hablar —dijo sincera—. Mi madre querrá que le cuente hasta el último detalle.

—Tu madre debería hacernos una visita.

—No le gusta nada viajar y son muchos días en carruaje, duquesa.

Lachlan dejó a las damas y al resto de su familia y se alejó en dirección a la música. La sala de baile era la joya de la corona, de tamaño considerable y de una opulencia comedida. Un gran ventanal permitía la vista a los jardines nocturnos, mientras que espejos de cuerpo entero adornaban las paredes, reflejando y multiplicando la vivacidad de la danza. El suelo de madera pulida parecía brindar un abrazo cálido a las zapatillas de baile, cada vez que un nuevo vals comenzaba. La música, al igual que un río invisible, fluía a través de la sala, tocando el alma de cada participante, incitando a los pies a moverse y a los corazones a palpitar al ritmo. El murmullo de conversaciones y risas llenaba el aire, arrullado por el ocasional tintineo de copas de champán. Aquella noche, el castillo de los duques de Sutherland estaba más vivo que nunca. Las notas del violín, los chelos y las flautas se entrelazaban para crear un tapiz sonoro, envolviendo a los invitados con elegancia y alegría.

A pesar del ambiente festivo que se respiraba allí, había una tensión en el ánimo de Lachlan y quería despejarla cuanto antes. Nunca había sido de los que esconden la cabeza bajo el ala y era mejor aclarar las dudas cuanto antes. Si hubiera podido librarse de asistir a ese baile, lo habría hecho sin dudarlo, pero… Su corazón se agitó en el pecho como un caballo que vislumbra una serpiente en su camino.

Aileen Buchanan reía alegremente ante un comentario de Gilleasbuig MacDonald. Estaba resplandeciente y bella como una rosa cubierta de rocío y el corazón de Lachlan dio un golpe contra su pecho para advertirle del peligro.

Su marido estaba al otro lado del salón charlando indiferente con varios caballeros. Al parecer no le importaba que su mujer flirtease con uno de los hijos de Bhattair, a pesar de que

tenía fama de ser muy celoso. O, quizá, estaba tan ciego como lo había estado él. Se le revolvieron las tripas. Ninguno de los presentes sabía que su antigua prometida se había acostado con su hermano semanas antes de la boda. Ni que él los había visto con sus propios ojos. Para todo el mundo Aileen Buchanan era una mujer decente y el compromiso se rompió por motivos desconocidos. Aunque él había escuchado algunos comentarios que hablaban de una doncella en paños menores, no era hombre que fuese respondiendo a cotilleos malintencionados, así que simplemente, los ignoró, como debería hacer cualquiera que tuviera dos dedos de frente.

Cuando ella posó sus ojos en él un frío hiriente se extendió por su cuerpo. Dejó de sentir, casi de respirar y se mantuvo estoico cuando vio que le decía algo a su acompañante y ambos se acercaban a saludarle.

—McEntrie —dijo Gilleasbuig con una ligera inclinación de cabeza.

—MacDonald —respondió el susodicho.

—No me puedo creer que hayas venido al fin —dijo Aileen mirándolo con aquellos ojos grises y brillantes.

—Ni yo —respondió Lachlan tratando de sonar distendido.

—Los Sutherland deben de ser muy persuasivos, hacía mucho que no nos encontrábamos en un evento como este.

—Nadie le dice que no a los duques de Sutherland —dijo Gilleasbuig citando a su padre.

Lachlan vio a Bhattair junto a su esposa y se preguntó si no debería ir a avisar a Elizabeth de que estaban allí. Su cuñada había tenido serios problemas con ellos cuando vivió en su casa, tras su llegada a Escocia, y no quería que nada alterase su ánimo.

—¿Ya conoces a mi marido? —Aileen interrumpió sus pensamientos con expresión inocente

—. No estuviste en nuestra boda, pero supongo que habrás tenido el gusto, después de todo le habéis vendido unos cuantos caballos.

Lachlan la miró por primera vez a los ojos y ella tuvo el impulso de dar un paso atrás, pero se contuvo apuntalando su sonrisa.

Gilleasbuig, por su parte, estaba distraído buscando a su alrededor y con una pérfida sonrisa comentó:

—Me han hablado de una insigne invitada de los McEntrie. ¿Es cierto que la señorita Greenwood se aloja en vuestro castillo?

Lachlan lo miró sereno.

—No creo que eso sea asunto tuyo —dijo con frialdad.

—¿Me traerías un poco de champán, Gilleasbuig? —pidió Aileen con voz lastimera—. Me muero de sed.

El otro no tuvo más remedio que asentir ante tan evidente treta para librarse de él. Sonrió a Lachlan con expresión burlona y se alejó de ellos.

—Reservaré un baile para ti —dijo ella con mirada seductora—. Es el único modo que se me ocurre de tenerte cerca. Podrías contarme detalles de tu vida amorosa, aunque, por lo que he oído, no hay boda alguna en ciernes. Yo tengo un hijo, supongo que ya lo sabes.

—Algo he oído.

—Se llama Cameron, como su padre —lo dijo en un tono que a Lachlan le erizó el vello de la nuca.

—Por suerte tiene menos de un año.

Aileen sonrió perversa.

—Tranquilo, no hay ningún McEntrie correteando por los salones de los Buchanan. De momento, al menos.

Lachlan sintió tal repugnancia que apenas pudo disimularlo. Pensar que había amado a esa mujer lo sacaba quicio. Peor que la humillación a la que lo había sometido su hermano era saber que, de no haber sido por él, estaría ahora en el lugar de ese pobre Buchanan al que compadecía profundamente.

—No voy a rendirme. —La voz de Aileen cambió a un tono mucho más íntimo—. Lo sabes, ¿verdad?

Lachlan desvió la mirada, conteniendo su respuesta.

—Algún día tendrás que doblegarte —siguió ella e hizo ademán de tocarlo, pero Lachlan se apartó sutilmente—. No me digas que me has olvidado, porque no te creeré. No es necesario tanto recato, Lachlan, ya no soy ninguna florecilla inocente.

—¿Alguna vez lo fuiste? —preguntó él con dureza.

—¡Oh, sabes que sí! —susurró ella y a Lachlan le pareció que su tono tenía un deje lastimoso —. Y mi inocencia te volvía loco. Si pudiera demostrarte lo mucho que he aprendido.

—Pero no puedes, ¿verdad? —la cortó en seco.

—Lachlan, esa moral tuya inquebrantable no es saludable y no tiene sentido.

Él no dijo nada y ni la miró siquiera.

—A pesar de esa actitud hacia mí, sé que aún me amas.

Lachlan apretó los dientes endureciendo su expresión al tiempo que se tensaban sus músculos.

—¿Ves? No puedes negarlo siquiera —se jactó en el mismo tono íntimo con el que solía

hablarle al oído—. No te has casado y sé que es por mí. Esperaré…

—Aquí está el champán. —Gilleasbuig llegó con sendas copas acabando con la incómoda conversación. Le entregó una a Aileen—. Lo siento, Lachlan, solo tengo dos manos.

Cameron Buchanan hizo un gesto desde donde estaba para que su mujer se acercara.

—Discúlpenme, caballeros, mi esposo me reclama y es muy impaciente.

Se alejó dejándolos solos y antes de que Lachlan se marchase también, escuchó una voz familiar a su lado.

—Bonita fiesta —dijo Enid.

—¿Han encendido más velas? —dijo Gilleasbuig con expresión de sorpresa—. Diría que se han excedido pues estoy deslumbrado ahora mismo.

Lachlan lo miró incrédulo. ¿Pensaba coquetear con Enid delante de él?

—No seas maleducado, Lachlan, preséntame a tan distinguida dama.

—Enid, te presento a Gilleasbuig MacDonald, míralo bien y recuerda que no debes acercarte a él a menos de una milla de distancia. Esta es Enid Greenwood, la invitada por la que me has preguntado hace un momento.

Ella endureció su expresión al saludarlo. Desde que supo que Duncan era el maltratador de Ciaran, despreciaba profundamente a esa familia sin conocerla. Pero, contrario a lo que podría parecer, su actitud era el acicate que necesitaba Gilleasbuig para mostrarse más que interesado.

—Señorita Greenwood, es un placer conocerla.

El placer es todo suyo —resonó en la cabeza de Enid.

—Espero que me conceda un baile esta noche.

—No me gusta bailar —mintió.

Gilleasbuig sonrió divertido.

—Estoy seguro de que eso podría cambiar esta noche, si acepta bailar conmigo.

Enid lo miró enarcando una ceja y Lachlan sonrió satisfecho.

—Deme la oportunidad de demostrárselo. Solo un baile —pidió Gilleasbuig—. Le doy mi palabra de que si después no quiere volver a verme, desapareceré de su vista inmediatamente.

—¿Me da su palabra?

Él se llevó una mano al pecho y asintió. Enid miró a Lachlan interrogadora.

—¿Su palabra vale algo? —preguntó.

Lachlan estuvo a punto de aprovechar la ocasión para lanzarle una flecha envenenada a Gilleasbuig, pero se contuvo. Ese MacDonald se merecía un escarmiento.

—Yo soy testigo de su promesa y haré que valga —sonrió taimado—. Pero también puedes rechazar la invitación sin cargo de conciencia. Es un MacDonald y ninguno merece la más mínima compasión.

—¡Dios Santo, Lachlan! —exclamó riendo—. Te has vuelto un completo amargado. Hay que reconocer que hablar con Aileen no te sienta nada bien.

Enid entornó los ojos, los había visto hablando con una preciosa dama, pero no sabía que se tratase de la antigua prometida de Lachlan. De repente sintió una enorme curiosidad por ella y vio a Gilleasbuig como una posible fuente de información. Observó la mano que le tendía y después de unos interminables segundos, colocó la suya encima y lo acompañó. Si con ese baile conseguía información y se libraba de sus atenciones para siempre, no sería un mal negocio.

—Supongo que habrá oído auténticas barbaridades sobre mi familia, pero sepa que nacer MacDonald no fue una elección.

—Desconfío de las personas que hablan mal de su familia.

Gilleasbuig sonrió divertido.

—Está claro que no piensa ponérmelo fácil.

—¿Ponerle fácil el qué? Que yo sepa, estamos bailando. Nada más.

Enid observaba el salón mientras trataba de encontrar un modo de preguntar por Aileen sin que resultase demasiado evidente.

—Aparte de los McEntrie, no debe usted conocer a mucha gente —preguntó Gilleasbuig, al ver el modo en que miraba a Aileen Buchanan al localizarla entre los invitados.

—Lo cierto es que no conozco a nadie.

—Yo puedo presentarle a algunos amigos. ¿Conoce a la señora Buchanan? Me refiero a si la conoce personalmente, estoy seguro de que habrá oído hablar de ella.

—Buchanan…, me suena —fingió ella burdamente.

Gilleasbuig contuvo la sonrisa.

—Antes de casarse era Aileen Sinclair y fue la prometida de Lachlan.

Enid abrió los ojos fingiendo sorpresa.

—¡Oh!

—Creía que conocería la historia, teniendo en cuenta que se aloja en el castillo de los McEntrie.

—Bueno… sé que estuvo prometido y que el compromiso se rompió.

—Fue algo muy sonado. Al parecer Aileen encontró a Lachlan en actitud indecorosa con una de sus sirvientas. Ella rompió el compromiso inmediatamente y despidió a la muchacha, por supuesto.

Enid lo miró sorprendida.

—Eso es imposible.

—¿Imposible?

—Lachlan es incapaz de hacer algo así.

Gilleasbuig entornó los ojos, no se esperaba aquella reacción y se dio cuenta de que debía andarse con ojo.

—Estoy de acuerdo —afirmó cambiando de estrategia—. Y así lo he manifestado siempre. No me creo una palabra.

Enid sonrió satisfecha.

—Es evidente que alguien extendió ese rumor de manera interesada —siguió ella—. Lachlan McEntrie es un hombre demasiado recto para cometer un desliz tan burdo como ese.

—Desde luego, todo el que lo conoce lo sabe.

Enid asintió mirándolo con mayor atención, quizá lo había juzgado precipitadamente. Después de todo Chisholm también era un MacDonald, se recordó. Quitó algunas piedras de su muro defensivo.

—¿Le gustan los caballos, señor MacDonald?

—¿Gustarme? ¡Me encantan! Incluso he participado en algunas carreras.

El muro se desplomó por completo. La conversación fluyó entonces con naturalidad y al cabo de tres minutos Enid reía a carcajadas para consternación de Lachlan que tuvo que contenerse para no arrastrarla fuera de aquel salón.

—¡Lachlan McEntrie! —exclamó alguien a su lado.

—Señor Brown —lo saludó a su vez.

—Qué bien que hayas venido, muchacho, quería hablar contigo de Aonach. Ese caballo es excepcional y estoy seguro de que me daría buenos potrillos. ¿Tú qué crees? ¿Lo retiro de las carreras y lo convierto en semental?

El señor Brown lo arrastró hasta un lugar menos ruidoso para no tener que hablar en tono tan alto y Lachlan no tuvo más remedio que seguirlo.

—Es usted imposible —decía Enid en ese momento bajando la voz, al ver que había llamado la atención de algunos de los invitados.

—Lo que le he contado es verdad y me sucedió a mí, espero que no se lo cuente usted a nadie o mi reputación se verá arrastrada… por el fango.

Al mencionar esa palabra las risas volvieron a atacarla.

—Creo que deberíamos salir a tomar el aire —musitó él con expresión cómplice—. Estamos llamando demasiado la atención. La gente se va a pensar que puedo ser divertido y eso acabará irremediablemente con mi reputación MacDonald.

Enid era consciente de que algunos la miraban con severidad y le pareció buena idea ocultarse de sus miradas acompañándolo a la terraza.

—No es usted como lo había imaginado —dijo sincera.

Ahora que lo veía con otros ojos se percató de lo tremendamente atractivo que era. Su pelo era tan rubio como el de ella, pero con tonos níveos y brillantes. Y sus ojos azules tenían tintes oscuros que dotaban a su expresión de cierto misterio.

—Me halaga escuchar que ha pensado en mí de algún modo —dijo sonriendo—, porque desde que cabalgando me moría de ganas de conocerla.

—¿Me vio?

Gilleasbuig asintió despacio y sus ojos tenían una mirada aterciopelada.

—Después supe que era invitada de los McEntrie y mi alegría se tornó ansiedad.

Enid se paseaba por la terraza acariciando un pétalo aquí y una hoja allá con expresión pensativa. Después de unos segundos en silencio lo encaró.

—¿Usted sabía lo que su hermano estaba haciendo con Ciaran? —preguntó a bocajarro.

—¿Quién es Ciaran? —preguntó el otro confuso.

—Un caballo.

—Oh. —Desvió la mirada y suspiró.

—¿Oh?

—No conozco a Ciaran, pero sí a mi hermano. Se refiere a Duncan, ¿verdad?

Enid asintió.

—Algo no le funciona bien en la cabeza —dijo sincero.

—Desde luego. Nadie maltrata a un caballo del modo en el que él lo hizo estando bien de la cabeza.

—Lo lamento.

—Me alegra oírlo.

—¿Eso era lo que tenía en mi contra? ¿Las salvajes acciones de mi hermano? —Sonrió—. Me alivia saberlo.

—¿Le alivia?

—Por un momento creí que era mi persona la que no soportaba, pero ahora que sé que no tiene nada que ver conmigo, siento que hay esperanza.

—¿Esperanza? —Enid se ruborizó inevitablemente.

—De que podamos ser amigos al menos.

Su voz era cálida y sus ojos la miraban de un modo que hacía que le temblasen las piernas. *Enid, basta.* La voz en su cabeza tenía el mismo timbre que la de Harriet, aunque sonase como la suya propia. Alguien debería inventar un medicamento que curase la enfermedad que la aquejaba. ¿Cuánto hacía que lo conocía? ¿Diez minutos?

Gilleasbuig la vio negar con la cabeza en un claro diálogo consigo misma.

—Yo jamás haría daño a ningún animal —dijo de pronto—. Y menos a un caballo. Es el más noble de todos.

Ella lo miró con ojos muy abiertos. Estaba perdida.

—Ojalá mi familia se hubiese dedicado a la cría de caballos, en lugar de a las ovejas. Aunque, sabiendo lo que sabemos de mi hermano, supongo que es mejor así. Ese Ciaran, ¿está bien?

Enid asintió.

—Lachlan lo puso a mi cuidado.

—Lachlan… —Gilleasbuig asintió—. Por supuesto, él lo salvó, ¿verdad?

—Sí.

—Muy propio de Lachlan, le encantan las causas perdidas y los desamparados.

—Lo dice como si fuese algo malo.

—No me malinterprete, no es una crítica, es solo que… —Suspiró—. En este mundo hay poca gente como él.

Enid asintió mirándolo con fijeza. Que hiciese aquel comentario halagador hacia Lachlan la desconcertó.

—Conocí a sus hermanos en Londres.

Gilleasbuig sonrió.

—Me alegré mucho de que Chisholm se marchara —dijo torciendo la sonrisa lo que provocó un instintivo frunce en el ceño de Enid—. Su vida aquí no era muy agradable.

—Ah.

—No es que hayamos estado muy unidos, pero ambos compartimos el deseo de abandonar Escocia para siempre, y tener un padre… violento.

—¿No le gusta vivir aquí? —preguntó pasando por alto el otro tema, que los incomodaría a los dos.

—¿Gustarme? Está claro que no conoce a los MacDonald, señorita Greenwood, de ser así no me habría hecho esa pregunta. No hablaré mal de mi familia, no quiero que me borre de su lista —dijo sonriendo con timidez—, pero tampoco voy a negar que no estoy de acuerdo con muchas de sus actuaciones. Dejémoslo ahí.

Esa es una respuesta perfecta, se dijo Enid y su corazón se ablandó.

—Háble*m*e de esas carreras en las que ha participado —pidió.

Gilleasbuig sonrió ampliamente.

—He competido en algunas de las más importantes de Escocia, a pesar de que no es muy común que alguien de mi posición participe en esta clase de eventos deportivos.

—Tiene usted mucha suerte de ser hombre.

Gilleasbuig se echó a reír a carcajadas y Enid sintió que el corazón le daba un vuelco. Se pusieron a hablar atropelladamente de su pasión por las carreras y enseguida comprendió que tenía ante sí a un alma gemela. Perdió por completo la timidez y habló sin tapujos de sus

costumbres como si tuviese ante sí al mejor amigo que podía tener. En la conversación se dieron cuenta de que compartían además su gusto por la naturaleza, que a ninguno le apetecían las actividades que podían hacerse dentro de casa y que preferían siempre el exterior, a cualquiera de ellas. A Gilleasbuig tampoco le gustaba mucho leer y no tuvo reparos en despotricar de algunos autores considerados eminencias y que a él le resultaban de lo más aburridos. Enid se sintió flotar y su corazón se fue inflamando con la conversación que, increíblemente, los llevaba a confluir en casi todos sus pensamientos. Estaba claro que Gilleasbuig era un alma afín.

En cambio, para la sombra que acababa de salir al jardín y los observaba en silencio, aquello no podía ser más que un plan estudiado al detalle.

—Enid, deberías entrar y comer algo. —La voz de Lachlan deshizo el hechizo.

—Oh, le ofrezco mis disculpas —dijo Gilleasbuig rozándole el codo como si la animara a entrar—, he sido muy desconsiderado reteniéndola tanto rato.

Enid miró a ambos hombres con expresión confusa, uno esperando con la mano tendida y el otro empujándola para que cogiera esa mano. ¿Es que no tenía derecho a decidir?

—No tengo hambre —dijo tajante.

—Aun así. —Lachlan había bajado su mano, pero su mirada no admitía discusión.

Ella apretó los labios y levantó la barbilla con altanería.

—Estábamos charlando sobre caballos, no veo por qué debo comer si no me apetece —insistió.

—Gilleasbuig…

La advertencia implícita en esa única palabra hizo que el otro inclinase la cabeza y, ante la desilusionada mirada de Enid, volviese al salón de baile sin protestar.

—Es un MacDonald —dijo Lachlan como si aquello lo aclarase todo.

—Para mí solo es un caballero muy amable, cuya conversación…

—Lo repetiré porque parece que no me has oído bien: he dicho que es un MacDonald. No son caballeros y solo son amables cuando quieren conseguir algo.

Enid lo miró de frente con el ceño fruncido.

—Lo dices como si hablaras del mismísimo demonio.

—Por fin me escuchas.

Ella soltó una carcajada.

—¿En serio, Lachlan? No digo que no haya miembros de esa familia que sean detestables. Si Duncan hizo lo que me dijiste…

—¿Si lo hizo? ¿Dudas de mi palabra? —Su mirada se había oscurecido.

—No. —Soltó el aire de golpe y se puso las manos en la cintura—. Gilleasbuig parece una buena persona y me lo estaba pasando muy bien. No todo el mundo es igual en una familia, está claro que él no…

—Enid —la interrumpió—, estás bajo la protección de los McEntrie. Si te digo que hagas algo lo haces sin cuestionarlo, ¿lo entiendes? No vuelvas a quedarte a solas con Gilleasbuig o con cualquiera que pertenezca a esa familia, ¿me has oído?

La dureza con la que Lachlan se dirigió a ella fue tan sorprendente que la dejó sin palabras. Nunca lo había visto así, siempre era tan paciente y comedido… Apretó los labios para contener la ristra de palabras que le venían a la boca y levantó el mentón mirándolo arrogante.

—Lo he oído —dijo con frialdad—. Pero has de saber que tengo una gran amistad con Chisholm y con su hermana Bonnie y también son MacDonald.

—Chisholm y Bonnie son la excepción.

—¿Y Gilleasbuig no? ¿Por qué? ¿Qué ha hecho de malo?

Él no respondió. Decir simplemente que lo sabía sin dar más detalles no habría servido de nada.

—¿Por qué estás tan enfadado? ¿Es porque has visto a Aileen?

Aquella pregunta lo desconcertó y Enid vio una brecha en su dura coraza.

—¿Qué pasó, Lachlan? ¿Por qué rompió el compromiso? No me creo que tú… que ella te encontrase con… —Negó con la cabeza—. Eso no paso, ¿verdad?

—No es asunto tuyo —dijo con frialdad.

—¿No es asunto mío? Pero ¿tú sí puedes meterte en mis asuntos?

—Eso es.

—Eres…

Él esperó a que continuase sin apartar la mirada, pero Enid se sintió intimidada por la intensidad que emanaba de sus ojos. Estaba claro que si quería saber la verdad no era a él a quién debía preguntarle.

—Si no me lo quieres contar tú, le preguntaré a Kenneth —dijo sin doble intención.

Pero Lachlan lo malinterpretó y su rostro perdió por completo el color.

—Vuelve dentro —ordenó con dureza.

—Pero…

—¡He dicho que entres! —masculló conteniendo la voz para no gritarle.

Se apartó y le indicó el camino con el brazo extendido y mirando al suelo. No la siguió, se quedó allí para calmar su ánimo y recuperar la compostura. Rara vez perdía los nervios, pero

verla con Gilleasbuig había hecho que le hirviese la sangre. Era una niña tonta y enamoradiza que acabaría por meterse en un lío. Y ahora encima, sacaba el tema de… Pensar en Aileen le retorció las tripas. No era la primera vez que se le insinuaba, venía haciéndolo desde hacía meses y le resultaba de lo más desagradable. Saber que podría tenerla si quisiera lo volvía loco. La deseaba y estaba seguro de que si la tomase podría arrancarla al fin de su cabeza; la vería tal y como era y no como el ideal que había construido para poder amarla. Respiró hondo para calmar la ansiedad y recuperar la estabilidad emocional que perdía cada vez que estaba en la misma habitación que ella. Y ahora tenía que aguantar que esa cría estúpida que no sabía nada de la vida ni de lo retorcidas que pueden ser algunas personas, le preguntara por ella.

Sin que pudiera evitarlo una sonrisa curvó sus labios. El modo en el que lo había mirado al afirmar que era imposible que él hiciera algo indebido, calentó su corazón helado. Tenía la mirada más limpia que él hubiese visto. Ella no lo sabía, pero su inocencia y buenos sentimientos resultaban sanadores para su espíritu atormentado. Respiró hondo de nuevo y se sacudió aquellos pensamientos que nada bueno iban a traerle.

Capítulo 9

Kenneth que se mantenía apartado de todos en un rincón del salón.

—¿Qué ha pasado? He visto entrar a Enid y parecía muy enfadada. —Preguntó cuando Lachlan se le acercó.

—Estaba con Gilleasbuig en la terraza y se lo estaba pasando muy bien. Les he estropeado la diversión.

—¿Qué significa que «se lo estaba pasando muy bien»? —Los ojos de Kenneth se abrieron como platos—. No me digas que él…

—Solo hablaban.

—¡Qué susto me has dado, por Dios! Por un momento he creído que…

—Piensa el ladrón…

Kenneth asintió sonriendo perverso.

—Tienes razón, pero los dos sabemos que Gilleasbuig es peor que yo y sabe muy bien cómo engatusar a una joven inocente.

—¿Con Enid? No se atreverá. Es nuestra invitada —masculló Lachlan molesto.

—Y una presa fácil. Sé que suena mal, pero es la verdad.

Lachlan lo miró con desagrado.

—¿Qué? Creo que Enid se enamoraría de cualquiera que montase bien a caballo.

—Yo monto bien a caballo y no se ha enamorado de mí —dijo su hermano sin borrar el desagrado de su rostro.

—Ya sabes lo que quiero decir. Alguien que sea guapo, que monte bien, que trate bien a los animales… —Se detuvo al ver que Lachlan tenía una ceja levantada—. Vale, tienes razón tú cumples todos los parámetros, no entiendo por qué no se ha enamorado de ti.

—Le gustan los hombres como tú.

—¿Qué significa eso?

—Sabes a lo que me refiero —dijo su hermano inclinando la cabeza con expresión irónica—. No te hagas el tonto.

Kenneth habría deseado rebatírselo, había empezado a apreciar a esa muchacha y no quería decir nada que sonase mínimamente a una crítica, pero Lachlan tenía razón. A Enid le atraían los hombres con aristas. Le gustaba que fuese complicado y cuando se volvía posible, dejaban de interesarle. Por eso había puesto sus ojos en él desde el principio.

—Entonces Gilleasbuig es un buen candidato —afirmó encogiéndose de hombros—. Le hemos advertido acerca de los MacDonald, a no ser que quieras hablar con Dougal y con Elizabeth, no veo qué más podemos hacer…

—No quiero preocupar a Elizabeth sin necesidad. —Miró hacia el salón con expresión reflexiva—. Quizá debería hablar directamente con Gilleasbuig, dejarle claro…

—Si no se le ha ocurrido molestarla, lo hará por el placer de irritarte. Seguro que sabe que Enid es hija de los duques de Greenwood, no se atreverá a propasarse con ella y arriesgarse a

tener un enemigo tan poderoso.

Lachlan entornó los ojos mientras observaba a Bhattair que en ese momento hablaba con Duncan. Tal para cual, eran como dos gotas de agua con veinte años de diferencia. No podrían ser más iguales. Buscó a Gilleasbuig con la mirada y lo encontró muy lejos de ellos, ¿qué buscaba? Chisholm era un buen chico y Bonnie… Bonnie era un caso aparte. Si le dijesen que la esposa de Bhattair lo había engañado con otro, se alegraría por ella, esa muchacha no merecía ser hija de un hombre tan despreciable. Pero Gilleasbuig no era como ellos, por más que ahora se esforzase en mantenerse alejado de su padre, sabía que era una treta, algo estudiado.

—Algo están tramando —dijo pensativo.

—La vigilaremos —dijo Kenneth para tranquilizarlo—. No le quitaremos los ojos de encima.

Lachlan asintió, pero negros nubarrones cubrieron su ánimo.

En el comedor adyacente al salón de baile, la comida se presentaba en exquisitos platos de porcelana. Canapés de salmón ahumado, terrinas de pato, y tartas de frutas del bosque se desplegaban en un banquete que rivalizaba con el de cualquier corte real. El aroma embriagador de las especias se mezclaba con el dulzor del vino añejo que se vertía generosamente en copas de cristal tallado.

Enid sujetaba un platito y degustaba, en un rincón apartado y sin mucho entusiasmo, los manjares que había elegido.

—No se enfade con él —dijo una voz a su espalda.

Enid se volvió ansiosa y se encontró con la brillante sonrisa de Gilleasbuig.

—Se preocupa por su bienestar y eso le honra —dijo con voz aterciopelada y tono bajo—. No me permitirán acercarme a usted y, les entiendo, así que he venido a despedirme con gran pesar.

—Pero…

—Por favor, no me mire como si lamentara mi marcha —musitó bajando la mirada—, bastante desolado me siento por ello.

Enid lo miraba anhelante, quería decirle que no le importaba lo que dijeran, que quería seguir viéndolo a pesar de las dificultades.

—Habrá algún modo… —No fue capaz de terminar la frase.

Gilleasbuig levantó la mirada y clavó sus seductores ojos en ella.

—¿Querría usted…? —Apartó la mirada y dejó escapar un sentido suspiro—. No debería pensarlo siquiera, pero…

—Diga lo que sea, por favor.

Cuando volvió a mirarla había tal anhelo en sus ojos que a Enid le temblaron las piernas.

—Hay un lugar, la vieja ermita de San Columba. Está a una milla del castillo de los McEntrie, en dirección a…

—Sé dónde está, voy hasta allí muchas veces cuando salgo a cabalgar.

Gilleasbuigh no pudo evitar una sonrisa ante su rápida respuesta.

—¿Y cree que irá por allí… pronto?

—Estoy segura de que iré el martes —afirmó rotunda.

—Mi corazón va a explotar de emoción —musitó él.

Enid bajó la mirada para que no viese en sus ojos más de lo debido. Sentía mariposas

revoloteando por su estómago y unas ganas irrefrenables de reír y de bailar.

—¿Le gustaría bailar conmigo ese vals? —preguntó decidida al escuchar las notas que iniciaban la nueva pieza.

—Me haría el hombre más feliz de la tierra, pero no podemos. Ya hemos bailado una vez —dijo él con expresión turbada—. Y su familia…

—Mi familia está en Inglaterra, señor MacDonald. —Dejó el platito en una mesa y se dirigió decidida hacia el salón de baile.

Cuando se giró lo hizo con temor por si él no la había seguido, pero Gilleasbuig estaba allí y la miraba a los ojos sonriente. Se unieron al resto de los bailarines y el mundo desapareció para ella.

—Háble me de usted, tenemos unos minutos antes de que intervengan mis guardianes —dijo divertida.

—Me temo que tras este baile tendré que irme a la carrera si quiero conservar los huesos intactos. —La dulzura de su mirada acarició el rostro femenino—. Quizá deba huir del país. ¿Conoce usted algún lugar agradable en el que pueda vivir un escocés de las tierras altas, sin añorar estos paisajes?

—No dejaré que le hagan daño, le serviré de escudo si es necesario.

—De ningún modo podría permitirlo, recibiré mi castigo con gusto por haber disfrutado de su compañía un poco más esta noche. Debo reconocer que asistir a este baile me parecía una tortura. De haber sabido lo que iba a encontrarme, mi conversación con mi caballo habría estado repleta de felicidad.

—¿Habla con su caballo?

Gilleasbuig asintió lentamente.

—Neònach es mi mejor amigo. Con él tengo conversaciones que no tendría con otro ser humano —sonrió abiertamente—. Pero no se lo diga a nadie, no quiero que me tachen de lunático.

—Yo también hablo con ellos y sé que me entienden.

—Cada minuto que pasa estoy más convencido de que somos almas gemelas —susurró él con voz profunda—. Señorita Greenwood…

—Llámeme Enid, por favor —dijo temblorosa.

—Enid, ¿no lo cree usted posible? —Su voz volvía a ser una caricia y la mano en su cintura tiró levemente para acercarla un poco más.

El mundo desapareció a su alrededor. La música sonaba y sus pies se movían con agilidad y gracia deambulando con el resto de bailarines, pero para Enid solo estaban ellos dos allí y era su corazón el que bailaba. Los labios de Gilleasbuig se movían y de su boca salían sonidos que fueron ininteligibles para ella. Solo podía sentir, sentir la suave presión de su contacto en la cintura, los dedos con los que tomaba su mano, sentir el aroma fresco que emanaba de su cuerpo y la calidez de su mirada que la hacía sentirse como la única en aquel salón. Prohibido. Esa palabra se repetía sin cesar en su mente y la excitación del peligro resultaba de lo más estimulante. Y entonces, la pieza llegó a su fin y la realidad la sacudió con su habitual falta de delicadeza.

—Ha sido un placer —susurró Gilleasbuig para que solo ella pudiera escucharlo y con un deje travieso añadió—: Si consigo salir vivo de esta, pensaré en usted todo el tiempo hasta que volvamos a vernos.

Enid lo vio alejarse a paso rápido y salir del salón sin mirar atrás. Una mano femenina la agarró del brazo y tiró de ella, pero no se resistió. Nada podría hacerla bajar de su nube. Ni siquiera Elizabeth.

—¡Dos veces! —Elizabeth la miraba visiblemente preocupada—. ¡Has bailado dos veces con un MacDonald!

—Gilleasbuig, llámalo por su nombre. Pertenecer a esa familia no es algo que haya elegido.

—¡Enid!

—¿Qué?

—Te he hablado de ellos, te conté cómo se portaron con Meredith y conmigo.

—No mencionaste a Gilleasbuig. ¿Él os hizo algo malo?

Elizabeth tenía el ceño fruncido, pero no puo aportar ningún dato al respecto. Lo que su cuñada y ella sintieron hacia Gilleasbuig no estaba basado en ninguna clase de experiencia, fue una cuestión de piel y eso no iba a servir como argumento.

—Cuando su padre o Duncan ofendían o golpeaban a Chisholm, él permanecía callado.

—Su padre o su hermano lo golpeaban, no él —dijo con firmeza—. ¿Acaso puedes reprocharle que no se enfrentase a ellos? Chisholm me contó que su padre es muy cruel.

—Y aun así, era el único en defender a su madre del maltrato al que su padre la sometía. Gilleasbuig se quedaba mirando sin hacer nada, Enid.

La seguridad en el rostro de la joven se vio menoscabada y sus labios temblaron imperceptiblemente, pero enseguida levantó el mentón y enderezó los hombros, anclando de

nuevo su confianza.

—Quizá no quería agravar las cosas. Quizá tenía miedo de lo que pudiera ocurrir. Se lo preguntaré. Al menos deberíamos escuchar su versión antes de lanzarlo a los leones, ¿no te parece?

Elizabeth entornó los ojos para mirarla con más atención.

—Enid…

La otra se sintió incómoda con su escrutinio y apartó la vista fijándola en la puerta y rogando porque alguien entrase.

—¿No estarás pensando…? —Elizabeth se acercó a ella y la cogió por los hombros para obligarla a que la mirase—. Enid, Gilleasbuig no.

—¿No qué?

—No es bueno, hazme caso.

Enid frunció el ceño y se liberó de su agarre.

—No sé de qué estás hablando.

—Enid, no voy a consentir que te expongas a sufrir innecesariamente. Gilleasbuig MacDonald no es digno de alguien como tú.

—¿No debería decidir yo eso? —preguntó temblando, ahora visiblemente—. ¿Por qué no me dejáis en paz? Yo sé mejor que nadie lo que me conviene y soy la única que puede decidir a quién elijo para…

—¡Enid! —Elizabeth se asustó al verla tan decidida—. ¡Acabas de conocerle! ¿Cómo puedes siquiera pensar en…?

—No he pensado nada, Elizabeth —la interrumpió bajando el tono y por primera vez con

temor—. Me gusta hablar con él, es agradable y respetuoso. Le gustan las mismas cosas que a mí… ¡Adora los caballos! Nadie que adore los caballos puede ser malo.

Elizabeth frunció el ceño.

—Sabes que viví durante un tiempo con ellos y nunca vi que sintiera el más mínimo afecto por ningún animal. Era desagradable con los criados, se burlaba de ellos y los ridiculizaba sin ningún escrúpulo. Enid, confía en mí, Gilleasbuig no es la persona que crees. Además, no es adecuado para ti.

—¿Y Dougal lo era para ti? —Se revolvió como un animal herido—. Vivió durante años como un pirata sanguinario, robando y saqueando barcos ingleses. ¿Alguien te habría dicho entonces que era digno para ti?

La mirada de Elizabeth llevaba implícita una advertencia que la hizo enmudecer.

—Eso no es exactamente así y lo sabes tan bien como yo —dijo su amiga con evidente disgusto—. Además, sabes que no debes mencionar el tema y menos en casa de extraños.

—Lo siento —dijo bajando la cabeza con visible consternación—. No pretendía… Elizabeth, por favor, tú mejor que nadie deberías comprenderme. No voy a casarme con él, solo quiero conocerlo. Chisholm es un buen amigo y Bonnie también y los dos son MacDonald.

—Deja de compararlos. Ya te he dicho que Gilleasbuig no es como ellos.

—Pero ¿qué ha hecho? Dime algo que apoye tu opinión sobre él y le daré la espalda, aunque eso me cause un gran dolor.

—¿Un gran dolor? Pero, niña, si acabas de conocerlo.

—Somos almas afines. Nunca me había sentido tan comprendida, Elizabeth, era como si lo supiese todo de mí y nos acabamos de conocer.

Elizabeth respiraba agitada, no encontraba nada que decir y sentía que Enid estaba en peligro.

—¿Si descubro algo, me harás caso? —preguntó.

—Ya te he dicho que sí.

—Bien, pues lo encontraré.

La joven se abrazó a ella y Elizabeth le dio palmaditas en la espalda para mostrarle su cariño.

—Eres muy joven, Enid —murmuró—. No tengas prisa por encontrar a la persona adecuada. Si te equivocaras, el daño podría ser irreparable.

—Lo sé —murmuró, aunque en su mente solo había espacio para el rostro y la sonrisa de Gilleasbuig.

—Creía que habías puesto tus ojos en Kenneth.

Enid se apartó y la miró con cara de susto.

—¿Tanto se me notaba?

Elizabeth se echó a reír a carcajadas.

—Entonces era cierto.

Enid asintió.

—Al principio pensé que era él.

—No tienes remedio —dijo la otra y por algún extraño motivo aquello la tranquilizó.

Por un momento se había olvidado de cómo era Enid. Estaba claro que esa niña se enamoraba con tanta facilidad como se desencantaba. En unos días su visión de Gilleasbuig se esfumaría como por ensalmo y sería otro el que se granjearía el dudoso beneficio de ser «el elegido». Apartó un mechón de pelo que había escapado del recogido al abrazarse a ella con

tanto entusiasmo.

—Espero que madures pronto —dijo con ternura—, lo que ahora parece divertido podría convertirse en un verdadero problema si no lo haces.

—¿Y si estáis equivocados? ¿Y si Gilleasbuig es perfecto para mí? ¿Me apartarías de él si lo supieras, Elizabeth?

La otra suspiró incapaz de pasar por encima de sus propia experiencia. Dougal McEntrie había sido pirata durante años, mano derecha de *Bluejacket*, uno de los piratas más temidos por la Compañía de Indias. La primera vez que lo vio pensó de él… No podía recordar lo que pensó, pero sí que no fue nada bueno. Durante mucho tiempo su opinión sobre el que ahora era su marido, no era mejor que la que tenía de Gilleasbuig…

—Investigaré sobre él y si no encuentro nada… —Suspiró—. Pero debes prometerme que no harás nada indebido, que no volverás a actuar como esta noche ni contravendrás las normas, cegada por lo que crees que sientes.

Enid sonrió con ironía, estaba muy segura de lo que sentía, pero asintió con la cabeza.

—Bien. —Elizabeth se dio por satisfecha, no quería estar enfadada con la única mujer con la que podía relacionarse en casa—. Calmaré a esos hermanos para que no vayan a buscar a Gilleasbuig y le den una paliza y a Lachlan le quitaré de la cabeza la idea de encerrarte bajo llave.

Enid sonrió abiertamente y volvió a abrazarla con fuerza.

—Gracias, gracias, gracias.

—No he dicho que lo apruebe —advirtió.

—Lo harás, estoy segura de que no encontrarás nada malo sobre él.

Capítulo 10



Las paredes del estudio estaban revestidas de roble con estanterías abarrotadas de libros. Kenneth fingía interés en las encuadernaciones de cuero y oro de títulos que iban desde filosofía hasta historia, pasando por poesía y ciencia. En el centro de la sala, bajo el dominio de una enorme ventana gótica que permitía a la luz de la luna colarse en la estancia, una robusta mesa de escritorio los miraba expectantes, mientas Dougal esperaba una respuesta a su inicial pregunta.

—¿Quieres hacer el favor de contestar de una vez?

—No sé lo que quieres que conteste, la verdad. Es una pregunta demasiado ambigua. Quizá si concretases un poco más.

Se acercó hasta la silla de respaldo alto, cubierta de cuero rojo gastado y remachada con clavos de bronce. Se sentó y miró a su hermano mayor con una expresión entre divertida y expectante.

—«Cuándo vas a sentar cabeza», ¿no te parece una pregunta concreta? —Dougal apoyó las manos en el escritorio con una clara advertencia en los ojos.

—¿Porque tú te has casado, el matrimonio es ahora la solución a todos los problemas?

—Necesitas preocuparte por otro ser humano, tener hijos y formar una familia. Cuando ames

a…

Kenneth empezó a reír a carcajadas.

—Eres imbécil, ¿de qué te ríes? —musitó Dougal.

—En serio, deberías escucharte, no hay quien te reconozca —dijo sin dejar de reír—. Los años que pasaste en el mar te secaron el cerebro. ¿Cuando yo ame? ¿Es que no me conoces? Jamás me he enamorado y no creo que eso vaya a suceder nunca. Adoro a las mujeres. A todas. ¿Por qué habría de conformarme con tener solo una? ¿Cada noche el mismo cuerpo en mi cama? No, hermanito, eso no es para mí.

Dougal se cruzó de brazos, en un gesto claramente hostil, y lo miró con una ceja levantada durante unos segundos en los que ninguno de los dos dijo nada. Kenneth perdió las ganas de reír y aceptó que aquella era una conversación seria y que si no quería acabar con un ojo morado y todo el cuerpo dolorido era mejor seguirle el juego.

—¿Qué hay de Augusta? —preguntó Dougal—. Siempre creí que…

Kenneth puso los ojos en blanco y se levantó de la silla. Augusta O’Sullivan era la hija de Violet, la que fuera la mejor amiga de Constance, la madre de Dougal. Los O’Sullivan habían formado parte de la vida de los McEntrie desde siempre.

—Lo que me faltaba por oír, Augusta es como una hermana para mí. Ni se me pasaría por la cabeza… —Frunció el ceño—. ¿A qué viene esto, Dougal? ¿Por qué esta prisa porque me case?

—¿Qué piensas de Enid?

Kenneth escudriñó en la mirada de su hermano, necesitaba asegurarse de que no estaba bromeando.

—Es un buen partido. Es hija de un duque y no está mal.

—¿No está mal?

—Si puedo elegir las prefiero un poco más… ya sabes —hizo un gesto con las manos delante del pecho.

—Ya.

—Es más bien escasa en ese sentido.

—No me he fijado —dijo Dougal incómodo.

—Yo sí.

—¿Quieres que te patee el trasero?

—Tengo ojos en la cara, Dougal, no querrás que vaya por ahí con ellos cerrados.

—Si no quieres pasar el resto de tu vida comiendo solo gachas, en lo que se refiere a esa niña, más te vale. —Se llevó la mano a la cabeza y apartó el pelo—. No te desvíes del tema, necesitas a una mujer que te caliente la cama.

Kenneth torció la sonrisa.

—Tengo unas cuantas para eso…

La advertencia en los ojos de su hermano le hizo cerrar la boca al instante.

—Le va a parecer raro que cierre los ojos cada vez que la tengo delante —musitó para sí.

—Kenneth, hablo en serio, Enid es una niña, no tiene experiencia de ninguna clase, ha vivido entre algodones toda su vida, rodeada de personas a las que les importa su bienestar. Solo hace un año que fue presentada en sociedad y te aseguro que no ha sido una de esas jovencitas que se mueren por un baile.

—Y le gustan los caballos —dijo el otro como un halago.

—Si, le gustan los caballos y es muy buena amiga de Harriet. Si le hicieran daño no me lo

perdonaría nunca.

Kenneth frunció el ceño sin comprender.

—No me interesa, Dougal, no tengo intención de hacerle na…

—No hablo de ti, imbécil, sino de Gilleasbuig.

—¡Ah, ya entiendo! Entre los dos crees que yo soy el menos malo. Siempre es agradable que tus hermanos te consideren un mal menor.

—¿No hay ninguna posibilidad de que te interese?

—Le gusta el MacDonald.

—Pero antes le gustabas tú.

—Es posible, lo que la convierte en una mujer poco de fiar, por si no te has dado cuenta —se burló Kenneth y su hermano volvió a advertirle con la mirada—. ¿No podría Elizabeth hablar con ella? Debería bajar de la nube en la que vive o alguien la tirará desde allí arriba y se romperá la cabeza.

—Es lo que está haciendo en este momento, pero no tengo mucha confianza en que consiga nada. Por mi experiencia, las Wharton tienden a ser bastante reacias a ceder en cualquier discusión, y Enid ha crecido rodeada de ellas.

—Acaba de conocerlo, se le pasará, como se le ha pasado conmigo. Eso debería tranquilizaros a Lachlan y a ti.

—¿Lachlan? —Dougal lo miró confuso.

—Está furioso con ella por bailar de nuevo con Gilleasbuig después de que él se lo prohibiese.

—¿Qué?

—Él vio a Enid con Gilleasbuig en la terraza y…

—¿¡Qué!? —la expresión asustada de Dougal lo sorprendió.

—Creí que era por eso por lo que…

—¡No! Estaba preocupado por lo del baile. Y para serte sincero yo ni siquiera me había dado cuenta de ello, fue Elizabeth la que me hizo ver que dos bailes con un mismo hombre era muy mala señal. No tenía ni idea de que hubiesen salido a la terraza juntos.

—Supongo que querían hablar.

—¿Supones?

—Yo no los vi, ya te he dicho que fue Lachlan el que intervino.

—Maldito sea Gilleasbuig. ¿Qué dijo Enid?

—Básicamente le pidió a nuestro hermano que se metiera en sus asuntos.

—Esa niña está bajo mi protección, como ese imbécil se atreva a tocarle un pelo de la cabeza…

—Le cortarás las pelotas, lo sé —dijo Kenneth con voz aburrida—. ¿Por qué la trajiste si sabías cómo era? Solo nos causará problemas.

—Elizabeth se sentía sola entre tanto hombre. Y creí que siendo una joven sin compromiso quizá…

El abrupto silencio lo delató.

—¿Qué? —Kenneth lo miraba con atención—. ¡Vamos, Dougal, no me jodas! ¿Pretendías que cazara a uno de tus hermanos? ¿Es eso?

—Estáis todos solteros.

—¡Serás desgraciado! —Le dio la espalda como si no pudiera ni mirarlo—. Menuda trampa

más burda. Lo tendrás bien merecido si esto te explota en la cara.

—No iba a obligaros a nada, tan solo…

—Nos ponías un cebo a ver si picábamos, ¿no? —Movió la cabeza incrédulo.

—Cualquiera diría que Enid es un saldo. Es una muchacha adorable, e hija de los duques de Greenwood nada menos.

—Sí, claro, y una romántica empedernida que se enamora con más facilidad de la que tiene para manejar caballos, y te aseguro que nunca había visto a nadie que tuviese una destreza natural como la suya. El hombre que se enamore de ella va a vivir con la espada de Damocles sobre su cabeza.

Dougal se frotó la mandíbula como si aún tuviese la barba.

—Algo hay que hacer —dijo reflexivo.

—Podrías prohibirle que salga de nuestras tierras. Del castillo, incluso. Elizabeth debería mantenerla ocupada.

—No puedo hacer eso —negó Dougal con la mirada reprobadora de su esposa en su pensamiento.

—Pues no sé qué quieres que haga yo. Si me empleó en ello puedo conseguir fácilmente que ponga sus ojos de nuevo en mí, le gusta el peligro… Pero es que le tengo mucho aprecio a mis pelotas.

—Estarán a salvo si estás dispuesto a…

—No voy a casarme con ella.

—Entonces, olvídalo.

—¿Por qué no se lo pides a Lachlan?

Dougal enarcó una ceja con expresión irónica.

—¿Es por Aileen? —preguntó Kenneth frunciendo el ceño—. Han pasado más de dos años, ya es hora que deje eso atrás.

—¿Crees que lo ha superado?

—No, por eso mismo. Estoy preocupado.

Dougal lo miró interrogador.

—¿Qué ocurre?

—Sé que lo está buscando.

—¿Qué significa eso? —Dougal apoyó el trasero y las manos en el escritorio mirando a su hermano con atención.

—Lo va a meter en un problema y Buchanan no se quedará de indiferente. Ya lo conoces, tiene el gatillo fácil.

—Es su marido. —Se cruzó de brazos entornando los ojos reflexivo—. ¿De verdad crees que Aileen intentaría algo con Lachlan?

—Se acostó conmigo estando prometida —dijo Kenneth con mirada irónica.

—Fuiste un verdadero capullo, por cierto.

—Lo sé.

—Aunque quisieras ayudarlo.

—Funcionó.

Dougal negó con la cabeza, no conseguiría que Kenneth reconociese lo mucho que se arrepentía de haber hecho lo que hizo.

—¿No has pensado en Caillen? —siguió Kenneth—. La matará de aburrimiento, pero es

perfecto para ella.

—¿Perfecto por qué?

—Porque necesita un padre y él es un viejo en un cuerpo joven. Al parecer no tiene ni necesidades.

—¿Cuándo vas a dejar esto, Kenneth? Cuando no eras más que un crío, vale, pero ahora…

—Pregúntale a él.

—Te lo estoy preguntando a ti.

—Claro, como siempre. —Dejó escapar el aire de golpe y se apartó el pelo de la frente—. No creas que no lo intento.

—Ah, ¿sí? Cualquiera lo diría. Cásate, en serio, necesitas problemas reales.

—¿Quieres que me case para evitar las discusiones con mi hermano? ¿Por qué no me pides que me lance desde el acantilado? Sería más rápido y con mucho menos sufrimiento.

Dougal levantó una ceja con expresión cínica y el otro bufó como un caballo.

—¿Por qué quieres lanzarte por un acantilado? —preguntó Lachlan entrando en la habitación —. Sabéis que los invitados están en otra parte, ¿verdad? Es donde hay un montón de lámparas encendidas y músicos tocando, por si os cuesta ubicaros.

—Dougal quiere que me case con Enid para evitarse problemas con los duques de Greenwood —dijo Kenneth sentándose en una butaca.

—¿Eso evitaría problemas? Yo creo que más bien los provocaría.

—Hombre, gracias, da gusto ver que tus hermanos te valoran como mereces.

—De nada —dijo Lachlan sirviéndose una copa de brandy.

—Era un comentario irónico.

—¿En serio? —Lo miró con una divertida sonrisa—. He hablado con ella, no hará ninguna tontería.

—¿Te refieres a esa conversación que has tenido «antes» de que volviese a bailar con Gilleasbuig? —ironizó Kenneth.

—Lo ha hecho para provocarme.

—Ah, bueno, si ha sido por eso, me quedo más tranquilo. —Los labios de Dougal sonreían, pero sus ojos eran fríos como el hielo.

Lachlan suspiró.

—Bueno, en realidad yo tampoco confío mucho en que me haga caso, pero…

—Habrá que vigilarla —sentenció Dougal—. Haremos turnos. No la dejaremos sola ni un momento.

—Eso va a ser complicado. —Lachlan apoyó un hombro en una estantería—. Le gusta mucho salir a montar. No podemos seguirla a todas partes.

—Cierto —afirmó Kenneth—, es incansable.

—De hecho, no debería salir a montar sola. En Londres ni se le ocurriría.

—Pero no estamos en Londres, ¿verdad? —Kenneth se recostó con evidente cansancio.

—Quiere participar en una carrera. No ha perdido la esperanza de convencernos de que se lo permitamos.

—Lo haría bien. Yo apostaría por ella.

—Y yo, desde luego.

—¿Qué hacéis? —preguntó Dougal con mal talante—. ¿Os parece divertido? Enid no va a participar en ninguna carrera, es una dama y las damas no participan en carreras. ¿Quién le ha

metido esa idea en la cabeza?

—Me parece que ya venía con las ideas de casa —dijo Lachlan sonriendo burlón—. Me pregunto por qué la trajiste.

—Quería casarla con uno de nosotros —explicó Kenneth.

—Eres imbécil —dijo Lachlan mirando a su hermano mayor—. Es una cría fantasiosa e inmadura, ¿cómo se te ocurre?

—¿Una niña? —Dougal arrugó la frente—. ¿Es que queréis casaros con ancianas?

—No tengo ninguna intención de casarme.

—Ni yo —se unió Kenneth—, ya se lo he dicho.

—Pues se fijó en ti en cuanto llegó —dijo Lachlan.

—Pero no soy el primero, he oído algo de un mozo de cuadras…

—¿En serio? Yo solo sabía lo del marido de su hermana. Al principio la cortejaba a ella. —Lachlan se volvió hacia Dougal y lo miró perplejo—. No entiendo cómo se te pudo ocurrir una idea tan estúpida.

—Es por su matrimonio feliz —explicó Kenneth como si él no estuviese allí—, ahora es en lo único que piensa.

—El día que tengáis a la mujer perfecta, lo entenderéis.

Los otros dos se miraron y movieron la cabeza.

—Está perdido —dijo Kenneth.

—Desde luego —afirmó Lachlan.

—Idiotas, dejad de hablar de mí y centraos en el problema que tenemos.

—Que tienes… —dijeron al unísono los otros dos y se señalaron riendo como dos niños.

—¿Tenéis tres años?

—Vamos, Dougal, no es para tanto —dijo Lachlan—. Enid es lista, no se dejará embaucar por Gilleasbuig. Se le pasará enseguida, más rápido que lo de Kenneth, ya lo verás.

—Seguro que Elizabeth ha alimentado su fantasía con su historia de amor —añadió Kenneth —. Un pirata y una solterona, eso les encanta a las jovencitas como ella.

—Además estaba triste porque su hermana se había marchado a vivir a la India —dijo Lachlan—. Se sentía sola y eso la hacía más vulnerable. No deberías haberla traído, en serio.

Dougal asentía mientras rumiaba lo que decía su hermano, sabía que Lachlan tenía un sexto sentido para captar esas sutilezas. Quizá hablar con Elizabeth la ayudaría a darse cuenta de que se estaba equivocando de persona. Era una buena chica y muy lista, no cometería el error de creerse la tonterías que le dijese alguien como Gilleasbuig. No, cuando tenía cerca a hombres como Caillen, Brodie o el propio Ewan. Parecía llevarse muy bien con Ewan.

—Ahora sí quiero ese brandy —dijo sentándose en una butaca.

Kenneth se levantó para servírselo y de paso darse el gusto también.

—¿No nos echarán de menos en el baile? —preguntó Lachlan sentándose en otro sillón.

—¿Has bailado con alguien? —le preguntó Kenneth.

—No.

Su hermano sonrió burlón.

—Entonces no.

—Te he visto hablando con Aileen —dijo Dougal mirándolo de frente.

—Sí.

—¿Sí? ¿Ya está? —Kenneth le entregó su vaso a Dougal sin apartar la mirada de Lachlan.

—¿Qué queréis saber?

—¿Es verdad que te está buscando? —preguntó Dougal.

Lachlan desvió la mirada hacia Kenneth y su hermano se encogió de hombros.

—Eres un bocazas.

—Si me hicieras caso… Mantente alejado de ella o te arruinará la vida.

—Esa sonata me suena.

—Pobre Buchanan —dijo Dougal.

Lachlan bebió un sorbo de su vaso sin decir nada. Durante unos minutos bebieron en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. Se fijó en el impresionante candelabro de hierro forjado que colgaba del techo abovedado. Después su mirada deambuló hasta detenerse en la chimenea de piedra, situada en una esquina e imaginó que sería agradable disfrutar de un buen libro frente a la calidez del fuego en las noches de invierno. Entendía lo que su hermano mayor pretendía, no iba a reconocérselo jamás, pero lo entendía. Había visto la forma en que Elizabeth y él se miraban. Había visto el roce de sus manos, cuando creían que nadie estaba mirando, la dulzura con la que se ayudaban con gestos cotidianos y sin importancia. Había escuchado, al pasar temprano frente a la puerta de su dormitorio, gemidos de placer muy reveladores. Sonrió levemente y bebió un sorbo de brandy con deleite. Él era un hombre sencillo que no necesitaba de grandes aventuras como las que había vivido Dougal siendo la mano derecha del pirata *Bluejacket*. Se contentaba con ocupar su día en actividades que tuvieran que ver con los caballos y disfrutaba de su apacible vida en las *Highlands*.

Hubo un tiempo en el que creyó haber encontrado a la mujer que lo acompañaría en sus rutinas, con la que podría conversar sobre cualquier tema y pasear a la luz de la luna cogidos de

la mano. No le pedía mucho a la vida, nunca se lo había pedido. Quería tener hijos, muchos hijos, eso sí. Le encantaban los niños y soñaba con verlos corretear por el castillo. Pero de eso hacía mucho tiempo y ahora, cuando pensaba en el futuro, veía una sucesión de días iguales a los que ya habían pasado.

La idea de Dougal de casar a esa muchacha con uno de ellos era una estupidez. Negó para sí. El que cayera en esa trampa vería su vida convertida en un auténtico infierno. Y, sin embargo, había algo en ella… Esos enormes ojos que miraban con tanta franqueza. Su risa fresca e inocente… El aire en el estudio pareció espesarse, como si el peso de los siglos que sustentaba se hiciera ahora visible. Suspiró sin darse cuenta y sus dos hermanos lo miraron con curiosidad.

—¿Y ese suspiro? —preguntó Dougal—. De repente te has hundido en el asiento, como si un gran peso te hubiese caído encima.

—¿En qué estabas pensando? —preguntó Kenneth.

—En nada.

Unos rizos rubios y una sonrisa desprovista por completo de artificio, se burlaron de él. Vio la pequeña mano que acariciaba a Ciaran y deseó sentir su contacto en la piel. La suave voz con la que le susurraba al oído… Un escalofrío recorrió su espalda y lo hizo ponerse de pie. Miró su copa como si contuviera veneno.

—Creo que el brandy no me está sentando nada bien —dijo con expresión confusa.

Dejó la copa en la mesita y abandonó la estancia sin más. Dougal y Kenneth se miraron interrogadores, pero ninguno supo qué decir, así que siguieron disfrutando de su bebida en silencio.

Capítulo 11



—¿Qué sabes de Gilleasbuig? —preguntó Elizabeth cepillándose el cabello—. Nunca hemos hablado de él.

—¿Crees que Enid…?

—Si puedo decirle la clase de hombre que es, se apartará de él.

—Tiene fama de mujeriego.

—Kenneth también —dijo ella—. Son solteros, no es suficiente para asustarla. Tiene que ser algo más… suculento, ya me entiendes.

Dougal asintió pensativo.

—Preguntaré por ahí para averiguar algo más concreto —dijo haciéndole un gesto para que se metiera en la cama.

Elizabeth dejó el cepillo en su lugar y sonrió divertida.

—Quiero seguir hablando —advirtió al acercarse a la cama.

—Claro.

—Dougal…

El otro levantó las manos en señal de rendición y ella amplió su sonrisa antes de tumbarse a

su lado.

—Enid es buena chica —dijo acurrucándose entre sus brazos—. No quiere causar problemas. Es solo que…

Su marido inclinó la cabeza para mirarla al ver que no continuaba.

—¿Qué?

—Ni Marianne ni Harriet ni Elinor se preocuparon nunca por el amor. Las tres eran bastante reacias a ese asunto y, aun así…

—Enid se quedó con todo el romanticismo veo.

Elizabeth asintió pensativa.

—Me temo que le atraen las dificultades, cuanto más empeño pongamos en separarlos más ventaja tendrá Gilleasbuig sobre ella. Ese amor es una fantasía que ella misma se crea, por eso cuando los conoce de verdad, se desenamora. —Se incorporó y apoyó las manos en el pecho de su esposo para mirarlo—. Quizá deberíamos dejar que conociese a Gilleasbuig sin interferir.

—Siendo un MacDonald, es demasiado peligroso.

—Podríamos… ¿vigilarla a distancia?

—¿Quieres que los muchachos se escondan detrás de un seto mientras esos dos… se conocen? ¿Es eso lo que me estás diciendo? Porque, si es eso, ya te digo yo que no van a querer hacerlo.

—Es una estupidez, ¿verdad? —Se mordió el labio al ver que asentía—. ¿Y si lo invito a tomar el té?

—¿Un MacDonald en el castillo de los McEntrie? ¡Jamás! —dijo rotundo—. Además, su padre lo apalearía si se enterase.

—Ya. —Elizabeth se tumbó bocarriba y la fina tela dibujó sus senos con todo detalle.

Dougal sintió que su cuerpo respondía al instante a tan extraordinaria provocación y metió su mano sin la menor sutileza dentro de su escote. Elizabeth sonrió con picardía.

—Deja de mirarme así o no respondo —advirtió Dougal.

—Es que todavía me maravilla el poder que tienen sus dedos, señor.

Su esposo la miró amenazante, sabía que no le gustaba que lo llamase «señor» y que lo hacía para provocarlo. Cubrió el seno entero con su mano y apretó suavemente mirándola a los ojos como advertencia. Elizabeth se rio como si le hubiese hecho cosquillas y Dougal se apartó fingiendo enfado. Ella no dejó que se alejara e incorporándose se enroscó a su cuello quedando los dos de rodillas en la cama frente a frente. Sentía la urgencia de su pasión y el calor que desprendía su cuerpo. Se quitó el camisón y lo besó sin recato. Sentía un hambre insaciable de aquel hombre. Nunca imaginó…

—Te encanta torturarme —dijo él contra su boca agarrándola por las nalgas para que no se apartara.

—Es divertido… —Recorrió sus labios con la punta de la lengua—. Pero no es lo que más me gusta de ti.

—¿Y qué es lo que más te gusta —preguntó él con voz ronca tumbándose sobre ella.

Elizabeth lo sintió profundo e intenso y cogió su rostro mirándolo a los ojos cuando aún podía fijar la mirada.

—Me gusta el modo en el que te buscas la barba con la mano y te sorprendes al no hallarla —susurró—. Me gusta el modo en que te anticipas a cualquiera de mis deseos, como si pudieras leerme la mente. Me gusta tu risa, sincera y expuesta, como un torrente de agua. Me gustan tus

manos, que me acarician como pájaros alados siendo grandes y rudas. Me gusta la punta de tu nariz…

—¿La punta de mi nariz? —Ahora fue él el que no pudo evitar reírse—. No es que esa parte de mi anatomía me enorgullezca mucho.

—Me gusta todo de ti, Dougal McEntrie, absolutamente todo.

—¡Oh, Dios! —masculló él y sus movimientos tomaron velocidad buscando satisfacerla antes de que fuera demasiado tarde.

Diez minutos después yacía tumbada a su lado acurrucada entre sus brazos, el lugar al que ella llamaba «mi hogar» y que hacía que él se sonrojara cuando lo decía en público. Necesitaba estar así, desnuda contra su cuerpo, desinhibida y segura de sí misma, para sentirse completamente satisfecha.

—Ya hace meses que…

No se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que ya era demasiado tarde.

—No tienes que preocuparte —dijo Dougal apretándola contra su cuerpo—. Requiere tiempo.

—Mis sobrinas enseguida quedaron encinta. —Se incorporó para mirarlo—. ¿Y si no puedo? Quizá soy demasiado mayor.

—No digas tonterías —dijo él sonriendo—. Eres una niña.

—¿Una niña? Tengo treinta y un años. Soy casi una anciana.

Hizo ademán de levantarse, pero él no se lo permitió.

—Amor mío…

—Quiero ser madre —se lamentó ella—. Lo deseo con toda mi alma, Dougal.

—Y lo serás.

—No estoy tan segura. Esto… —Señaló la cama—. Lo hacemos cada noche.

Él mostró una mueca burlona.

—Haces que me sienta como un semental.

—Eres un semental, Dougal McEntrie. Mi semental.

—Dios Santo, no hagas eso o tendré que volver a… —Su cuerpo despertaba del letargo demasiado rápido.

Elizabeth se tumbó en la cama bocarriba con las manos descansando sobre su vientre plano y la mirada fija en el techo.

—Quiero un pequeño Dougal correteando por el castillo —murmuró—. Y una niña revoltosa y sonriente que rodee mi cuello con sus bracitos cada vez que la regañe.

Él se colocó de lado, apoyado sobre un codo para poder mirarla.

—¿Solo dos?

Lo miró con tanto amor que al aguerrido pirata le tembló el corazón.

—No debería quejarme —dijo ella y, acto seguido, extendió la mano y le acarició el rostro —. Tengo al mejor hombre del mundo. Y me ama.

—Desde luego —afirmó él—. Te ama con toda su alma.

—¿Me amarás aunque no pueda darte hijos? —preguntó con firmeza.

—Te amaré de cualquier modo, pase lo que pase, amor mío. Eres la luz de mi vida y lo único que pido es que estés a mi lado hasta el día en el que la muerte venga a buscarme.

—Ni se te ocurra hablar de muerte, Dougal McEntrie. —Lo miró con severidad.

Él se inclinó para besarla, pero se detuvo antes de tocar sus labios.

—Júrame que serás feliz. Pase lo que pase.

Ella sonrió y asintió levemente para que sus cabezas no chocaran.

—Muy feliz —insistió él y ella volvió a asentir—. Quiero escuchar tu risa.

Deslizó una mano para hacerle cosquillas y Elizabeth se retorció bajo su cuerpo.

—Para —pidió casi sin aire.

—¿Seguro que quieres que pare? —preguntó colocándose entre sus piernas.

—Es usted perverso, señor.

Exhaustos y satisfechos permanecieron en silencio hasta recuperar el ritmo normal de sus latidos. Después Elizabeth se levantó para ponerse de nuevo el camisón y él la imitó.

—No hemos encontrado ninguna solución al problema de Enid —dijo ella volviendo al tema anterior, de pie en mitad del cuarto—. ¿Crees que la duquesa sabrá algo de él que nosotros desconozcamos? Los Sutherland son famosos por conocer los secretos de todo el mundo en Escocia.

—Tú le estarás revelando uno si le preguntas. Supongo que es así como consiguen la información.

—Tienes razón —dijo pensativa volviendo a meterse en la cama.

—No le des más vueltas. Has hablado con Enid y por muy fantasiosa que sea, te respeta, no hará nada que te avergüence.

Elizabeth asintió.

—De eso no tengo la menor duda.

Capítulo 12



Los vastos campos verdes que ascendían y descendían, como las olas en un mar tranquilo, estaban salpicados de matorrales de brezo púrpura, como manchas de pintura en un lienzo de esmeralda. Los riscos de granito emergían del suelo como los dedos de un gigante adormecido, mientras las águilas doradas, reyes del aire, surcaban el cielo con la majestuosidad de las aves soberanas que eran.

Bajo el manto de nubes grises que se cernía sobre el cielo como un viejo edredón, a la luz del día que se filtraba con la vacilación de un tímido invitado, se revelaba una vista que detuvo Enid en su camino. Allí, al final del sendero, rodeada por la infinita soledad de las Tierras Altas, se encontraba la ermita de San Columba. La pequeña edificación, apenas más grande que un humilde cobertizo, parecía desplazarse hacia el anonimato bajo el peso de los años y el descuido. La piedra gris estaba moteada de verde musgo, testimonio del tiempo que llevaba allí, solitaria y expectante. Los restos de un rosetón, un vestigio de la antigua gloria de la ermita, estaban en su pared frontal, con su cristal destrozado y su marco de piedra quebrado. El tejado de madera, en parte hundido, estaba cubierto de una capa de ramas y hojas que la naturaleza había depositado allí como ofrenda silenciosa.

El viento al rozar las piedras le recordó el susurro de viejas oraciones y al desmontar el lejano cacareo de una urraca le llegó como un saludo de bienvenida. Miró a su alrededor el exuberante tapiz de verdes interrumpido tan solo por manchas de brezo y abruptos peñascos, guardianes silenciosos del santo edificio y aquella atmósfera solemne, casi sagrada, hizo mella en su ánimo, dotando al momento de trascendencia. Su corazón se aceleró y carraspeó para escuchar un sonido familiar que rompiese la magia del momento. No quería alimentar sus fantasías, pero el escenario que Gilleasbuig había elegido para su furtivo encuentro era demasiado extraordinario para que pudiera resistirse.

Entonces apareció él de entre las ruinas. Su pelo rubio agitado por el viento, su gallardo porte avanzando con paso seguro hacia ella.

—Has venido —susurró con voz profunda.

Enid sintió que sus mejillas se calentaban y sus piernas temblaban. Trató de sonreír, pero solo pudo mover ligeramente la comisura de sus labios.

—No puedo quedarme mucho o sospecharán. Me tienen muy vigilada.

Gilleasbuig sonrió y su rostro se llenó de una luz brillante. Al menos en la mente de Enid, porque lo cierto era que el día estaba bastante tapado y el sol se mantenía oculto tras las nubes.

—Ven —dijo él ofreciéndole la mano—, tienes que verla por dentro.

Ella se cogió de su mano y aceptó que le hablase sin formalidad como algo normal. Después de todo se habían encontrado de manera furtiva en un lugar apartado, ¿no era eso la mayor muestra de confianza?

Del santuario en ruinas, aún emanaba un aura de solidez y serenidad que contrastaba con el salvaje paisaje de las Highlands. Al entrar, el aire frío acarició su rostro, portando consigo el olor

de la piedra antigua y la madera carcomida. Aunque sus ojos tardaron un instante en acostumbrarse a la penumbra, pronto distinguió el altar, la talla de un santo desgastada y el suelo irregular, testigo de innumerables plegarias y ruegos. Caminó con cautela sin soltarse de la mano de Gilleasbuig, explorando los recovecos de la ermita con mirada atenta. Los muros, parcialmente cubiertos de musgo también por dentro, sostenían la bóveda semi derrumbada. La tenue luz del día nublado se filtraba por las aberturas, iluminando escasamente el interior con un tono misterioso y etéreo. El crujido suave de los escombros bajo sus pies se unió al murmullo del viento que se colaba por las grietas de la estructura. Enid se sintió transportada en el tiempo y algo estremecida por toda la situación.

—¿Te gusta? —preguntó Gilleasbuig girándose a mirarla.

Enid soltó su mano, no podía sostener su mirada y permitir el contacto al mismo tiempo.

—Mucho —dijo tímidamente.

—Vengo aquí siempre que necesito estar realmente solo —dijo él caminando hacia un banco de piedra situado en una pared—. ¿Quieres que nos sentemos? Si no estás cómoda podemos marcharnos.

Enid negó suavemente y lo siguió hasta el banco para sentarse a su lado. El hombro de Gilleasbuig rozaba el suyo y era como si allí su piel la quemase.

—He pensado en este momento cada día desde que nos vimos en el baile —dijo él y su voz aterciopelada la envolvió como un manto—. No debería hablar así, pero necesito decirlo en voz alta, no sé por qué…

Ella desvió la mirada y sus mejillas se ruborizaron hasta ser visible en aquella penumbra.

—Si no sientes lo mismo, no temas en decírmelo. No quiero que te sientas turbada en mi

presencia. Puedes confiar en mí, Enid.

El corazón le latía tan rápido que su respiración también se aceleró. Se giró a mirarlo y sus ojos hablaron por ella. Gilleasbuig cogió su mano suavemente, como si quisiera darle la opción de apartarla. La llevó despacio hasta su propio pecho y la pegó a él para que sintiese su corazón.

—¿Lo notas? —preguntó sin dejar de mirarla de aquel modo intenso.

Enid tragó sintiendo la garganta seca. Asintió levemente.

—Sé que soy un apestado para los McEntrie por culpa del apellido que ostento, pero quiero saber qué opinas tú.

—Yo… apenas te conozco.

Gilleasbuig cerró los ojos un instante con expresión mortificada y soltó lentamente su mano.

—Creía que… —musitó con voz ronca—. Oh, Dios mío, no creí que dolería tanto.

—No digo que yo crea lo que dicen —se apresuró Enid—. Es solo que… me gustaría conocerte mejor antes de…

—¿Antes de…? —La miró de nuevo ilusionado—. ¿Eso es que tengo alguna posibilidad? ¿Que no te soy del todo indiferente?

—No estaría aquí si así fuera.

—¿De verdad hay esperanza para mí? —preguntó a las paredes del templo poniéndose de pie. Se paseó nervioso—. No quiero ilusionarme en vano, pero está claro que no habrías venido hasta aquí si no confiaras en mí. —Se detuvo en seco y después se arrodilló frente a ella cogiéndola de la mano—. ¿Confías, Enid? Daría mi vida para protegerte, sería incapaz de hacerte ningún daño.

Enid sonrió al verlo tan angustiado.

—Sé defenderme, tranquilo.

Una arruga se dibujó en la frente del joven que no entendió aquella afirmación.

—Mi hermano es muy taxativo en estos temas, nos enseñó a mi hermana y a mí algunas técnicas de defensa.

La arruga en el ceño de Gilleasbuig se hizo más profunda y su expresión más confusa.

—Lo que quiero decir es que, aunque confío plenamente en ti, no estoy indefensa. No habría venido sola de ser así, no soy estúpida.

Él pareció dudar un momento, pero finalmente suspiró aliviado.

—Pues ahora que lo dices, eso me tranquiliza aún más. —Volvió a sentarse a su lado, pero no soltó su mano—. Eres una mujer increíble, Enid.

Ella sonrió un poco más tranquila.

—¿De verdad eres una buena persona? —preguntó inocente—. Chisholm no me contó nada de ti, en realidad no habló de ninguno de vosotros, solo de Bonnie.

—Chisholm no debe tenerme mucho aprecio. Lo cierto es que no he sido un buen hermano para él —confesó con expresión apenada—. No he tenido el valor de enfrentarme a mi padre para defenderlo ni a él ni a nuestra madre. Supongo que me despreciarás por ello.

Enid no dijo nada porque, en el fondo, sí lo despreciaba un poco. Que fuera un cobarde no resultaba nada atractivo. Pero ver su consternación la conmovió y cuando volvió a mirarla… ¡era tan guapo!

—Algo dentro de mí me dice que si un día me enfrento a mi padre, lo mataré. —Su rostro se transformó en una máscara dura y fría—. Por eso me he mantenido siempre en un segundo plano. A pesar de todo es mi padre.

—¿Eso es lo que te da miedo?

Él asintió lentamente y poco a poco su rostro se relajó.

—¿Creías que temía por mí? No soy un cobarde, Enid, me he enfrentado a hombres más fuertes que yo y me he batido en duelo más de una vez.

—¡¿Qué?! —exclamó asustada—. ¿Batirte en duelo?

Él asintió solemne.

—Hay cosas que un hombre decente no puede tolerar.

Enid se tapó la boca para ahogar una exclamación sin dejar de mirarlo asombrada.

—¿Has matado a alguien?

Gilleasbuig negó con la cabeza.

—No. Siempre procuro que las heridas no sean mortales, soy un buen tirador.

Ella se llevó la mano al pecho y suspiró aliviada.

—¿Damos un paseo? —preguntó él poniéndose de pie—. No me siento cómodo reteniéndote en un lugar tan escondido.

Ella se levantó también y asintió con una sonrisa complacida, estaba claro que se preocupaba por su reputación.

Capítulo 13



Los encuentros entre Gilleasbuig y Enid se sucedieron durante las siguientes semanas. Quedaban en lugares apartados y paseaban charlando relajadamente lejos de la vigilancia de los McEntrie. Enid estaba enamorada, no había ninguna duda. Se iba a la cama con la imagen de Gilleasbuig en la cabeza y se despertaba por la mañana con la belleza del mismo rostro. Cada día que pasaba lo veía más alto, más guapo e inteligente. Con cada conversación le parecía que su voz tenía nuevos tintes y que su pensamiento era demasiado interesante para un joven de su edad. Era versado en muchos temas y siempre tenía conversación. Nunca se aburría a su lado, sentía que la comprendía, que sabía lo que ella necesitaba en cada momento. Se preocupaba por su bienestar a cada paso, vigilante con las piedras del camino, indicándole siempre el mejor lugar para sentarse…

Hasta aquel día, todo había sido perfecto. Por eso no se sorprendió cuando él decidió que había llegado el momento de dar un paso más y la besó. El corazón de Enid latía desbocado anticipándose a lo que venía, había escuchado a sus amigas hablar de ese momento, de la magia, del estremecimiento, del ardor y…

Gilleasbuig se apartó y Enid tardó un segundo en abrir los ojos, no quería que él pudiese leer

en ellos. ¿Eso era todo? Analizó su estómago y no detectó la más mínima alteración. Ni un leve escalofrío. Nada. ¿Había sido agradable? Sí, pero estaba segura de que no era aquello de lo que hablaban Harriet y Elinor.

—No he podido contenerme —dijo él con expresión mortificada—. Espero que me perdones.

Enid bajó la mirada y sus mejillas se colorearon aterrada porque él pudiese adivinar lo que estaba pensando. ¿Qué clase de desvergonzada era? ¿Qué quería sentir la primera vez que la besaban? Aquello de lo que hablaba Harriet seguro que no sucedió con el primer beso. Por supuesto que no. Y, además, él estaba nervioso, no había más que verlo.

—¿No te ha gus…?

El ruido de los cascos de un caballo hizo que los dos se giraran hacia el camino con expresión sorprendida. Lachlan desmontó de un salto y se fue directo hacia Gilleasbuig que apenas tuvo tiempo de cubrirse el rostro cuando el otro lanzó su puño contra él.

—¡Lachlan! —gritó Enid tratando de detenerlo—. ¡No!

Pero el McEntrie ya lo había tirado al suelo y lo agarraba de la chaqueta con la intención de seguir golpeándolo. Enid corrió hacia él y le rodeó el cuello desde atrás tirando de él. Lachlan se puso de pie con ella colgada a su espalda y soltó su abrazo sin contemplaciones.

—¡Lárgate de aquí, Enid!

—¡No! Si quieres golpear a alguien pégame a mí, él no tiene la culpa de nada.

—¡No me tientes! —Sus ojos echaban chispas—. ¿Que no tiene la culpa?

—¡Vete, Gilleasbuig! —gritó ella.

Lachlan se dispuso a impedírselo y Enid volvió a colgase de su cuello.

—Maldita sea —blasfemó él tratando de librarse.

—¡Vete, por favor! —gritó ella para dejar sordo a Lachlan mientras miraba a Gilleasbuig ansiosa—. Vete.

—No voy a huir. —El MacDonald se había puesto de pie—. Si quiere golpearme, tiene derecho, no me defenderé.

Enid apretó sus brazos alrededor del cuello del escocés, pero los pies no le llegaban al el suelo. La imagen era de lo más cómica: Lachlan moviéndose con ella colgada a su espalda y Enid pataleando como una niña. El McEntrie llegó hasta Gilleasbuig y le propinó otro puñetazo que lo lanzó varios metros hacia atrás antes de caer.

—¡No! —gritó Enid y, consciente de que no tenía fuerza para retenerlo, lo soltó y se interpuso entre ellos—. ¡Para, energúmeno!

—¿Energúmeno? —Lachlan la miró sorprendido.

—¡Sí! Él no se está defendiendo, ¿qué clase de hombre pega a otro que no se defiende?

—Que se defienda, no le servirá de nada. —Trató de eludirla.

—¡Lachlan, para! —gritó ella interceptándolo de nuevo—. Gilleasbuig, vete, por Dios.

—Apártate —ordenó el McEntrie.

Enid se abrazó a él rodeando su cintura con los brazos y enlazándolos a su espalda.

¡Dios!, es muy grande y está durísimo, no voy a poder pararlo.

—Suéltame, Enid, esto es… impropio.

—Me importa un bledo, no pienso soltarte hasta que Gilleasbuig se marche.

—¿Te hace gracia, desgraciado?

La voz de Lachlan sonó profunda y amenazadora al dirigirse al MacDonald y provocó un escalofrío en Enid, pero lejos de soltarlo apretó más su abrazo de manera que su mejilla quedó

pegada al duro pecho masculino y podía escuchar los latidos de su corazón, que golpeaba con tanta fuerza como sus puños.

—¡Lárgate! —gritó Lachlan con tal potencia que Enid sintió que su voz la traspasaba.

—¿Le harás daño? —preguntó Gilleasbuig.

—¿Hacerle…? —Lachlan dio un paso hacia delante y eso acercó más a Enid a su cuerpo—. Jamás he golpeado a una mujer, ¿por quién me tomas, imbécil?

—Vete de una vez —insistió Enid—. No me hará nada.

Gilleasbuig dudó aún unos segundos, pero finalmente optó por hacer lo que le pedían. Lachlan llevó sus manos a la espalda, la agarró de las muñecas y sin contemplaciones la obligó a soltarlo. Enid no se resistió y cuando se apartó tenía las mejillas rojas por el esfuerzo y una expresión divertida en los ojos.

—¿Te lo estás pasando bien?

—Un poco sí, la verdad. Ha sido como en esas novelas que…

—Eres una niña estúpida y malcriada —dijo él entre dientes—. No sabes lo que haces.

—Solo estábamos hablando. ¿Qué mal hay en eso?

—¿Hablando? ¡He visto cómo te besaba!

—Estamos enamorados.

—Enamo… —Él abrió la boca y volvió a cerrarla antes de encontrar las palabras—. Es un MacDonald, no deberías ni mirarlo.

—Menuda estupidez. —Se encogió de hombros y luego se mordió el labio pensativa—. Esas cosas están bien para la literatura, pero la vida real es otra cosa. ¿Acaso Gilleasbuig ha elegido su apellido? No. Nadie puede contarme algo malo que haya hecho, solo habláis y habláis con

grandes aspavientos, pero sin decir nada concreto.

—Los MacDonald…

—Lo sé, lo sé —dijo deambulando frente a él—. Los MacDonald son el demonio, ya me ha quedado claro.

—¿Te burlas? ¿Sabes lo que Bhattair le hizo a Nuna?

—¿Quién es Nuna? —preguntó desconcertada.

—Nuna fue la primera esposa de Dougal, una india creek.

—Ah, sí, algo me contó Harriet. Su muerte no tuvo nada que ver con Bhattair, murió en un ataque a su campamento…

—Bhattair la arrastró hasta el bosque y trató de violarla.

Enid abrió los ojos como platos.

—¿Violarla?

—Supongo que sabes en lo que consiste una violación.

—Yo… Bueno… Sé… algo.

Claro que sabía en lo que consistía una violación, tenía dos amigas y una hermana casadas, disponía de mucha más información de la que habían tenido ellas antes de casarse, pero no iba a contárselo a él. Asintió con la cabeza y Lachlan endureció su expresión.

—Entonces ya sabes por qué no debes quedarte a solas con un MacDonald. Y menos besarlo, por Dios, creía que no tenías ni idea de lo que sucede entre un hombre y una mujer. Ahora que sé que sí, veo que eres más estúpida de lo que creía.

—Hombre, gracias, percibo tu admiración por mí en cada una de tus palabras —respondió con ironía, pero enseguida la imagen de Bhattair haciendo lo que Lachlan había dicho ocupó

todo el espacio de su mente—. ¡Dios mío, ese hombre es un monstruo! ¿Cómo es que aún está vivo? No puedo creerme que Dougal no lo matara. No es que quiera que lo hiciese... Aunque, si lo pienso bien, claro que quiero, ¿qué clase de hombre hace algo tan vil? Ahora entiendo que dijeras que Duncan se parece a él…

—No lo consiguió, por suerte llegamos a tiempo.

Enid asintió y sus mejillas se sonrojaron un poco más.

—Pero Gilleasbuig no tiene nada que ver en eso. Los hijos no heredan los pecados de sus padres. Además, yo tampoco lo permitiría, sé defenderme —dijo elevando el mentón en un gesto orgulloso.

—Oh, sí, con esos bracitos podrías frenar a cualquiera que lo intentase.

Enid torció la sonrisa y lo miró perversa.

—Te he frenado a ti y, a simple vista, pareces un hombre.

Lachlan abrió la boca para decir algo y se echó a reír.

—¿Que me has frenado…?

—Ríete todo lo que quieras, pero es lo que ha pasado, por más que te pese. Tengo mi sistema.

—¿Tu sistema?

Ella asintió orgullosa.

—Porque en realidad no he querido hacerte daño, pero podría golpearte en cierto lugar que, según Alexander, te dejaría sin aliento.

Él cruzó sus brazos frente al pecho y sus músculos se tensaron bajo la ropa.

—No tienes nada de lo que preocuparte —siguió ufana—. No necesito protección, no soy

ninguna niña indefensa por más que os empeñéis en verme así. Por eso me he reunido en secreto con Gilleasbuig.

—¿Cuántas?

Ella lo miró sin comprender.

—¿Cuántas veces os habéis reunido?

—No sé…

—¿Cuántas, Enid?

—Seis.

El escocés apretó los dientes y su mandíbula se marcó rotunda.

—Solo hablábamos —dijo ella enseguida—. Hoy ha sido la primera vez que me ha besado. Aunque, para ser justos, yo no lo he rechazado.

—Tu madre estaría orgullosa de oírte hablar así.

Enid sintió que sus mejillas se calentaban de rabia.

—¿Por qué tienes que ser tan desagradable conmigo? No he hecho nada malo.

—¿Estar a solas con un hombre en mitad del bosque no te parece suficiente? ¿Sabes lo que podrían inventar si te vieran?

—Ahora mismo estamos tú y yo solos. Y sigues pareciéndome un hombre.

Lachlan apretó los labios al no poder contradecirla.

—Él podría haberte atacado —masculló.

—Y tú también podrías.

—Yo no te haría daño.

—Él tampoco.

—No lo conoces.

—A ti tampoco.

Lachlan entornó los ojos.

—Soy un McEntrie.

—Otra vez con eso.

—Sí, otra vez con eso. Aquí el apellido lo dice todo de ti.

—Sea como sea, ya te he demostrado que puedo defenderme, así que te agradecería que la próxima vez no te metas.

—¿La próxima vez? —Frunció el ceño y su mirada se oscureció—. No va a haber próxima vez, Enid.

—Oh, ya lo creo que sí. Tú no eres nadie para decidir eso.

—Enid, no me provoques.

—No hago semejante cosa, tan solo constato…

Lachlan se acercó en dos pasos, la agarró con fuerza empujándola hasta el suelo y después se tumbó sobre ella.

—Vamos, demuéstrame como te defiendes.

Enid lo miraba sorprendida, pero sin ningún temor.

—Eres imbécil.

—Si me insultas seguro que me aparto.

—Vamos, Lachlan…

Como respuesta él cogió sus manos y las elevó por encima de su cabeza haciendo que no pudiera moverlas. Aquello empezaba a no ser divertido. El rostro del escocés estaba muy cerca

de su cara cuando juntó las dos manos, las sujetó con una suya y utilizó la otra para bajar hasta su vestido.

—Podría levantarte la falda sin problemas, ¿quieres verlo? —dijo agarrándola y tirando de la tela hacia arriba.

Enid se enfureció y forcejeó tratando de darle un rodillazo en la entrepierna, pero él fue más hábil y rápido y se colocó entre sus piernas de manera que sus movimientos no hacían más que ponerla en peligro.

—¡Lachlan! Por favor, Apártate.

—¿Me lo pides? ¿No eras capaz de defenderte?

—No, no soy capaz, está claro —dijo con voz ronca.

Estaba al borde de las lágrimas y no entendía por qué. Sabía que él no le haría daño y aun así se sentía tan humillada…

Él se levantó y le tendió una mano para ayudarla a hacer lo propio, pero ella la rechazó. En cuanto estuvo sobre sus pies se dio la vuelta para marcharse, pero él la agarró del brazo y la retuvo.

—No hemos terminado.

—¡Oh, ya lo creo que sí! —dijo furiosa—. Pienso contarle a tu padre lo que has hecho. Eres un desgraciado.

—Tenía que hacerlo, no eres consciente del peligro que has corrido, Enid —dijo con voz suave—. Siento haber sido tan brusco, pero reconozco que eres capaz de hacerme perder los estribos como nadie.

—Te equivocas con Gilleasbuig, él no…

—¡Basta! —El tono de su voz no dejó un resquicio a la duda—. Deja de defenderlo, no lo conoces. Solo eres un polluelo recién salido del cascarón. Te piensas que el mundo es lo que tú conoces, pero estás muy equivocada. Aquí no están tus padres para protegerte, ni tu hermano. Aquí solo estamos nosotros y eres nuestra responsabilidad. Te pido que te comportes como se espera de ti. —Ella lo miraba temblando de rabia y de vergüenza—. Acepto que estés enfadada conmigo, lo entiendo y no me importa si con ello consigo que no vuelvas a comportarte de este modo.

—Nunca voy a perdonarte, Lachlan.

—Tendré que vivir con ello.

Sus ojos lo miraban incrédulos, ¿por qué era tan duro con ella? ¿Qué terrible cosa había hecho? Solo se habían visto para hablar. Y ese beso… solo la había rozado con los labios y…

—Enid, escucha —dijo intentando suavizar el tono consciente de que había sido muy duro —. Debes pensar en tu familia. ¿Qué sentiría tu padre si tu honor se ve mancillado? ¿Qué pasaría si Gilleasbuig no es como crees e hiciese algo irreparable?

—¿Por qué se rompió tu compromiso? —preguntó con intención de hacer daño.

—¿Qué?

—¿Por qué Aileen rompió su compromiso contigo? ¿Le hiciste lo que me acabas de hacer a mí? ¿Es eso? ¿Por eso crees que Gilleasbuig puede comportarse de un modo tan… desagradable?

—Enid… —apretó los dientes y su iris se congeló.

—Ningún caballero haría una cosa semejante. La sociedad lo expulsaría y no volvería a aceptarlo nadie en su casa. ¿Cómo iba Gilleasbuig a hacerme algo tan… tan…? ¡Oh! Solo una mente retorcida pensaría algo así. Además, ¿crees que yo me quedaría quieta? ¡Le arrancaría los

ojos antes que permitírselo! ¿Te crees que me proteges diciéndome esas cosas? ¿Qué clase de persona crees que soy? ¡Lo amo! ¿Me oyes? Y el me ama a mí. Nos casaremos y...

—Solo busca tu posición y tu dinero —dijo hiriente—. Eres una niña tonta y crédula muy fácil de engañar.

—Y tú eres una persona horrible, Lachlan, no entiendo cómo no se han dado cuenta de ello.

—Mira este paraje —señaló él—. ¿Qué hombre decente te traería aquí a escondidas? ¡Solo podría ser peor si te hubiese llevado a la ermita de San Columba!

Enid no pudo evitar que leyera en sus ojos por más que desvió la mirada enseguida.

—¡Por Dios, Enid! ¡Te llevó a…! ¿Para qué crees que están las normas, niña tonta? ¡Son para protegerte de hombres como ese! ¡Dios Santo! —Se llevó las manos a la cabeza—. Voy a hacer que te encierren, hablaré con Elizabeth y no volverás a salir sola de casa.

—No harás semejante cosa.

—¿Que no lo haré? Espera y verás.

—¡Te odio! —gritó entre lágrimas—. Eres una persona horrible.

El escocés negó con la cabeza. Estaba claro que no era consciente del peligro que había corrido y eso lo asustaba aún más. Gilleasbuig era un auténtico malnacido.

—Lo voy a matar.

—¿No prueba esto que te equivocas? —dijo ella limpiándose las lágrimas con mano rápida —. Según tú he estado en peligro…

—¿Cómo saber cuáles son sus planes? Ningún hombre con buenas intenciones pondría tu buen nombre en peligro de ese modo, ¿es que no lo ves?

Ella respiraba agitada y las lágrimas no dejaban de caer por sus mejillas.

—Por favor, no le digas nada a Elizabeth. No volveré a encontrarme con él, te lo juro.

—No te creo.

—¿Qué quieres que haga para que me creas? —sollozó—. Por favor, si hablas con Elizabeth… ella…

—¿Te enviará de vuelta? —Endureció el gesto—. No sabes lo que me alegraré cuando eso suceda. Sube al caballo, nos vamos.

—Lachlan, por favor… —Lo agarró de la manga para detenerlo—. Por favor.

—Sé que crees que estoy siendo muy duro contigo, pero es porque no eres consciente de lo que está en juego.

Enid asintió y se limpió las lágrimas.

—¿Se lo contarás?

Lachlan asintió y ella sollozó sin poder contenerse. Sin decir nada más se subió al caballo y se alejó de allí sin esperarlo. El escocés comprendió que nunca volvería a mirarlo como a un amigo. Solo era una niña, pero su inocencia era muy peligrosa. Creía que estaba enamorada, pero no tenía ni idea de lo que era el amor y empezaba a temer por ella de verdad. El mundo era muy cruel con personas como ella. Aunque lo odiase, iba a protegerla. Si podía.

Capítulo 14



—¿Te das cuenta de lo importante que es tener la información? —Bhattair miraba a su hijo con cara de estar muy satisfecho consigo mismo—. Las mujeres son muy fáciles de engatusar si tienes los detalles necesarios.

—Es una chiflada de los caballos —afirmó Gilleasbuig y a continuación bebió un sorbo de su copa—. Tal y como dijiste, esa fue la llave que me permitió entrar.

—Entrar, entrar aún no has entrado —se burló su padre—. ¿A qué vienen tantos remilgos? La ermita habría sido un lugar perfecto para sentenciarla.

—Padre, hay otras formas de hacer las cosas.

—Si dejas que esos McEntrie intervengan, estás acabado y si no lo consigues me encargaré personalmente de que te arrepientas.

—Es mejor seguir con el plan y hacerlo por las buenas. No quiero estar atado a una amargada que me haga la vida imposible. Además es hija de los duques de Greenwood y será beneficioso para todos que estemos a bien con ellos.

—Es una suerte que este año Forrester se encargue de organizar los Juegos, ese viejo no tiene sitio para alojar a tantos participantes y el campamento os dará la cobertura necesaria para pasar

desapercibidos si alguien os ve por los alrededores en plena noche. Los McEntrie tardarán en darse cuenta. —Bhattair tenía un semblante severo, fruto de su impaciencia por que se resolviera el asunto—. Pero ni se te ocurra amilanarte. Si las cosas se ponen feas, rematas el trabajo en pleno bosque si hace falta.

Gilleasbuig asintió una vez, aunque esperaba que las cosas no llegaran a ese punto.

—No estoy seguro de que haciéndolo con su consentimiento no acabe muerto, pero si la fuerzo los McEntrie no solo me matarán, me despedazaran vivo.

Bhattair lo agarró por los hombros y lo miró fijamente a los ojos.

—Vuelve con un acta de matrimonio o habiéndole robado su honra, porque te juro por Dios que si no traes una de las dos cosas te echaré a patadas como a un perro y me cuidaré de que vivas como un mendigo el resto de tu vida.

Gilleasbuig sintió un escalofrío, Enid era una buena chica y lo había tratado bien. En realidad le gustaba mucho y casi le resultaba agradable la idea de convertirla en su esposa. Pero aquello le podía salir muy mal si no tenía cuidado.

—Tú procura que no te descubran antes de que suceda, porque entonces sí que tendrás serios problemas —advirtió Bhattair soltándolo, como si le leyera el pensamiento.

—¿Y no podría continuar cortejándola? Estoy convencido de que si me comporto como un caballero conseguiré…

—¿Tú un caballero? ¿Y qué pasará cuando se te cruce alguna de esas mozas que tanto te gustan? ¿Crees que si ella lo descubre seguirás pareciéndole un candidato? Además, ¿te arriesgarás a que los McEntrie la convenzan de que no eres de fiar? ¿O a que se fije en uno de ellos?

—Eso no va a pasar.

—¿Que no va a pasar? Las mujeres son volubles y cambian de parecer a menudo, lo sé bien, y esa más que la demás. Si dejas de tener su favor todo estará perdido. Tu madre estaba perdidamente enamorada de mí, ¿crees que ese enamoramiento duró? En cuanto nos casamos cambió de parecer, la muy… —Apretó los labios para contenerse—. No puedes desperdiciar esta oportunidad. Será durante los Juegos y no se hable más.

—¿Tanto necesitamos su dinero, padre? La herencia del abuelo ya es suya.

—¡Yo diré lo que necesitamos, imbécil! —Le dio la espalda para ir a servirse una copa de brandy que calmase sus nervios. Tener que contar con sus hijos para cualquier evento lo sacaba de quicio, no confiaba en el talento de ninguno—. No es dinero lo que quiero de este matrimonio. Los Greenwood tienen mucho poder y esta boda nos introducirá en la corte inglesa, como siempre he querido. La maldita cláusula en el testamento de ese desgraciado me privó de poder convertir estas tierras en coto de caza. Eso me habría permitido codearme con la aristocracia inglesa, algo que merezco y que me ha sido negado por culpa de ese viejo imbécil.

Gilleasbuig estaba harto de oírlo quejarse de eso, pero no dijo una palabra.

—Emparentar con los Greenwood me dará otro modo de entrar en la corte —siguió fantaseando Bhattair—. Es posible que esté confraternizando con el regente dentro de no mucho tiempo.

—Enid es una buena chica —dijo su hijo con voz queda—. Estoy seguro de que sus padres preferirían que las cosas sucediesen de manera… normal.

Bhattair se sirvió la copa y bebió un largo trago antes de volverse hacia su hijo con una mirada perversa.

—Las buenas chicas sirven para lo mismo que las malas, aunque son mucho más aburridas. Una mujer es un medio para conseguir un fin, que ese medio resulte más o menos placentero, depende en parte de ti. ¿Te resulta agradable a la vista? —Le señaló la entrepierna—. ¿Se te pone dura cuando estás con ella?

Gilleasbuig asintió, consideraba a Enid una mujer realmente hermosa.

—Entonces disfruta de ella mientras puedas. Después se volverá una amargada y todo te resultará más trabajoso. —Se encogió de hombros riendo—. A veces tendrás que obligarla, ella fingirá resistirse y tú tendrás que meterla en cintura. Es parte del juego, no tengas reparos en demostrarle quién manda, hijo.

Gilleasbuig sintió que la náusea invadía su estómago y respiró hondo por la nariz tratando de calmarla. Tenía muy presentes los moretones y heridas en el cuerpo de su madre, así que sabía a lo que se refería. Él había hecho cosas reprobables, desde luego, pero nunca había forzado a una mujer. Tampoco es que le hubiese hecho falta, era un gran conquistador y todas acababan cayendo en sus brazos voluntariamente.

—No lo estropees —advirtió Bhattair viendo en la expresión de su rostro una debilidad que no estaba dispuesto a tolerar—. Si no consigues tu propósito convertiré tu vida en un infierno. Ni sueñes que te dejaré escapar sin más, si tratas de huir te encontraré allí adonde vayas y te despojaré de todo cuanto tengas, ¿me has oído? Si quieres ser alguien en la vida, no lo estropees, Gilleasbuig, demuestra que mereces el apellido que portas. Y asegúrate de regresar con tu trofeo, de no ser así, harás bien en buscar un acantilado bien alto desde el que lanzarte.

Capítulo 15



Elizabeth la miraba por el rabillo del ojo mientras seguía con su bordado. Su compañera estaba sentada en una butaca con los ojos clavados en la ventana y suspirando quejumbrosa cada dos minutos.

—¿No te apetece leer un libro? —preguntó paciente.

—¿Qué? —la miró con expresión lánguida—. Ah, no, gracias, estoy bien.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

Durante los siguientes minutos continuaron con el mismo ritual: silencio, suspiro, silencio… Elizabeth no pudo aguantarlo más y dejó la labor en su cesto mirándola con determinación.

—Enid, basta ya. ¿Quieres regresar? Puedo hacer que te lleven a casa mañana mismo.

La joven la miró con ojos brillantes.

—¿Quieres que me vaya?

—No, no quiero que te vayas, pero tampoco quiero verte como un alma en pena.

—Echo de menos a Ciaran —musitó—. Mucho.

—Serán solo unos días, hasta que a Lachlan se le pase el enfado. No le gustó nada que

intentases montarlo sin su consentimiento.

Enid frunció el ceño confusa.

—¿Te ha dicho que… intenté montarlo? —titubeó nerviosa.

—Claro que me lo ha dicho, estaba enfadadísimo, tanto que me pidió que no te dejase salir de casa hasta que regresemos de los Juegos. Sé que es un castigo severo, pero es que tu seguridad es lo más importante, Enid. Ese caballo no está preparado aún y el que mejor lo sabe es Lachlan. Siempre debes hacer caso a Lachlan en cuanto a esas cosas, es el que mejor los conoce, tiene un don para eso.

—Ya. —Se puso de pie para dirigirse a la ventana.

Desde allí podía ver las cuadras a lo lejos y lo descubrió en el cercado con uno de los potrillos. No le había contado lo sucedido. Se le llenaron los ojos de lágrimas de agradecimiento. Creía que…

—No te preocupes —dijo Elizabeth a su lado provocándole un respingo asustado—. ¡Enid! ¿Por qué lloras? Oh, pobrecita. —La abrazó—. Hablaré con él y le convenceré de que te perdone. Estoy segura de que Ciaran también te echa mucho de menos a ti. Lachlan es demasiado duro contigo.

—No le digas nada —pidió limpiándose las lágrimas—. Tiene razón en estar enfadado. Estoy bien. —Sonrió—. Iré a buscar un libro, hace días que tengo uno en mente.

Elizabeth la vio salir de la habitación con expresión confusa. Por alguna extraña razón se le pasó por la cabeza que aquel castigo no era por el caballo, tal y como Lachlan le había contado. Miró hacia el cercado y observó el trabajo que estaba haciendo con el potro. Lachlan era un domador nato, lo había visto trabajar con caballos muy difíciles y doblegarlos con paciencia y

perseverancia. ¿Eso era lo que estaba tratando de hacer con Enid? Frunció el ceño con preocupación. ¿Qué habría hecho esa muchacha para hacerlo enfadar tanto?

Enid estuvo vigilando por la ventana de la biblioteca hasta que los vio acercarse a la entrada del castillo. Corrió para interceptarlos antes de que subieran las escaleras del *hall*.

—¡Enid! —la saludó Ewan—. ¿Qué tal tu…?

—¿Podemos hablar un momento? —pidió ella mirando a Lachlan ansiosa—. Hola Ewan, mi mañana ha estado muy bien. ¿Podemos, Lachlan?

El McEntrie asintió y los demás siguieron su camino dejándolos atrás.

—¿Te parece bien en la biblioteca? —preguntó ella dando un paso hacia allí.

Lachlan le hizo un gesto para que caminara delante de él.

—Necesito lavarme antes de ir a comer —advirtió él cerrando la puerta.

—No tardaré. —Se retorció las manos—. Quería darte las gracias por no… contárselo a Elizabeth.

—Me lo estoy pensando aún. —Su voz era firme y su mirada fría.

Enid suspiró consciente de que se lo iba a poner difícil.

—Lachlan…

—No.

—¿No?

—No puedes salir.

—No iba a… —Dejó caer las manos con impotencia—. ¿Tienes que ser así? ¿No podrías

tener un poco de manga ancha conmigo?

—¿Para que vuelvas a hacer una estupidez de las tuyas?

—Solo quiero cuidar de Ciaran.

—Eso era lo que me decías que hacías.

—No montaré —dijo sincera—, ni me moveré de las caballerizas

—No.

Enid apretó los labios para obligarse a callar. Quería darle las gracias y no podría hacerlo si ahora le soltaba todo lo que se le venía a la boca. Dejó escapar un sonoro suspiro.

—Está bien. Solo quería que supieras que te estoy muy agradecida.

—Ya.

—¿No me crees?

—No me lo ha parecido.

—Hasta Elizabeth ve que eres demasiado duro conmigo.

—Elizabeth no sabe lo que has hecho, ¿recuerdas? —torció una sonrisa malévola—. Podemos ir a verla y contárselo para que pueda juzgarme justamente.

Enid sintió la soga en su cuello.

—Tienes razón, lo siento.

Lachlan levantó una ceja sorprendido, ahora sí parecía sincera.

—Si te consuela —dijo ella—, tu castigo está siendo terrible. Me aburro insoportablemente.

No pudo evitar una sonrisa al verla tan derrotada.

—¿No hay ningún libro que te apetezca leer? —preguntó señalando hacia los ejemplares de las estanterías.

—No soy una gran lectora, ya lo sabes.

—Quizá te iría bien cambiar eso.

Enid lo vio dirigirse hacia una de aquellas repisas para coger un tomo. Cuando se lo entregó ella lo miró con expresión dubitativa.

—¿El vicario de Wakefield? —leyó el título.

—Te gustará —dijo caminando hacia la puerta, pero antes de salir se detuvo con la mano en el pomo como si dudara.

Enid esperó con curiosidad hasta que se dio la vuelta despacio y la miró.

—Después del almuerzo puedes venir conmigo —dijo eludiendo su mirada—. Ciaran se alegrará de verte.

Salió de la biblioteca y cerró rápidamente. Los labios de Enid se curvaron lentamente hasta iluminar su cara con una enorme sonrisa.

Con la mansedumbre que creía esperaba de ella, Enid acompañó a Lachlan hasta las cuadras quedándose rezagada tras él como un perrito faldero. La tarde era cálida y el cielo estaba despejado, aunque Craig había dicho en la comida que esa tarde llovería. De vez en cuando el escocés se giraba a mirarla con rostro serio y según avanzaban su ceño estaba cada vez más fruncido.

—¿Se puede saber qué pretendes? —dijo al fin deteniéndose a esperarla.

—¿Qué?

—¿Por qué vas detrás de mí?

—Has dicho que podía acompañarte.

—Acompañarme, eso es, no seguirme a distancia como si fuese un apestado.

—Yo no… Pensé…

Le hizo un gesto para que se acercara sin dejar de apretar los labios y Enid obedeció sumisa.

—¡Oh, maldita sea, deja esa actitud! —exclamó él impaciente.

—No sé qué quieres que haga, pero si me lo dices estaré encantada de obedecerte.

—Quiero que seas tú.

Enid lo miró sorprendida.

—¿Que sea yo?

—Sí. Deja esa pose complaciente y compórtate como siempre.

—¿Estás seguro?

—No —dijo rotundo—. Contigo nunca estoy seguro de nada.

Ella sonrió sin contenerse. Siguió caminando a su lado en silencio hasta que ya no pudo aguantar más.

—¿Qué ha hecho Ciaran estos días? ¿Ya están curadas sus heridas? Deben estarlo, el ungüento que le prepara Ewan es de lo más efectivo. Tu hermano es un excelente médico de animales, aunque él me ha dicho que lo llame veterinario. ¿De dónde viene ese nombre? Veterinario, qué curioso… ¿De qué te ríes?

Lachlan no había podido contener el brillo de sus ojos que demostraba su regocijo.

—No montes —advirtió sin responder—. Y no te alejes de esta zona. Si lo…

—No lo haré —lo interrumpió—. Sacaré a Ciaran a pasear mientras tú haces… lo que sea que vayas a hacer.

—Tengo que seguir trabajando con Adharc.

—Es el potro de Oighrig, ¿verdad?

Oighrig era la yegua de Elizabeth.

Lachlan asintió.

—Su madre es una auténtica princesa —sonrió refiriéndose al nombre de la yegua—. Majestuosa y elegante, a la vez que fuerte y veloz.

Lachlan le dio la razón con un gesto de cabeza.

—Gracias —dijo sincera—. Por dejarme venir. Me moría de aburrimiento.

—Te he aconsejado un buen libro para ayudarte con eso.

—Oh, sí, y lo leeré… algún día.

—Ya.

—Es que no puedo estarme sentada y las palabras bailan delante de mis ojos mientras mi cabeza vuela. Yo no nací para estar encerrada, Lachlan, mi sitio está fuera, al aire libre.

Lachlan dejó escapar un suspiro y tomó otro camino.

—Ciaran está en su cuadra —dijo elevando un poco la voz—. Puedes quedarte hasta que vuelva, pero na…

—Nada de alejarme, lo he entendido. Estaré aquí mismo.

El aire suave se mezclaba con el cálido olor del heno, creando un contraste tan sorprendente como embriagador. Su querido Ciaran, se erguía majestuoso en su cubículo, llenando de gozo su aburrido corazón.

—Hola, Ciaran. Querido, querido, querido Ciaran.

El animal acercó la cara a la suya y ella se rio divertida.

—¿Me has echado de menos? Yo a ti muchísimo. No sabes cuánto. ¿Quieres que demos un paseo? ¿Te han sacado de aquí? Esos McEntrie tienen demasiado trabajo para ocuparse de ti, ¿verdad? Pero ya estoy yo para cuidarte.

Cogió el cepillo y comenzó a pasarlo por su pelaje con delicadeza y poniendo mucho cuidado en no rozar sus heridas, ya casi curadas del todo. Enseguida sus pensamientos se elevaron por encima de sus cabezas, como pasaba siempre que hacía una tarea mecánica. A su alrededor, los caballos, tan arraigados a aquella tierra como las montañas al horizonte, se mostraban imperturbables, testigos mudos de sus cavilaciones.

—No os preocupéis, cuando acabe de atender a Ciaran os entretendré con alguna de mis historias —dijo elevando la voz—. No puedo salir a montar, me lo han prohibido, pero nadie ha dicho que no pueda leeros. Lachlan me ha dado un libro que promete ser de lo más aburrido, pero quizá a vosotros os guste.

Los ojos de Ciaran la miraban con inteligencia y una serenidad casi humana, como si pudiera percibir sus auténticos pensamientos. Dejó el cepillo y lo acarició con la mano.

—Tú me entiendes, ¿verdad, Ciaran? No quería hacer nada malo, es solo que no quiero estar sola. Harriet, Elinor… ¡incluso, Marianne! Todas tienen una vida en la que yo ya no tengo cabida. Debería estar con ellas, hablando de bebés y de lo que sea que hablan las mujeres casadas. Y sin embargo, aquí estoy, hablando contigo dentro de una cuadra como una loca.

Dejó caer los hombros con desánimo.

—¿Tan terrible es que me guste Gilleasbuig? Nadie ha sido capaz de decirme nada malo sobre él. Lo único que tienen en su contra es su apellido. ¿Te parece justo? Porque a mí no.

Lachlan estaba apoyado en una viga, lejos de su vista, y la escuchaba con una expresión

indescifrable.

—A las personas se las debe juzgar por sus actos. Mira Lachlan, parecía un ogro conmigo, de hecho pensaba no volver a hablarle en mi vida. Pero ¿sabes qué? No le ha contado nada a Elizabeth. Está claro por qué sus hermanos dicen que es bueno. Aunque sigo pensando que se excedió en su regañina, estoy segura que lo hizo por mi bien. Se equivoca, pero su intención es buena, ¿y no es eso lo que importa? Intentaré no sacarlo de sus casillas. Voy a esforzarme… —Frunció el ceño al escuchar un ruido y asomó la cabeza fuera de la cuadra, pero no vio a nadie —. Vamos, demos un paseo.

Le puso el zangao y las bridas y salió con él de las caballerizas.

Capítulo 16



Aquella tarde Glenna tenía una sorpresa para ella cuando subió a cambiarse para la cena.

—Ay, señorita, no sé si hago bien —dijo la doncella nerviosa sosteniendo un papel en la mano.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó curiosa.

—Alguien me ha dado una carta para usted.

—¿Una carta?

Enid extendió la mano para que se la diera, pero la doncella se resistía.

—¿Quién te la ha dado?

—Una doncella de los MacDonald.

El corazón comenzó a latirle más rápido.

—Dámela —ordenó.

—Es que… señorita, si la señora se entera se enfadará conmigo.

—Entonces es mejor que no se entere. En cuanto la lea la destruiremos y no se lo contaremos a nadie.

—Es que…

—Glenna, ¿quieres hacerme enfadar? —preguntó poniéndose seria.

La muchacha se mordió el labio y le entregó la nota. Enid rompió el lacre y la leyó con avidez.

«Adorada Enid. Me siento desfallecer por tener que escribir unas palabras que me causan tanto dolor, pero he meditado mucho sobre lo sucedido y debo aceptar que es mejor que no volvamos a vernos. Lachlan tiene razón, no deberías acercarte a mi familia. Mi padre es un hombre horrible que destruye todo lo que toca y no dejaré que te pongas a su alcance jamás. Antes me marcharé lejos y no regresaré nunca…»

Enid apretó el papel entre las manos tratando de contener las emociones que se extendían por todo su cuerpo y continuó leyendo.

«Desde lo sucedido no he podido dejar de pensar en mi comportamiento y me llena de rabia y vergüenza, ¿cómo he podido ser tan irresponsable como para llevarte a la ermita de San Columba? ¡Los dos solos en un paraje apartado! Si alguien nos hubiese visto… Si alguien hubiese sido testigo de un momento de debilidad tan vil y deleznable como es el de ese beso lujurioso que te di… Espero que puedas perdonarme y que, cuando ames a alguien como te amo yo, entiendas que fue mi desesperado anhelo el que me hizo comportarme de este modo. Sé que si me quedo aquí no podré soportarlo sabiéndote tan cerca, de manera que después de los Juegos me marcharé para siempre. No me importa el lugar mientras esté lo bastante lejos de ti, amor mío. Te protegeré con mi propia vida, incluso de mí mismo.

Tuyo siempre, Gilleasbuig.

Enid tenía los ojos ardiendo y las lágrimas temblaban en el borde a punto de descolgarse. Corrió hasta el tocador y buscó en un cajón papel y lápiz.

—Le entregarás esta nota a esa doncella.

—Señora… —sollozó suplicante—, no puede hacer eso.

—Ya lo creo que puedo, no permitiré que cometa una locura. Le llevarás mi nota y esperarás respuesta. Pero que nadie te vea, Glenna, ¿me oyes? —La miró ansiosa—. Nadie debe verte.

La doncella asintió temblando. Aquello era muy peligroso y si salía mal le costaría el trabajo y quién sabe si algo más.

Glenna le dejó una nueva respuesta de Gilleasbuig debajo de su almohada, pero no la leyó hasta que estuvo sola y a punto para dormir.

«¿Que no te amo? Es por este amor que siento que voy a sacrificar mi felicidad, mi orgullo y toda mi existencia. Por este amor que me obliga a protegerte. Si no fuese así te pediría que te escapases conmigo. Lo organizaría todo para que huyésemos juntos durante el baile en casa de Nathaniel Forrester. Allí es donde te veré por última vez, amor mío, pero no podré acercarme, tus amigos no me lo permitirán. Además, no te pondría de nuevo en peligro de ese modo. Así que me contentaré con observarte desde las sombras, deleitándome con tu presencia tan cercana e inalcanzable al mismo tiempo. Si de mí dependiese nos escaparíamos juntos a Gretna Green y nos casaríamos inmediatamente. Te haría mi esposa y dedicaría el resto de mi vida a adorarte y venerarte, como la diosa que eres. Pero debo pensar en ti y en tu bienestar, no en mi felicidad, es por eso por lo que me marcharé solo esa misma noche. A no ser… No me atrevo a pedírtelo. ¡Oh, Enid! ¿Huirías conmigo? ¿Abandonarías a todos para unirte a alguien como yo? Si me dijeses que sí me harías el hombre más feliz de la tierra. No puedo dejar de pensar en tus sedosos

labios y esa mirada dulce que me regalaste después de un momento tan… íntimo y trascendental. Te entrego mi corazón y puedes hacer con él lo que te plazca, amor mío.

Tuyo siempre, Gilleasbuig».

Enid tenía los ojos muy abiertos y una expresión sorprendida. La amaba de verdad, no había duda. ¿De verdad era él? ¿Cómo podía dudarlo? Volvió a mirar la carta como si necesitara que le hablase. Era él, tenía que ser él. Se incorporó pensativa. Debía actuar, el baile era dentro de dos días. Encontraría el modo de verse con él y le diría… ¿Qué le diría? Estaba claro que los McEntrie, con Elizabeth incluida, no aprobaban esa relación y eso no iba a cambiar.

—Si me casara con Gilleasbuig podríamos vivir en Londres, cerca de Harriet. Quizá podría asociarse con Joseph… —Descartó esa idea enseguida y se levantó de la cama para pasearse y calmar sus nervios—. No importa, lo importante es que yo tendría una vida, sería una mujer casada normal. Pero ¿cómo? ¿Escapándonos? Hay tantas cosas que podrían salir mal… ¿Y si nos alcanzan? ¿O si alguien nos delata? Seríamos como Romeo y Julieta, pero sin muertos, que no estoy preparada para morir. ¿Así se sentía Julieta? —Se llevó la mano al esternón—. Siento algo aquí, pero yo diría que es hambre. Lo cierto es que no he cenado demasiado y no me importaría comer un poco más de esa tarta tan deliciosa que ha hecho Tom. Cada día cocina mejor ese muchacho, pronto superará a su maestro… ¿Pero de qué estoy hablando? ¿Como puedo pensar en tartas cuando me hallo en una encrucijada trascendental? —Movió la cabeza con disgusto—. Está claro que esto no es hambre, es amor. Eso es, amor. Lo decía Harriet muy bien: «una mano que te retuerce por dentro…».

Se acercó a la ventana y miró hacia el exterior a través de los cristales. Se sorprendió al ver

que había alguien en el sendero junto a las caballerizas, no podía distinguir bien quien era a la luz de la luna, pero por el modo de moverse adivinó que se trataba de Lachlan. Y aquel relincho… Abrió la ventana y asomó la mitad del cuerpo.

—Ciaran —susurró.

El caballo tenía miedo a la oscuridad, se alteraba cuando empezaba a oscurecer y tenían que meterlo en su cuadra enseguida para que se calmase. Veía los suaves gestos de Lachlan y como el animal intentaba regresar a lugar seguro, pero sin resistirse demasiado. Nunca había visto a nadie que entendiese tan bien a los caballos, no solo sabía qué era lo mejor para cada uno, es que parecía que fuesen ellos quienes se lo dijesen. Y entonces, lanzó un grito ahogado al verlo subirse de un salto. Ciaran no tenía silla, tan solo el bocado y las riendas. Lachlan miró hacia su ventana, como si hubiese escuchado el amortiguado sonido de su voz, lo que sabía que era imposible. El corazón de Enid latía tan rápido que exigía más aire para funcionar, por lo que su respiración se volvió agitada. Lachlan lo llevó por el sendero hacia el castillo y Enid imaginó su voz hablándole en gaélico. Cuando estuvieron lo bastante cerca, pudo ver el rostro de ambos y una extraña emoción la embargó, un deseo desconocido y estremecedor. Era como desear poseer la lluvia y el viento y gobernarlos a ambos con un movimiento de sus manos. Lachlan levantó la vista y posó sus ojos en ella, le hizo un gesto con la mano, que no llegaba a ser un saludo, aunque parecía pretenderlo y entonces, ante la aterrada mirada de Enid puso a Ciaran al galope y se alejó con el caballo hacia los acantilados.

—¡Se van a matar! —susurró al tiempo que se ponía una bata y salía corriendo de la habitación dejando olvidada la nota de Gilleasbuig sobre la cama.

Llegó hasta el sendero sin aire en los pulmones y enseguida escuchó los cascos del caballo

acercándose de nuevo. Jinete y caballo llegaron hasta ella y Ciaran frenó de manera abrupta levantando las patas delanteras y tiró a Lachlan al suelo.

Varias exclamaciones de dolor y unas palabras para tranquilizar al caballo después, el escocés la miró sin dejar de frotarse cierta parte de su anatomía que había sufrido un buen golpe en la caída.

—¿Estás loca? ¿Qué narices haces?

—¿Yo estoy loca? ¿Cómo se te ocurre ponerte a galopar de noche? ¿Es que quieres matarte?

—No, si quisiera matarme te habría dicho que te colocases en medio del camino… —La miró de arriba abajo—. En camisón.

—Llevo una bata —dijo atándose el lazo alrededor de la cintura.

—¡Ah, vale, entonces no tienes nada que temer!

—Me he vuelto loca de miedo cuando te he visto alejarte al galope.

—Enid… ¿Sabes cuánto tiempo hace que me dedico a esto?

—Aun así. Es Ciaran —dijo acariciando al animal—. Podría haberse roto una pata.

—Gracias por preocuparte por mí.

—Tú has decidido cometer esta estupidez, él no ha tenido elección —dijo enfurruñada—. ¿Te has asustado, pequeñín? Tan bonito que eres.

—Lo vas a volver tonto —dijo Lachlan con voz de cansancio.

—Podrías haberlo hecho de día. Sabes que tiene miedo a la oscuridad.

—Es una técnica de distracción —dijo él palmeando el lomo del animal—. Buen chico.

—¿Una técnica de qué?

Lachlan sonrió conmovido por su preocupación.

—Aprovechar un problema mayor para enfrentar uno menor. El miedo a estar fuera de noche le provoca una tensión extraordinaria y, frente a ello, ser montado no le parecería tan grave. Quería ver si podía utilizar eso para solventar uno de los dos escollos. Galopar era un método para rebajar la tensión y ha funcionado.

—Lo tenías todo estudiado.

—Ya te he dicho que llevo mucho en esto.

—Hablas como un anciano.

—Para ti lo soy.

—Solo me llevas… ¿cuántos? ¿Cinco años?

—Siete.

—No son tantos.

—Bueno, teniendo en cuenta que cuando tú mamabas del pecho de tu nodriza yo ya sabía montar a caballo y que tu comportamiento reciente es equiparable al de una niña de doce años, diría que son muchísimos.

Ella arrugó la nariz y le sacó la lengua como haría una niña de doce años y Lachlan soltó una carcajada.

—Ahí está —afirmó.

—Eres impresionante, Ciaran —dijo ella dándole la espalda interponiéndose entre él y el animal—. Pero no escuches a Lachlan más que cuando te hable en gaélico. Y sobre todo, no escuches nada que tenga que ver conmigo.

—Me escuchará siempre —dijo burlón—. No tienes poder sobre él. De momento.

Enid sintió que la emoción le explotaba en el pecho. ¡Había dicho «de momento»!

—¿Me lo venderías? —preguntó ansiosa—. Lo quiero.

Lachlan la miró sorprendido.

—¿Qué? No.

—¿Por qué? Te daré lo que me pidas.

—¿Lo que te pida?

—Cualquier cantidad.

—No necesito tu dinero —dijo burlón.

—¿Y qué necesitas? —preguntó ella curiosa y con unos ojos tan inocentes que volvió a conmoverlo.

El empequeñeció su mirada mientras sopesaba la posibilidad de explicarle que nunca debería hablar así con un hombre. Pero no fue capaz de abordar un tema tan delicado con ella, estaba seguro de que el que acabaría sonrojado sería él.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Todos necesitamos algo.

—Ah, ¿sí? ¿Qué necesitas tú?

—A Ciaran.

—Ya.

—En serio, él hará que me sienta menos sola.

El escocés sintió una punzada en el pecho. Sabía mucho de sentirse solo.

—¿Solo Ciaran puede ayudarte con eso?

—¿Qué quieres decir? —preguntó confusa.

Él levantó una ceja como si la respuesta fuese evidente.

—¿Te refieres a Gilleasbuig?

Lachlan asintió.

—Si me vendes a Ciaran me olvidaré de él.

El escocés soltó una carcajada.

—Y lo peor es que lo dices en serio. Pero ya te he dicho que no está a la venta. —Agarró las riendas para tirar de él.

—No has dicho tal cosa —dijo siguiéndolo.

Lachlan se detuvo y la miró con el ceño fruncido.

—¿Adónde vas?

—Pensaba acompañarte.

—Pues deja de pensar y vuelve a la cama, que es donde deberías estar.

—Ahora no podría dormir. Deja que te acompañe.

—Ensuciarás tus preciosas zapatillas —dijo señalándolas.

Enid se las quitó y las sujetó en la mano con una radiante sonrisa.

—Caminaré descalza.

—Te harás daño en los pies.

—No soy tan frágil como crees.

Cuando hubieron dejado a Ciaran en su cuadra, debidamente atendido y tranquilo, volvieron hacia el castillo uno al lado del otro. Enid no decía una palabra y Lachlan disimulaba su sonrisa esperando que le sirviese de escarmiento.

—No te quejarás, aunque te sangren los pies —dijo burlón.

Enid lanzó un sonoro suspiro y se detuvo.

—Las piedras me están matando.

Lachlan movió la cabeza y antes de que ella pudiera reaccionar la cogió en brazos levantándola del suelo.

—¿Qué haces? —preguntó perpleja.

—Evitar que te quedes coja para siempre. Menudo saldo serías entonces.

—Ni siendo coja sería un saldo —dijo rodeándole el cuello.

El escocés sentía aquellos brazos como si fuesen una soga, mientras Enid se quedaba prendada de su boca y la estudiaba en detalle.

—Soy la hija de los duques de Greenwood —dijo sin apartar la mirada—, eso me convierte en un excelente partido, señor McEntrie.

—Pues no pareces haber tenido mucho éxito al respecto.

—¡Oye! —exclamó ofendida—. Esa no es manera de hablarle a una señorita. ¿Donde están tus modales.

—Cuando el sol se oculta desaparecen.

—Y cuando sale se derriten, ¿no? Eres un impertinente.

Lachlan tenía dificultades para mantener una actitud serena e indiferente, notaba perfectamente sus formas bajo aquella tela tan fina y no dejaba de borrar imágenes de su cerebro que sabía a ciencia cierta que no deberían estar allí. Y luego estaba lo de aquellos ojos fijos en su boca, como si estuviese haciendo un estudio para un dibujo. Pero ¿por qué narices se humedecía los labios? ¿Es que estaba loco? Cuando llegaron a la escalinata la soltó con tanta brusquedad que Enid a punto estuvo de caerse de culo.

—No se puede decir que seas muy delicado —se quejó ella

—Ni que tú seas muy lista.

—Ya me has dejado claro que crees que soy estúpida, no hace falta que me lo recuerdes a cada paso.

—Es inevitable, me temo. No haces más que darme motivos.

—Será mejor que me vaya a la cama antes de que diga algo de lo que tenga que arrepentirme.

—¡Vaya! Casi me has asustado —dijo burlón—. Sigue practicando.

Entró en el castillo sin esperarla. Enid bufó con cansancio y lo siguió asegurándose de mantener la distancia.

Cuando Lachlan estuvo en su habitación cerró la puerta y apoyó la espalda en ella. ¿Qué había pasado allí? ¿Ahora quería besar a jovencitas estúpidas? Se llevó las manos a la cabeza y apartó el desordenado cabello como si aquel gesto pudiera ordenar también sus pensamientos. Esa mirada… Nunca había visto una mirada como esa. Sopló y el aire escapó de sus pulmones, al tiempo que atravesaba la habitación para dejarse caer en la cama cuan largo era. Con las manos bajo la nuca y la mirada fija en el techo sonrió tratando de infundirse algo de serenidad. Era Enid. ¡Enid! ¡Menuda estupidez! No es que no hubiese deseado besar a otras mujeres, no era un bicho raro y tenía las mismas necesidades que cualquiera, pero es que aquello había sido distinto.

—¿Distinto en qué, imbécil? —masculló para sí.

Enid no. Enid era una criatura tonta y alocada y cuánto más lejos estuviera de él, mejor. Solo podía traerle problemas. Muchos problemas. De esa clase de problemas de los que uno huye a

galope tendido.

—Es inconstante, voluble, enamoradiza y soñadora —se recordó—. ¡Acuérdate del mozo de cuadras!

Sabía que cualquiera que tuviera que ver con caballos tenía una ventaja en ese sentido y un mozo de cuadras era el candidato perfecto.

—Eso es evidente, pero es la hija de los duques de Greenwood, digo yo que habría otras posibilidades a su alcance mucho más adecuadas que un mozo de cuadras.

La vio en mitad de su camino, con la bata abierta y aquellos ojos enormes y brillantes…

—Maldita sea, ¿qué estoy haciendo? —preguntó sentándose de golpe.

Bajó la mirada y negó con la cabeza al tiempo que trataba de colocar «aquello» en sus pantalones. Era algo fisiológico, nada más, un instinto primario. Y no era la primera vez, tampoco iba a ponerse exquisito. ¿Su cuerpo reaccionaba?, evidentemente, era un hombre a pesar de todo. Lo que sucedió con Aileen no mermó sus capacidades físicas, bien lo sabía. No podía haber dos mujeres más distintas en el mundo que esas dos. Enid era pura luz, su naturaleza era incapaz de hacer algo retorcido.

—Se vio con Gilleasbuig a escondidas —musitó—. Ahora no vas a idealizarla.

Se levantó y empezó a quitarse la ropa para meterse en la cama, pero después de desatar la camisa volvió a sentarse.

—No tomó ninguna precaución. —Sonrió—. Simplemente fue, sin tapujos ni engaños. Si no la pillamos antes fue porque no estábamos mirando. Es una presa demasiado fácil para alguien como Gilleasbuig. Debería contarle… —Negó con la cabeza—. No quiero ser yo el que le muestre lo sórdido que puede llegar a ser un hombre como él. Con lo que hice será suficiente…

Ha aprendido la lección y no volverá a cometer ninguna estupidez.

De pronto la imagen de Aileen emergió en su cabeza y la vio sentada a horcajadas sobre Kenneth… Ni siquiera había visto sus pechos hasta ese momento… Su corazón se endureció. ¿Tan tonto era Buchanan como para no percatarse de que lo buscaba? ¿O es que le daba igual? No conocía mucho a Cameron Buchanan, pero había oído cosas que explicarían su falta de interés en su esposa. Sabía que había hombres a los que no les gustaban las mujeres. Chisholm, por ejemplo. Sacudió la cabeza para deshacerse de aquellos pensamientos y se preparó para acostarse.

Enid miraba la cama con expresión confusa.

—La he dejado aquí, estoy segura. —Levantó las sábanas y después las apartó, pero allí no estaba. Miró debajo de la cama y suspiró tratando de recordar si la había cambiado de sitio antes de bajar—. Glenna debe haberla cogido. Pero… ¿Por qué entraría en mi cuarto a estas horas? Todos están durmiendo, ella también debería… Es igual, mañana le preguntaré.

Se quitó la bata y se metió bajo las sábanas tapándose hasta la barbilla. Cerró los ojos, pero el rostro de Lachlan apareció frente a ella con total nitidez y los abrió asustada como si creyera que él también podía verla. ¡Galopar de noche con Ciaran! Estaba loco. Tenía que conseguir que se lo vendiese, con ella estaría mejor que con nadie. Y ahora que dejaba que lo montaran…

—Me gustaría llevármelo a los Juegos —musitó somnolienta—. Tengo que convencerlo de que debería ser mi caballo…

Cayó en un sueño profundo y agitado en el que un jinete oscuro competía con ella por un

ansiado trofeo. Una luz cegadora le impedía ver el tesoro, pero sabía que estaba allí, delante de ella, y que solo tenía que ser más rápida para alcanzarlo. Y entonces una mujer increíblemente hermosa, mucho más hermosa que ella, pasaba a su lado con un corcel alado y le robaba el triunfo sin que ella pudiera impedirlo.

Capítulo 17



A la mañana siguiente, mientras Elizabeth bordaba, Enid se afanaba en encontrar las palabras que quería decir, sin éxito. Levantaba los ojos del libro, miraba a su amiga, volvía a bajar la vista…

—Pregunta lo que quieras, Enid, no le des tantas vueltas.

La joven se sobresaltó, ¿es que acaso podía leerle la mente?

—Ven. —Elisabeth dio unos golpecitos en el asiento a su lado—. Siéntate aquí y cuéntame qué te preocupa.

Enid hizo lo que le pedía y la miró con timidez.

—Me da vergüenza.

Elizabeth dejó la labor y sonrió.

—Puedes preguntar lo que quieras, no te juzgaré por ello.

—No quiero parecer una cotilla.

—Enid…

—¿Podrías contarme… lo que le sucedió a Lachlan? Me refiero a lo de… su prometida.

—Oh. —Elizabeth se sintió incómoda—. Es que es una historia muy delicada.

—No pretendo fisgonear —dijo la joven mirándola con sus grandes ojos—. Todos sabéis lo que pasó, soy la única que parezco tonta cuando se habla de esa… Aileen.

—La viste en el baile de los Sutherland.

Enid asintió.

—Lachlan se veía muy afectado después de hablar con ella.

Elizabeth suspiró.

—Es algo… delicado —repitió.

—Prometo no decir una palabra al respecto —dijo levantando la mano en señal de juramento —. Es que… Sé que tengo que odiarla, pero me resulta muy difícil odiar a alguien sin motivo.

Elizabeth no pudo evitar una tierna sonrisa y finalmente cedió.

—Está bien, te lo contaré, pero recuerda que has prometido no hablar de ello con nadie, especialmente con Lachlan y con Kenneth. —Enid frunció el ceño, pero asintió y Elizabeth organizó sus pensamientos para ser lo más concisa y concreta que pudiera—. Lachlan encontró a Aileen con otro hombre unas semanas antes de la boda.

—¿La encontró con otro hombre? —frunció el ceño sin comprender—. ¿Qué significa eso?

—En una posada —aclaró Elizabeth—. Dentro de una habitación.

—¡¿Qué?! —abrió los ojos horrorizada—. Pero… eso… ¿no tenía una explicación?

—Sabes lo que sucede entre un hombre y una mujer que están solos en una habitación, ¿verdad, Enid?

—Supongo que te refieres a «eso».

—¿Eso?

—Sí… —Buscaba las palabras, pero le resultaba muy difícil con aquellos ojos mirándola

fijamente—. Harriet me contó… cosas.

Elizabeth no pudo evitar sonrojarse, aún no había superado esa fase.

—¿Aileen estaba haciendo «eso» con otro hombre? —preguntó la joven horrorizada—. ¡Oh, Dios mío!

Su amiga vio que se apañaba bien sola así que se limitó a asentir.

—¿Y cómo se enteró?

—¿Qué?

—Lachlan, ¿cómo se enteró?

—Alguien le avisó. Probablemente un criado.

—¿Y cómo lo supo ese criado?

—Porque Kenneth se lo dijo.

Enid empalideció y no fue capaz de emitir sonido alguno.

—No quería que su hermano se casara con ella y… —Suspiró—. Fue una idea horrible, no puedo excusarlo.

—¿Cómo pudo hacerle algo tan cruel a su propio hermano? —Enid estaba profundamente conmovida—. Y Lachlan, ¿cómo ha podido perdonarlo?

—Sabe que Kenneth pretendía ayudarlo.

—Debió de sentirse tan… traicionado. —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Enid, no te pongas a llorar cuando lo veas, sabrá que te lo he contado.

Escondió la cara entre las manos para ocultar sus lágrimas y no las retiró de allí hasta que pudo calmarse.

—¿Cuánto hace de eso?

—Más de dos años.

Enid asintió secándose las mejillas con su pañuelo.

—Y aún no la ha olvidado —musitó.

—Me temo que hay heridas que tardan mucho en cicatrizar y las que provoca el amor son las más resistentes de todas —dijo Elizabeth.

—Es una mujer bellísima por fuera, pero por dentro es fea como el demonio.

—El amor es muy difícil de comprender cuando no se ha sentido. El día que te enamores de verdad, lo sabrás. Puedes esperar, aguantar, callar, sufrir y sentir un millón de emociones por la persona a la que amas. Cualquier cosa es posible, no hay batalla a la que no te enfrentarías ni valor al que no renunciarías. Lachlan debió amarla mucho, muchísimo, y me temo que no quiere volver a amar así.

Enid se quedó pensativa unos segundos con la cabeza bullendo de preguntas y dudas que no podía formular en voz alta.

—¿Qué sentiste la primera vez que te besaron? —dijo de pronto, como si las palabras hubieran cobrado vida propia.

—¿A qué viene esa pregunta ahora?

—Dices que lo entenderé «cuando me enamore de verdad», y es cierto, no creo que me haya enamorado nunca, pero es porque no sé qué debo… esperar.

Elizabeth la miraba no muy convencida, pero prefirió no profundizar en ello de momento.

—Pues, la primera vez… me gustó.

Enid frunció el ceño sorprendida por su evidente indiferencia.

—No fue Dougal —aclaró su amiga sonriendo al ver su decepción—. El que me dio mi

primer beso fue William y entonces creí que había sido maravilloso. Pero eso fue porque no me habían besado nunca.

—¿Y cuando te besó Dougal?

El rubor de sus mejillas de Elizabeth se hizo tan intenso que no habría hecho falta palabra alguna para expresar sus emociones.

—Fue muy diferente.

—¿En qué?

—Bueno… Fue una experiencia… liberadora. Yo creía que amaba a otro hombre, estaba convencida. Sin embargo, cuando Dougal me besó todas mis certezas se desvanecieron y se desató el caos en mi cabeza y en mi cuerpo. Era como si hubiese estado encerrada, atada a un yugo, y él me hubiese liberado.

Enid asentía reflexiva, aunque en realidad no entendiera nada.

—No es algo que se pueda explicar, Enid. Cuando lo sientas, lo entenderás.

—Mmm.

—¿Debo preocuparme por tu interés en este tema?

—Gilleasbuig me besó —dijo sincera y el rostro de su amiga cambió por completo de expresión a una mucho menos feliz—. Por eso Lachlan te pidió que no me dejaras salir.

—¿Lachlan lo sabe y no me…?

—No te enfades con él. Ha sido muy bueno y comprensivo conmigo. Sé que he sido una estúpida. No entiendo qué me pasa. Está claro que no amo a Gilleasbuig —dijo con voz cansada y se dejó caer contra el respaldo de la silla—. En realidad siempre lo sé.

—¿Qué?

—No soy estúpida, aunque Lachlan crea que sí. Quiero enamorarme, lo deseo con todas mis fuerzas, solo que no sucede y entonces finjo. Me digo que eso es amor, pero solo es hambre.

—¿Qué? —repitió Elizabeth a punto de echarse a reír a carcajadas.

—Todas hablan de mariposas en el estómago, un fuego que las quema por dentro y cosas así.

—¿Todas?

—Harriet, Elinor… ¡incluso Marianne con lo sosa que es! —Se encogió de hombros—. No me gusta ser la única que no lo ha experimentado.

—Eres muy joven, Enid, ya habrá tiempo para eso. No debes forzar las cosas o acabarás metiéndote en un lío.

La joven pensó en la nota de Gilleasbuig y en su deseo de ir juntos a Gretna Green. Dejó escapar el aire de golpe y se incorporó decidida.

—Voy a acabar con esto.

—¿Vas a acabar con qué, exactamente?

—Con esto. —Movió las manos como si frente a ella hubiese algo más que el vacío—. Con esta estúpida manera de comportarme. No volveré a pensar en el amor, me centraré solo en los caballos.

Elizabeth sonrió aliviada.

—Algún día quiero tener mi propia granja de caballos y voy a trabajar para ello. Cuando regrese a Inglaterra hablaré con papá y le explicaré mi deseo de…

—Enid, Enid —la detuvo haciéndole un gesto con la mano—. Calma, muchacha, no corras tanto.

—Tienes razón, lo importante es que aprenda todo lo que pueda de los McEntrie. Que me

hayas traído es una bendición. Nadie sabe más de caballos que ellos y pueden enseñarme mientras esté aquí. A no ser que quieras que me marche. Lo entendería, me he comportado como una…

—No quiero que te marches. —La cogió de las manos y la miró sonriente—. Me gusta mucho tenerte aquí. Tan solo quiero que dejes de meterte en líos.

Enid asintió sonriente.

—Nada de líos, lo prometo. Lo solucionaré todo, estate tranquila.

Elizabeth frunció el ceño mirándola con preocupación.

—¿Qué solucionarás?

Enid comprendió que había hablado de más y sonrió nerviosa.

—Nada, quiero decir que me portaré bien.

—Muy bien, excelente propósito.

Cuando Enid salió de la cuadra de Ciaran se alegró de tenerlos a todos allí.

—Quería hablar con vosotros.

Los hermanos pararon lo que estaban haciendo y la miraron interrogadores.

—Voy a tener mi propia granja de caballos.

Todos siguieron trabajando en lo que estaban.

—¿No vais a preguntarme nada?

—Tenemos que acabar de recoger para ir a cenar —dijo Kenneth—. Estamos cansados, Enid.

—Mañana partimos para los Juegos y hay que dejarlo todo listo —le recordó Brodie con una

sonrisa.

—¿Y no podéis hablar mientras trabajáis? Podríais decir algo como… —Se paseó entre ellos —. *Enid, ¿sí, Caillen? Cuenta conmigo para la documentación que necesites* —dijo con voz masculina y un gesto que imitaba claramente al mencionado—. O: *Te ayudaré a seleccionar al mejor semental para…*

—Ni se te ocurra imitarme —la cortó Lachlan mirándola con una clara advertencia en los ojos.

Sus hermanos se reían con disimulo.

—Pues lo hace muy bien —dijo Ewan lavándose las manos en un cubo—. Yo he acabado, ¿alguien necesita ayuda?

—Yo —dijo Enid con una ceja levantada—, para mi granja.

Ewan sonrió.

—Tranquila, si no cambias de opinión, te ayudaremos.

—¿Si no cambio de opinión?

Los miró uno a uno, pero todos evitaron que sus ojos se cruzaran.

—Menuda fama tengo. En cuestión de caballos jamás he sido inconstante.

—Cuenta conmigo, Enid —dijo Brodie con simpatía.

—¿Tienes la autorización de tu padre? —preguntó Lachlan.

—Cuando pueda hablar con él, la tendré.

El escocés enarcó una ceja.

—De nuevo empezando la casa por el tejado. —Se dirigió a Kenneth dando la conversación por terminada—. Mañana llevarás a Gaoth y correrás con él, es el más rápido.

—¿Iréis a caballo? —preguntó ella—. ¿Yo puedo…?

—Sí y no —respondió Lachlan antes de que acabara—. Los demás llevaréis vuestros caballos, al igual que yo.

—¿Por qué yo no puedo?

Lachlan la miró impaciente.

—¿Quieres llegar a casa de Nathaniel oliendo a caballo?

Enid frunció el ceño.

—¿Qué tiene eso de malo?

El escocés sonrió sin poder resistirse.

—No tienes remedio —dijo.

—¿En cuántas carreras participaréis?

—En todas —dijeron al unísono.

—¿Y yo podría…?

—¡No! —de nuevo al unísono.

—¿Lo habéis practicado? —dijo enfurruñada.

Kenneth se acercó a ella y la miró con simpatía.

—Si pudieras participar, Lachlan y yo apostaríamos por ti, ¿verdad, Lachlan?

El otro asintió enrollando una cuerda para colgarla en su gancho.

—Todos lo haríamos —corroboró Ewan—. Incluso Dougal y padre. Te hemos visto montar, Enid, eres muy buena.

Un hilo invisible tiraba hacia arriba de la comisura de sus labios, pero Kenneth no dejó que su alegría floreciese.

—De momento no puedes, así que. —Se encogió de hombros.

Enid se rindió consciente de que no tenía nada que hacer.

—Algún día tendré mi propia granja y haré lo que me plazca con mis caballos.

—En Escocia, no —dijo Brodie siguiendo a Kenneth y Ewan que ya se dirigían hacia el castillo.

—No les hagas caso. —Caillen se acercó a ella sonriendo con complicidad—. Cuando regresemos de los Juegos hablaremos de ese proyecto tuyo. Por supuesto que te ayudaremos.

Se alejó de allí y Enid se quedó a solas con Lachlan que terminaba de revisar la última cuadra.

—¿Me estás esperando a mí? —preguntó sin mirarla.

Enid miró hacia el camino por el que los demás se alejaban y cuando volvió a mirarlo a él se encogió de hombros.

—Supongo que sí

—Hablaremos de ello en cuanto tu padre te dé su visto bueno. —Se arremangó para lavarse las manos en un cubo y sacudió con fuerza para librarse de la mayor cantidad de agua antes de limpiarse el resto en la camisa—. Vamos.

Enid lo siguió intentando sin éxito mantener su paso.

—¿No podrías aflojar un poco? Siempre tengo que ir corriendo para ir a tu lado.

Lachlan aminoró la marcha sin decir nada.

—¿No crees que pueda encargarme de mi propia granja de caballos?

—Creo que eres capaz de lograr cualquier cosa que te propongas.

Enid sonrió complacida. Viniendo de él aquel era un cumplido con mayúsculas.

—No será tan grande como esta, por supuesto, pero… ¿Qué te parecen diez purasangre?

Lachlan asintió.

—Necesitarás un semental y dos yeguas, para empezar.

—Tenemos tierras más que de sobra para albergar las nuevas caballerizas. —Sonrió feliz de que la tomase en serio—. Mi padre tiene caballos y no quiero ocupar las suyas. Haré que construyan unas nuevas. Escogeré las de mejor pasto. Intentaré que estén al aire libre la mayor cantidad de tiempo posible, como los vuestros. Y me encargaré de entrenarlos desde muy jóvenes. —Lo miró con una enorme sonrisa—. Les susurraré como haces tú.

Lachlan sonrió también, pero evitó su mirada. Enid se dio cuenta de que no era la primera vez, llevaba todo el día evitando mirarla a los ojos.

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó de repente deteniéndose tras él.

El escocés la miró al fin y negó con la cabeza.

—¿Has pensado en lo de venderme a Ciaran?

—Ya te dije que no está en venta. Tengo planes para él.

—¿Planes? ¿Qué planes? —preguntó asustada—. ¿Qué vas a hacer con él?

—No creo que tenga que darte explicaciones.

—Pero…

—Pero nada —la corto—. Y te he dicho que tengo prisa, así que no me entretengas.

Volvió a su paso normal para alejarse, pero ella corrió hasta él y lo agarró del brazo.

—Lachlan, quiero mucho a ese caballo —dijo con ojos húmedos.

—Maldita sea, no te pongas a llorar —dijo enfadado—. Eso no es justo.

—Es que… —sollozó—, de verdad que lo quiero.

—Pero…

—Por favor, Lachlan, deja que me lo quede. Te pagaré lo que quieras, cualquier cantidad.

—¿Estás tratando de manipularme?

—¿Manipularte? —Se limpió las lágrimas rápidamente e intentó sonreír sin demasiado éxito —. De ningún modo. Mira, ya no lloro, ¿ves?

—Lo pensaré.

Ella se mordió el labio para disimular su temblor y sorbió por la nariz.

—Gra...cias —titubeó emocionada.

—No he dicho que sí.

—Lo sé.

—Solo lo pensaré.

—Mmm.

—¿Podemos ir a casa ya?

—Sí. —Se puso a su lado y caminó tan rápido como pudo, pero evitó dar saltos de alegría para no provocarlo.

Capítulo 18



—Bienvenidas. —El viejo amigo de la familia las recibió con una enorme sonrisa.

—Gracias por alojarnos en su casa —dijo Elizabeth respondiendo afable a su sonrisa.

—Por desgracia, mi casa no es como el castillo de los McEntrie, solo puedo alojar a unos pocos invitados, por eso he optado por ofrecer el lugar a las damas. Supongo que estarán de acuerdo conmigo en que era la mejor opción.

—Desde luego —afirmó Elizabeth.

Nathaniel tomó ahora la mano de Enid y la miró con afecto.

—Estoy seguro de que esta señorita causará sensación esta noche en el baile.

—Tenía muchas ganas de visitar su casa, señor Forrester.

—Supongo que quieres ver mis caballerizas. Aunque ya te adelanto que no tienen nada que ver con las de los McEntrie, lo cierto es que me siento muy orgulloso de mis pocos caballos.

Enid sonrió ampliamente.

—En cuanto me cambie pienso hacerles una visita —dijo sincera.

—Craig y sus muchachos no tardarán en tener la tienda montada y después tomarán algo en el jardín. He hecho instalar unas mesas con comida y bebida para los caballeros. Pueden unirse a

ellos, si gustan, después de refrescarse. Robert las guiará hasta su habitación, las he situado en una de las que tienen mejores vistas.

Elizabeth y Enid se despidieron del anfitrión y siguieron al lacayo hasta las escaleras. En el rellano se encontraron con una joven con el cabello más rojo que Enid hubiese visto nunca. Enseguida pensó en Harriet pues sus rizos eran muy semejantes a los de su amiga.

—Augusta —la saludó Elizabeth—. Creía que estabas en Irlanda.

—Llegamos esta mañana —dijo la joven que tenía una voz dulce y unos ojos inquietos—. Mi madre no quería perderse los Juegos este año otra vez.

—Sé de un McEntrie que se alegrará de verte. —Se volvió hacia Enid—. Esta es mi querida amiga Enid. Enid, te presento a Augusta O'Sullivan.

—¡Oh! He oído hablar de usted —dijo ella inclinándose para saludarla.

—Espero que bien —dijo la joven con una sonrisa afable.

—Por supuesto. Su familia es muy querida por los McEntrie.

—Mi madre era la mejor amiga de Constance. Eran como hermanas. De niños solíamos jugar juntos, casi me dejaban ser uno más. —Sonrió con una chispa divertida en los ojos y Enid se contagió de esa sonrisa—. ¿Dónde está Kenneth? Me muero por verle.

—Están todos en el jardín ayudando a montar las tiendas —respondió Elizabeth.

—Me lo imaginaba. Voy a saludarles. Encantada de verte, Elizabeth. Un placer, Enid.

—Igualmente.

La joven bajó las escaleras y Enid la siguió observando mientas caminaba tras Elizabeth.

—Enid, te vas a tropezar.

—¿Eh? ¡Oh! Ya… —Aceleró el paso.

—Esa tienda no aguantaría ni un pequeño aguacero.

Kenneth se giró al escuchar la voz de su amiga y sonrió abiertamente al verla.

—¡Augusta! ¿Qué? ¿Cuándo has llegado?

—Esta mañana —dijo acercándose—. Acaban de decirme que estabas aquí y he dejado una importante tarea para venir a saludarte.

La cogió de la cintura y dio vueltas con ella.

—Suéltame, tonto, ¿es que no ves que todo el mundo nos mira?

Kenneth la dejó en el suelo con una mirada perversa.

—¿Y qué crees que dirán si te doy un beso? —Se inclinó y la besó en la mejilla a lo que ella respondió dándole un empujón.

—Veo que me has echado de menos.

—Hace más de un año que te marchaste, creí que ya no volverías.

—Pues ya ves. Aunque nos iremos en cuanto acabe el verano. El abuelo sigue muy enfermo, pero ya sabes cómo es, va a darle la batalla a la muerte todo lo que pueda y más.

Kenneth la miró apesadumbrado pues sabía lo mucho que lo quería.

—¿Cómo va todo por aquí? ¿Alguna novedad? Aparte de Enid, claro.

—¿Ya la has conocido?

Augusta asintió.

—Parece agradable. ¿Ya ha puesto el ojo en alguno de los McEntrie? —preguntó burlona—. Seguro que tú eres el elegido, como siempre.

—¿Estás tratando de decirme que soy el más guapo?

—Ya sabes que si tuviese que elegir a uno, sería Lachlan.

—¡Ouch! —Fingió recibir un puñetazo.

Augusta negó con la cabeza mirándolo con atención y luego desvió la mirada hacia sus hermanos que ayudaban a montar las tiendas de otras familias.

—Los McEntrie arrimando el hombro, como siempre. Correrás mañana, supongo.

—Y ganaré, así que apuesta por mí.

—De eso no me cabe duda. —Señaló otra de las tiendas—. Ahí están tus mayores competidores, los MacDonald —dijo y añadió bajando el tono—: Alice sigue abusando de la botella y Blanche está tan amargada como siempre.

—¿Quién no lo estaría en esa casa?

—Tienes razón. Voy a saludar a tu padre y a tus hermanos —dijo—. ¿Me acompañas?

—Solo si me prometes que luego darás un paseo conmigo y me contarás cómo es vivir en Irlanda.

Augusta asintió.

—No solo eso, también te reservaré un vals esta noche.

Kenneth sonrió ampliamente y la acompañó a saludar a los demás.

Enid estaba asomada a la ventana y observaba con atención el movimiento entre las tiendas buscando a Gilleasbuig. Lo localizó junto a una de las mesas con los refrigerios.

—Me gustaría ver cómo les va antes de la cena.

—¡Oh! —Elizabeth se había quitado el vestido y había pensado echarse un poco para estar más despierta por la noche.

—No te preocupes —la tranquilizó Enid—, volveré enseguida y también dormiré un poco. No tardo nada.

Elizabeth frunció el ceño al verla ir hacia la puerta. No tardaría nada en volver a vestirse, pero estaba muy cansada y ya se había hecho a la idea de dormir un poco… Se mordió el labio y cuando la puerta se cerró suspiró encogiéndose de hombros. Seguro que a Enid no le importaba ir sola.

Sorteó a Nathaniel, al que escuchó hablando con otras invitadas, y salió por detrás. Gilleasbuig era el único que estaba disfrutando de las viandas en ese momento, todos los demás estaban ayudando en lo que podían. En lugar de acercarse llamó su atención y le indicó una zona de árboles cercana. El MacDonald dejó el vaso sobre la mesa y caminó hacia allí con disimulo.

—En cuanto los McEntrie hayan acabado ya no podré hablarte y quería hacerlo cuanto antes —dijo ella con urgencia.

—Oh, querida mía, yo también…

—No voy a huir esta noche contigo.

—¿Qué?

Enid lo miraba con fijeza y una seguridad apabullante.

—No estoy enamorada de ti y estoy segura de que tú tampoco lo estás de mí. Todo esto ha sido un tremendo error.

—¡No! —gritó incrédulo.

—¡Gilleasbuig! —murmuró ella apremiante—. Podrían oírte.

—No me importa que me oigan, no puedes arrancarme el corazón de cuajo y pretender que me quede indiferente.

—Estás exagerando, no…

—Claro que me amas, me amas. No aceptaré un no por respuesta, si pretendes alejarte de mí solo puede ser por culpa de esos desgraciados de los McEntrie. ¿Qué han hecho? ¿Te han obligado a hablarme de este modo?

—Ellos no…

—Vendrás conmigo —dijo agarrándola del brazo—. Si es necesario nos iremos ahora mismo.

Ella se soltó con brusquedad y lo miró incrédula.

—¡No vuelvas a tocarme!

Enid lo miraba como si lo viese por primera vez. ¿Es que estaba loco, acaso? ¿Qué hombre se pone en evidencia de ese modo.

—No iré contigo a ninguna parte —repitió—. Y espero que aceptes mi decisión como un caballero y no vuelvas a molestarme. No quisiera tener que…

—Lo contaré todo.

—¿Qué?

—Sabrán que te reuniste conmigo a escondidas —dijo desesperado—. Les contaré que nos vimos en la ermita, los dos solos. La gente tiene mucha imaginación, enseguida pensarán que… te hice mía.

Enid apretó los labios mirándolo con desprecio.

—Di lo que te plazca —afirmó rotunda y sus ojos se tornaron perversos—. Nadie te creerá, pues nadie nos vio. Será tu palabra contra la mía y te recuerdo que soy la hija del duque de Greenwood, mi palabra vale…

—No vas a dejarme tirado —la cortó volviendo a cogerla de los brazos.

Enid vio colmada su paciencia y decidió actuar con decisión y siguiendo las enseñanzas de Alexander se libró de él utilizando una de las estrategias que su hermano le había enseñado. Después lo empujó con todas sus fuerzas y lo señaló con el dedo.

—No vuelvas a ponerme la mano encima o te arrepentirás.

—¿Le has puesto la mano encima?

La voz de Lachlan sonó a su espalda y se le congeló la sangre en las venas. Se giró rápidamente.

—No pasa nada, ya está todo aclarado —dijo interponiéndose en su camino al ver que miraba a Gilleasbuig con una clara amenaza en los ojos.

—Apártate, Enid —ordenó.

—¿Es por él? —Gilleasbuig temblaba de rabia y de miedo. Nada de lo que pudiera hacerle Lachlan le aterraba tanto como lo que le haría su padre cuando se enterase.

Enid agarró a Lachlan de los brazos ignorándolo.

—Por favor, vámonos, nos están mirando —suplicó—. No volveré a hablar con él, te doy mi palabra, por favor, vámonos.

—Malditos seáis los dos —dijo Gilleasbuig mordiendo cada palabra—. Esto no quedará así, a mí nadie me deja en ridículo.

Lachlan apartó a Enid con delicadeza pero sin cesiones y llegó hasta el MacDonald en dos

zancadas.

—Será mejor que no vuelvas a molestarla o te juro que te arrepentirás.

—Me ama y no podrás separarla de mí. No te lo permitiré.

Lachlan lo agarró de la pechera y lo levantó del suelo sin esfuerzo. Enid corrió hacia ellos y trató de que lo soltara, pero era demasiado fuerte para inmutarse siquiera con sus intentos.

—Sigue soñando, rata asquerosa. Enid es demasiado buena para ti. Ni volviendo a nacer cien veces estarías cerca de merecértela. —Lo empujó haciendo que trastabillase y tuviera que apoyar las manos en el suelo antes de ponerse de nuevo de pie—. ¡Lárgate!

Gilleasbuig echó a correr y Lachlan siguió dándole la espalda a Enid un momento mientras intentaba recuperarse. Cuando se giró sus ojos echaban chispas.

—Te lo advertí.

—No es lo que piensas —dijo ella rápidamente—. He venido a decirle que no quería volver a verlo.

El escocés entornó los ojos cambiando de expresión.

—Tenías razón en todo lo que me dijiste, he actuado como una niña estúpida y quiero que sepas que no volverá a pasar nada parecido. —Hizo un gesto con las manos como si empujara algo lejos de ella—. Nada de amor, no volveré a pensar en nada que tenga que ver con eso ni remotamente. Fuera. Para siempre.

—¿Para siempre?

—Quiero decir, hasta que mi madre me encuentre un candidato y me obligue a casarme. Hasta entonces, fuera.

—Ya veo.

—Te doy mi palabra.

—No deberías comprometerte tan pronto, aún no conoces a los mozos de cuadras de Nathaniel —se burló él.

—Eso ha sido muy feo, pero te perdono porque me lo merezco.

—¿Me perdonas?

Ella asintió con una sonrisa.

—Está bien saberlo. Voy a guardar tu perdón en el cajón de las cosas que nadie ha pedido.

—¿Te puedo pedir algo?

—No voy a venderte a Ciaran.

—Esto tampoco se lo cuentes a Elizabeth —dijo ella ignorándolo.

Él asintió lentamente.

—Tú se lo contaste y me llevé una buena regañina por no decirle la verdad. —Sonrió—. Nunca me había alegrado porque me regañaran.

—Se acabaron las estupideces —dijo levantando una mano en señal de promesa.

Lachlan sonrió abiertamente y la vio alejarse hacia la casa.

Elizabeth la miró con una radiante sonrisa.

—Estás preciosa —dijo acercándose para colocarle un doblez en la manga—. Vas a causar sensación esa noche.

Enid sintió un irrefrenable impulso y la abrazó.

—Gracias por todo, Elizabeth.

—¡Niña! —Se rio su amiga abrazándola también—. ¿Qué te pasa? ¿Estás triste?

Enid no se apartó, necesitaba unos momentos para recuperar la serenidad. Cuando estuvo segura de que podría mantenerse entera se apartó y la miró con ojos brillantes.

—Has sido muy buena conmigo y quería que supieras que te lo agradezco mucho.

Elizabeth entornó los ojos fijándolos en su expresión.

—Me estás asustando. ¿Es que quieres volver a casa?

Enid negó con la cabeza.

—¿Entonces?

—Solo quería que supieras que te estoy agradecida y que soy muy feliz.

—¿Quieres hablar de algo? Sabes que puedes contarme cualquier cosa.

¿Qué he estado a punto de cometer el error más grande de mi vida? Me moriría de la vergüenza si tuviese que hacerlo.

—De hecho, yo quiero contarte algo —dijo Elizabeth con una tímida sonrisa—. Pero debes prometerme que no hablarás a nadie de ello.

Enid frunció el ceño con preocupación, aunque su amiga parecía de lo más tranquila. Observó cómo se llevaba una mano al vientre y su sonrisa se hizo más grande.

—¿Estás…?

—Creo que estoy embarazada —dijo asintiendo—. Aún es pronto para estar segura, pero mi corazón me dice que no me equivoco.

—¡Oh, Elizabeth! —La abrazó emocionada—. Tienes que contárselo a todos.

La otra negó con la cabeza cuando se separaron.

—No quiero que lo sepa nadie aún, podría… malograrse. No quiero que sufran

innecesariamente.

—¿Dougal tampoco lo sabe?

Elizabeth negó de nuevo.

—Él menos que nadie. Se pondrá insoportable cuando lo sepa. No me va a dejar ni mover una silla.

—Es que no debes mover sillas en tu estado —dijo Enid riendo—. ¡Elizabeth, es maravilloso!

—Sí que lo es. No te imaginas lo importante que es para mí. Tener un hijo es lo que más deseo en el mundo. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Seré tonta…

Enid la cogió de las manos y sus ojos también se habían humedecido.

—¡Madre mía, cuando se enteren las Wharton!

Elizabeth se rio entre lágrimas, no dejaba de pensar en ese momento. Intentó rebajar su alegría y se limpió la humedad de su rostro.

—Debemos mantener la calma —dijo—. A mi edad un embarazo puede sufrir muchos contratiempos y no quiero crear falsas ilusiones. Esperaremos a que ya no pueda disimularse.

—Debes tener mucho cuidado, Elizabeth —dijo Enid consciente de que tenía razón—. No puedes correr ningún riesgo. Nada de mover sillas.

La otra sonrió agradecida.

—Me alegra mucho tenerte aquí, Enid. Hace un momento me has dado un susto, creía que me ibas a decir que querías volver a casa.

La otra negó con la cabeza.

—Ahora no pienso irme hasta que nazca el bebé. Y vas a dejarme que te cuide.

Volvió a abrazarla con mucha delicadeza y Elizabeth se rio divertida.

—No me he vuelto de porcelana, Enid, solo estoy encinta. —La apartó suavemente y la cogió del brazo para salir de la habitación—. Vamos, todos están abajo esperándonos. Tú y yo hablaremos mañana después del desayuno. Me contarás qué es lo que te ha puesto sensible. Voy a estar de tu parte, Enid. Incluso si decides hacer algo con lo que no esté de acuerdo, estaré de tu parte. Siempre podrás contar conmigo, ¿lo sabes?

Enid dejó escapar el aire de sus pulmones en un sentido y largo suspiro y se detuvo en el pasillo mirándola con picardía.

—¿De verdad?

—Por supuesto.

—¿Me ayudarás a convencer a papá para que me deje tener una granja de caballos?

Elizabeth soltó una carcajada.

—Si eso es lo que quieres, lo intentaré.

Enid sonrió emocionada y una cálida sensación se extendió por todo su cuerpo. Se agarró a su brazo y juntas se dirigieron hacia las escaleras. La vida era realmente hermosa.

Gilleasbuig sentía la furia de su padre emanando de todos sus poros.

—¡Maldita zorra! —se paseaba a un lado y otro de la tienda como un animal enjaulado—. Lo sabía, sabía que pasaría algo así. Eres un inútil, un completo inútil. ¿Por qué ninguno de mis hijos vale para nada?

Duncan y Carlton, los hermanos de Gilleasbuig, contemplaban la escena con expresión de

cansada indiferencia.

—Llévatela al bosque y fóllatela —dijo Duncan sacando el cuchillo de su bota para limpiarse las uñas. Montar la tienda le había hecho ensuciarse las manos, además de agriarle el carácter.

—¡Menos mal! —exclamó Bhattair—, por fin alguien dice algo sensato.

—¿Sensato? ¿Queréis que me maten? —Gilleasbuig no daba crédito.

—Tú y tu plan de casarte con ella por las buenas —le espetó su padre—. Si me hubieras hecho caso desde el principio y la hubieras deshonrado en la ermita, ahora no estaríamos discutiendo esto.

—Es la hija de los duques de Greenwood —recordó Carlton, por si a alguien se le había olvidado.

—¿Te crees que eso importa? —Bhattair lo miraba—. Una muchacha deshonrada es una propiedad inútil para cualquier padre. Si se la folla, será suya, no te quepa la menor duda.

—Llévatela —dijo Duncan sin dejar su asquerosa tarea—. Esta noche le das un golpe en la cabeza, la metes en un carruaje y te la llevas al *cordero negro*. Está a una hora de aquí.

—¿Como va a golpearla en la cabeza? —preguntó Carlton mirando a su hermano con desprecio—. ¿Quieres que la mate?

—Sé cómo dejarla inconsciente, pero puede tardar más de una hora en despertar.

—¿Y eso no le facilitaría las cosas? De ese modo no opondrá resistencia cuando…

—¿Cómo? —preguntó Gilleasbuig—. ¿Cómo la dejarás inconsciente?

—¿Quieres que te revele mis secretos? Es una mezcla de sustancias.

—¿Qué sustancias?

Su hermano mayor frunció el ceño.

—¿A qué viene tanto interés?

—No quiero que la mates.

—No voy a matarla, te advierto que tengo mucha práctica en su uso.

—¿Y de dónde sacarás esa «sustancia»? ¿Es algo que se puede encontrar fácilmente? ¿Hablas de opio?

—Ese es uno de los ingredientes, pero no el más importante. Y no tienes que preocuparte, yo siempre llevo un frasco en mi equipaje por si acaso.

—¿Por si acaso? —Gilleasbuig lo miraba sin dar crédito—. ¿Pensabas utilizarlo aquí? ¿Con quién?

—Eso a ti no te importa.

Los dos hermanos se retaron con la mirada.

—¡Basta! —gritó Bhattair—. Lo importante es que Duncan te ha dado una solución para tu problema. ¿Qué más quieres?

Gilleasbuig apretó los labios para obligarse a callar, a su padre le faltaba muy poco para perder la paciencia.

—¿Cuánto tiempo la dejará inconsciente? —preguntó Carlton.

—Suficiente —dijo su hermano mayor y a continuación se puso de pie y se acercó su padre —. Pero si quieres que esto salga bien, hay que planificarlo.

Bhattair miró a Gilleasbuig expectante.

—Una vez la tengas a tu merced, ¿serás capaz de hacerlo? —Le señaló la entrepierna—. No se te pondrá dura si te cagas de miedo.

El otro se sintió profundamente ofendido y levantó el mentón con orgullosa expresión.

—Soy tan hombre como el que más.

Su padre se rio a carcajadas antes de responder.

—Demuéstralo y te creeré. Hasta ahora no me has servido para nada. Cuando me traigas un acta de matrimonio o la prueba de que la has desvirgado, entonces podrás actuar con orgullo. Hasta entonces…

—¿Y cómo haré para demostrar que la he…?

—No hace falta una prueba —intervino Duncan—, con que haya testigos de que habéis pernoctado en *El cordero negro*, será suficiente. Todo el mundo sabe a qué van allí las parejas.

—Bien lo sabes tú —susurró Carlton.

—Pues sí —aceptó su hermano mayor sonriendo satisfecho—, he llevado a unas cuantas señoritas de bien a esa posada. Está claro, padre, que cuando repartiste la hombría me quedé con la mayor parte.

Su padre se rio con él y los otros dos se miraron sin poder disimular su enfado.

—¿Ayudarás a tu hermano? —preguntó Bhattair—. ¿Puedo confiar en que esta empresa se llevará a cabo?

Duncan asintió y Gilleasbuig lo imitó con desgana.

—Tranquilo, padre, déjalo en mis manos.

Capítulo 19



Lo vio de pie junto a uno de los ventanales, con una copa de champán en la mano y una pose relajada. Tenía un porte impresionante y sus hombros eran los de alguien acostumbrado al trabajo duro. Enid se acercó a él y se situó a su lado para contemplar el exterior. La luna llena creaba luces y sombras fantasmagóricas que la fascinaban.

—Un penique por tus pensamientos —dijo con una sonrisa.

Lachlan giró la cabeza para mirarla y sus pupilas se dilataron involuntariamente. Estaba realmente preciosa.

—No valen tanto.

—Deja que eso lo decida yo.

—Es una estupidez.

Se giró poniéndose de frente a él.

—Ahora tienes que contármelo o moriré de curiosidad.

Él sopesó sus opciones y finalmente sonrió.

—Me preguntaba cómo nos vería un observador desde allí arriba —señaló con el dedo.

—¿Desde la luna?

—Ya te he dicho que era una estupidez.

Enid miró el satélite con fijeza.

—No nos vería —dijo al fin—. Para alguien que estuviese a esa distancia, no existiríamos, simplemente.

—Exacto. Eso pensaba. Creemos que nuestros asuntos son muy importantes, pero en realidad…

No acabó la frase y ella fijó la vista en su perfecto perfil. Cada día que pasaba la sorprendía más, Lachlan era un hombre con mil aristas y no dejaba de admirarse por ello.

—No te acerques a Gilleasbuig —dijo él de pronto.

—No.

Lentamente su expresión se relajó y la miró entornando los ojos.

—Mi corazón será solo de los caballos, ya te lo he dicho, y voy a amarlos con verdadera pasión.

—No es mal plan, teniendo en cuenta tus antecedentes.

—Eso mismo he pensado yo —afirmó rotunda—. En mi caso es la medida más inteligente.

—Habrá que hablar de tu granja. —Ella lo miró con ojos muy abiertos—. Podemos venderte un par de purasangre a buen precio.

Enid entornó los ojos con expresión reflexiva.

—¿En qué estás pensando?

—En mi hermano. Alexander y tú os llevaríais muy bien —dijo convencida.

—Me encantaría conocerlo, con las cosas que me has contado de él, debe ser un hombre impresionante.

—Lo es.

—También tengo curiosidad por ver a tu hermana. No me imagino lo que debe ser tener a dos como tú en una misma habitación.

—Marianne no es como yo. Ella te gustaría.

—¿Me gustaría?

—Le encanta leer y es muy calmada y profunda. —Miró a través de la ventana—. Esto que has dicho de la luna, por ejemplo, ella te entendería muy bien. Solía decir cosas así muchas veces.

—¿Y tú no?

—No. Yo siempre he sido más…impulsiva. No me gusta mucho pensar.

Lachlan frunció el ceño y la miró expectante.

—Quiero decir… Cuando era niña pensaba mucho en por qué mi hermano era ciego. No me parecía justo, era el ser más maravilloso del mundo y no se merecía eso. No dejé de buscar una respuesta a mis preguntas y sacaba a todo el mundo de quicio. ¿Quién quiere que le pregunten estas cosas? Un día, en una reunión familiar, mi madre estalló y me dijo que me callara, que hablaba demasiado y que a nadie le interesaba lo que tenía que decir. Supongo que debería haberme enfadado o haberme sentido dolida, pero en realidad me puse muy triste porque me di cuenta de que mi madre estaba sufriendo mucho por mi hermano y yo solo había contribuido a ese sufrimiento. Entonces me di cuenta que no sirve de nada hacerse tantas preguntas ni pensar tanto las cosas. Mi hermano era ciego, sí, pero era el mejor hermano del mundo y desde ese momento me prometí que disfrutaría de tenerlo en mi vida y pasaría el mayor tiempo que pudiera con él.

—Y te enseñó a montar.

Enid asintió sonriendo.

—A montar bien —puntualizó.

—Muy bien, de hecho.

Brodie se acercó a ellos después de sortear a varios invitados.

—Lachlan tienes que venir —señaló hacia el rincón en el que estaba el anfitrión—. Nathaniel ha iniciado un tema peliagudo sin saberlo y Caillen y Kenneth ya se están enzarzando en una de sus discusiones. Dougal me ha dicho que viniera a buscarte.

—Ya son mayorcitos —dijo el otro llevándose la copa a la boca sin inmutarse.

—Lachlan… —dijeron los otros dos a la vez.

Enid sonrió divertida, pero enseguida se puso seria de nuevo.

—Debes ir, no pueden pelearse aquí —pidió.

—Está bien, pero no te muevas. —Se inclinó para que solo ella lo escuchara—. Volveré y tendrás que bailar conmigo.

Enid los observó alejarse. Quería bailar con él, le había gustado mucho su conversación. Le gustaba cómo la miraba. De repente se dio cuenta de que le gustaba todo de Lachlan… Dejó escapar el aire de sus pulmones borrando aquellos pensamientos de un manotazo. Podía existir la amistad entre un hombre y una mujer. Elinor y Colin eran la prueba viviente. Colin no era como Lachlan, pero…

—¿Me concede este baile, señorita Greenwood?

Ewan se había acercado por detrás y tenía la mano extendida y una anhelante sonrisa en los labios.

—Pareces muy necesitado —dijo aceptando.

—Elizabeth insistirá en que baile con Rowena Sinclair y no quiero hacerlo.

¿Rowena Sinclair? ¿De qué le sonaba ese nombre?

—Es una buena chica —siguió él—, pero no me interesa y Elizabeth es muy cabezota.

—Lo es —afirmó Enid sonriendo divertida—. Pero solo quiere que bailes con ella, no te ha pedido que te cases.

—Aún. En el baile de los duques bailé con Samantha Marren, tal y como ella me sugirió, y luego estuvo dos semanas preguntándome por mis sentimientos por ella.

—Elizabeth puede ser muy persistente.

El muchacho puso los ojos en blanco.

—Supongo que contigo es igual o peor. Sobre todo después de la desilusión que se debió llevar al ver que su plan no iba a funcionar.

Enid entornó los ojos y se mordió el labio reflexiva. ¿Plan? ¿Qué plan?

—Desde luego, pobrecita —dijo fingiendo conocerlo.

—Entiendo que siendo cinco pensara que alguno podría gustarte lo suficiente como para casarte, pero…

—¿Qué?

Ewan tuvo que sujetarla después de que tropezase con su propio pie.

—¿Elizabeth quería que me casara con uno de vosotros?

—¿No lo sabías?

—¡No! —exclamó sorprendida—. Pero… ¿cómo se le ocurre? ¡Sin decírmelo!

—Bueno, tampoco somos tan mal partido. —Sonrió divertido.

—¡Oh, no! Por supuesto, no he querido decir… —Miró a su alrededor buscando a su amiga y la vio charlando con una joven de aspecto más que agradable.

—¿Esa es Rowena Sinclair? —preguntó con curiosidad.

—Sí, la hermana de Aileen.

¡Ah! ¡Era eso! Ya decía que le sonaba el nombre.

—No se parecen físicamente —dijo tratando de sonar distendida.

—No se parecen en nada. Rowena vivió toda su vida con su abuela paterna. Murió hace un mes y por eso ha regresado.

Enid lo miró con una sonrisa.

—Es muy guapa.

Ewan asintió y sus mejillas se sonrojaron.

—Me intimida. Hace que me sienta muy consciente de mí mismo.

—Qué curioso —dijo pensativa sin dejar de mirarla.

Tenía un físico sobresaliente y Enid pensó que el sencillo vestido que llevaba no le hacía justicia.

—Quizá si la tratases un poco más…

—¿Vas a empezar también tú? Porque es lo que me faltaba.

Su expresión decepcionada la instó a dejar el tema.

—¿Has convencido ya a tu padre de que te deje estudiar en Londres?

—Aún no —sonrió—, pero creo que estoy cerca. El otro día comentó que podría prescindir de mí un par de años.

—¡Qué buena noticia! —se alegró ella.

—Todavía no es tiempo de alegrarse, de momento no ha dicho que sí.

—Pero lo hará, sabe lo mucho que te importa.

—¡Kenneth! —exclamó Elizabeth antes de que él diera media vuelta al verla hablando con Rowena—. Qué bien que estás aquí, esta pieza ya termina. He entretenido a la señorita Sinclair demasiado tiempo. Baila con ella.

Lo dijo de un modo que no dejaba lugar a dudas y Kenneth se acercó consciente de que sería una falta de respeto imperdonable marcharse por donde había venido.

—Dougal me está haciendo señas para que vaya, disculpadme, por favor. —Sin esperar contestación, Elizabeth se alejó de ellos.

Kenneth observó a su hermano que charlaba animadamente con Nathaniel y Lachlan. Estaba claro que su cuñada ya no se molestaba en disimular sus tretas.

—Estaré encantado de bailar con usted, si de verdad le apetece.

—No, gracias —dijo la otra mirándolo de frente.

No le sorprendió que no intentara poner una excusa siquiera. Había oído hablar de Rowena Sinclair y sabía que tenía unas maneras directas y francas, algo del todo impropio en una jovencita en edad casadera. Trató de ver si lo que pretendía era hacerse la interesante con él, estaba acostumbrado a los diferentes ardides que utilizaban las muchachas para captar su atención, pero enseguida vio que Rowena no parecía interesada en él lo más mínimo.

—No nos conocíamos —dijo él.

—No personalmente, pero he oído hablar de usted.

—Deduzco, por su actitud hacia mí, que no es muy bueno lo que ha oído.

Lo miró con un ligero desdén mezclado con una chispa de odio.

—No creo que sea la clase de persona que necesita la aprobación de los demás —dijo paseando la mirada por todo el salón como si buscase a alguien—. Ya tiene la suya propia, que es la única que le importa.

Kenneth elevó ligeramente una ceja.

—Es usted la hermana de Aileen Buchanan.

Ella lo miró entonces con expresión irónica.

—Y usted el hermano de Lachlan McEntrie.

Lo dijo de un modo tan helado que a Kenneth se le congelaron las pestañas. ¿Su hermana se lo había contado? Estaba claro que sí, pero… ¿qué le había contado exactamente?

—Estuvimos a punto de ser parientes —dijo tanteándola.

—Por suerte, algunas veces, la vida se encarga de subsanar los errores que cometemos los seres humanos, antes de que estos sean irreparables. Si me disculpa, señor, debo hablar con una amiga que acaba de llegar.

Apretó los labios molesto mientras la observaba alejarse. No hacía falta ser muy listo para entender que la información que tenía lo convertía a él en el villano y a su hermana en una víctima. Frunció el ceño reflexivo. Por lo que él sabía Rowena había vivido en las Tierras Bajas con su abuela desde… ¿siempre? Era la primera vez que la veían. ¿Tan unida estaba a Aileen como para que esta le contara lo sucedido sin ambages? Eso la dejaría en muy mal lugar… Seguro que Aileen había «retocado» la historia para salir airosa y que fuera él quien quedase en mal lugar. Sonrió perverso, no esperaría menos de ella.

Lachlan vio a Enid bailando con Ewan y, cuando terminó la pieza, la vio esperar junto a la ventana. Él había dicho que volvería y la había dejado sola. Debía pensar que se había olvidado de su promesa y eso lo irritó.

—Permitidme que…

—Veo que has dejado a Kenneth muy bien acompañado —dijo Dougal divertido cuando Elizabeth se acercó.

Ella miró en esa dirección y suspiró.

—Me temo que no voy a conseguir nada esta noche. Ninguno quiere hacerme caso.

—Debo decir que es una tarea loable la que se ha encomendado a sí misma Elizabeth —opinó Nathaniel con simpatía—. Estos muchachos necesitan una esposa cuanto antes.

Hasta ahí pudo aguantar Lachlan.

—Si me disculpan —dijo y con un gesto se despidió para alejarse cuanto antes.

Enid se había dirigido a la sala en la que se había servido un refrigerio para hacer las veces de cena. Todo tenía un aspecto delicioso. Cogió un platito y fue depositando en él aquellas viandas que llamaban más su atención. Saldría a la terraza a comérselas y disfrutaría de la espléndida noche a la luz de la luna. Al rodear la mesa para acceder al ventanal alguien tropezó con ella y el contenido de una copa de vino cayó de lleno sobre su vestido.

—¡Oh! —exclamó dando un saltito hacia atrás.

—¡Dios Santo! Pero ¿de dónde ha salido usted?

Enid miró al hombre que la había arrollado y no pudo disimular su enfado.

—Estaba aquí mismo —murmuró como solía hacer cuando algo la irritaba.

—Pues no la he visto, discúlpeme, acabo de arruinar su vestido.

Enid miró la enorme mancha que se extendía por su precioso traje.

—Acepte mis disculpas, señorita…

—Greenwood, Enid Greenwood. ¿Y usted es?

—Duncan MacDonald, para servirle —dijo inclinándose.

—¿Duncan… MacDonald? —la irritación se convirtió en furia y amenazó con fulminarlo allí mismo.

—¿Nos conocemos? —preguntó él al ver su inquina.

—No.

—Me pareció.

Enid apretó los labios y respiró hondo por la nariz. Su pecho subía y bajaba mientras buscaba las palabras.

—He estado cuidando de Ciaran.

—¿Ciaran? —preguntó confuso.

—El caballo que usted… torturó.

Duncan seguía con la misma expresión de desconcierto y eso estuvo a punto de hacerla gritar. ¿Es que acaso no era el único al que había maltratado? ¡Desgraciado!

—Estoy viviendo en el castillo de los McEntrie.

Los ojos de Duncan se abrieron al tiempo que asentía.

—¡Ah! Se refiere a «ese» caballo.

—Permítame que le diga que nunca había visto nada parecido.

—¿Verdad que no? Es un demonio, me alegro que Lachlan se lo quedara, seguro que le ha

dado más de un quebradero de cabeza —dijo riendo.

—Es un caballo maravilloso —objetó ella sin disimulo—, y un hombre capaz de maltratarlo merece todo mi desprecio.

Le dio el plato y él lo cogió de manera instintiva, con el ceño fruncido y sin comprender. Enid se alejó de allí lo más rápido que pudo.

—¡Enid! —Lachlan la llamó cuando llegaba a las escaleras para subir a la habitación para cambiarse.

Se volvió y él vio la enorme mancha en su vestido.

—¿Qué te ha pasado?

—El desgraciado de Duncan MacDonald me ha tirado su copa de vino encima. Voy a cambiarme. Aunque ahora mismo estoy tan enfadada que no sé si debería volver a bajar.

—¿Ciaran?

Enid asintió y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Dice que es un demonio —sollozó—. No he visto un caballo más bueno y noble que ese. Pensar lo que tuvo que sufrir a manos de ese canalla me resulta insoportable.

Lachlan sonrió con ternura.

—Ya no vas a tener que preocuparte más por él.

—¿Qué dices? —preguntó asustada.

—Porque tú te encargarás de que no le falte nunca nada. Ciarán es tuyo.

—¿Qué? —Su rostro se iluminó y acto seguido rompió a llorar desconsolada cubriéndose la cara con las manos.

Lachlan no sabía qué hacer, los que los observaban pensarían que él la había hecho llorar y si

trataba de consolarla sería aún peor…

—Enid —musitó—, nos están mirando.

—No sabes lo feliz que me has hecho.

Dio un paso hacia él para abrazarlo, pero el escocés se apartó con cara de susto. Enid sonrió consciente de los ojos que estaban fijos en ellos.

—Nos están mirando —dijo en un susurró.

—Así es.

—¿Qué pensarán?

—Nada bueno, te lo aseguro.

—Será mejor que me vaya —dijo subiendo un escalón—. Y tú vuelve al baile.

—¿Volverás?

—Sí —dijo ella algo confusa por la situación. Se dio la vuelta, pero pareció recordar algo y se detuvo—. Lachlan, te pagaré.

—Con una sonrisa será suficiente —dijo él y sin esperar una queja por su parte, volvió al salón con el resto de los invitados.

El pasillo hacia su habitación estaba desierto y se alegró de no cruzarse con nadie, estaba hecha un desastre y ese vestido era uno de sus favoritos. No creía que Glenna pudiese salvarlo. Se detuvo antes de llegar a su puerta y se tapó la boca para ahogar una exclamación de júbilo.

—¡Ciaran es mío! —exclamó en susurros con una enorme alegría.

Apresuró el paso para entrar en su cuarto, quería cambiarse cuanto antes y volver a bajar.

—¿Qué…?

Unas fuertes manos la inmovilizaron mientras el otro atacante apretaba un pañuelo contra su boca y su nariz. Por más que intentó gritar los sonidos que emitía resultaron del todo inaudibles para nadie. Luchó con todas sus fuerzas por liberarse, pero la tenían bien sujeta y eran demasiado fuertes para ella. La debilidad de sus músculos iba creciendo por momentos, hasta que sus rodillas se doblaron y perdió el conocimiento.

Capítulo 20



—Dichosos los ojos.

Lachlan se giró al escuchar la voz femenina y sonrió abiertamente al reconocerla.

—Rowena.

Ella sonrió con simpatía y le tocó suavemente el brazo con afecto.

—Supongo que no esperabas verme aquí —dijo ella sin borrar su sonrisa.

—Supe lo de tu abuela, lo siento mucho. Me caía muy bien.

Los ojos de la joven aún brillaban cuando alguien la mencionaba, pero al menos ya no había un torrente de lágrimas a punto de desbordarse de ellos.

—Tú a ella también —dijo sonriendo—. Ya sabes lo mal que lo pasó con… aquello.

Lachlan asintió sin decir nada.

—¿Cómo va tu vida? ¿Sigues siendo el mejor domador de caballos de Escocia?

—Todavía no me han dado el título, pero espero que se den cuenta algún día. ¿Y tú, cómo estás?

—Bien. Y ahora que hemos acabado con las formalidades, ¿qué te parece si me invitas a bailar? ¿O sigues tan reacio a practicar este loable acto social como siempre?

—En eso tampoco he cambiado —dijo él y a continuación le tendió una mano—. Pero contigo haré una excepción.

Lo siguió hasta la pista y se unieron a los demás invitados.

—A Lachlan McEntrie no lo cambiaría ni perder la memoria y aparecer en una isla desierta.

Él sonrió complacido y la tomó de las manos para iniciar el baile.

—¿Has venido con tu familia? —preguntó con sutileza.

—Si me preguntas por mi hermana, vade retro, Satanás —musitó y fingió un escalofrío sin dejar de sonreír.

Lachlan miró a su alrededor aliviado por no ver a Aileen entre los invitados.

—El marido de mi hermana es demasiado estirado para dormir en una tienda. Llegarán mañana por la mañana para ver cómo los escoceses de verdad se baten en duelo levantando piedras, troncos o… —lo miró perversa—, lanzando un martillo.

Lachlan inclinó la cabeza a modo de saludo sin dejar de sonreír.

—Lo de dormir en una tienda no es lo peor de estos eventos —dijo él poniendo cara de aburrimiento.

—Eres un caso irremediable, Lachlan. Hay muchas jovencitas aquí a las que alegrarías la vida solo por bailar una vez con ellas. Podrías tomarlo como un acto de caridad y no dejarlas sin al menos un baile.

—No sé si sobreviviría a una tarea tan ardua.

—Has sobrevivido a cosas peores. —En cuanto lo dijo se arrepintió—. No me refería… Vamos, Lachlan, ya me conoces, no soy famosa por tener mano izquierda.

—No te preocupes, en cada evento social de los pocos a los que asisto, siempre hay alguien

que, al menos una vez, menciona el tema de un modo u otro.

—Mi abuela y yo siempre estuvimos de tu parte, ya lo sabes. La bruja de mi hermana no se merecía la suerte que tuvo de que te cruzaras en su camino. Otro habría arrastrado su reputación por los suelos.

—No me gusta hablar de esto —lo dijo sin acritud, pero firme.

Ella se mordió el labio por dentro como hacía siempre que intentaba frenarse en algo. Pero casi nunca daba resultado.

—No entiendo cómo puedes aceptarlo sin más, yo les habría hecho la vida imposible. A los dos.

—Sé que piensas que soy un pusilánime —dijo recordando una conversación dos años atrás.

—¡No! —Lo miró mortificada y enseguida bajó el tono, no quería llamar la atención de los otros bailarines—. Ya me disculpé por eso.

—No deberías disculparte por decir lo que piensas, si lo sigues pensando.

—No es lo que pienso. Fue una reacción estúpida e infantil por mi parte, fruto de la rabia y la impotencia que me provocó verte tan hundido —musitó—. Eres lo mejor que le podía pasar a esa cabeza de chorlito que tengo por hermana, pero ella optó por caer en las garras de un demonio.

—No eres justa.

—¿No? ¿En qué no estoy siendo justa, si puede saberse?

—Hacía mucho que no te veía, ¿de verdad tenemos que hablar de esto?

Ella mantuvo su mirada, pero al final tuvo que rendirse porque era inútil luchar contra alguien como Lachlan McEntrie.

—Perdóname, no debería haber sacado el tema.

—Perdonada.

—Te he estropeado la noche.

—La noche era ya bastante aburrida —reconoció él.

—Tú al menos tienes a tus caballos, tu vida tiene un aliciente. En cambio la mía…

La miró con simpatía.

—Tu abuela se ha encargado de que no tengas que preocuparte por el futuro. Puedes hacer lo que te plazca.

—Sabes que no. Mi madre no deja de insistirme en que debo casarme o seré presa de algún aprovechado

—¿Aprovecharse? Pobre del que lo intente.

Rowena sonrió complacida.

—Echaba de menos esto —dijo sincera—. Charlar con un hombre que no quiere ponerme un anillo en el dedo ni decirme que soy la princesa de su cuento.

—¿Princesa tú? —se burló—. Te pega más el papel de madrastra. O el de bruja.

Lejos de ofenderse, asintió orgullosa.

—Y ahora, háblame de esa Enid. Mi hermana me dijo que era poco menos que un adefesio, así que estoy deseando conocerla y ofrecerle mi más sincera amistad. ¿Dónde está? —Miró a su alrededor.

Lachlan frunció el ceño extrañado de que aún no hubiese regresado. Había tenido tiempo más que de sobra de cambiarse de vestido.

—Pues… no lo sé —dijo después de revisar hasta el último rincón del salón con la mirada.

—Pues quiero conocerla —dijo Rowena—. ¿Es cierto que Gilleasbuig se ha interesado por

ella? Imagino que habrás tomado cartas en el asunto.

Lachlan asintió mientras las arrugas de su ceño se hacían más profundas. Tampoco veía a Gilleasbuig.

Cuando acabó el baile con Rowena, Nathaniel lo abordó para que lo ayudase con una discusión que mantenía con uno de sus invitados sobre la mejor raza de caballos de carreras. Lachlan sugirió que le preguntasen a Kenneth, pero su hermano se había escabullido del salón y sospechaba que no lo hizo solo, por lo que prefirió no ofrecerse a buscarlo.

—Siempre hablando de caballos —dijo Elizabeth uniéndose al grupo media hora después.

Lachlan aprovechó una de las diatribas de Nathaniel para inclinarse hacia su cuñada y preguntar por Enid sin que los demás lo oyeran.

—Hace rato que no la veo.

Lachlan la miró sorprendido, pero no dijo una palabra.

Rowena salió al jardín, la multitud en el salón de baile le había espesado la mente y necesitaba respirar aire fresco. Desde niña, siempre había tenido un olfato privilegiado y podía captar los olores de un modo extraordinario, por eso cuando Duncan MacDonald pasó a su lado, su espalda se enervó y se giró a mirarlo con interés.

—Señor MacDonald —lo llamó impulsiva.

Duncan regresó sobre sus pasos y se detuvo ante ella complacido.

—Señorita Sinclair, qué placer más inesperado.

—¿Me permite que le haga una pregunta?

—Puede usted preguntarme lo que guste, estaré encantado de responderle.

—¿Ha estado usted manipulando belladona y mandrágora? —aspiró cerca de él—. Y diría que también datura.

El rostro de Duncan se contrajo involuntariamente y Rowena enfocó su mirada prestando más atención.

—En el jardín de Forrester hay plantas muy raras, quizá me he impregnado de ellas…

—No creo que el opio sea una sustancia muy común en el jardín del señor Forrester —dijo ella sonriendo burlona—. También percibo ese olor en usted. Me preguntaba si sería alguna clase de perfume llegado de algún país exótico. Espero que no, porque esa mezcla de olores no me resulta nada agradable.

—Señorita Sinclair —dijo con voz empalagosa y expresión taimada—, no debería usted ser tan directa expresando su interés por mi… aroma, alguien podría malinterpretarlo. Y no olvide que soy un hombre casado.

Rowena empequeñeció sus ojos sin borrar su sonrisa.

—¿Quizá ha estado jugando un poco? Ya sabe, mezclando ingredientes a ver qué sale. Yo jugaba a eso de niña y le aseguro que me llevé más de una desagradable sorpresa.

—Si me disculpa…

Lo vio alejarse sin borrar su sonrisa.

—Desde luego que lo disculpo. Incluso se lo agradezco —murmuró para sí—. Su sola presencia me produce urticaria.

Se llevó un dedo a los labios y los martilleó pensativa. Allí había gato encerrado y viniendo de Duncan MacDonald no podía ser nada bueno.

—¿Ya te has cansado de la fiesta? —Caillen entró en el saloncito y se dirigió al mueble de bebidas para servirse un brandy antes de sentarse frente a Lachlan.

—¿En serio que a alguien le gusta esto? Menuda pérdida de tiempo.

—Estás de malhumor.

—Cada día eres más perspicaz, Caillen, ¿lo sabías?

—No lo pagues conmigo, solo estoy aquí por el brandy de Nathaniel. Por cierto, esta botella está vacía —dijo cogiendo otra nueva.

Lachlan cerró los ojos un momento y estiró las piernas cuan largo era.

—¿Qué te pasa? —preguntó Caillen mirándolo por encima de su vaso.

El otro abrió los ojos y lo miró también.

—¿Crees que soy un pusilánime?

—¿Qué? ¿A qué viene eso?

—Contesta a mi pregunta.

—No.

—¿No quieres contestar?

—No creo que seas un pusilánime. ¿Cuánto has bebido?

Su hermano no respondió. Se levantó, rellenó su vaso y volvió a sentarse.

—Seguro que sí lo piensas.

Caillen lanzó un sonoro suspiro.

—¿Has discutido con alguien?

—¿Qué habrías hecho tú? —Lachlan lo miró con fijeza—. ¿Qué habrías hecho en mi lugar?

—¿De qué estás hablando?

—Kenneth, la posada, ya sabes…

Caillen endureció su expresión. Nunca habían hablado de aquello.

—No lo sé.

—Oh, ya lo creo que lo sabes, lo habrías molido a palos.

—Probablemente.

Lachlan asintió y se dejó caer contra el respaldo cerrando los ojos.

—Yo no hice nada.

—Somos distintos.

—Desde luego que sí. Tú no eres un pusilánime.

—Tú tampoco.

Lachlan sonrió con amargura.

—Solo a un pusilánime le hacen algo como eso su hermano y su prometida. —Soltó una carcajada—. Y encima dejé que se fuera de rositas y ahora está casada con un Buchanan. Imagina lo patético que soy…

—No eres patético, Lachlan, eres la persona menos patética que conozco.

—Pues debes conocer a gente muy despreciable.

—No es una buena mujer, tuviste suerte de descubrirlo a tiempo.

—Eso piensa Kenneth —seguía sonriendo—. Sé que por eso lo hizo. Ella le iba detrás desde mucho antes de comprometerse conmigo. ¿Ves lo patético que soy? Sabía que lo prefería a él, pero estaba dispuesto a casarme con ella.

—Deja de decir que eres patético.

—¡Pero lo soy! —Se rio—. El bueno de Lachlan, dispuesto a casarse con Aileen a pesar de lo que todos pensaban de ella.

—Estabas enamorado.

—Era un imbécil —dijo y bebió el contenido de su vaso de un trago.

—Te va a sentar mal.

Dejó caer el vaso al suelo desde poca altura y su brazo quedó colgando al lado del sillón.

—Estaba enamorado, ¿sabes? No me importaba lo que dijeran de ella. Me rompió el corazón. Lo hizo pedazos y sigo sin encontrar los trozos.

—Es una mala mujer.

—¿Crees que eso me consuela? —Negó con la cabeza—. Ella lo sabe, sabe el poder que tiene sobre mí. A veces he pensado trasgredir mis propias normas. Ceder a sus insinuaciones y…

Volvía a cerrar los ojos y Caillen creyó que había terminado de hablar.

—Pero entonces pienso en Kenneth… —Su mirada estaba cargada de rencor—. Pienso en que él ya ha estado allí, dentro de ella, y eso me revuelve las tripas. Por eso no respondo a mis instintos, no es porque sea bueno, Caillen, es porque me doy asco por no haber sido yo. Y sé que solo así me libraría de esta condena que me mantiene preso de aquel momento. Pero no podemos volver atrás, ¿verdad?

Caillen frunció el ceño, se había quedado unas cuantas frases atrás.

—¿Aileen se te ha insinuado?

Su hermano torció la sonrisa con mirada perversa.

—Cada vez que nos vemos. Parece tener curiosidad por saber qué hermano es mejor en la

cama.

—No lo hagas.

Lachlan levantó una ceja.

—¿Temes por su honra?

—Temo por tu estabilidad mental. Tú no eres como Kenneth.

—Supongo que crees que eso es un halago.

—Lo es.

—No, Caillen, no lo es.

—Lo que tienes que hacer es buscarte una esposa.

Lachlan torció la sonrisa un poco más.

—¿A quién querría tan mal? Estoy roto, Caillen, ¿no has escuchado nada de lo que he dicho?

—Rowena está loca por ti.

—¿Quieres que me case con la hermana de Aileen? —Soltó una carcajada sin dar crédito—. Además, Rowena es mi amiga, jamás le haría algo así.

—Pues otra. Hay muchas mujeres en esta fiesta. Intenta…

—¿Por qué no lo intentas tú? —Su mirada se volvió inquisitiva—. ¿Cuál es tu excusa, hermanito? Siempre metido en tus papeles, preocupado por cualquier cosa, menos por darle nietos a nuestro padre. Eres mayor que yo, deberías casarte antes.

—Cuando llegue el momento lo haré.

—¿El momento? ¿Y cuándo será eso?

—Yo qué sé. —Terminó su bebida y se levantó dando por terminada la conversación—. Vamos, regresemos al baile o Dougal vendrá a buscarnos.

—Dougal debería meterse en sus asuntos —dijo Lachlan sin moverse—. Además, no creo que quiera que me vean tan amargado. Me quedaré aquí un rato más y después me iré a dormir.

—Está bien, como quieras.

Rowena se apartó de la puerta y fingió llegar en ese momento.

—¡Caillen! ¿Sabe dónde está Lachlan?

El otro frunció el ceño desconcertado e interrogador, pero no hizo la pregunta que le bailaba en los labios. Le sostuvo la puerta para que entrase.

—A ver si usted puede sacarlo de ahí. —Se marchó dejando la puerta abierta.

—¡Lachlan, estás aquí! —dijo Rowena mientras ponía atención en los pasos que se alejaban por el pasillo. Una vez estuvo segura de que nadie más la escuchaba miró a su amigo con expresión divertida—. Tengo que contarte algo sobre Duncan MacDonald.

Lachlan subió las escaleras del *hall* de dos en dos y llegó a la habitación de Enid con el corazón latiendo desbocado. Sin pensarlo abrió la puerta y entró para comprobar que allí no había nadie. Tenía que pensar rápido, pero su mente era un batiburrillo atropellado por sus emociones.

—Kenneth —musitó y acto seguido salió corriendo para ir en su busca.

Lo encontró en la biblioteca y por suerte estaba solo.

—Creía que te encontraría con la señorita McNiall, me alegra ver que tiene más cabeza de lo que parece —dijo llegando hasta él.

—No te…

No le dejó continuar, lo agarró del brazo y tiró de él para que lo acompañara.

—¿Qué narices pasa? —dijo el otro caminando a su lado.

—Ahora lo verás.

Los dos hermanos salieron de la casa y se dirigieron a la tienda de los MacDonald. Todo el mundo estaba en la fiesta, menos Duncan que pensó que era buena idea no dejarse ver después de su encuentro con Rowena. Había sopesado la idea de marcharse inmediatamente, pero su padre no le perdonaría que lo dejase solo en esto.

—Hijo de la gran puta. —Lachlan fue hacia él como una exhalación y lo agarró del cuello empujándolo hasta que chocaron con uno de los baúles que habían llevado—. ¿Dónde está?

—¿Dónde está quién? —preguntó Duncan empujándolo con fuerza para librarse de su agarre.

Lachlan perdió ligeramente el equilibrio después de soltarlo, pero se fue hacia él de nuevo y esta vez lo agarró con las dos manos.

—¿Donde está Enid?

—¿Y a mí qué me cuentas?

—Duncan, hace mucho tiempo que tengo ganas de partirte el cráneo y en este momento mi paciencia está bajo mínimos. Te aconsejo que hables claro y rápido, sobre todo rápido, o no volverás a hablar en tu puta vida.

—Se han escapado.

—¡¿Qué?!

La pregunta venía de atrás, de un confuso Kenneth al que empezaban a aclarársele las ideas. El tercero de los McEntrie se situó junto a su hermano mirando a Duncan con cara de que le

quedaban pocos segundos de vida si no hablaba.

—Está bien. Suéltame y os lo contaré todo.

Lachlan lo soltó muy despacio sin dejar de mirarlo, su mente elucubrando mientras iba encajando las piezas. Mandrágora, belladona, opio…

—Se han escapado. Van a Gretna Green para casarse —dijo Duncan arreglándose la camisa —. A mí tampoco me gusta la idea, pero ¿qué se puede hacer? ¡Se han enamorado!

—¿Enid se ha fugado? —preguntó Kenneth mirando a Lachlan con el ceño fruncido.

—La ha dejado inconsciente este hijo de puta y ahora pretende ensuciar…

Duncan no pudo hacer nada. El primer puñetazo de Kenneth lo derribó lanzándolo hacia atrás con tal fuerza que por un momento sus pies dejaron de tocar el suelo. Lachlan lo agarró entonces de la camisa para levantarlo del suelo y se encargó de darle el segundo golpe superando al de su hermano.

—¿Dónde están? —preguntó sin soltarlo—. Y asegúrate de dar la respuesta correcta o no podrás volver a hablar, desgraciado.

—En *El cordero negro* —dijo el otro rápidamente—. Pasarán allí la noche.

Lachlan se debatía entre su urgencia por ir tras ellos y el enorme deseo de matarlo a golpes. Por suerte para Enid, la razón se impuso.

—Escúchame bien, Duncan, si dices una palabra de lo que ha sucedido te juro por Dios que me encargaré personalmente de que te encierren en un agujero muy hondo y no saldrás de ahí jamás. Si aprecias en algo tu vida, mantén la boca cerrada. —Le dio un empujón mirándolo con desprecio y echó a correr en busca de su caballo.

—Tenemos que avisar a los demás antes de ir a rescatarla —dijo Kenneth pisándole los

talones.

—Tú te quedas.

—¿Qué? ¡No!

Lachlan aceleró su carrera y no volvió a decir nada hasta que estuvieron frente a las caballerizas. Antes de entrar se giró hacia su hermano y le habló en voz muy baja.

—Si damos la voz de alarma todo el mundo sabrá lo sucedido y la reputación de Enid no tendrá salvación —advirtió.

—¿Y qué piensas hacer?

—Yo iré a buscarla y la traeré de vuelta. Tú te quedarás aquí y les dirás a todos que Enid y yo hemos regresado a Lanerburgh con Neill. Nuestro mozo de cuadras ha venido a buscarnos porque Ciaran se ha puesto gravemente enfermo.

Kenneth hilaba sus pensamientos para unirlos a los de su hermano. Todos sabían lo mucho que significaba ese caballo para Enid.

—¿No es demasiado repentino?

—Sé creativo. Di que llevábamos días vigilándolo, pero que no habíamos dicho nada para no asustar a Enid. —Le puso una mano en el pecho—. Kenneth, esto ha de quedar entre tú y yo. Si llega a saberse será una catástrofe para Enid…

—Y la muerte para Gilleasbuig y Duncan —añadió el otro con rostro pétreo.

—Eso no sé si podremos evitarlo, entre otras cosas porque quizá lo mate yo mismo. —Lo miró fijamente—. Si la cosa se complica te haré llegar un mensaje. No vengas a buscarme, ¿te queda claro?

Sin esperar respuesta Lachlan se giró y entró a las caballerizas en busca de Bran.

Kenneth se debatía entre su deseo de intervenir y la certeza de que su hermano no lo necesitaba para esa misión, Gilleasbuig no era rival para él. Odiaba tener que inventarse una historia, no se le daba bien el teatro, aun así, lo haría porque era la única posibilidad que tenía Enid de salir de ese embrollo, si es que aún no… Su corazón se aceleró y sus puños se cerraron con violencia, mataría a Gilleasbuig él mismo si le ponía un dedo encima.

Se apartó para dejar salir al caballo de Lachlan y los vio alejarse al galope. Kenneth agradeció la enorme luna y el cielo despejado. Además su hermano, como todos los McEntrie, conocía ese camino como la palma de su mano. Cuando echó a andar hacia la casa de Nathaniel se centró en cambiar su expresión de profunda ira por una de preocupación y se preparó para el papel que le había tocado en esa estúpida obra.

—Maldita sea mi suerte —masculló y aceleró el paso.

Capítulo 21



Enid abrió los ojos y parpadeó confusa. Tardó unos segundos en darse cuenta de que estaba tumbada sobre un asiento. Se incorporó rápidamente y sus ojos se toparon con los de Gilleasbuig que la miraba con fijeza. Le dolía mucho la cabeza y sentía ganas de vomitar.

—¿Qué…?

—Respira hondo —dijo él calmado.

Ella lo hizo y las náuseas sacudieron su estómago. Abrió la portezuela del carruaje y bajó a trompicones. Cayó de rodillas delante de un árbol y vomitó lo poco que había comido. Gilleasbuig la siguió y le ofreció su pañuelo para limpiarse.

—¿Qué hago aquí? Alguien me atacó cuando… —Miró su vestido, allí seguía la mancha de vino.

—Te lo explicaré todo, pero debes prometerme que vas a estar tranquila. No te pongas a gritar como una loca. *El cordero negro* está cerca y alguien podría oírte.

Enid parpadeó varias veces y de nuevo la atacó una arcada que la hizo vomitar. Gilleasbuig apartó la mirada con asco y se preguntó cómo quería su hermano que llevase adelante el plan si su potingue provocaba una visión tan poco atractiva. Claro que su hermano era tan retorcido que

esperaría que la ultrajase estando aún inconsciente. Duncan había dicho que el efecto duraría bastante más, así que quizá el malestar se debía al hecho de que se hubiese despertado antes de lo que debería.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó ella cuando el estómago le dio un poco de tregua—. ¿Por qué estás tú aquí? ¿Por qué me siento tan mal? La cabeza me va a estallar.

—Te he secuestrado.

—¡¿Qué?! —Un millón de pinchazos la atacaron y se llevó las manos a la cabeza tratando de aliviarlos con presión.

—Duncan preparó un somnífero y…

—¿Un qué? —masculló—. ¿De qué estás hablando, Gilleasbuig? No tengo la mente para acertijos.

—Mi hermano preparó una pócima que vertió en un pañuelo. Con ese pañuelo te dejó inconsciente mientras yo te sujetaba —explicó en detalle mientras se paseaba delante de ella con las manos a la espalda—. Debía dejarte inconsciente durante unas horas y de ese modo yo podría…

Enid fruncería el ceño si la cabeza no le doliese con ese simple gesto.

—¿Qué pretendías? —preguntó—. ¿Querías llevarme a Gretna Green a la fuerza?

—No íbamos a Gretna Green. Solo teníamos que llegar a esa posada de la que te he hablado y allí… Debíamos pasar la noche juntos.

—¿Pasar la noche juntos? ¿Qué significa «juntos»?

Gilleasbuig no podía ni mirarla.

—Estamos aquí y te lo estoy contando todo, así que ya sabes que no quiero cumplir con los

deseos de mi padre. No soy esa clase de persona.

—¿Qué tiene que ver tu padre en todo esto? ¿Qué quería tu padre que hicieses?

—¿Quieres los detalles? —Se acercó irritado—. ¿Una demostración práctica? No pongas esa cara, si quisiera hacerlo habría sido más sencillo cuando estabas inconsciente, como quería Duncan. Así que ya puedes darme las gracias.

—¿Darte las gracias? —Su mente no funcionaba con normalidad, por no hablar de lo mal que se encontraba, pero lo último en lo que pensaba era en darle las gracias. Darle una patada en un lugar muy sensible, eso sí se le había pasado por la cabeza. Varias veces, de hecho y no llevaban mucho rato hablando.

—Escúchame, Enid. No soy un hombre con una moral muy elevada, pero no llego a la inmundicia de Duncan. Necesito dinero para marcharme y sé que tú puedes dármelo, así no me veré forzado a caer tan bajo para lograrlo.

Enid buscó un lugar en el que sentarse, no quería seguir de rodillas y le dolía horrores la cabeza. Estaba claro que no pensaba con claridad. Gilleasbuig no podía estar pidiéndole dinero para no hacer… aquello de lo que hablaba.

—Si me das tu palabra de que me enviarás el dinero adonde te pida, te dejaré ir sana y salva. No puedo volver a mi casa, mi padre y mi hermano querrán matarme cuando vean que no he cumplido con sus planes. Me reuniré con Chisholm en Londres y después me iré a América. No pienso volver jamás a Escocia, pero para eso necesito dinero, ¿lo entiendes?

—¿Y quieres que yo te lo dé? ¿Después de… esto? —No podía deshacerse de aquella sensación de perplejidad.

—Si no, me veré obligado a hacer lo que no quiero hacer —dijo dando un paso hacia ella.

Enid trató de ponerse de pie, pero se tambaleó y acabó sentada en el suelo de mala manera.

—No estás en condiciones de resistirte y te aseguro que me sería muy fácil someterte. No quiero, pero si no me das otra opción…

—Está claro que lo de que me amabas, era…

Él se agachó delante de ella apoyando el brazo en su rodilla.

—Me gustas, Enid y casarme contigo no sería ningún castigo. Al principio estoy seguro de que para los dos sería incluso agradable, pero también sé que pronto me cansaría. No soy la clase de hombre que se ata a una sola mujer. —Hizo una pausa, para que asimilara lo que trataba de decirle—. Lo que quiero que entiendas es que si no accedes a darme el dinero que necesito para escapar de mi padre, tendrás que aceptarme como marido. —Se encogió de hombros—. Tú decides, pero ya ves que al final tu dinero será mío, de un modo u otro.

—Gritaré tanto y tan fuerte que me oirán desde la posada —dijo entre dientes con tanto desprecio que lo hizo estremecer—. No te resultará nada fácil, te lo aseguro.

Intentó empujarlo cuando él se inclinó sobre ella, pero sus brazos seguían sin recuperar la fuerza y cayeron como una tela mecida por el viento. Gilleasbuig la tumbó en el suelo y ella no pudo evitarlo. La miraba a los ojos con tal convencimiento que Enid comprendió por fin la situación en la que se encontraba.

—El efecto de esa droga te durará aún unas cuantas horas. No eres rival para mí, Enid. En cuanto a lo de gritar. Hazlo —sonrió—, cuantos más testigos, mejor. Una vez esté claro que te he deshonrado, tendré que casarme contigo y tú no podrás rechazarme.

—Maldito desgraciado, antes muerta que casada contigo.

Gilleasbuig levantó una ceja incrédulo.

—Yo tampoco quiero casarme, prefiero tu dinero, pero necesito tu palabra y no pareces dispuesta a dármela.

—¿Y cómo sabes que no te engañaré?

—Sé cómo eres, Enid Greenwood, si me das tu palabra, la cumplirás. Además, ¿ves a ese hombre? —señaló al cochero—. Testificará ante quien yo le diga que te hice mía en ese carruaje. O aquí mismo, sobre la hierba húmeda que está empapando tu vestido.

Enid abrió los ojos como platos y miró hacia su secuaz con tal desprecio que el hombre apartó la mirada enseguida.

—No serás tan…

—Lo seré, ya lo creo que sí. Mira Enid, tal y como yo lo veo, estoy siendo muy generoso contigo, de hecho, demasiado generoso. Todo sería mucho más fácil si… —Pasó un dedo por su escote rozando la suave piel de sus senos—. Mi paciencia tiene un límite.

—Te doy mi palabra —dijo ella rápidamente—. Te daré lo que me pidas, pero… no me toques, por favor.

Gilleasbuig sonrió y extendió una mano para acariciarle la mejilla. Ella trató de apartarse, pero era demasiado esfuerzo. De pronto se sintió profundamente triste y sus ojos se llenaron de lágrimas al pensar en las veces que Lachlan se lo advirtió. Gilleasbuig capturó una de esas lágrimas con el dedo y la observó a la luz de la luna.

—Es hermosa —musitó y acto seguido la limpió en sus pantalones y se puso de pie—. Tendrás que pasar la noche en esa posada, yo voy a llevarme el carruaje, claro.

—¿No puedes llevarme de vuelta? No se lo contaré a nadie.

—Lo siento, pero no. Sería demasiado peligroso para mí. Y también para ti. A estas horas es

probable que alguien se haya dado cuenta ya de tu ausencia y no tardarán en salir a buscarte. Si nos viesen juntos nuestro trato se iría a pique…

—¿Y cómo diré que llegué a la pensión? ¿Caminando? —preguntó asustada.

Gilleasbuig se encogió de hombros con indiferencia.

—Tendrás que pensar en algo creíble —sonrió como si le divirtiese—. Me gustaría quedarme a verlo, pero, como comprenderás, tengo algo de prisa. Londres está lejos y me esperan muchos días de viaje.

Enid se sentía como una completa estúpida.

—No puedo caminar, Gilleasbuig —se lamentó.

—Si te acompaño a la pensión, adiós a tu reputación. ¿Quieres eso?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces tendrás que apañártelas.

Caminó hasta el carruaje, pero se detuvo antes de subir. Se giró lanzando un gruñido de impotencia.

—Maldito sea Duncan y su veneno.

Regresó hasta ella y la agarró por debajo de las axilas para ponerla de pie.

—Apóyate en mi hombro. Te dejaré lo más cerca que pueda sin que me vean.

Enid se apoyó en él, aunque lo que en realidad desearía sería sacarle los ojos. El dolor de cabeza la estaba matando y cada paso era un auténtico tormento. No habían recorrido ni diez yardas cuando el sonido lejano de un caballo que galopaba hacia ellos los alertó.

—¿Qué diantres…?

Gilleasbuig la soltó para girarse y Enid cayó al suelo como un saco de grano. El escocés

observó el sendero con el cerebro trabajando a toda velocidad. Miró a Enid con preocupación y luego al carruaje.

—Son ellos —dijo con voz nerviosa—, los McEntrie.

Los ojos de Enid no ocultaron su emoción.

—¡Oh, Dios mío! —más que una exclamación sonó como una plegaria.

—Lo siento, pero no pienso quedarme a saludar. —Corrió hacia el carruaje y se subió apremiando al cochero a ponerse en marcha—. Buena suerte. Te haré llegar mi dirección.

Enid lo vio alejarse anonadada. Estaba paralizada y su mente trataba de encontrar respuesta para el millón de preguntas que sabía que iba a hacerle fuese quién fuese. Intentó ponerse de pie, pero en cuanto daba un paso sus rodillas se doblaban y volvía a caer. Al día siguiente tendría las piernas llenas de moretones. Se mordió el labio en un esfuerzo inútil de contener las lágrimas. ¿Qué iba a decirles a todos? ¿Cómo evitar que aquello se convirtiese en una guerra campal entre los McEntrie y los MacDonald? El caballo estaba muy cerca y sus pisadas retumbaban en el suelo en el que Enid apoyaba las manos para sostenerse. De repente entró en pánico. ¿Y si no era un McEntrie? ¿Y si era un maleante, un bandido o…?

Reconoció al caballo casi antes que al jinete. Las crines negras que contrastaban con su pelaje marrón claro. Su nombre «Bran», significaba cuervo y simbolizaba su espíritu audaz y su carácter sombrío. Lachlan lo detuvo de manera abrupta al ver el bulto en el camino y el animal levantó las patas delanteras para no arrollarla. A Enid le pareció que el caballo y su jinete la miraban con la misma aterradora severidad.

—¿Quieres morir? ¿Qué haces en mitad del camino y en plena noche? —dijo saltando del caballo para acercarse furioso—. ¡Maldita sea, Enid!

—¿Y tú que haces galopando de nuevo en la oscuridad? —dijo ella sin fuerzas.

Lachlan se agachó para verla de cerca.

—¿Qué te ocurre? —La cogió para levantarla y notó su extrema debilidad.

—Me han dado algo… No puedo caminar.

—¿Dónde está ese desgraciado de Gilleasbuig? —preguntó sujetándola firmemente por la cintura.

—Te lo contaré todo… creo que voy a… desmayarm…

Lachlan la apretó contra su cuerpo sujetándola con uno de sus brazos, mientras con la otra mano cogía su barbilla para que lo mirase.

—Enid, mírame, dime dónde está. ¿Te ha dejado aquí sola en este estado?

Ella asintió levemente.

—¿Te ha hecho… daño? —La voz de Lachlan era apremiante y escondía una furia contenida que apenas podía disimular.

—¡Oh, Lachlan! —sollozó aliviada—. ¡Me alegro tanto de que estés… aquí!

Y se desmayó.

Capítulo 22



Cuando abrió los ojos rogó porque todo hubiese sido una pesadilla, pero en cuanto vio la cara de Lachlan supo que no había forma de esconderse. Miró a su alrededor observando la estancia con desagrado.

—¿Dónde estoy?

—En *El cordero negro*, señorita.

La voz de la mujer la sobresaltó y al girar la cabeza demasiado rápido el dolor regresó para recordarle que debía ser más delicada en sus movimientos.

—¡Au! —gimió, ¿es que ya no iba a dejar de dolerle nunca?

—Estate quietecita hasta que llegue el médico —ordenó Lachlan mirándola preocupado.

—No hace falta un médico —dijo tratando de sentarse pero todo empezó a darle vueltas y se dejó caer de nuevo sobre la almohada con mucho cuidado—. Estoy segura de que esta cama es mucho más peligrosa que lo que sea que me… pasa. ¿Te has asegurado de que no hubiese chinches antes de meterme en ella?

—Señorita, aquí somos pobres pero *mu* limpios —dijo la posadera con cara de ofendida.

Enid no discutió nada para no molestarla más, pero la araña que había tejido su tela entre el

armario y la ventana no parecía apoyar esa teoría. No entendía que una posada tuviese tan descuidadas las habitaciones. Supuso que no debían tener muchos huéspedes. Al menos no huéspedes a los que les importase la higiene. Ni loca se habría metido voluntariamente en esa cama, pero es lo que tiene estar inconsciente, que no puedes decidir.

—¿Te duele mucho? —preguntó Lachlan al ver su mueca.

—Un poco. Pero estoy bien. —Lo miró fijamente para transmitirle lo que no podía decir delante de la mujer—. De verdad.

Lachlan suspiró levemente aliviado, pero la arruga de su ceño no desapareció. Hasta que no pudiesen hablar sobre lo sucedido no iba quedarse tranquilo.

—¿Cómo se te ocurre galopar en plena noche? —preguntó ella en el mismo tono.

—Llevo viviendo en estas tierras toda mi vida y he hecho ese camino innumerables veces —susurró.

No podía rebatir su argumento así que decidió que era mejor cambiar de tema.

—¿Cuándo llegará ese médico? —preguntó—. ¿De verdad tenemos que esperarlo? Estoy bien y pronto se hará de día.

—Me temo que ese barco ya ha zarpado… Margaret.

Enid frunció el ceño.

—¿Por qué me lla…?

—Querida hermana —la interrumpió con expresión de apremio—, nuestro padre se pondrá muy nervioso cuando sepa que has sufrido este percance.

—¡Oh! ¡Ah! ¡Claro, claro… hermano! —Miró a la posadera que tenía una ceja levantada y cara de no ser muy lista—. Suerte que estoy con…tigo.

—Malcolm —dijo él poniendo los ojos en blanco—. Soy Malcolm, Margaret.

—Ah, sí, claro, Malcolm, no tengo la mente muy clara. —Sonrió tratando de parecer despreocupada—. No estaba segura de si eras Malcolm o Robert, cada día os parecéis más, con ese pelo tan negro y esa… cara.

Lachlan hizo un gesto a la posadera para indicarle que no le funcionaba muy bien la cabeza.

—Ya antes del golpe se le olvidaban algunas cosas —murmuró.

—Pobre, tan joven —se lamentó la mujer—. Donde yo nací había una muchacha así, se le caía la baba y no se enteraba de *ná*.

—¿No tiene nada que hacer? —preguntó Enid con cara de no necesitar su compasión en absoluto—. No queremos interrumpir su trabajo. Sea el que sea.

Porque limpiar seguro que no es.

—Es mejor que se quede con nosotros… hermana —dijo Lachlan sonriendo exageradamente —. En estos sitios uno no sabe cuándo va a necesitar… algo.

—Pero, hermano —dijo ella sonriendo también—, ¿no ves que la estamos molestando? Tiene que ocuparse de su negocio.

—Así es —dijo la mujer—. Algunos huéspedes estarán a punto de levantarse y querrán desayunar. Si necesitan algo estaré abajo.

Al ver que no iba a poder retenerla más Lachlan la acompañó hasta la puerta para evitar que la cerrase al salir.

—Aquí dentro hace mucho calor y a Margaret no le conviene.

—Puede abrir la ventana —dijo la mujer.

—Uy, no, mi hermana odia los insectos, le dará un ataque si entra una mosca. Mejor dejar la

puerta abierta —sonrió con cara de bobo.

—Como quiera —se encogió de hombros y se marchó.

—¿Te vas a quedar ahí todo el rato? —preguntó Enid burlándose.

—Aquí me ven.

—¿Y para qué quieres que te vean?

Lachlan la miró con fijeza.

—Estamos en una posada, Enid. Somos un hombre y una mujer y estamos en la misma habitación.

—Pero somos hermanos.

—Ya.

—¿Entonces?

—Prefiero no arriesgarme.

—Agradezco mucho tu preocupación.

—Como esto salga mal por mi culpa, Dougal me cortará las pelotas —musitó.

—¿Qué has dicho?

—Nada. —La miró expectante.

—Acércate, no querrás que cualquiera pueda escucharme. Tengo que contártelo todo para que me ayudes a arreglarlo.

Lachlan hizo lo que le decía a regañadientes. Su deseo de saber los detalles de lo sucedido era demasiado grande. Ya sabía que Gilleasbuig no había abusado de ella, se lo había dicho antes de volver a desmayarse por segunda vez, pero quería conocer la historia completa antes de decidir si lo mataría con dolor o sería una ejecución rápida.

Enid empezó a hablar y se lo contó todo sin dejarse el más mínimo detalle de lo sucedido. Quería que tuviese claro que ella no había tenido nada que ver y que esa vez no había cometido ninguna estupidez. Se sorprendió al ver que las lágrimas corrían por sus mejillas como un torrente, no se había dado cuenta de que estuviese tan afectada.

Observó que el rostro de Lachlan estaba impasible mientras la escuchaba, pero en su mirada vio algo peligroso, algo oscuro que le puso el vello de punta.

—¿Has terminado? —preguntó sin descruzar los brazos. Enid asintió—. Duncan es hombre muerto. Y Bhattair.

—Lachlan…

—A Gilleasbuig lo dejaré vivir, pero no podrá volver a mear de pie.

—Lachlan…

—¿Qué?

—Estoy bien.

—No, no estás bien —dijo entre dientes—. Malditos hijos de puta, los vamos a hacer picadillo.

—No podemos contárselo a nadie —le advirtió muy seria—. Sería el fin de mi reputación. No puedo demostrar que Gilleasbuig no me tocó. Ni siquiera tengo testigos de que me secuestrara. Pero está ese cochero que dirá lo que Gilleasbuig quiera. Tendría que casarme con él, Lachlan y te juro que antes me tiro desde lo alto de los acantilados.

—No digas tonterías —la regañó sin variar su oscura expresión—. Si alguien salta desde los acantilados, será un MacDonald, te lo aseguro.

—Nadie los vio. No puedo acusarlos de nada. —Frunció el ceño al darse cuenta de algo—.

¿Cómo lo supiste?

—No volvías.

Enid frunció el ceño.

—¿Me estabas esperando?

—Dijiste que volverías y no lo hiciste. Y Gilleasbuig tampoco estaba. —Apartó la mirada incómodo—. Entonces Rowena me dijo que Duncan había estado manipulando plantas…

Enid frunció el ceño interrogadora.

—Fui a preguntarle.

—¿A Duncan?

Lachlan asintió y Enid abrió mucho los ojos visiblemente asustada.

—No lo he matado, tranquila —respondió antes de que formulase la pregunta. Y bajando el tono añadió—: Tenía prisa. Además, no estaba solo.

Enid abrió mucho los ojos.

—¿Lo sabe alguien más?

—Kenneth.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué pensará de mí?

Lachlan frunció el ceño visiblemente molesto.

—¿Te preocupa lo que piense Kenneth?

—Tú estás aquí, he podido contarte la verdad, pero él… —Abrió los ojos de nuevo con cara de susto—. ¡Todos lo sabrán!

—No.

—¿No?

Lachlan suspiró con cansancio.

—Nos inventamos una historia. Tú y yo hemos vuelto a Lanerburgh porque Ciaran está enfermo.

Enid frunció el ceño confusa.

—Neill vino a avisarnos.

—¡Ah! —Su expresión cambió—. Pero es mentira, ¿verdad?

Lachlan no pudo evitar una sonrisa.

—Ciaran está perfectamente.

Enid sonrió también y de pronto recordó algo.

—Has dicho Rowena.

—Sí.

—¿Rowena Sinclair?

—Sí, esa Rowena.

—Ah.

Lachlan esperó a que cambiase de expresión, pero seguía mirándolo con aquel enorme interrogante en su cara.

—Somos amigos.

—¿Amigos?

—Sí, amigos. ¿Es que un hombre no puede tener una amiga?

—Bueno, no lo sé, yo nunca he tenido un amigo, pero Elinor sí.

—Te refieres a una de las Wharton.

Enid asintió.

—Colin es su mejor amigo. Que no tienen nada que ver con que nosotras seamos sus mejores amigas, por supuesto, son cosas distintas. Pero Colin no es como tú.

—¿Cómo yo?

—Un hombre.

—¿Colin no es un hombre? Estoy confuso.

—Quiero decir que no es un hombre como tú, que él no es un peligro.

—¿Yo soy un peligro? —Cada vez estaba más desconcertado.

—Me refiero a que eres un hombre.

—Eso me ha quedado claro.

Era difícil seguir el hilo de sus pensamientos, quizá esas sustancias habían causado algún daño menos evidente.

—Colin no querría nada romántico con Elinor, porque no le gustan… ya sabes… las mujeres —dijo irritada por no ser capaz de explicarse mejor.

El escocés se encogió de hombros.

—Me importa muy poco ese Colin, lo que quiero es encontrar a Gilleasbuig y darle su merecido.

—Rowena tampoco le contará nada a nadie, ¿verdad? —Se mordió el labio con preocupación —. Lo sabe demasiada gente, estaré perdida si alguno…

—Contará lo que yo le diga que cuente. De hecho, será un testigo de descargo cuando me juzguen por matar a…

—Deja ya de decir tonterías —dijo rotunda y muy seria—. Nadie va a matar a nadie, pero qué empeño tienen los hombres con matar. No me ha pasado nada y lo único que quiero es

olvidarme de todo esto.

—¿Que no te ha pasado nada? ¿Pero tú ves dónde estás? ¿Sabes lo que esos desgraciados pretendían?

—Claro que lo sé, Gilleasbuig me lo explicó muy bien antes de dejarme tirada en ese camino en el que tú me encontraste.

A Lachlan le hirvió la sangre al pensar en lo que habría pasado si no hubiese sido él quien la encontrase. Claro que no había muchos lunáticos capaces de arriesgarse a galopar de noche y…

—Lo importante es que no pasó nada de lo que ellos querían que pasara. Y que ahora estoy aquí contigo.

El escocés entornó los ojos dejando a un lado sus pensamientos.

—Aún no me has dicho por qué no pasó.

Enid desvió la mirada, pero Lachlan no iba a dejarla escapar.

—¿Por qué, Enid? —Al ver que no respondía optó por amenazarla—. Está bien, ya se lo contarás a Elizabeth cuando te pregunte.

Enid lo miró asustada.

—Elizabeth no puede enterarse de esto. ¡Se llevaría un terrible disgusto!

—Como todos.

No, como todos, no —gritó en su cabeza—. *Si se entera de lo sucedido podría pasarle algo a ese niño por mi culpa. Y yo no podría vivir con ello sabiendo lo mucho que lo desean.*

—Escúchame, Lachlan. Elizabeth no puede enterarse de lo sucedido. Ni mis padres, se morirían del disgusto y no hay necesidad de nada de eso porque no ha pasado nada. Yo estoy bien y tú tienes que ayudarme, Lachlan, por favor.

—¿Quieres que deje que se salgan con la suya?

—No se han salido con la suya. Gilleasbuig no hizo lo que ellos querían y va a marcharse a América para siempre.

Lachlan entornó los ojos mirándola con atención.

—¿Con qué dinero?

—¿Qué?

—¿De dónde va a sacar el dinero para irse a América? —Al ver cómo eludía su mirada un largo y áspero suspiro escapó entre sus labios—. ¿Vas a pagarle el viaje? ¿Es eso?

—Él me lo pidió —dijo bajando la mirada—. ¿Qué iba a hacer? Era eso o…

—Maldito hijo del demonio… —Se puso de pie furioso—. ¿Y pretendes que lo deje marcharse si más?

—Me libraré de él para siempre —siguió ella—, por suerte el dinero no es un problema para mí. Solo tenemos que seguir con tu historia sobre Ciaran y nadie descubrirá nada.

Lachlan torció su expresión.

—Tendremos que meter a Neill en esto.

—Cierto —dijo pensativa—. Es un buen muchacho, seguro que nos ayuda.

—Y contarle otra historia, porque supongo que no querrás que también sepa la verdad.

—¡No, desde luego!

Lachlan suspiró y movió la cabeza, las mentiras tenían las patas muy cortas. Mientras la observaba casi podía ver los engranajes de su cerebro girando mientras maquinaba su fantasiosa historia.

—Saben lo mucho que me importa Ciaran, tenemos que mantenernos estoicos cuando nos

interroguen y limitarnos a nuestra historia, por muy estúpida que les parezca. Si no hablamos no tienen forma de descubrir que es mentira. —Sonrió satisfecha.

—Esa es mi historia, no «nuestra historia».

Enid bufó con fuerza y colocó las manos juntas sobre su estómago.

—No puedo pensar si tengo hambre. —Miró hacia la ventana—. Ya es de día, quiero desayunar.

—Pues no puedes. Al menos hasta que lo diga el médico.

—He vomitado todo lo que había en mi estómago, necesito comer. ¿Y dónde está ese médico? ¿En Edimburgo?

—La paciencia no es una de tus virtudes —dijo Lachlan.

Enid resopló y cerró los ojos. Si pudiese dormir y descansar quizá se le ocurriría algo que no sonase tan estúpido.

El médico llegó con prisa y se fue tan rápido como había llegado, después de examinarla y recomendarle que hiciera reposo durante unas horas hasta que se calmase el dolor de cabeza. También dijo que podía tomar un poco de sopa, lo que le hizo ganarse el respeto de Enid, que no dejó de repetir lo buen médico que era.

—Podrías haber sido más creativo —dijo burlona—. O haberme dejado hablar a mí, tenía una historia muy buena sobre nuestra tía enferma y papá esperando noticias sobre su estado.

Él negó con la cabeza y se apoyó en el marco de la puerta.

—Lachlan… —Lo llamó.

—¿Qué? —preguntó cansado.

—Tengo hambre.

Capítulo 23

La sopa le sentó de maravilla y su sonrisa daba buena cuenta de ello, dándole a su rostro una expresión muy distinta a la que mostraba el escocés al mirar a la tabernera.

—No tenemos tarta —dijo la mujer con evidente aburrimiento.

—¿Y alguna cosa dulce? Me muero por un trozo de tarta, pero si no tienen me conformaré con lo que sea, mientras sea dulce.

—El médico ha dicho que solo sopa —repitió Lachlan.

—Un pedacito —dijo ella con tono infantil—. Uno chiquitín chiquitín, lo prometo, Lach… Malcolm.

Por un momento el temor afloró a sus ojos, pero recobró la compostura rápidamente. Estaba claro que la tabernera no era muy avispada, pues no había captado ninguno de los innumerables errores que Enid había cometido respecto a su fingido parentesco filial.

—Como mucho, pudín de leche y no está muy bueno, la verdad —confesó la mujer.

Enid arrugó el ceño.

—No le gusta el pudín —dijo Lachlan y ella lo miró sorprendida de que lo supiera.

Solo habían servido pudín una vez desde que vivía con los McEntrie y juraría que nadie le

prestó atención cuando mencionó que lo odiaba. Lo había dicho muy bajito, pues era una falta de respeto decir esas cosas en voz alta, así que el escocés debía de estar muy atento si…

—¿Entonces se lo traigo o no?

—¿No tiene unas galletas? —preguntó él a su vez.

—Alguna habrá, sí.

—Pues tráigale una.

—¿Una sola?

—Sí, una sola.

—¿Me va a hacer subir las escaleras solo por una galleta? —La mujer lo miró de arriba abajo —. A usted no le pasa nada en las piernas, ¿no?

—No quiero dejarla.

La tabernera miró a Enid y luego a él.

—No creo que vaya a pasarle nada por dos minutos que esté sola. Hay que ver lo protector que es usted, cualquiera diría que es su esposa en lugar de su hermana.

Lachlan suspiró.

—Está bien, bajaré yo.

La mujer asintió y salió del cuarto. Enid se cruzó de brazos sin disimular su disgusto.

—Me apetece mucho comer tarta —dijo—. Mi preferida es la de zanahoria. Oh, Dios, lo que daría por comer tarta de zanahoria.

—Pues vas a tener que conformarte con una galleta —respondió malhumorado.

Enid sonrió mirándolo con cara de boba.

—¿Qué? —preguntó él con el mismo tono irritado.

—Nada.

—¿Por qué me miras así?

—Le has pedido que me trajese una galleta.

—No quería estar todo el rato oyéndote quejarte.

—Ya.

—¿Ya qué?

—Nada.

Lachlan gruñó y se puso de pie para ir a buscar la maldita galleta. Salió de la habitación con el ánimo mucho más negro de lo que permitía vislumbrar a simple vista. La situación era de lo más complicada y no iba a tener una resolución fácil. De hecho, cada vez estaba más seguro de que no había solución posible. Además estaba lo de que había estado inconsciente más de una hora en el carruaje con Gilleasbuig. Ese detalle se le retorcía en las tripas cada vez que lo recordaba. Se acercó a la barra y el tabernero lo miró con una torcida sonrisa que no le hizo ninguna gracia.

—¿Necesita algo, caballero? ¿La señorita no está cómoda?

—Mi hermana está convaleciente, así que no, no está muy cómoda —dijo con una mirada que no daba pie a bromear—. He bajado a por una galleta, pregúntele a su mujer.

—Qué curioso —siguió el tabernero—. Anoche esperábamos la llegada de un caballero y su dama, pero al final no se presentaron y en su lugar llegaron un matrimonio de postín y usted y su hermana.

Los ojos de Lachlan se empequeñecieron y su mirada hizo que la sonrisa del tabernero se borrase de un plumazo. El McEntrie se acercó un poco más a la barra y se inclinó para que solo

él pudiera escucharlo.

—Le gusta hablar, ¿verdad? —Sonrió—. Yo, en cambio, soy menos de palabras y más de... —Cerró el puño y lo colocó sobre el mostrador con un golpe seco.

Se apartó y miró a su alrededor al tiempo que asentía.

—Bonita posada —dijo y volvió a clavar su gélida mirada en él, aunque sus labios seguían sonriendo—. ¿Me trae esa galleta?

El tabernero, que había perdido por completo las ganas de bromear, se dirigió a la cocina en busca de su mujer y de esa dichosa galleta. Lachlan cogió el plato cuando se lo entregó y lo saludó con un gesto de cabeza antes de volver con Enid.

—Debemos irnos cuanto antes —dijo poniéndole el plato delante de la cara.

—Por fin estamos de acuerdo —dijo cogiendo la galleta. Le dio un mordisco y arrugó la nariz—. ¡Puag!

Lachlan levantó una ceja al ver que volvía a dejarla.

—¿Me has hecho bajar para nada?

—Puedes probarla tú mismo. Muerde por el otro lado si te da asco.

Puso su mejor y más inocente expresión y el escocés movió la cabeza dándose por vencido. Volvió a su sitio en la puerta y ella resopló aburrida.

—Si nos marchásemos ya, aún podrías participar en alguna prueba de los Juegos —dijo para tentarlo.

—Está claro que este año no ganaremos —masculló él para sí.

—¿Cuánto hace que se celebran esos Juegos tan curiosos? Elizabeth me contó algunas de las pruebas, como la de tirar de una cuerda.

—*Tug of war* —dijo él enarcando una ceja—. Habla con propiedad.

—Sigue siendo tirar de una cuerda —se burló ella.

—Será mejor que no te metas con nuestras tradiciones.

—Ya me habían hablado de la sensibilidad de los escoceses para con sus tradiciones, pero pensaba que era una leyenda. —Sonrió volviendo a poner cara de inocencia.

—¿Qué tiene de extraño competir? Nos dejamos los hígados en ello.

—El hígado.

—¿Qué?

—Solo tenemos un hígado. Si quieres hablar en plural para darle más énfasis deberías decir «los riñones» o «las tripas».

—Ya sé que tenemos un hígado, deja de burlarte. Es una manera de hablar.

—De hablar mal.

La fulminó con su mirada, pero no dijo nada.

—Desde luego es mejor eso que una lucha con espadas —dijo sincera.

—No estoy de acuerdo —dijo él con tono bronco—. Si pudiéramos luchar con espadas este problema tendría una solución definitiva.

—Ya veo. Primero iríais vosotros a matarlos, porque han hecho algo para ofenderos y entonces los ofendidos serían ellos, que irían a buscaros para mataros. ¿No ves ningún problema en eso? —preguntó ella con una sonrisa irónica.

—Llevamos siglos así —dijo él como respuesta.

—Siglos de estupidez —afirmó rotunda.

—Resulta gracioso que tú hables de estupidez.

—¡Oye! La mía no ha durado cientos de años.

—Date tiempo.

Ella entornó los ojos con inquina.

—Está bien, no volveré a mencionar que vuestro plan no es muy inteligente, pero apruebo que ahora dirimáis estas cuestiones mediante juegos infantiles.

—No son juegos infantiles. Te aseguro que lanzar un martillo es algo muy peligroso.

—Me estás poniendo muy difícil que deje a un lado lo de la estupidez...

Lachlan la miró con las manos en la cintura y cara de estar pensándose seriamente darle la respuesta que merecía.

—Bueno, para rebajar un poco la tensión que sientes por no poder colaborar en tan loable tarea, piensa que Gilleasbuig tampoco estará, así que las fuerzas estarán compensadas.

—¿Estás comparando a ese desgraciado inútil conmigo?

—Desde luego que no, jamás haría eso, solo hablaba de números.

—Mejor dejemos el tema. —Se acercó a la ventana para mirar al exterior.

—Mañana serán las carreras de caballos, al menos llegaremos a eso —murmuró ella.

Lachlan giró la cabeza para mirarla con inquina.

—Claro, eso sí te interesa, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros, no podía negarlo.

—¿Participarás?

—Ya sabes que corren Kenneth y Dougal.

—Ya, lo tuyo es el martillo —dijo en tono bajo.

—No uses ese tonito irónico para reírte de mí.

—¡Que no me rio! De verdad. Tienes todo mi respeto. Quién sabe cuándo puede uno necesitar lanzar un martillo. —Le ocultó su cara para que no viese que se reía.

—Serás…

Lachlan decidió ignorarla mirando por la ventana mientras hacía un repaso de las pruebas en las que los McEntrie estarían en desventaja. El lanzamiento de tronco estaba garantizado, todos lo practicaban y Dougal ganaría sin duda. El martillo estaba descartado, sin él en la competición ganaría Graham seguro.

Los pensamientos de Enid eran mucho más aterradores. Se imaginaba teniendo que contar tantas mentiras frente a los McEntrie. Frente a Elizabeth… Lo vería en sus ojos, estaba segura y si al final descubrían lo que había pasado tendría que casarse con Gilleasbuig. Se estremeció aterrada. Ser la esposa de alguien tan mezquino. Pertenecer a esa familia…

—¡Antes me mato, como hizo lady Lammermoor! —exclamó rotunda.

Lachlan se giró y la vio tratando de levantarse de la cama.

—¿Qué haces?

—Debes saber que no me casaré con Gilleasbuig, pase lo que pase —dijo poniéndose de pie con determinación. Demasiada determinación.

Lachlan llegó a tiempo de sostenerla cuando perdía el equilibrio. Apoyó la cabeza en su pecho esperando que la habitación dejase de dar vueltas y su corazón bombease un poquito más despacio. Tenía la frente sobre una superficie dura como una piedra. Lo había visto sin camisa, así que sabía exactamente lo que había debajo de su ropa. Fue solo una vez y, en su descargo, Lachlan salía del mar y ella no sabía que él estaría allí. Pero estaba y aquellos duros pectorales sobre los que reposaba su frente eran los que había visto. A pesar de sentirse ya estable, decidió

quedarse un poco más en esa posición. De hecho, no pensaba moverse de allí si no la obligaban.

—¿Estás bien? —preguntó él con suavidad mientras su mano le acariciaba el pelo como a una niña.

—Muy bien —dijo sincera.

—¿Lachlan? —lo llamó una voz desde la puerta.

El escocés se giró sin soltarla y Enid percibió la tensión que emanaba de su cuerpo antes de escucharla en su voz.

—Aileen —susurró.

Enid inclinó la cabeza hacia la izquierda para sortearlo y vio a la ahora señora Buchanan mirándolos perpleja.

—¡Señorita Greenwood! —exclamó Aileen sin disimular su sorpresa.

—Vamos, querida, ya estoy lis… —Su esposo siguió su mirada hacia el interior de aquella habitación.

—Señor McEntrie. Y esa es la señorita… ¡Greenwood! —Carraspeó incómodo—. Querida, deberíamos…

Una perversa sonrisa elevó la comisura de los labios de Aileen. Enid sentía la mano de Lachlan en su cintura como si fuera de metal recién sacado de la fragua. Lo miró, pero el rostro del escocés adolecía de expresión alguna. En ese mismo instante comprendió que sus actos iban a tener muy serias consecuencias y que no sería la única en tener que pagar un precio por ellas.

—No es lo que parece…

Capítulo 24

El castillo de los McEntrie se alzaba poderoso a su izquierda mientras que el mar rugía envalentonado a la derecha. Enid vislumbró el sendero que bajaba a la playa y miró a Lachlan con una tímida petición en sus ojos. El escocés se encogió de hombros y después asintió. El caballo no tuvo dificultad en hacer el camino de bajada a pesar de que lo habían hecho cabalgar a buen ritmo durante las últimas horas.

Enid desmontó cuando pisaron la arena y sacudió sus músculos entumecidos. Aún le dolía la cabeza, pero no quería que Lachlan se preocupara, así que llevaba todo el camino disimulando y poniendo buen cuidado en no tocarse allí donde notaba el palpitar de la sangre.

—¿Te duele la cabeza? —La mirada de Lachlan era más que elocuente.

—¿Cómo lo has sabido? Pensaba que había disimulado muy bien.

—No sabes disimular, Enid.

No había vuelto a sonreír. Desde que se encontraron con Aileen su rostro estaba esculpido en piedra y su mirada se había vuelto fría y distante.

—¿Qué haces? —preguntó al ver que Enid se quitaba los zapatos.

En lugar de responder, corrió hacia el agua con el vestido arremangado. Lachlan la observó

mientras jugaba en la orilla como una niña. Le maravilló que pudiese dejar a un lado el problema que tenían encima y deseó ser como ella, despreocupado y fantasioso, por un momento. Miró al cielo, el día estaba envuelto en una neblina suave y melancólica que añadía un poco más de peso a su ánimo. La bruma abrazaba las colinas y el sol, apenas visible entre las nubes grises, lanzaba destellos pálidos sobre las aguas inquietas. Un juego de luces y sombras danzaba con Enid al compás del viento. No tardaría en llover, pero a ella no parecía importarle, era como si por un momento quisiera olvidarse de todo lo sucedido fingiendo que solo era una joven lejos de casa, no alguien que iba a perder el control de su vida por completo, si es que alguna vez lo había tenido.

Y entonces se detuvo y miró hacia el horizonte. Lachlan se movió para ver su rostro y su expresión, una mezcla de tristeza y serenidad, lo conmovió.

—No permitiré que nadie piense mal de ti —dijo mirándolo decidida.

—¿Estás preocupada por mi reputación, Enid? —preguntó con ternura—. Pues te aseguro que a estas horas todo el mundo sabe ya que dormimos juntos en una pensión de mala muerte.

—Eso no es lo que ha pasado —dijo ella entre dientes.

—¿Y cómo piensas demostrarlo?

—¿Nuestra palabra no vale nada?

—En este caso, me temo que no.

De repente se sintió furiosa, desanimada e impotente. No quería contar la verdad, pero lo haría si no fuese por Elizabeth. Estaba segura de que si los McEntrie descubrían lo que pretendían hacer los MacDonald, sucedería una desgracia y Elizabeth perdería la criatura. ¿Podría vivir con ello? No, no podría. Y tampoco quería que sus padres pasaran por la vergüenza

y la amargura de saber lo que le habría podido pasar a su hija.

—¡Malditos MacDonald! ¡Malditos! ¡Malditos! ¡Malditos!

Lachlan la miró sorprendido por el arrebato. Esperó a que se calmara antes de volver a hablar.

—Hay una solución.

—No puedo contarlo, de verdad Lachlan —sollozó—. Elizabeth… Ella… Lo prometí, no puedo decírtelo…

—Está embarazada.

Enid abrió los ojos como platos.

—¿Lo sabes?

—No hasta ahora. —Sonrió—. Tenía una ligera sospecha. Me sorprendía que te preocuparas más de su disgusto que del que tendrían tus padres.

—No sé guardar un secreto.

—No me lo has dicho, lo he adivinado yo.

—¿Entiendes ahora por qué no podemos contar la verdad? Dougal haría una estupidez y acabaría en la cárcel o muerto. Elizabeth perdería la criatura y yo me moriría de la culpa.

—Lo sé. Tienes razón y no vamos a decírselo a nadie.

—Pero esa mujer… —Temblaba de rabia—. Es mala, Lachlan, ¿no viste sus ojos? Quiere hacerte daño.

—Ya me hizo todo el daño que podía hacerme —dijo rotundo—. No te preocupes por mí.

Ella lanzó un inesperado gruñido que escapó entre sus dientes acompañado de un par de golpes de puño en sus piernas.

—¡Qué impotencia! No puedo soportarlo. —La voz salía rota de su garganta—. ¿Por qué tenía que ser precisamente ella la que estuviese allí?

—Cameron Buchanan es demasiado estirado para dormir en una tienda y demasiado orgulloso para pedirle a Nathaniel que lo aloje en su casa con las mujeres. Solo le quedaba esa opción si quería asistir a los juegos y no dormir en una tienda.

—Y a mí me desilusionó que no me dejaran dormir en una —dijo recordando el momento en el que supo que los hombres no estarían alojados en la casa—. Me parecía mucho más divertido pasar la noche alrededor de una hoguera, viendo las estrellas.

La miraba fijamente, como si pudiera seguir escuchándola aunque no dijese nada.

—Estamos en verano. Pero estrellas sí habrías visto.

Enid desvió la vista, de repente se sentía incómoda. ¿Por qué le hablaba con tanta dulzura? Debería estar tan enfadado como ella.

—No hay otra posada en el camino —explicó—. Era lo que me temía, por eso mi obsesión por quedarme junto a la puerta. Aunque, en este caso tampoco habría servido de nada. Aileen solo creería lo que le conviniese.

—Deberías habérmelo dicho.

—Te habrías pasado todo el rato insistiendo en que nos marcháramos.

—¡Es lo que deberíamos haber hecho! ¿Cómo iba a imaginar? ¿En esa posada? ¡Pero si es un sitio horrible!

—Se nota que no has pernoctado en muchas posadas.

Enid negó con la cabeza.

—Solo durante el viaje desde Inglaterra. Antes de eso no había estado en ninguna. —Regresó

hasta donde estaban sus zapatos—. Pero te aseguro que eran mucho mejores que *El cordero negro*.

Con los zapatos ya puestos se puso de pie y contempló el mar pensativa.

—Enid, deja de darle vueltas. Sé cuál es la solución. —Ella lo miró expectante—. Nos casaremos.

El escocés lo dijo como si hablase de las nubes que surcaban el cielo. Estaba constatando un hecho, una realidad apabullante y no era necesario andarse con florituras.

—Te has vuelto loco.

Él sonrió.

—No me he vuelto loco, Enid. Si lo piensas es perfecto. Yo no tenía intención de casarme nunca y tú… bueno, tú estás en un lío demasiado grande como para andarte con remilgos.

Ella negaba con la cabeza.

—No.

—¿No? Vas a herir mi orgullo —dijo irónico.

—No dejaré que te sacrifiques por mí. De eso nada. —Se agarró la falda para dirigirse al caballo, pero antes de subir volvió sobre sus pasos—. Que piensen lo que quieran, yo no diré ni una palabra sobre los MacDonald y tu familia no creerá nada de lo que diga esa bruja.

—Puede no ser tan sencillo —lo dijo en un tono bajo y contenido.

Enid entornó los ojos y lo miró con atención.

—Hay algo… He visto esa mirada varias veces desde que me encontraste.

Lachlan apretó los labios y su pecho subía y bajaba con evidente tensión. Enid frunció el ceño.

—Di lo que sea.

—Estuviste más de una hora inconsciente. —Utilizó el tono más suave que pudo—. Dentro de un carruaje cerrado. Con Gilleasbuig.

Las palabras iban entrando en su cabeza lentamente. Una tras otra haciéndose sitio en sus pensamientos. Transformándose en imágenes. Ella tumbada en el asiento. Gilleasbuig frente a ella. Mirándola. Teniéndola a su merced.

—No pasó nada… —musitó. No les llegaba oxígeno a los pulmones.

—Enid, cálmate. —La agarró del brazo.

No podía respirar, el corazón le latía con tal furia que parecía que pudiera estallar en cualquier momento. Un dolor punzante anidaba en su cabeza, y la tensión en su cuello era una tortura. ¿No había ningún otro dolor? ¿Uno oculto en un lugar recóndito y secreto? ¿Un lugar al que no había accedido nadie jamás? Buscó ese dolor y casi pudo sentirlo entre las piernas. ¿O era su imaginación?

—No puedes arriesgarte —dijo Lachlan sin soltarla, consciente de que la estaba asustando de verdad.

Ella lo miró con ojos vidriosos.

—¿Arriesgarme?

—Los meses pasarán y si él…

¿Un embarazo? Se llevó una mano al pecho y la sintió entumecida.

—No… pasó —gimió.

Las rodillas le flaquearon, debilitadas por la marea de emociones, y antes de que pudiera entender lo que ocurría, la oscuridad se apoderó de ella y se desplomó. Lachlan se dejó caer

sobre la arena sin soltarla. Se había desmayado por su culpa, había sido demasiado brusco al mostrarle la situación tan crudamente, pero ¿qué podía hacer? Estaba claro que no se había percatado de esa posibilidad y, por desgracia, no podían esperar para averiguarlo. Cuando la realidad se mostrase, si el peor de los presagios se cumplía, sería ya demasiado tarde. La acunó entre sus brazos y la observó con atención. Así, callada y serena, tenía una expresión angelical, muy distinta a la vivaracha e inquieta que solía mostrar la mayoría del tiempo. Bajó la vista desde su rostro y recorrió el cuerpo que sostenía. De pronto se sintió incómodo por tenerla en sus brazos, pero no la soltó, no iba a dejarla en la arena por recato. En lugar de eso la pegó más a su pecho y su corazón se aceleró. La recordó el día que llegó al castillo. Él estaba cepillando a Ciaran cuando ella se unió al grupo que observaba la actuación de Kenneth y Fuaran. Sabía que no iba con los ingleses, la había visto saltar por la ventana de la biblioteca y estaba seguro de que, fuese quien fuese, no iba con esos estirados que habían pedido una exhibición sin tener ni idea de caballos. Ella ni se percató de su escrutinio, solo tenía ojos para Kenneth y, sobre todo, para el purasangre al que miraba con auténtica admiración.

El aire salado llegó hasta su nariz y acarició su rostro con una caricia familiar. El mar los observaba indiferente, yendo y viniendo sin parar. De repente las nubes se dispersaron y el sol brilló con un resplandor nuevo y deslumbrante. Se sentía bien con la decisión que había tomado. Era lo mejor para los dos. También para él.

La imagen de Aileen se materializó, poderosa y abrumadora. ¿Alguna vez dejaría de desearla? Bajó la vista y clavó sus ojos en Enid, esta vez con curiosidad. ¿Podría ser un buen marido para ella amando a otra? Asintió. La trataría bien y no le pediría mucho, que le diese hijos y que no se enamorase del mozo de cuadras. Sonrió imaginando lo que ella diría si pudiese

leer sus pensamientos. Él, por su parte, sería un buen compañero y la dejaría trabajar con los caballos. Y la haría reír, porque le gustaba su risa, era uno de los sonidos más agradables que había escuchado. Con eso bastaría.

—Tendrá que bastar —musitó.

Cuando Enid despertó lo primero que vio fue el rostro del escocés. Tenía un ángulo extraño, lo veía desde abajo, pero inclinado. Estaba muy cómoda y percibía un sonido rítmico y constante contra su oreja. Pumpum, pumpum. Él la miró y sus ojos mostraban una mezcla de preocupación y alivio.

—¿Estás bien?

Enid se dio cuenta en ese preciso instante de que la tenía en sus brazos. Estaba sentado en la arena con ella encima y la sostenía como a una niña. Trató de incorporarse rápidamente, pero él no se lo permitió.

—Quieta —ordenó.

—Me estás… abrazando.

Lachlan sonrió burlón.

—Después de haber pasado la noche juntos en una posada de mala muerte, no creo que eso tenga que importarte.

—No deberías bromear con eso —musitó.

—¿Por qué no? —preguntó con voz dulce—. Es divertido.

—No lo es.

—¿Te duele? —preguntó acariciándole el pelo con suavidad.

—Sí.

—Así me gusta, que me digas la verdad.

—No sé qué hacer —sollozó y sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no dejó de mirarlo aunque lo veía muy borroso.

—Solo tienes que decir que sí.

—No puedo hacerte eso.

Él sonrió con ternura.

—No me estás haciendo nada. Lo he decidido yo. Quiero hacerlo.

—¿Por qué ibas a querer casarte conmigo?

—Estábamos los dos en la misma habitación cuando Aileen nos ha visto… De hecho, estabas en mis brazos. Como ahora.

—¡Pero solo me sujetabas porque me…!

—Los hechos, Enid, céntrate en los hechos. Entre esto y lo de la falsa doncella, mi reputación quedará maltrecha para siempre. Y no es que me importe mucho, pero no quiero perjudicar a mis hermanos.

Enid apartó la mirada, sabía que todo eso no eran más que excusas.

—Además, está lo otro

—¿Lo otro?

—Lo de Elizabeth. Cuando Dougal mate a Bhattair y lo lleven preso, ella podría perder la criatura.

—Lachlan… —suplicó.

—Gilleasbuig puede que se salve, aún no lo he decidido, pero ya te digo yo que Bhattair y Duncan no se libran de esta en cuanto mis hermanos se enteren.

—Iréis todos a la cárcel —dijo ella con cansancio.

—Exacto. ¿Ves por qué es buena idea que nos casemos? Nada de muertos y nada de cárcel. Es perfecto.

Una lágrima se deslizó por la comisura de su ojo y Lachlan la limpió con suavidad.

—No llores más, Enid —susurró con voz profunda—. Te trataré bien, no tienes nada que temer de mí.

Se incorporó hasta quedar sentada y varias lágrimas aprovecharon para lanzarse mejilla abajo.

—No me resultas desagradable —empezó sin mucho tino—. Quiero decir que me resultas agradable.

—Menos mal —dijo él sin borrar su sonrisa.

Se puso de pie con cuidado asegurándose de que el suelo seguía donde debía estar y su cabeza no pretendía comprobarlo por contacto.

—No puedo hablarte de amor —dijo situándose frente a ella.

—Ni yo lo espero.

—Un matrimonio de conveniencia. Tus intereses, mis intereses.

—Entonces, ¿no vas a ponerte de rodillas? —preguntó tratando de sonar relajada a pesar de que sus nervios parecían una cuerda que quisiera estrangularla.

—¿Quieres que me ponga de rodillas?

Enid negó con la cabeza. Por primera vez sintió el peso de la realidad. Fue como si de pronto todo lo sucedido fuese una bofetada y alguien acabase de levantar la mano para propinársela. Las advertencias de sus amigas por su estúpida manía de enamorarse de cualquiera, la preocupación

de Lachlan o de Elizabeth… Y luego estaba lo otro. Renunciar fehacientemente a todo aquello con lo que tanto había soñado. Recordó la ilusión de Marianne cuando Harvey le pidió que fuese su esposa. El brillo en los ojos de Elinor cuando se casó con Henry. La pasión con la que Harriet hablaba de Joseph… Una oleada de autocompasión la arrolló sin que pudiera impedirlo y se sintió pequeña y desvalida en mitad de aquella playa. Habían regresado a Lanerburgh para ganar tiempo. Pero tiempo era lo que no tenían.

Asintió limpiándose las lágrimas que no dejaban de caer de sus estúpidos ojos.

—Gracias. Intentaré ser una buena esposa.

Lachlan apartó un mechón de pelo de su cara y Enid pensó que la besaría. Pero se limitó a sonreír un momento y luego la ayudó a subir al caballo.

Capítulo 25



—¿No esperaremos a tu familia? —El reverendo Campbell lo miraba muy serio—. Tu padre…

—Ya le hemos explicado la situación —lo interrumpió Lachlan—. Si no actuamos rápido no podremos acallar los rumores que la señora Buchanan se habrá encargado de extender.

—Pero hacen falta testigos…

Lachlan le hizo un gesto al mayordomo y a la doncella de Enid para que se acercasen.

—Aquí están —dijo con una sonrisa.

El reverendo los miró aún unos segundos sopesando las distintas posibilidades. Le habían contado una rocambolesca historia y sabía a ciencia cierta que le ocultaban información delicada, pero los dos parecían decididos y no había ni rastro de coacción por ninguna parte. Miró a Lachlan con fijeza.

Este muchacho sería incapaz de hacer algo indebido, mucho menos forzar a esta jovencita a hacer algo contra su voluntad. No, más bien sería lo contrario. Miró entonces a Enid. *Los McEntrie son una buena familia y sus arcas están bien llenas, de eso no hay duda.*

—Está bien —aceptó al fin y los novios respiraron aliviados—. Os casaré.

Lachlan sintió una punzada en el costado que quiso interpretar como alivio, pero que en el

fondo sabía que era la hoja afiliada de la inevitabilidad atravesándolo feroz y sin compasión. Estaba decidido, había tomado una decisión y Lachlan McEntrie nunca se echaba atrás cuando tomaba una decisión, pero en el fondo de su corazón, muy en el fondo, habría deseado que el reverendo Campbell tuviese una solución a su problema, que dijese algo que fuese un poco más inteligente que casarse a la desesperada. Miró a Enid por el rabillo del ojo y la vio pálida, demacrada y asustada. Retorcía sus manos nerviosa mientras esperaba como el reo antes de inclinar su cabeza en el cadalso. Se iba a entregar a él como castigo y ella no había hecho nada malo. Bueno, nada que tuviese que ver directamente con el secuestro, aunque fue su mala cabeza la que propició que Gilleasbuig se acercase a ella. Si lo pensaba bien el único que no había hecho nada para merecer un castigo era él.

—Supongo que querrás cambiarte de ropa y acicalarte un poco —dijo el religioso mirando a la novia.

Enid negó con la cabeza y aceptó con entereza la revisión a la que la sometió el reverendo que la miró de arriba abajo con el ceño arrugado.

—Llevas un vestido de montar —dijo el hombre sorprendido.

—Reverendo —intervino Lachlan—, no estaremos tranquilos hasta saber que este problema está solucionado. Por favor, olvídese de nuestra ropa.

El hombre asintió y dejó escapar un bufido con el que se libraba de todas sus reticencias.

—Vayamos a la capilla, pues —dijo iniciando la marcha.

Lachlan les hizo una señal a los testigos y cogiendo a Enid de la mano siguieron a Campbell.

El reverendo comenzó a pronunciar las palabras sagradas y ellos escucharon con atención,

hasta el momento en el que debían repetir los votos. La voz de Lachlan sonó potente y firme al pronunciarlos y Enid lo miró sin poder disimular su sorpresa. Era como si escuchase su voz por primera vez, y de repente, en ese mismo instante se dio cuenta de que la estaba aceptando como su esposa al tiempo que se entregaba a ella para siempre. Su corazón latió más despacio, de nuevo la debilidad hacía presa en su cuerpo. Sería bochornoso si se desmayaba, pero sentía las piernas como si fuesen de mantequilla líquida. Cuando le tocó el turno de recitar la antigua y sagrada fórmula se sorprendió al escuchar su propia voz. No hubo temblor ni duda, se oyó a sí misma diciendo las palabras una a una, mirándolo a los ojos con fijeza. *Tú me has salvado y haré que seas feliz,* eso decía su mirada y Lachlan pareció entenderlo porque su expresión se tornó una mezcla de comprensión y alivio.

Aunque no hubo promesas de amor ardiente, cada palabra que dijeron llevaba el peso de un compromiso sincero: Honrar, respetar, cuidar… Los dos se habían mirado de frente y sin subterfugios, se habían prometido sinceridad y cumplirían con esa promesa sin ambages.

Al finalizar la ceremonia, un silencio solemne envolvió a los presentes. No hubo aplausos ni vítores, solo el susurro del viento que se filtraba a través de las rendijas de la capilla. Los criados que habían actuado como testigos los felicitaron con cierta incomodidad y el mayordomo le preguntó a Lachlan si querían que se organizase una comida especial. Lachlan lo llevó aparte para darle instrucciones, mientras Glenna felicitaba a Enid con lágrimas en los ojos.

—Debería haberla vestido bien, señori… señora, no con este traje de montar tan poco apropiado. Si me lo hubiese dicho yo…

—No te preocupes —dijo Enid consolándola—. No había tiempo para eso.

Lachlan regresó y la tomó de la mano en la que le había colocado el anillo, y lo hizo con tal

familiaridad que a Enid le resultó un gesto de lo más natural. Le sonrió con una mirada cómplice.

—¿Quieres que demos un paseo? —preguntó él.

—¿Ahora? —se sorprendió ella y miró al reverendo—. Deberíamos ofrecerle algo de…

—Por mí no os preocupéis, tengo asuntos que atender —la interrumpió el pastor—. No entraba en mis planes esta tarea tan intempestiva y he dejado a medias lo que estaba haciendo para venir a toda prisa. —Cogió sus manos unidas y los miró alternativamente—. La felicidad llega cuando menos la esperas, si os tratáis con respeto y dedicación, Dios hará el resto. —Los soltó y se encaminó a la puerta—. ¡Tened muchos hijos!

Enid sintió que el calor caldeaba sus mejillas y desvió la mirada para evitar la de Lachlan. ¿Por qué sonreía de ese modo?

Salieron de la iglesia y una vez fuera, echó a correr arrastrándola con él.

—¿Qué haces? —preguntó ella sorprendida por su propia risa.

—Sé que te gusta correr —dijo él sin detenerse.

—Pero…

Enid se levantaba el vestido para poder seguir su ritmo, aunque sabía que él no iba todo lo rápido que podría. Se detuvieron al llegar al final de los acantilados, con el mar frente a ellos en una estampa impresionante. Los dos respiraban agitados cuando Lachlan la miró sonriente.

—Sabía que una buena carrera calmaría tus nervios. Ya incluso sonríes.

Tenía razón, el nudo que se había atado en su estómago, ya no estaba. Durante unos minutos permanecieron en silencio contemplando el paisaje. El informal vestido de la novia se movía agitado por el mismo viento que despeinaba el cabello de Lachlan. Enid suspiró y se giró a mirarlo con una sonrisa tímida.

—Seré una buena esposa —dijo.

Él sonrió y asintió lentamente.

—Y yo seré un buen marido.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —Enid asintió sin dejar de mirarlo y él tuvo deseos de acariciarle la mejilla—. No tienes que temer nada de mí, si quieres que esperemos…

—No. Prefiero que sea… cuanto antes —dijo con voz trémula.

Lachlan amplió su sonrisa.

—Lo has dicho como una niña a la que obligan a tomar una repugnante medicina.

—Por la poca información que tengo al respecto, sé que la primera vez no es nada agradable. —Desvió la mirada incómoda—. Suponiendo que sea… mi primera vez.

Él entornó los ojos y la miró con fijeza un instante. Y entonces lo hizo. La cogió de la cintura, la atrajo hacia su cuerpo y la besó. Primero un roce suave y sin exigencias, delicado como si frotase un pétalo de rosa contra sus labios. La mano en su espalda la apretó más a él y con la otra sujetó su cabeza antes de profundizar en el beso. El cuerpo de Enid se calentó y su cabeza inició un viaje hacia las nubes que los observaban impertérritas. Lachlan desprendía mucho calor. ¿O era ella? No estaba segura de nada. Por no saber, no sabía si sus pies tocaban aún el suelo o estaba flotando en el aire. Se imaginó cayendo al mar con un gran estallido y hundiéndose en aquella boca. Le respondió con todo su ser, dejó que su propia lengua se batiese con la invasora y lo lamió, ingenua y torpemente, provocando que una ligera sonrisa curvase los labios masculinos en un gesto casi imperceptible. Cuando se separó de ella trató de recogerle los mechones de pelo que habían escapado de su peinado, pero se resistían insistentemente y tuvo

que darse por vencido.

—Está claro que mi destreza con tu pelo no es mayor que la tuya besando —dijo mirándola con aquella ligera sonrisa bailándole en los ojos.

Enid se mordió el labio inferior y desvió la mirada con timidez.

—Lo siento —musitó.

Lachlan soltó una carcajada y ella lo miró enfadada.

—No está bien que te rías de mí. ¿Te gustaría acaso que fuese más experimentada? ¿Que hubiese besado a muchos caballeros para estar a la altura de tus expectativas? —Se giró para regresar, pero él se lo impidió pegándola de nuevo a su cuerpo.

—Al contrario, me encantará ser tu maestro en todo lo que hay que saber al respecto —dijo con voz profunda y una expresión que Enid no le había visto nunca.

Sintió el rubor que afloraba a sus mejillas y no fue capaz de sostenerle la mirada. Trató de librarse de su agarre, pero con ello solo consiguió que la apretase aún más.

—Me alegra ver que tus prácticas previas no han surtido efecto. Besas realmente mal.

Consiguió lo que esperaba y vio en sus ojos aquella chispa que indicaba que la yesca estaba lista para usarse.

—Yo seré tu maestro. Rodéame el cuello con los brazos —ordenó sin dejar de mirarla.

Enid buscaba la forma más ingeniosa de mandarlo al cuerno.

—Me has jurado obediencia —le recordó él sin borrar aquella extraña expresión de su rostro.

Su esposa dejó escapar el aire contenido con un gruñido e hizo lo que le decía.

—No luches con mi lengua —dijo acercándose hasta rozarle los labios—. Baila con ella. Deja que te acaricie, que se deleite con tu sabor.

Las rodillas de Enid se doblaron y él sonrió satisfecho antes de cubrir su boca y tomarla de nuevo. Esta vez ella se dejó llevar y algo cambió porque un gemido escapó de la garganta de Lachlan y ella sintió la dureza que oprimía su vientre con inusitada fuerza.

—Dios mío, Enid —musitó separándose apenas para luego volver a besarla.

Ella estaba de puntillas y apretaba sus pechos contra el duro torso masculino. No quería que parase, habría deseado que continuara besándola durante horas, y no ocultó su decepción cuando la apartó suavemente y la miró con ojos enfebrecidos.

—Deberíamos… —La cogió de la mano y echó a correr con ella hacia el sendero que bajaba a la playa.

Enid corría detrás de él procurando no dar un traspiés.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verás.

—¿No podrías ir más despacio?

—No.

—Vaya.

—¿Vaya? —Se giró levemente para mirarla, pero enseguida devolvió la vista al camino y aceleró el paso echando a correr.

—Pero… —Enid empezó a reír a carcajadas. ¿Qué eran esas prisas?

Cuando pisaron la arena avanzaron un poco más y Lachlan la llevó hasta la pared de roca mirando a su alrededor.

—¿Qué…?

No la dejó decir nada más, ni siquiera pudo coger aliento antes de que su boca la

enmudeciera con un beso hambriento y exigente. La llama que hacía un momento había prendido en su vientre ardió de pronto con violencia. Enid sintió que se derretía en sus brazos y rodeó su cuello con las manos en un intento de pegarse a él lo más posible. Y entonces lo notó, percibió la dureza contra ella y se asustó.

Lachlan la miró con ojos felinos.

—¿Por qué te separas? —dijo con voz profunda.

—Estamos… aquí. Esto no es…

—Eres mi esposa —dijo él con tono posesivo—. Mía.

—Pero… Alguien podría vernos.

—Tendría que acercarse con un barco, o bajar por el camino. Nadie nos verá, puedes estar tranquila.

Dijo esto al tiempo que sus labios se deslizaban por el cuello femenino. Enid cerró los ojos un instante y emitió un ligero gemido que fue un acicate para él. Volvió a su boca y la besó de nuevo. Pero lo que la perturbó sobremanera fue sentir su mano cubriendo uno de sus senos. Estrujó su carne de un modo embriagador y Enid gimió al sentir que apartaba la tela del vestido y percibía el contacto de sus dedos sobre el enhiesto pezón. La imaginó desnuda y expuesta allí mismo, la tumbaría en la arena, sobre el vestido y la llenaría de besos y de caricias… Oía sus gemidos mientras jugaba con aquel botón duro y sensible y se dio cuenta de que estaba loco de deseo.

—¡Au! —exclamó Enid al golpearse su cabeza contra el saliente de una roca.

Lachlan la apartó de la pared y luego la soltó jadeante y con una mirada que a Enid le puso el vello de punta. ¿Cuándo se había vuelto tan hermosa? Sus labios eran los más apetecibles que

hubiese saboreado nunca y sus ojos, limpios y profundos como un mar en calma, la miraba con una inocencia pura y entregada.

—Voy a tener que tomármelo con calma —musitó con voz profunda.

Enid siguió mirándolo sin artificio sin saber lo mucho que lo tentaba continuar donde lo había dejado.

—Ya hemos paseado bastante —dijo cogiéndola de la mano—. Volvamos a casa. Ya.

Esta vez mantuvo un paso que ella pudiera seguir, pero no dijo una palabra. Al parecer tenía cosas en las que pensar.

Capítulo 26



Al entrar en el comedor el olor a comida provocó una reacción instantánea en el estómago de Enid que a punto estuvo de echar a correr para lanzarse sobre una de aquellas bandejas que habían dispuesto a lo largo de la mesa. Había de todo: sopa, verduras, pato y un montón de postres. Miró a su esposo interrogadora y él le sonrió divertido.

—Podéis retiraros —dijo mirando a Blair y Angus, los lacayos que esperaban para servirles —. Nos arreglaremos solos.

Los criados salieron del comedor y cerraron la puerta tras ellos. Al mirar a Enid la vio de pie frente a una apetitosa tarta de zanahoria y cuando lo miró sus ojos brillaban por las lágrimas.

—Te has acordado —dijo emocionada.

—Me lo has dicho hace unas horas, no tengo tan mala memoria.

—Pero… —Hizo ademán de pellizcarla, pero se detuvo a tiempo—. ¿Puedo empezar por la tarta. Todo tiene un aspecto magnífico, pero ¡me apetece tanto!

Lachlan se rio divertido.

—Puedes empezar por donde quieras, por eso he dicho que nos dejen solos, así puedes comer cómo y lo que te dé la gana.

Enid no se hizo de rogar y cogió el cuchillo para cortar un enorme pedazo que se sirvió en un plato antes de sentarse para devorarla. Lachlan no podía dejar de sonreír, era como ver comer a una niña. Cogió la botella de vino y llenó su copa.

—Bebe un poco o te atragantarás.

—No suelo beber vino —dijo mirando el líquido brillante. Cogió la copa que tembló visiblemente en su mano—. Estoy un poco nerviosa.

—Lo sé. Bebe, te calmará.

Lo dijo en un tono autoritario y por algún extraño motivo, no le importó. Lachlan rellenó su copa en cuanto la soltó y luego se sentó a la cabecera de la mesa. Disfrutó de verla comer antes de probar él mismo alguna de las delicias que habían servido.

—Recuerdo mi primera tarta de zanahoria —dijo Enid cuando hubo terminado con la última miguita de su plato—. Tenía tres años…

—Imposible.

—Lo sabré mejor que tú que no estabas allí.

—Nadie se acuerda de cuando tenía tres años —dijo él rotundo.

—Yo sí me acuerdo.

—Imposible —repitió burlón.

Enid lo miró entornando los ojos.

—¿Quieres estropear uno de los mejores recuerdos de mi vida?

—No puede ser un recuerdo. Digamos que es una de las mejores fantasías de tu vida.

Los labios de su esposa se apretaron, pero él se encogió de hombros demostrando que no estaba dispuesto a ceder en eso.

—Pero cuéntamelo, quiero oírlo.

—Ahora no quiero —dijo ella y se recostó en el respaldo con expresión desilusionada.

Lachlan se levantó y fue a por otro trozo de tarta. Le cambió el plato vacío por el lleno antes de mirarla con una sonrisa.

—Empecemos de nuevo. ¿Me cuentas la primera vez que comiste tarta de zanahoria?

—¿Te refieres a mi recuerdo de cuando tenía tres años?

—Sí, a eso me refiero —dijo él con cara de haberse comido una almendra amarga.

Enid sonrió ampliamente y atacó la tarta como si llevase una semana sin probar bocado.

—Pues resulta que me caí del caballo y…

—¿A los tres años te caíste de un caballo? —Por ahí no pasaba.

—Era un poni.

—Menos mal, ya pensaba que tenía que aceptar también eso.

—Y no me caí al suelo, mi padre me cogió en el aire.

—Vale, entonces no te caíste.

—Te has propuesto estropear mi recuerdo, ¿verdad Porque en mi cabeza era todo muy épico y emocionante y ahora está empezando a parecerme una tontería.

—Mis disculpas. Sigue, por favor, ibas por cuando te caíste del caballo y tu padre te cogió en el aire, evitando que te cayeras, algo para nada contradictorio.

—Lo importante es que mi padre no quería que tuviese miedo de los caballos y ese suceso podría haberlo provocado y, por ello, se le ocurrió la genial idea de hacer que prepararan un montón de tartas diferentes. Las colocaron en una larga mesa como esta y yo tuve que pasar revista a tooodas ellas, y…

—¿Una mesa como esta? —la interrumpió—. ¿Te refieres a una exactamente igual que esta o solo parecida? Lo digo porque esta mesa es muy alta para que una niña de tres años pueda ver lo que hay sobre ella. ¿Quizá tu padre te sostenía en brazos? ¿O te subió a una silla antes?

—Me sostenía en brazos —dijo entre dientes.

—Vale, ahora ya me hago una idea más clara. Sigue, por favor.

—Entonces, papá dijo que debía probar todas las tartas y escoger mi favorita…

—¿Todas? ¿De cuántas tartas hablamos? No sé cuántas tartas tenéis en Inglaterra, pero yo conozco unas cuantas: tarta de manzana, de grosellas, de frambuesa, de mermelada, de miel, de almendras, de nata y frutas, de ciruelas, de nueces… Y luego están las típicamente escocesas como la Ecclefechan, la…

Enid rompió a reír a carcajadas haciéndolo enmudecer. Lachlan frunció el ceño al verla reír de ese modo. ¿Qué había dicho que fuese tan gracioso?

—Conoces un montón de tartas —dijo ella sin parar de reír—. Pero un montón.

Él se encogió de hombros.

—En realidad —siguió Enid tratando de respirar—, me acabo de dar cuenta de que sé muy poco de ti. Aparte de que eres un extraordinario domador de caballos y que conoces un millón de tartas, aunque no te gusten los dulces.

—Sí me gustan, pero con moderación. Y no cambies de tema, aún no hemos llegado a la relación entre la tarta de zanahoria y tu no caída del caballo.

Ella entornó los ojos para mirarlo con inquina, pero todavía tenía una sonrisa en los labios así que no pudo lograr el efecto deseado.

—Cuando elegí la tarta de zanahoria mi padre dijo que esa sería mi cura para todas las

caídas. Que si montas a caballo, alguna vez te caerás, pero que si tenías una cura no tendría nada que temer.

—Y te lo creíste, claro, porque tenías tres años.

Ella asintió efusivamente.

—Aunque te parezca una tontería, funcionó.

—No me parece una tontería, creo que fue muy inteligente por parte de tu padre. ¿Y nunca comías tarta de zanahoria si no te caías?

—Oh, sí, es mi tarta favorita. Pero sabe mejor con lágrimas.

Lachlan la miró de un modo extraño, con una mezcla de curiosidad y algo más que Enid no fue capaz de descifrar.

—¿Por qué me miras así?

—¿Así cómo? —preguntó a su vez, haciéndole un gesto para que se acercara.

Enid frunció el ceño.

—¿Quieres…?

Lachlan asintió y Enid se levantó para ir hasta él. La sentó sobre sus rodillas y la rodeo con su brazo de manera posesiva.

—Ya estamos en casa —dijo subiendo su mano por la espalda hasta llegar a su cabeza.

La atrajo hacia sí para besarla sin dejarla contestar. Enid gimió contra su boca cuando él puso la mano de nuevo en uno de sus pechos, anticipándose a lo que sabía que iba a sentir.

—¿Te gusta que te acaricie? —susurró rozando sus labios.

Enid asintió avergonzada, ¿por qué no podía mentirle?

—Hum, estupendo —dijo él satisfecho—. ¿Y esto? ¿Te gusta que lo presione así?

Su esposa echó la cabeza atrás y exhaló el aire que se le había atascado en los pulmones. Lachlan sonrió orgulloso, iba a ser una delicia enseñarle todo lo que no sabía. Aprovechó la posición para pasar suavemente su lengua por la garganta expuesta.

—Voy a hacerte esto por todo el cuerpo —advirtió y Enid jadeó como si le faltase el aire.

Lachlan tomó entonces su copa de vino y la acercó a los labios de su esposa.

—Quiero beber de tu boca —dijo con mirada risueña—. No te lo tragues.

Enid se llenó la boca y él la besó con fruición dejando que algunas gotas se deslizaran por su cuello y bajaran hasta su escote. Las siguió con la lengua y en lugar de detenerse en aquella barrera, tiró de la tela y dejó expuesto el corsé.

—Podría entrar alguien —dijo asustada mirando hacia la puerta.

—Te aseguro que no se atreverán. —Liberó uno de sus pechos y se inclinó para capturar el pezón con su boca.

Enid gimió lastimera, respirando con dificultad.

—¿No te gusta? —preguntó él mirándola con expresión de sorpresa—. Ya paro entonces.

—¡Lachlan! —exclamó ella en tono bajo.

—¿Qué? —Parecía a punto de echarse a reír—. Si quieres algo no tienes más que pedirlo. Eres mi esposa, tienes derecho sobre mí.

—Me gusta. Mucho —dijo poniéndose tan roja que él no pudo contener la risa.

—Me alegra saberlo.

Se inclinó y volvió a capturar aquella zona sensible y lo saboreó con deleite. Mientras ella jadeaba y se estremecía presa de un enorme y desconocido placer.

—No está bien ser desconsiderado —dijo al tiempo que cambiaba de pecho.

—Dios mío… —musitó ella completamente entregada.

Él siguió acariciando con su lengua, mordiendo suavemente con sus dientes y arrancando gemidos de su garganta durante unos minutos más. Después cogió de nuevo la copa de vino y se la dio para que bebiera. Ella apuró el contenido como si estuviese desfallecida.

—Esto ha sido solo un adelanto —dijo él y Enid tuvo que hacer acopio de toda su educación para no lanzar una exclamación decepcionada.

—¿Vuelvo a… mi sitio? —preguntó con timidez.

—Ni se te ocurra moverte de dónde estás —dijo con voz profunda y una sonrisa traviesa bailando en sus ojos.

—¿Tú no tienes alguna historia de cuando eras pequeño? —preguntó Enid cuando el silencio se le hizo incómodo.

—Tengo muchas —sonrió—. Somos seis hermanos, todos chicos, como comprenderás he vivido muchas aventuras y no todas agradables.

—Cuéntame alguna, la primera que te venga a la memoria.

Lachlan rellenó la copa y se la dio para que bebiera. Enid se quedó con ella en la mano y fue dando sorbitos mientras lo escuchaba. Sentía la cabeza un poco espesa, pero lo achacó a lo sucedido en su cuerpo hacía un momento. Aún percibía el temblor en su vientre y el cosquilleo entre sus piernas no había desaparecido del todo.

—Cuando tenía cinco años me escapé de casa.

Enid bebía en ese momento y se atragantó salpicando su camisa blanca de gotitas rojas.

—Cuidado —dijo él riéndose.

—Siempre me ha hecho gracia la gente que te dice «cuidado» cuando ya has caído en la

trampa —dijo recuperando la voz.

Lachlan sonrió afable y se encogió de hombros.

—¿Eso es que no te interesa mi historia? Puedes decirlo —se burló—, no hace falta que me escupas.

—Claro que me interesa, lo siento mucho —dijo apenada—. Es que… ¡Cinco años!, eras muy pequeño. Por favor, sigue.

Él sonrió y su mano se deslizó por la espalda femenina hasta detenerse en su trasero. Enid bebió un largo trago intentado no prestar atención a aquel inquietante contacto.

—Cogí una bolsa y metí un mendrugo de pan, unos dulces y un tartán y salí del castillo en plena noche.

—¿Adónde fuiste?

Él se encogió de hombros.

—A Dornachton. Quería vivir aventuras y creía que eso solo era posible subiéndome a un barco. Llegué a Rannochhead cuando ya amanecía, pero estaba tan cansado y tenía tanto sueño que me dormí en un pajar. El dueño me encontró, se pensó que era un maleante y, convencido de que no había ido solo, me dio una paliza cuando no quise confesar. Cuando supo que era un McEntrie, me trajo de vuelta.

—¿No habían salido a buscarte?

—Dejé una nota que decía que cogería un barco en Dornachton y mi padre salió en mi busca acompañado de varios trabajadores de las cuadras.

—¿Rannochhead no está en dirección contraria? —Él asintió.

—¿Te equivocaste? —se rio.

Lachlan asintió.

—En realidad no tenía ni idea de en qué dirección estaba cada sitio, solo sabía que Dornachton tenía puerto y atracaban barcos. Creí que si caminaba lo suficiente, llegaría.

Enid se conmovió al imaginar a un mini Lachlan con un hatillo al hombro caminando sin rumbo por las Tierras Altas de Escocia.

—¿Todavía no montabas?

—¡Oh, sí! Pero si me llevaba un caballo mi padre me mataría. Entonces estaba convencido de que los caballos eran más importantes para él que sus hijos. —Sonrió—. Por suerte, ahora sé que no es así. Al menos no todos los caballos.

Enid movió la cabeza con expresión severa. Sabía lo mucho que Craig quería a sus hijos.

—¿De dónde te vino esa idea de vivir una aventura?

—Daphne nos había contado tantas historias de piratas, bucaneros y capitanes de la marina que cuando murió decidí que me convertiría en uno de ellos. Quería que se sintiese orgullosa de mí.

La sonrisa de Enid se congeló en sus labios.

—Daphne era la madre de Brodie y Ewan —musitó.

—Sí. Pero, en realidad, fue la madre de todos —aclaró y, rellenando la copa vacía, apuró su contenido de un trago.

Enid puso una mano en su mejilla y lo miró compasiva.

—Pobrecito, ¿la querías mucho?

Él asintió.

—Hacía solo dos meses que había muerto. Fue un duro golpe para todos.

—¿Cómo murió?

—Se hizo una herida con una *Sgian-achlais.*

—Esa es la daga que los escoceses ocultaban bajo la axila, ¿verdad? Me lo explicó Dougal en el viaje desde Inglaterra.

Lachlan asintió.

—Sí, se utilizaba para el combate cuerpo a cuerpo y es parte de la indumentaria tradicional, aunque ya nadie la utiliza más que en las ceremonias especiales. Daphne encontró una muy antigua en uno de los baúles del sótano y no se le ocurrió otra cosa que tratar de colocársela dentro del vestido bajo la axila, del modo que ella creía que se guardaba. Se hizo un corte profundo, pero no le dio importancia. La herida se le infectó y cuando accedió a que avisaran al médico ya era tarde. ¿Qué…? —Vio cómo sus ojos se anegaban de lágrimas y su rostro se empezaba a contraer.

—Es… muy triste —dijo Enid entre hipos—. Erais muy… pequeños y… ¡Oh, Dios! —Trató de limpiarse las lágrimas que caían veloces por sus mejillas—. ¡Pobrecitos! Debió ser… ¡Oh! Triste. Muy triste…

Escondió la cara en el cuello de su esposo y lloró desconsoladamente. Lachlan miró la copa de vino que había dejado en la mesa y puso los ojos en blanco al darse cuenta. ¡Estaba borracha!

—¡Pobre Daphne! —sollozó desconsolada—. ¡Y pobres niños! ¡Tenías cinco añitos! ¡Te escapaste de casa solo y con un hatillo! —Levantó la cabeza para mirarlo—. Y ese horrible granjero que te dio una paliza… Quiero conocerlo para poder decirle unas cuantas verdades. ¿Es que no tiene corazón? Seguro que eras un niño adorable.

El escocés cogió una servilleta y le limpió las lágrimas con suavidad.

—¡Oh, ven a mis brazos! —Lo atrajo hacia su pecho—. No tienes que hacerte el fuerte conmigo, puedes llorar si quieres.

Lachlan se quedó rígido en un principio, pero enseguida se recuperó y levantando la cabeza la miró entre decepcionado y divertido.

—¡Y Craig! Pobre Craig, qué desgracia. —Siguió ella—. Tres esposas muertas. Eso debe de ser alguna clase de maleficio. Cualquiera diría que le han echado un conjuro.

Lachlan se puso de pie levantándola en sus brazos.

—Será mejor que te acueste un rato —dijo con media sonrisa mientras se dirigía con ella hacia la puerta del comedor.

—¿Acostarme? —Miró hacia la ventana encogiendo los ojos—. Todavía es de día. ¿Ya quieres acostarte? —Sonrió al tiempo que sus mejillas mojadas aún por las lágrimas se teñían de un intenso rojo—. Señor McEntrie, es usted un pillín, ¿eh?

Lachlan suspiró, su plan no podría haber salido peor. No pretendía emborracharla, tan solo calmar sus nervios para que las cosas fueran más sencillas, pero estaba claro que se le había ido la mano.

Cuando entraron en la habitación Enid la miró con ojo crítico.

—Muy masculina —dijo con voz pastosa—. Si voy a dormir aquí tendremos que hacer algunos cambios. Me gusta el rosa, ¿a ti te gusta el rosa? Y el amarillo, también. Mucho amarillo. Amarillo ahí, amarillo ahí… ¡Ah! Y prefiero la madera de caoba a la de roble. Tú, ya veo que no. Te encanta el roble, ¿verdad?

La dejó sobre la cama con delicadeza. No era la primera vez que veía a una jovencita borracha, pero es que era Enid y eso lo hacía mucho más gracioso.

—¿De qué te ríes? —preguntó mirándolo curiosa—. ¿Tengo algo en la cara?

Se palpó buscando quién sabe qué. Lachlan empezó a quitarle los zapatos mientras ella volvía a repasar el cuarto.

—Las cortinas podemos dejarlas, el azul también me gusta y son muy bonitas… —Se dejó caer hacia atrás y elevó los brazos por encima de la cabeza.

—¡Qué alto es el techo! El de mi cuarto no es tan alto. ¿Cómo es posible —preguntó apoyando los codos en el colchón—. Estamos en la misma planta.

—Tú eres muy bajita —dijo él en tono divertido.

—¡Ah, claro! —Frunció el ceño y lo miró como si fuera tonto—. ¿Y eso qué tiene que ver?

—Nada.

—¿Nada qué? —preguntó confusa.

—Nada, nada.

Enid trataba de recordar cuál era la pregunta, pero tenía la mente hecha un galimatías.

—¿Qué haces? —preguntó de pronto.

—Te quito los zapatos para que puedas meterte en la cama. —Se puso de pie y trató de colocarla en la posición correcta para que su cabeza se apoyara en las almohadas.

—¿Qué haces? —volvió a preguntar apartándole las manos.

—¿Te gusta dormir sin almohada?

—¿Dormir? —Miró hacia la ventana—. Aún es de día. ¿Por qué quieres que me duerma? Nada de dormir, hay que hacer «eso» antes.

Lachlan la miraba sin moverse.

—Nos hemos casado, ¿ya no te acuerdas? —lo preguntó sentándose—. Debes cumplir con tu

obligación, por mucho que te desagrade, es por un bien mayor. Yo te daré hijos. Muchos. Así pagaré tu sacrificio.

Se dejó caer de nuevo en la cama y cerró los ojos.

—Vamos. Hazlo.

—¿Qué? —Apenas podía contener la risa.

Enid abrió un ojo.

—He visto lo que hacen los sementales, no me asustaré. Tú dime cómo debo ponerme y haz… lo que sea que tengas que hacer.

Se puso a cuatro patas, pero la cabeza le daba vueltas y tuvo que volver a tumbarse.

—Creo que no puedo ponerme en esa postura. ¿Hay otra manera de hacerlo? Pensaba que ya había expulsado todo el veneno, pero parece que aún me queda algo en la cabeza.

Lachlan estaba perplejo y no sabía qué decir.

—Es el vino —murmuró más para sí que para ella.

—¿El vino también tenía veneno?

Lachlan suspiró y se dirigió hacia la ventana para echar las cortinas.

—¿Ves? Ya es de noche. Duérmete.

—No sabía que fueses tan mandón.

—Sí lo sabías.

—Es cierto —dijo ella acurrucándose de lado—. Pero no pienso dormirme. Yo no soy uno de tus… caballos.

Lachlan la cubrió con las sábanas y se quedó hasta que la escuchó respirar pausadamente. Sonrió con ternura y salió del cuarto sin hacer ruido. Desde luego aquella iba a ser la peor noche

de bodas de la Historia.

Capítulo 27



Cuando abrió los ojos miró a su alrededor sin ver nada. Estaba completamente oscuro y no sabía dónde estaba. Tanteando la cama, se arrastró hasta poner los pies en el suelo y extendiendo los brazos para no chocar consiguió llegar hasta la ventana y descorrer las pesadas cortinas. La luna la recibió imperturbable y hermosa y parpadeó varias veces para acomodar sus ojos a la nueva visión. Se giró y comprobó que no estaba en su cuarto y entonces lo recordó todo. Todo.

—¡Dios! Debe pensar que soy estúpida. ¿Lo he comparado con un… semental? —Se llevó una mano a la cabeza—. No me extraña que haya huido de mí. Cualquier otro me habría repudiado sin pensárselo siquiera.

Miró que aún llevaba puesto el vestido y respiró aliviada. ¿Y ahora qué? ¿Debía ponerse un camisón? ¿Esperar a que él volviese? ¿Ir a buscarlo? Como si fuese capaz de escuchar sus pensamientos la puerta del dormitorio se abrió y apareció Lachlan. El escocés se detuvo un instante al verla, pero enseguida entró y cerró tras él.

—Iba a despertarte, pero veo que no será necesario. ¿Quieres comer algo?

—¿Comer? No, por favor. Esa tarta tenía algo muy peligroso.

—No fue la tarta sino el vino que te hice beber para que te relajaras.

—¿Me has emborrachado?

—Te aseguro que no era esa mi intención. No estoy acostumbrado a beber con personas que se emborrachan por oler el tapón de la botella de brandy.

—¡Yo nunca bebo! —exclamó sorprendida—. Pero lo cierto es que ese vino era muy dulce y estaba delicioso.

—Lo siento. Un error de cálculo del que soy el único culpable. Supuse que siendo tu primera vez estarías muy nerviosa. Solo quería suavizar las cosas un poco.

—Pues está claro que las suavizaste demasiado —dijo con timidez—. ¿Cuánto he dormido?

—Cuatro horas.

—¡Dios mío!

—Lo necesitabas. —Sonrió levemente.

—¿Y ahora? —Enid se mordió el labio visiblemente nerviosa—. ¿Vamos a…?

Lachlan asintió despacio.

—Si tú quieres.

—¿Qué tengo que hacer? ¿Me tumbo en la cama? —preguntó eludiendo su mirada.

—Aún no has dicho si quieres.

Enid dijo algo inaudible.

—¿Qué? —insistió él.

—¡Sí! —exclamó enfadada.

Su marido sonrió abiertamente.

—Ven aquí entonces —dijo.

Hizo lo que le decía, pero se detuvo a un metro de él.

—Más cerca.

¿Por qué no se mueve él? Menudo mandón está *hecho*.

—Empezaremos por lo más sencillo —dijo cuando ella estuvo donde la quería—. Además, ya te he besado antes.

Enid estaba temblando y no podía disimularlo a una distancia tan corta.

—¿Tienes miedo? —preguntó sin tocarla.

—Estoy aterrada —respondió sincera.

Le cogió las manos para ponerlas en su cintura, para que viera que podía tocarlo y Enid sintió cierto alivio al ver que el mundo no se desmoronaba por ello. Entonces se inclinó y la besó suavemente. Un roce apenas y se separó.

—¿Voy bien?

Enid asintió. Lachlan la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia su cuerpo, despacio. Muy despacio. Ella estaba más rígida que el dosel de su cama, pero él no hizo el menor comentario al respecto. Esta vez su beso fue más exigente y se entretuvo sin prisa, consciente de que debía ir desatando los nudos que la oprimían antes de pasar a mayores. El beso encendió una llama en su vientre y provocó un cosquilleo que bajaba hasta el final de su espalda. ¿O eso eran los dedos de Lachlan? Ya no estaba segura de nada. Se fue relajando hasta perder el mundo de vista. Sus manos subieron por el torso masculino y encontraron un hueco en su camisa por el que colarse. Sintió en la yema de los dedos la suave tersura de su piel, la dureza de sus músculos… Se detuvo recreándose en el momento. Sin pensar deslizó la mano hacia abajo hasta que tropezó con la cintura del pantalón.

Entonces levantó la cabeza y lo miró y sus ojos tenían una intensidad apabullante que lo

encendió como una antorcha y lo dejó sin aliento. Cerró los suyos consciente de que debía contenerse, debía hacer todo lo posible por no asustarla más de lo que ya… Los abrió de nuevo y… ¡Diantres! No parecía asustada en absoluto.

—Vas a tener que dejar de mirarme así —advirtió.

Enid bajó la mirada rápidamente, pero él agarró sus barbilla y la elevó de nuevo.

—Lachlan… —susurró y aquella palabra le sonó a súplica.

—¿Sí? —preguntó con voz ronca.

—Quiero…

—¿Qué quieres? —la animó.

—Quiero… verte —dijo con timidez—. Antes de…

Iba a volverlo loco, ahora ya no le cabía la menor duda.

—¿Quieres verme desnudo antes de que yo te desnude a ti?

Ella asintió sin mirarlo.

—Mírame cuando me hables —dijo sonriendo.

—Es que me da mucha vergüenza.

—Aun así.

Ella obedeció y sus mejillas estaban tan rojas que resultaba gracioso. El escocés se apartó un poco y se deshizo de la camisa, sacándola por su cabeza. La lanzó lejos y empezó a quitarse los pantalones. Enid apartó de nuevo la mirada y él se detuvo poniéndose las manos en la cintura.

—Creía que querías verme.

—Es que…

—Ven.

De nuevo aquella voz autoritaria. Dio un recatado paso hacia él y Lachlan la cogió de la mano y tiró de ella hasta tenerla donde quería. Colocó esa mano de nuevo en su cintura.

—Quítamelo tú.

—¿Qué? ¡No! —Sus mejillas ardían como el fuego.

—Vas a acabar con mi resistencia.

—Lo siento —se lamentó apesadumbrada—, lo lamento mucho, pero es que…

—He dicho resistencia, no paciencia, no tienes que pedirme perdón.

Ella lo miraba expectante.

—¿Sabes lo mucho que te deseo? —preguntó y el tono de su voz era áspero y delicado a la vez.

Enid abrió enormemente los ojos.

—¿A mí?

Él se rio divertido y de repente la levantó en sus brazos y la llevó hasta la cama en apenas tres zancadas. La soltó sobre el colchón sin dejar de mirarla y un segundo después ya se había librado de lo que le quedaba de ropa y se mostraba descarado frente a ella. Enid recorrió su cuerpo con la mirada sin recato, elevando la temperatura del dormitorio unos cuantos grados.

—¡Oh! —musitó con temor al verlo excitado.

—Tranquila —sonrió sin pudor—. No tienes nada que temer, la naturaleza es sabia.

Enid asintió lentamente con una mirada de admiración que lo llenó de orgullo.

—Me toca —susurró y se subió a la cama para empezar a desnudarla.

Enid se sentó y le dio la espalda para que desabotonara su vestido. Él lo hizo paciente y la libró de la prenda sin demasiado esfuerzo. Después le tocó el turno a corsé y la camisola, pero

dejó que se quedara con las calzas un momento. La giró despacio para verla y lanzó un gruñido anhelante que tuvo efecto inmediato en cierta parte de su anatomía. Enid tenía la mirada fija en esa parte, precisamente, y su temor era ya más que evidente.

—Está claro que es la primera vez que ves a un hombre desnudo.

Ella asintió repetidamente.

—Seré delicado. Lo prometo. —Y como si contuviese un dolor intenso añadió—: Aunque me vas a matar si sigues mirándolo así.

Lo que sucedió a continuación no lo habría imaginado ni en un millón de años. Enid estiró la mano y rodeó su miembro como si quisiera comprobar algo. Lachlan echó la cabeza atrás y contuvo la respiración.

—¡Dios, Enid, así no me ayudas!

Lo soltó inmediatamente con expresión asustada.

—Lo siento, lo siento.

Lachlan la hizo callar con su boca empujándola sobre la cama. Fue un beso intenso, profundo y breve y, cuando se apartó, su oscuro cabello caía sobre su frente y su mirada advertía del peligro.

—Señora McEntrie, es usted irresistible —dijo al tiempo que comenzaba a dibujarla con uno de sus dedos, trazando la línea de su cuello y bajando hacia sus pechos.

Rodeó la aureola y fue trazando círculos concéntricos hasta atacar su punto más sensible con un pellizco suave. Enid se arqueó y chocó con él, que sonrió perverso y satisfecho. Deslizó la mano por su abdomen en sentido descendente y no cejó en su avance hasta perderse entre sus piernas.

—¿Qué… haces? —preguntó trémula y conteniendo la respiración.

—Te preparo —dijo con una voz que a Enid le pareció tan suave como el terciopelo.

A continuación se entretuvo en explorarla con maestría, percibiendo cada reacción a sus estímulos, estudiándola para saber cuáles eran sus preferencias. Enid intentó en vano retirar aquella mano y al no conseguirlo se arrastró en la cama para alejarse, pero Lachlan consiguió inmovilizarla contra los almohadones y la penetró con un dedo sin dejar de mirarla a los ojos. Un gemido largo y profundo de labios de su esposa lo hizo sonreír satisfecho.

El escocés se colocó entre sus piernas sin dejar su sensual escrutinio. La quería abierta y la quería mojada y al parecer su esposa iba a darle todo lo que quería.

Enid respiraba agitada y se tensó al notar la presión de algo mucho más grande que sus dedos.

—Si lo necesitas, dime que pare y lo haré. Tenemos todo el tiempo del mundo. Intenta relajarte. Déjame entrar, Enid.

Empezó a empujar con suavidad.

—Para —pidió.

—Apenas he asomado la cabeza —dijo sonriendo comprensivo.

—Has dicho que pararías.

Él se quedó quieto sin dejar de mirarla. Cuando se acostumbró a esa sensación tan extraña asintió para darle permiso. Lachlan empujó un poco más consiguiendo un pequeño logro antes de que ella repitiese la maldita palabra.

—Para.

—Vas a hacer que me arrepienta de haber sido tan considerado.

—Es tan… extraño… tenerte… ahí.

—Para mí es una tortura, ¿sabes?

Ella frunció el ceño.

—Creía que a los hombres les gustaba.

—Y nos gusta. Mucho, de hecho —dijo convencido de que si sus hermanos supieran cómo estaba siendo su noche de bodas tendrían un arma contra él para el resto de sus días—. Enid, ¿crees que podríamos dejar esta conversación para… después?

—¿Es porque a ti también te duele? De momento no es tan desagradable como esperaba. Solo es… raro.

Él suspiró y bajó la cabeza hasta que su pelo le hizo cosquillas en el pecho. Cuando volvió a mirarla Enid vio resolución en sus ojos y supo que se había terminado la charla.

—Seré delicado, *mo chridhe.* —Lo dijo más para recordárselo a sí mismo que para que ella estuviese tranquila.

—¿Qué… significa? —preguntó ella con voz nerviosa.

—Mi corazón —dijo él avanzando un poco más y acomodándose en el apretado espacio.

—*Mo chridhe*…

Lachlan sonrió y se inclinó para darle un ligero beso en los labios. Notaba la fuerte resistencia y una visible emoción se mostró en su rostro.

—Eres virgen —confirmó.

Enid sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas y asintió en muda complicidad. Nadie había estado nunca allí. Nadie hasta él. Iba a decirle que parase, el escocés lo vio en sus ojos, pero no era buena idea así que antes de que pronunciase la palabra maldita empujó con fuerza y atravesó

la membrana que le impedía el paso.

—¡Oh, Dios! —El rostro de Enid se contrajo y de repente comenzó a reír a carcajadas—. ¡Duele! ¡Sí que duele!

Lachlan la miraba consciente del alivio que sentía porque era el mismo que experimentaba él. No porque le importara especialmente el hecho de ser el único, sino porque sabía que para ella habría sido motivo de angustia y ansiedad saber que Gilleasbuig la había violentado. Y porque, en caso de que hubiese nacido un bebé en nueve meses, nunca habrían sabido quién era el padre.

—¿Estás bien? —preguntó al ver que no dejaba de llorar y reír a la vez.

Ella asintió.

—Estoy bien, puedes seguir, por favor —pidió.

Lachlan sonrió abiertamente, solo Enid podía decirlo de ese modo. Se movió ligeramente y el rostro de su mujer se contrajo. Demasiado pronto.

—Me quedaré aquí un momento —dijo él acariciándole suavemente su cuello.

—¿Ya… está?

Él amplió su sonrisa y negó con la cabeza.

—¿Aun hay más? —Enid miró hacia abajo—. No puede haber más.

Lachlan no pudo contener la risa y sus movimientos provocaron una extraña sensación en Enid.

—¿Puedes… seguir? —pidió con timidez.

La risa de Lachlan desapareció de golpe y la miró sorprendido. ¿Es que no iba a dejar de sorprenderlo?

—¿Te refieres a esto? —Se alejó un poco para volver a entrar.

—¡Oh! —exclamó ella abriendo mucho los ojos.

—Imagina las olas del mar y muévete conmigo —dijo él con voz profunda—. Este es un baile para dos.

Ella obedeció al instante y cerró los ojos presa de un millón de sensaciones desconocidas que nacían en el centro de su cuerpo y se extendían en todas direcciones.

—Eres increíble, Enid —musitó con tono de sorpresa—. Increíble.

Se inclinó para besarla. Su lengua voraz la acariciaba sin pausa amenazando con convertirla en cenizas. El corazón de Enid se aceleró vertiginoso, compitiendo en una carrera frenética con los latidos que percibía en el pecho de Lachlan.

—Abre los ojos —exigió él—. Quiero que me veas.

Enid lo hizo. Tenía las pupilas dilatadas y una mirada vidriosa.

—¿Te arrepientes? —dijo deteniéndose.

—¿Qué?

—¿Te arrepientes de haberte casado conmigo?

—No.

Las caderas de Enid se alzaban para encontrarlo cada vez con mayor pasión. Quería algo, pero no sabía lo que era. Percibía que debía llegar a alguna parte, pero no tenía la capacidad mental para pensar en ello. Solo podía sentirlo. Sentirlo dentro, sentirse llena, profunda y totalmente llena de él.

—*Mo chridhe…*

—¿Sí?

—¿Recuerdas que te he dicho que podías pedirme que parara? —Ella asintió con mirada

lánguida—. Lo retiro.

Aceleró sus movimientos y los sonidos en la alcoba se intensificaron, sus cuerpos chocando, gemidos incontenibles…

—Lachlan… —jadeó ella agarrándose a la cama—. Necesito… algo.

—Lo sé —dijo él con voz ronca—. Voy a dártelo, Enid, voy a dártelo.

Su mano cubrió uno de sus pechos y lo estrujó con fuerza controlada antes de inclinarse para acariciarlo con su lengua. La torturó a conciencia unos segundos percibiendo el aumento de su excitación hasta el punto máximo y entonces utilizó sus dientes para hacerla enloquecer. Habría querido alargar aquella tortura toda la noche, pero su cuerpo tampoco podía resistir mucho más, así que aceleró sus embestidas dispuesto a llevarla a la cumbre por primera vez.

—Déjate ir —musitó febril.

Enid percibió que un sentimiento extraño y perturbador anegaba su espíritu y algo estallaba en su interior. Su espalda se tensó y todo su cuerpo tembló fuera de su control. Jadeaba agarrándose con fuerza a las sábanas, moviendo la cabeza de un lado al otro.

—Enid… —musitó él.

Solo su nombre y se dejó ir con un gruñido largo y áspero. Su cuerpo sudoroso se tensó y descargó por completo dentro de ella. Después cayó a su lado y permaneció tumbado mientras recuperaba el aliento.

—No podemos hacer esto muy a menudo —dijo Enid con voz jadeante.

Su esposo respiró aún un par de veces con cierta dificultad y cuando estuvo lo bastante recuperado la miró esperando una aclaración sobre esa afirmación. Pero Enid no parecía tener nada más que decir.

—¿No has disfrutado? —dijo él frunciendo el ceño.

—Oh, sí, mucho. Pero mi corazón parecía a punto de estallar. Y tú… estás agotado.

—No estoy agotado —dijo orgulloso—. De hecho, si me das unos minutos te demostraré lo poco agotado que estoy.

—¿Quieres morir? —Se sentó asustada.

Él sonrió divertido.

—No.

—La gente puede morir por hacer un gran esfuerzo, se lo oí decir una vez a mi padre. —Se puso de rodillas sentándose sobre sus pies—. Tú, sin duda, has hecho un gran esfuerzo.

Miró su miembro que descansaba lánguido sobre su cadera y Lachlan amplió su sonrisa. Se sentía extrañamente feliz.

—No tenía ni idea de lo peligrosa que eras —dijo para sí.

—Probablemente ya esté embarazada —dijo convencida—, así que no volveremos a hacerlo hasta dentro de…

La agarró del brazo y tiró de ella para apoyarla contra su cuerpo.

—¿Qué haces?

—Te aseguro que vamos a repetir esto muchas veces —le aclaró él—. Y puedes estar tranquila, ninguno de los dos morirá.

—¿Estás seguro?

Él se movió para que notase su erección en aumento. Enid abrió los ojos sorprendida.

—¿Tan pronto?

—Culpa tuya.

—¿Mía? —Sonrió con timidez.

—Completamente —dijo poniéndole las dos manos en las nalgas.

Enid lo pensó unos segundos y suspiró mordiéndose el labio.

—No sé si está bien que lo diga, pero me alegro.

—¿De qué te alegras? ¿De que nadie vaya a morir o de que repitamos esto muchas veces?

—De las dos cosas.

Rodó con ella tumbándola sobre su espalda, pero sin dejar de abrazarla. Enid se perdió en aquella mirada plácida y confiada.

—¿Lo he hecho bien? —preguntó ella.

—No, cariño, lo has hecho fatal —dijo burlón y cuando trató de librarse de su abrazo la aprisionó más fuerte—. Por tu culpa casi no soy capaz de aguantarme las ganas.

Le dio un beso en la nariz y ella sonrió complacida. Lachlan la miró unos segundos más y finalmente se tumbó boca arriba a su lado.

—Yo le daré el dinero a Gilleasbuig —dijo.

Enid se incorporó para mirarlo.

—¿Por qué?

—Así no tendrás que pedírselo a tu padre. El duque querría saber para qué lo necesitas y te verías en un serio problema. Estoy seguro de que eres incapaz de mentir.

—Yo tengo dinero —dijo orgullosa.

Lachlan la miró con fijeza. Tenía las mejillas sonrojadas, los ojos brillantes, el pelo alborotado… Bajó la mirada hasta sus pechos.

—Deberías ponerte algo. —Señaló su erección—. Si quiero estar a la altura la segunda vez,

me vendría bien dormir un poco.

Ella se levantó para coger su camisón y se lo puso rápidamente. Cuando volvió a la cama, se acurrucó en sus brazos, cerró los ojos y ronroneó como un gato complacido. Lachlan acarició su espalda suavemente hasta que se quedó dormida. El corazón le latía acompasado. La respiración era sosegada. Cerró los ojos también. Si pudiera dormir un poco, la noche sería perfecta.

El sol entraba a raudales por la ventana cuando Enid despertó. Se estiró arqueando la espalda para desentumecer los músculos. Miró hacia el lado de la cama en el que debería estar Lachlan y se sintió decepcionada por su ausencia. Se dio cuenta entonces de que estaba desnuda y frunció el ceño. ¿Cuándo se había quitado el camisón? Pensó un momento tratando de repasar lo ocurrido esa noche y el rubor caldeó sus mejillas al recordar que la había despertado. Le dolía aquella zona tan delicada y se preguntó si sería normal tener tanta actividad la primera vez. Ojalá Harriet o Elinor estuviesen allí para poder preguntárselo.

Se levantó tarareando una cancioncilla y se asomó a la ventana. No lo vio por ninguna parte y se preguntó dónde estaría. Hacía un día perfecto para cabalgar, le habría gustado que la acompañase. Quería verlo. Su corazón empezó a latir más rápido e ilusionado. Y de repente su ceño se frunció y un ligero temblor alteró sus manos. Él se había levantado temprano y no la había despertado. Estaba claro que no estaba ansioso por verla. Sacudió esos pensamientos de su cabeza cuando percibió la congoja que atenazaba su garganta. Se sentó frente al tocador y se miró buscando en su rostro los rastros de lo sucedido aquella noche. Ya era una mujer, una verdadera mujer. Pero todo estaba igual que siempre. Quizá había un brillo especial en su mirada. Y sus labios estaban hinchados de tantos besos. Sin embargo, sí había algo distinto, algo

que no tenía nada que ver con su aspecto. Su corazón latía por…

—Buenos días, señora —saludó Glenna entrando en la habitación con una enorme sonrisa—. ¿Ha dormido bien?

—Muy bien, gracias.

—El señor nos prohibió que la molestásemos antes de las diez. Dijo que necesitaba descansar.

Enid se sonrojó sin poder evitarlo y rehuyó la mirada de la joven que, evidentemente, sabía más que ella de esos temas a juzgar por su pícara mirada. Glenna sacó un vestido de color crema del ropero, con un delicado encaje que rozaba la suavidad de la seda y lo dejó sobre la cama.

—Ya tiene el baño preparado y luego la ayudaré a vestirse. Los señores ya estarán de camino y llegarán sobre las doce, así que es mejor que se vista ya para el almuerzo, si le parece bien.

—Me apetecía dar un paseo a caballo.

—El señor ha dicho que diría eso. Y me ha pedido que le diga que está en las caballerizas, pero que desayune primero.

Se mordió el labio planteándose la posibilidad de saltarse el baño. No habría tiempo de montar si se bañaba, desayunaba… Pero tenía su olor impregnado en todo el cuerpo y estaba segura de que incluso Glenna podía notarlo.

—De acuerdo. Me daré un baño y luego iré a ver a… los caballos. No me apetece comer nada —dijo conteniendo una sonrisa—. Ese vestido está bien, Gracias Glenna.

—Puedo traerle un bollo y un café para que se lo tome mientras se baña —propuso la doncella con una sonrisa.

Enid asintió entusiasmada con la idea, las tripas empezarían a hacerle ruido enseguida. La

joven se dirigía hacia la puerta cuando Enid recordó que quería preguntarle algo.

—Espera un momento —dijo acercándose a ella—. ¿Recuerdas las notas que me trajiste? ¿Las que escribió… esa persona?

La doncella asintió visiblemente incómoda.

—No volveremos a hablar de aquello nunca, pero quería saber qué hiciste con ellas.

—¿Yo, señora?

Enid asintió.

—Las dejé sobre mi cama esa noche y fui a… buscar algo. —No quería contarle que había salido del castillo en plena noche vestida con un camisón y una bata. Hay cosas que es mejor que una doncella no sepa—. Cuando regresé las notas habían desaparecido.

Glenna frunció el ceño.

—Señora, le juro que yo no las cogí.

—Qué extraño. Nadie más que nosotras, sabía de su existencia, ¿verdad? —La miró preocupada—. No se lo contarías a nadie…

—No, señora —dijo asustada—. ¿Cómo iba a hacer eso?

—Está bien, no te preocupes, ya aparecerán. —Sonrió confiada—. Ve a por ese bollo. Que sean dos.

Glenna salió de la habitación y se detuvo en el pasillo apoyando la espalda en la pared para calmarse.

—Dios mío —musitó para sí y un sollozo escapó de su garganta.

Necesitó unos segundos para recuperar la compostura. Se arregló la ropa y dejó escapar el aire en un tenso suspiro.

Capítulo 28



Lachlan se paseaba por la cuadra de Ciaran con nerviosismo. Lo había cepillado, le había dado agua y comida y ya no sabía qué más hacer. Lo normal habría sido esperarla en el comedor y desayunar con ella, pero estaba tan ansioso que temía acabar asustándola.

—Tú me ayudarás, ¿verdad, Ciaran? No dejes que me abalance sobre ella.

El caballo relinchó como si lo entendiera y se movió barrándole el paso. Lachlan no pudo evitar una sonrisa.

—Tu ama es de armas tomar, ¿lo sabías? Anoche me convirtió en un niño asustado y luego en un loco de atar… —Se llevó las manos a la cabeza apartando el pelo que caía sobre su frente —. Tengo que hacer algo con este pelo.

—Ni se te ocurra cortártelo. —Enid estaba frente a él y sonreía—. Sabía que estarías aquí.

Lachlan se acercó en dos zancadas y la atrajo hacia sí con gesto posesivo.

—Buenos días, señora McEntrie.

—Buenos días, señor…

La besó impaciente y ansioso. Un beso profundo que no acabaría nunca si por él fuese. Cuando la apartó vio *aquella* mirada de nuevo y todo su cuerpo se encendió como una tea. Enid

también lo sentía palpitando en su vientre, sacudiendo su cabeza con un millón de pensamientos inconexos y caóticos que se reducían a una sola cosa: él.

—No estabas —dijo ella arrugando la nariz y apoyando las palmas de las manos en su pecho.

Lachlan entornó los ojos peligrosamente y se meció con ella.

—¿No estaba?

—Cuando me he despertado. —Evitó mirarlo.

Lachlan se movió buscando sus ojos.

—Mírame —ordenó.

Ella obedeció y se regañó por ello.

—No quería… volver a despertarte. Necesitabas descansar.

—Mmm.

No parecía muy convencida.

—¿Te acuerdas de lo que sucedió anoche? —El rostro de su esposa enrojeció visiblemente y lo hizo sonreír—. Veo que sí te acuerdas.

Enid se mordió el labio y asintió ligeramente aún sin mirarle.

—Pues cuando me he despertado me moría de ganas de repetirlo —susurró él en su oído—. No es lo adecuado en tu primera noche.

—Me duele… ahí.

—Diría que lo siento —siguió con el mismo tono—, pero mentiría y dijimos que no habría mentiras entre nosotros.

—La próxima vez… despiértame.

La pegó a su cuerpo hasta que no había resquicio ni para la luz. Enid se estremeció y respiró

jadeante.

—¿Me has echado de menos? —preguntó él prendido en su mirada.

—En absoluto —respondió ella conteniendo la risa.

Lachlan la arrastró hasta el fondo de la cuadra y la apoyó contra la pared.

—Si supieras lo que quiero hacerte ahora mismo…

—¡Lachlan! —exclamó en tono bajo—. Neill o cualquiera de los chicos podría entrar en cualquier momento. Están ahí mismo…

—Lo sé —dijo él besándola en el cuello—. Pero es que no puedo contenerme cuando te tengo tan cerca.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y buscó su boca sin recato ni disimulo. Era su marido, a pesar de que no la amara, era suyo igualmente y podía besarle. Podía demostrarle lo mucho que lo deseaba.

Cuando sus bocas fueron capaces de separarse Lachlan la miraba de un modo extraño, como si quisiera interrogarla, pero al mismo tiempo tratase de ocultarse tras un velo. Le acarició el pelo en un gesto natural. Íntimo.

—¿Ciaran ya es mío? —preguntó mirándolo con aquellos ojos grandes y brillantes que lo desarmaban.

Él asintió sin dejar de acariciarla y una deslumbrante sonrisa transformó su rostro.

—Quiero montar —dijo ilusionada—. Vayamos a alguna parte.

—No tardarán en llegar y hay mucho que explicar. Se enfadarán aún más si no estamos cuando lleguen.

—Pero quiero ir contigo a alguna parte —insistió pegando la mejilla a su pecho para

escuchar sus latidos.

—Lo cierto es que quería llevarte a un sitio…

Enid se apartó y lo miró entusiasmada.

—¿A qué sitio?

—Si te lo digo, ¿qué gracia tiene?

—¿Lo conozco?

Lachlan se había apartado de ella para ensillar a Ciaran.

—Le diré a Neill que avise de que salimos a montar y que llegaremos tarde a comer.

—¿Está lejos? —siguió interrogándolo—. ¿Es una ciudad? ¿Un lago quizá?

—Nos llevaremos algo de comer, seguro que no has desayunado apenas.

—Dos bollos —dijo ella dándose por vencida—. Mientras me bañaba.

Él detuvo lo que estaba haciendo y la miró curioso.

—¿Has desayunado mientras te bañabas?

Enid asintió.

—¿Por qué?

—No quería perder el tiempo.

Su marido entornó los ojos mirándola con fijeza y ella desvió la mirada fingiendo prestar atención a una brizna de paja situada sobre un montón de ella. Lachlan terminó de ensillar al caballo y la agarró por detrás pegándola a su cuerpo.

—¿Tantas ganas tenías de verme? —susurró en su oído.

—Quería ver a Ciaran, ¿qué te has creído?

Había una sonrisa en su voz, podía percibirlo. Y también el aroma de su pelo y sus curvas

amoldándose a su cuerpo. La hizo girar dentro de sus brazos y la miró fijamente a los ojos.

—Tenga cuidado, señora McEntrie, podría enamorarse de mí —dijo burlón.

Enid simplemente asintió, sin apartar la mirada y sin tratar de ocultarse. Lachlan dejó emerger una sonrisa cómplice.

—Espero que si sucede dure un poco más de lo habitual.

El corazón de Enid se detuvo un instante, como si se hubiese olvidado de cómo latir. Era un comentario jocoso, lo sabía, pero por algún motivo le hizo daño. Nunca confiaría en ella. Si le confesaba sus sentimientos no la creería. Y lo peor era que no podía culparlo, ¿quién la creería conociéndola? Bajó la mirada y suspiró silenciosamente. Se apartó de él para acercarse a Ciaran y susurrarle algunas palabras cariñosas. Después lo sacó de la cuadra ante la atenta mirada de su esposo. Lachlan tenía el ceño fruncido y el ánimo confuso. ¿Le había molestado su comentario? Solo pretendía rebajar la tensión que él mismo sentía. No tenía mucha experiencia en temas románticos y las sutilezas se le escapaban entre los dedos. Y aún tenía que ensillar a Bran.

El viento que susurraba entre los árboles llevaba aún consigo el aroma salado del mar. Llevaban más de una hora de camino y Enid seguía sin saber hacia dónde se dirigían, pero estaba tan feliz por montar a Ciaran que habría ido al fin del mundo sin preguntar. El rugido del océano los acompañó parte del camino, pero a veces su rumor se alejaba dejando tan solo un ligero rastro de su voz. Miró al cielo cubierto de nubes y se preguntó adónde se había ido el precioso día con el que había amanecido.

—Tendremos dónde resguardarnos, tranquila —dijo Lachlan respondiendo a sus pensamientos.

Él siguió hablándole de vegetación y relatándole momentos de la Historia de las Highlands, en un intento evidente de vincularla con su destino. Nunca lo había oído hablar tanto y comprendió que él también estaba algo nervioso con la nueva situación. Curiosamente, darse cuenta de eso sirvió para relajarla. El hecho de que alguien como Lachlan McEntrie, un hombre curtido y con mucha más experiencia en la vida que ella, sintiera el peso de la decisión que habían tomado, hizo que se sintiese menos vulnerable, a pesar de lo que había estado a punto de confesarle.

—Dejaremos aquí los caballos —dijo él señalando un árbol.

Enid bajó de Ciaran y ató las riendas en otra rama para que los caballos estuviesen juntos, pero no demasiado cerca. Bran tenía un carácter fuerte y no quería que lo intimidase. Lachlan la cogió de la mano y la llevó por un sendero empedrado que serpenteaba hasta lo alto de la colina. El aire fresco acariciaba su rostro. A medida que ascendían, la vegetación se volvía menos densa y el silencio los envolvió cargado de misterio.

Enid se detuvo abruptamente y su aliento quedó atrapado en su pecho. Frente a ella se alzaban majestuosas unas imponentes columnas de piedra que parecían querer tocar el cielo. Sus formas, antiguas y gastadas, se recortaban contra el horizonte marino como testigos indiferentes de secretos susurrados, desde tiempos ancestrales.

El sol se filtró entonces entre las nubes e iluminó las piedras con un resplandor dorado, confiriéndoles un halo mágico. El entorno se llenó de una atmósfera solemne y trascendental que envolvió a Enid con un manto poderoso. Sentía como si estuviera ante un lugar sagrado, un santuario antiguo donde los límites del tiempo se desvanecían y los susurros del pasado se enroscaban alrededor de aquellas rocas erguidas y perennes.

Lachlan, observaba su reacción y sonrió satisfecho. Aquel era su lugar preferido del mundo, el sitio al que iba a refugiarse cada vez que perdía el norte y no encontraba el camino de vuelta a casa. La vio caminar hacia las piedras como si la llamaran, acariciarlas al pasar junto a ellas… Nunca había ido allí con nadie y sintió que una extraña emoción buscaba sitio en su pecho. Algo cálido y suave, como la caricia de una pluma. Suspiró para sí y siguió sus pasos sin prisa.

Enid acariciaba la rugosa superficie de las piedras con un sentimiento de pertenencia que le provocó escalofríos. Nunca había estado allí y, sin embargo, lo sentía familiar. Se detuvo y cerró los ojos respirando profundamente, dejando que la conexión entre su espíritu y la historia que vibraba a su alrededor se alojara cómodamente en su corazón.

Lachlan la cogió de la mano provocándole un respingo, pero la calidez de su mirada la hizo sonreír.

—Ven —dijo él tirando suavemente de ella.

Avanzaron por el verde prado y llegaron hasta el borde que se precipitaba violentamente hasta el mar. Enid se giró para observar los monolitos desde allí y sintió que no podían haber escogido un lugar mejor para ellos.

—¿Qué es este sitio? —preguntó abrumada por sus propias emociones.

—*Monadhachan Aodh* —dijo él con voz profunda—. Estas piedras llevan aquí más de cuatro mil años.

No la soltaba de la mano y Enid apretó su agarre para demostrar que era consciente de su contacto. Consciente y partícipe de él.

—Mi padre me contó una historia sobre este lugar, la primera vez que me trajo hasta aquí —dijo Lachlan—. Tenía una costumbre, al cumplir los doce años escogía un sitio especial para

nosotros. Este fue el mío. A cada uno nos explicaba la relación que el lugar tenía para nuestra familia, con la premisa de no compartir esa historia más que con uno de nuestros hijos.

—Qué complicado.

—Era como un rito de iniciación.

—Entonces no puedo saber tu historia —dijo ella—. Al menos hasta que… te dé un hijo.

Lachlan asintió.

—«Estas han sido las tierras de los McEntrie desde que el mundo es mundo» —imitó la voz de su padre.

Enid sonrió divertida.

—¿Estas tierras son vuestras?

—Ahora no. Pero un día lo fueron, como muchas de las tierras circundantes. La Historia de Escocia es convulsa y la de nuestra familia, también.

—¿De quién son entonces?

—De los Sinclair.

La espalda de Enid se enervó al escuchar ese apellido y su ánimo decayó como por ensalmo.

Debes haber venido con ella muchas veces entonces… —dijo para sí conteniendo una creciente irritación. *Aileen, esa diosa con aspecto angelical y un corazón apestoso como una boñiga.*

—No había venido desde hacía mucho tiempo… —Lachlan seguía con su relato ajeno a sus pensamientos.

—Muy bien —dijo ella caminando hacia las piedras—. ¿Nos vamos?

—¿Ya quieres irte? —preguntó extrañado.

—No quiero estar en *sus* tierras —dijo malhumorada.

Lachlan frunció el ceño y la alcanzó sin esfuerzo colocándose delante de ella para cortarle el paso.

—¿Estás enfadada?

Apretaba los labios para contenerse, pero su sonrisa acabó con su paciencia.

—¿Quieres que te hable de Harvey Burford?

El rostro del escocés perdió el humor por completo.

—¿Ese es…?

—Sí, mi pretendiente —dijo satisfecha.

—El marido de tu hermana —puntualizó con el mismo tono irritado que ella.

—Pero primero fue mi pretendiente. Y te aseguro que estaba muy interesado en mí.

—Enid…

—¿Qué? —dijo poniéndose las manos en la cintura.

—Para.

—¿Tú puedes mencionarme a Aileen, pero yo no puedo hablar de Harvey?

—No, no puedes.

—¿Por qué?

—Porque no.

—¡Ja!

Lachlan frunció el ceño.

—¿Por qué te pones así? ¿Qué he dicho? Estas son las tierras de su familia, eso no tiene nada que ver con…

—¿La traías aquí? —Lo cortó respirando agitada—. Los dos solos en mitad de este paraje desierto… ¿La besaste?

—Enid. —Sonrió al tiempo que movía la cabeza—. ¿Estás celosa?

—¡Qué! ¡Serás! ¿Celosa yo? ¿Por qué iba a estar celosa? No me importa a cuántas mujeres hayas besado. Me da igual.

La agarró del brazo y tiró de ella con tanta fuerza que no pudo evitar gemir al chocar contra su duro cuerpo.

—No vuelvas a hablarme de ese… Harvey, ¿me oyes? No quiero que pienses en él. No quiero que pienses en ningún otro del que te hayas enamorado.

El corazón de Enid latía desbocado y no se le ocurrió otra cosa que besarlo. Un beso en toda regla, directo y sin reservas. Lo buscó, lo acarició con su lengua y se deleitó con ello.

—Dios Santo, Enid —susurró él cuando consiguió separarse un milímetro de su boca—. Me vas a volver loco.

La levantó del suelo apretándola contra su cuerpo. La deseaba de un modo insoportable. Siguieron besándose hasta que Enid sintió una de aquellas piedras sagradas contra su espalda. No sabía cómo había llegado hasta allí, ni cómo había conseguido quitarle las calzas, pero lo que sí sabía era que lo quería dentro. Muy dentro.

—Completamente loco —repitió él cuyo cerebro tenía dificultades para hilar más de unas pocas palabras.

Se hundió en ella de una embestida larga y profunda. Enid abrió la boca como si quisiera gritar, pero él la hizo enmudecer con su ávida lengua. Sus certeros movimientos le robaron la capacidad de pensar. Solo podía sentir, sentirlo a él, poderoso y fuerte, atravesándola sin

misericordia. Esa vez no hubo delicadeza ni dulzura, pero tampoco lo necesitaban. Querían lo que el otro les daba y querían más, mucho más. Enid gimió cuando la elevó del suelo sin separarse y se enroscó a su cintura aprisionándolo. Se necesitaban con desesperación, y con esa misma desesperación se aferraron el uno al otro cuando llegaron a la cima de aquella montaña. Asolaron la cumbre con su fuego y ninguno de los dos emitió una sola palabra hasta que cayeron al suelo, exhaustos y saciados.

Capítulo 29



Enid se recostaba contra su pecho, sentada delante de él. Lachlan se apoyaba en una de las piedras, la más alta y la tenía abrazada mientras observaba el paisaje con rostro relajado.

—Aquí se fraguó la enemistad entre los McEntrie y los MacDonald —dijo con voz suave.

—Creía que fue en el castillo de los MacDonald. Elizabeth me contó la historia de Arthur McEntrie y…

—Esa historia es muy posterior al inicio de nuestra enemistad —la interrumpió al tiempo que trataba de colocarle el cabello que caía sobre sus hombros desordenado—. En la época de la muerte de Arthur, ya éramos enemigos acérrimos y habíamos batallado por las tierras en incontables ocasiones. No, la enemistad se fraguó aquí y no tiene nada de romántica. Ahora que formas parte del clan McEntrie, deberías conocerla.

Enid no pudo evitar una sonrisa complacida.

—Así que pertenezco al clan McEntrie —dijo burlona—. ¿Aceptaréis a una inglesa?

—Ya no eres inglesa, ahora eres mía —afirmó rotundo—. Por lo tanto, eres escocesa de pleno derecho.

Enid entornó los ojos planteándose decirle lo que opinaba al respecto, pero optó por dejar

que disfrutara de su orgullo escocés un poco más e ignoró el comentario.

—Cuéntame la historia —pidió y se acomodó para escucharlo.

Lachlan se rindió con su pelo y la rodeó de nuevo con sus brazos.

—Todo ocurrió en la tumultuosa época en la que Juan Balliol y Robert de Bruce luchaban por el trono de Escocia. Duncan MacDonald y Malcolm McEntrie eran amigos desde la infancia, compartían su visión del mundo y los dos apoyaban a Robert de Bruce. Siendo muy jóvenes juraron luchar juntos por la independencia de Escocia y asegurar la coronación de Robert como rey legítimo. Este era el lugar secreto en el que se reunían con otros partidarios afines. Aquí venían miembros de distintos clanes de toda Escocia, que apoyaban a Robert en su pretensión de hacerse con el trono y echar a los ingleses de nuestra tierra.

—Juan también era escocés —apuntó Enid sin poder evitarlo.

—¡Ja! —se burló él.

Ella giró la cabeza para mirarlo a la espera de que le diera una respuesta un poco menos escueta.

—Juan estuvo siempre bajo el yugo de tu rey.

—Eduardo I murió siglos antes de que yo naciera, difícilmente podía ser mi rey.

—Aun así, es tu rey —dijo él con una ceja levantada.

—Bueno, continúa con tu historia —pidió volviendo a su posición original.

—Ambos clanes habían acordado reunirse para planificar sus estrategias. Sin embargo, unos meses antes del fatídico encuentro, Duncan fue seducido por las promesas de los seguidores del rey Juan que le ofrecieron grandes riquezas.

—Cómo no, Duncan se tenía que llamar —dijo ella con desprecio—. Aun así, me gustaría

saber cómo cuentan la historia en la familia MacDonald.

—Te gustaría, ¿eh?

Enid trató de apartarse, quería mirarlo mientras hablaba, pero él no se lo permitió y la apretó más entre sus brazos.

—Vuestra narración es demasiado maniquea. —Permitió que la sonrisa se reflejara en su voz para irritarlo—. Las cosas no son blancas o negras…

—¿Puedo seguir o quieres seguir defendiéndolos?

—No estoy defendiéndolos.

—Ya lo creo que sí.

Enid se dio cuenta de que lo había conseguido y contuvo la risa para que no se percatara de que lo estaba provocando.

—Está bien, me estaré calladita.

Lachlan murmuró algo para sí antes de continuar.

—Duncan, en su ambición y desesperación por obtener poder y riquezas, hizo un pacto secreto con el rey Juan para entregarle a los que habían sido sus amigos hasta entonces. Como imaginarás su traición tuvo consecuencias devastadoras e inesperadas para los partidarios de Robert de Bruce, en especial para nosotros, los McEntrie. Se preparó una emboscada y fueron atacados por un ejército enviado por el rey Juan. El primogénito de Malcolm McEntrie murió atravesado por la espalda del que había sido amigo de su padre y Malcolm juró sobre la tumba de su hijo que los McEntrie no perdonarían jamás esa traición —sentenció solemne.

—Y aquí seguimos —dijo ella moviendo la cabeza con incredulidad—. Seiscientos años después y combatiendo en el *Tug of war* y en el lanzamiento de martillo, sin la menor piedad.

El silencio a su espalda la hizo girarse y vio el rostro severo de Lachlan que mantenía los labios apretados.

—¿Te has enfadado? —preguntó y acto seguido se giró y se puso de rodillas sentándose sobre sus pies—. Estoy bromeando.

—Te burlas de mis antepasados que murieron en este campo. Sentada sobre la tierra que empapó su sangre. Ante estas piedras que los vieron dar su último aliento.

Lejos de conmoverse, Enid lo miró con expresión irónica.

—¿Cuánto de verdad hay en esa historia?

Lachlan levantó una ceja.

—No mucha.

—¿Entonces? —se rio ella—. ¿Por qué te enfadas? Sabía que era un cuento para niños.

—Podría ser cierta. La enemistad de las dos familias es un hecho y no sabemos a cuantos siglos se remonta, pero te aseguro que son muchos.

—No me cabe duda de que la habéis alimentado bien, si os dedicáis a difundir folletines como este…

Su esposo la atrajo hacia sí como si fuera a besarla, pero detuvo su avance a pocos milímetros.

—Señora McEntrie, debería hacer honor a su apellido.

—Odio a los MacDonald como la que más —dijo mirándolo con fijeza.

Lachlan sonrió satisfecho.

—Así se habla.

—No me beses —pidió ella.

—¿Por qué? —La devoraba con los ojos.

—Porque ya sabemos adónde nos llevará eso y, de verdad que… duele.

El rostro de Lachlan se contrajo con evidente preocupación.

—He sido muy… brusco. Lo siento, me he vuelto…

—Loco, lo sé —dijo ella sonriendo—. Yo también.

—Enid…

Fue ella la que lo besó, pero aquel fue un beso tierno y suave. Un beso de esos que te curan el alma y te llenan de paz. Un beso que hablaba de sentimientos y emociones que ninguno de los dos estaba preparado para sentir. Cuando sus bocas se separaron permanecieron un buen rato mirándose, sin decir ni hacer nada. Tan solo sus ojos en una conversación silenciosa y profunda que aún no podían llevar a sus labios.

—Mi padre nos engañó a todos —dijo con voz profunda y una ligera sonrisa—. Cuando cumplí catorce años me enteré de que nos contó la misma historia cambiando el escenario.

Enid pestañeó sorprendida y después se rio a carcajadas.

—Fue muy decepcionante, no tiene ninguna gracia. Por eso, aunque asegura que la historia es auténtica ninguno nos lo creemos.

—Está bien pensar que hay una razón para un odio heredado.

—Seguro que hubo una traición y seguro que fue de los MacDonald, lo llevan en la sangre.

—Los McEntrie no —dijo ella rotunda.

—Los McEntrie nunca.

Enid se puso de pie y paseó entre las piedras con los brazos extendidos.

—Igualmente, este sitio se merece una historia épica. Aunque yo preferiría una romántica,

con un amor imposible y una muerte con espada. Y con caballos, por supuesto. —Se giró a mirarlo—. ¿Por qué me has traído aquí? Está claro que por la historia no es.

—Es mi lugar favorito —dijo doblando una rodilla para apoyar el brazo en ella.

Después de unos minutos en silencio, Lachlan se levantó y se colocó junto a ella para contemplar el paisaje.

—Me alegro de que me hayas traído. Me gusta mucho este sitio. A pesar de…

La miró al ver que no terminaba la frase.

—¿A pesar de…?

—Aileen.

Él sonrió travieso.

—¿Otra vez celosa?

Lo miró con aquellos enormes ojos sin dobleces.

—¿Debería estar celosa?

Su marido entornó los ojos mirándola con atención.

—Nunca vine aquí con ella.

Aquella afirmación hizo aflorar un sonrisa alegre en el rostro de Enid.

—Juguemos a algo.

—¿Jugar?

Enid asintió.

—Sé muy poco de ti y tú tampoco sabes apenas nada de mí. Hagamos un ejercicio para conocernos mejor. ¿Quieres?

Lachlan se encogió de hombros dispuesto a complacerla.

—Imaginemos que de verdad estas piedras son sagradas —dijo moviéndose entre ellas—. Dentro de este círculo no podemos mentir y deberemos contestar a cualquier pregunta que nos haga el otro.

—Y no podremos salir de aquí hasta que el juego haya terminado, cosa en la que deberemos estar de acuerdo—añadió él.

Enid lo miró sorprendida y sonrió al verlo dispuesto a seguirle la corriente.

—Y, sobre todo, sin contacto de ninguna clase.

Lachlan frunció el ceño. Empezaba a pensar que lo creía muy poco estoico y lo cierto era que estando con ella le costaba enormemente contener sus emociones. Así que asintió para demostrarle que podía hacerlo… si lo obligaba.

—¿Estás seguro? No puedes echarte atrás —advirtió ella.

—Estoy seguro. ¿Y tú?

—Es mi juego —sonrió asintiendo—, así que empezaré yo. ¿Cuál es tu color preferido?

Lachlan frunció el ceño, no se esperaba una pregunta tan fácil.

—El azul.

Ella asintió satisfecha y lo señaló.

—Te toca.

—¿Cuál es tu color preferido?

—Eso no vale —dijo decepcionada.

—¿Yo no puedo saber qué color te gusta?

—No te lo estás tomando en serio.

—¿Estás segura de que quieres que me lo tome en serio?

—¡Sí!

—¿Qué pensaste la primera vez que me viste?

—Mmm… —Se llevó un dedo a los labios pensativa—. Que eras muy reservado.

—¿Solo eso? Recuerda que debes responder con sinceridad.

Enid se mordió el labio inquieta, pero los ojos de Lachlan estaban fijos en ella y no le permitían escapatoria alguna.

—Me intimidabas un poco.

Él curvó ligeramente su boca. Le gustaba ponerla nerviosa.

—¿Qué significa que te intimidaba?

—Eso es otra pregunta, ahora me toca a mí.

Tiró del vestido hacia abajo como si no lo tuviera en su sitio, mientras pensaba en qué pregunta hacerle. Debería haberlo tenido preparado, pero es que había sido una decisión espontánea.

—¿Has hecho… el amor con muchas mujeres?

La expresión de Lachlan se volvió cálida.

—¿Quieres un número?

—¿No lo recuerdas?

Estiró el brazo para agarrarla, pero ella dio un paso atrás.

—Sin contacto —advirtió.

—Cinco.

¿Cinco mujeres? Puedo soportarlo, pensó Enid.

—Cinco mujeres, no cinco veces —aclaró él al ver su rostro complacido.

—¿Cuántas veces? —preguntó ella con timidez.

—Esa es otra pregunta. —Se la devolvió por lo de antes—. Me toca. ¿Qué significa que te intimidaba?

—Me parecías… inalcanzable.

—¿Inal…? —Soltó una carcajada—. ¿Por qué?

Enid sonrió ligeramente y rehuyó su mirada. No tenía ni idea de por qué había dicho eso. Le parecía misterioso y distante. Se dio cuenta de que inalcanzable lo definía bastante bien.

—¿Qué pensaste la primera vez que me viste? —preguntó ella ahora interesada.

La miró de arriba abajo y consiguió hacerla enrojecer.

—Que nos ibas a dar muchos problemas.

Ella frunció el ceño pensando en el momento en que Dougal los presentó. No recordaba haber dicho o hecho nada fuera de lo normal.

—Te vi saltar por ventana de la biblioteca —aclaró él apoyando el peso de su cuerpo en una pierna.

Enid abrió la boca al recordarlo.

—¡Oh! Claro, ahora entiendo…

—Ah, ¿sí? Qué es lo que entiendes —dijo dando un paso hacia ella.

Enid se alejó de nuevo mostrándole las palmas de las manos.

—Tus comentarios. A veces no sabía a qué te referías y ahora todo cobra sentido —sonrió divertida—. Debiste pensar que estaba loca.

—No es lo que pensé —dijo él enigmático.

—¿Cuántas veces? —preguntó ella volviendo al tema inacabado.

—¿Tengo que contarlas? Son bastantes —dijo con mirada intensa.

—En realidad no quiero saberlo. No me importa. —Intentó que sonara indiferente, pero no lo consiguió.

Lachlan dio otro paso hacia ella.

—No sabes lo torpe que puede ser un hombre en su primera vez, te aseguro que es mejor para ti que tenga experiencia.

Ella se apartaba cada vez que él hacia el intento de acercarse y vistos por un observador ajeno habría parecido que estaban en alguna clase de danza.

—¿Cuándo fue la primera vez que pensaste en besarme?

Enid lo miró asustada.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Tus normas dicen que debes responder a cualquier cosa que pregunte.

Otro paso y de nuevo ella se alejó rápidamente.

—No lo sé —dijo irritada.

—Y debes decir la verdad.

—Maldita sea —masculló al tiempo que daba un golpe de tacón en el suelo. ¿Por qué narices se había metido en aquel embrollo?

—Aquella noche.

—Esa respuesta es muy ambigua, no vale.

Resopló impaciente y lo miró con el ceño fruncido.

—La noche que montaste a Ciaran y que él te tiró por… mi culpa.

La observó unos segundos sin decir nada. Su nariz respingona, sus pequeñas orejas, hasta su

barbilla le parecía adorable.

—Yo también lo pensé —dijo con voz suave.

—No te lo he preguntado. —*Don Tengo mucha experiencia en estos temas.*

Intentó acercarse de nuevo y al ver que lo rehuía mostró las manos en señal de rendición.

—Acabemos con esto —pidió—. Quiero abrazarte.

Enid sintió que una extraña debilidad se enroscaba en su cintura.

—¿Todavía la amas?

El rostro de Lachlan quedó petrificado y sus manos que hacía un instante intentaban alcanzarla cayeron a ambos lados de su cuerpo.

—¿Qué?

—¿Amas a Aileen? A pesar de lo que te hizo la sigues amando, ¿verdad? —Dio un paso hacia él—. ¿Por qué? ¿Por qué la amas? ¿Es porque es hermosa? ¿Porque no la has tenido? ¿Por qué amas a una mujer que te traicionó con tu propio hermano?

La mirada de Lachlan se oscureció y todo su cuerpo mostraba la tensión del momento.

—Se acabó el juego —dijo y salió del círculo de piedras con grandes zancadas.

Enid se maldijo en silencio por haber dicho aquello. ¿En qué estaba pensando? Corrió tras él y lo agarró del brazo para detenerlo.

—¡Lo siento! —exclamó—. No sé qué me ha…

Él la miró furioso.

—No soy estúpido, aunque tú pareces creerlo.

—Ya sé que no eres estúpido.

—¿Lo sabes? Y aun así crees que amo a una mujer capaz de hacer lo que ella me hizo. La

amé, sí, pero no queda rastro de aquel sentimiento en mi corazón.

Ella lo escudriñó buscando un resquicio por el que colarse.

—¿Y la deseas?

Lachlan desvió su mirada y Enid sintió una hoja afilada atravesando su pecho.

—¡La deseas! —exclamó dolida y ahora fue ella la que trató de alejarse.

—¡Soy un hombre! —dijo él haciendo que se detuviera—. Mi cuerpo reacciona a los impulsos, pero eso no significa que…

Enid lo miró y sus ojos húmedos lo hicieron mascullar entre dientes. Ella creyó escuchar una maldición, pero no estaba segura.

—No soy un animal, no me acostaré con ella porque la desee.

—Eso no importa —dijo sincera.

—¿Que no importa?

Ella volvió sobre sus pasos y se detuvo frente a él. Tuvo que levantar la cabeza para mirarlo, era tan alto que no podría permanecer así mucho rato, pero lo que tenía que decirle no le llevaría mucho tiempo y estaba segura de que no tendría respuesta.

—Si te dijera que deseo a Gilleasbuig, pero que nunca dejaré que me haga lo que tú me has hecho, ¿no te importaría?

Lachlan apretó los labios y los puños sin darse cuenta.

—Pues imagínate lo que sentirías si, además, me amaras.

Se dio la vuelta y corrió hacia donde habían dejado los caballos sin esperarlo. Bran era mucho más rápido que Ciaran y no le costó mucho alcanzarla y obligarla a detenerse. La hizo bajar del caballo y por más que se resistió logró abrazarla para contener sus sollozos.

—¡Déjame! —dio revolviéndose como un gato.

—Enid, para, por favor.

Ella escondió la cara en su pecho muerta de vergüenza. Lloraba de rabia por haber propuesto un juego estúpido y por no ser capaz de mentir.

—*Mo chridhe* -susurró con los labios rozando su pelo.

—No me llames así —pidió sin levantar la cabeza.

—¿Por qué? —sonrió él.

—Porque no soy tu corazón. Solo soy tu estúpida esposa.

—Y mi amiga —dijo sin dejar de acariciarle el pelo—. Eres mi amiga, Enid y ese es un buen comienzo para un matrimonio.

Ella apartó la cabeza y lo miró.

—¿Por qué tienes que ser tan alto?

La levantó del suelo.

—¿Así mejor?

Ella asintió y se limpió las lágrimas.

—No lloro por pena, que quede claro. Es que estoy muy enfadada.

—Humm.

—¿No me crees?

Lachlan asintió.

—Saldrá bien —dijo con una mirada cálida—. Esto saldrá bien.

Enid asintió también.

—Y no olvidemos lo otro —dijo apretándola contra su cuerpo—. Hay que reconocer que en

la cama somos puro fuego.

Enid sintió que sus mejillas se caldeaban consciente de a qué se refería.

—¿Lo deseas? —preguntó él sin apartar sus ojos—. A Gilleasbuig.

—¡No!

La deslizó hasta el suelo asegurándose de que se percataba de su excitación.

—¿Y a mí?

Enid trató de empujarlo, pero su pecho era una roca y su cuerpo una mole inquebrantable. Lachlan se inclinó entonces y la besó en la boca dejándola sin aliento. Después siguió besándole las mejillas, los ojos, la frente y volvió de nuevo a su boca. Era como si no pudiera despegar los labios de ella y Enid sentía que perdía la cabeza de nuevo y el mundo era pura luz.

—Nadie ha sido capaz de despertarme este hambre… —dijo Lachlan mientras sus dientes mordían de manera controlada provocando un agónico gemido en la garganta de su esposa.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y echó la cabeza hacia atrás para darle paso. La lengua de Lachlan tomó entonces el protagonismo lamiéndola en una danza sensual e imparable que culminó en su boca.

La sangre que corría por las venas del escocés era pura lava y su corazón latía tan deprisa como su cuerpo manifestaba su excitación. No podía arrastrarla de nuevo, estaba dolorida y era demasiado pronto. La estaba confundiendo hasta el punto de creer que lo amaba, cuando en realidad era su cuerpo despertando a un mundo desconocido y demasiado placentero. Enid no pudo evitar su decepción cuando le apretó la mejilla contra su pecho reteniéndola allí unos segundos hasta recuperar el control de sus emociones.

Cuando consiguió calmarse la separó con una sonrisa.

—No me mires así —pidió—. No soy tan fuerte, Enid.

Ella apartó la mirada avergonzada y él gruñó antes de apartarse lo bastante para poder verla bien. Tenía los ojos brillantes como vidrio esmerilado, su pecho subía acompañando a su agitada respiración y trataba de esconder lo vulnerable que se sentía.

La levantó del suelo de nuevo y giró con ella en brazos hasta hacerla reír.

—Eres tonto.

—Y tú, adorable, *mo chridhe*.

Enid le apartó el pelo de la frente y lo miró sincera. Sabía que no la creía y no se lo reprochaba, ¿quién podría creer que sus sentimientos fueran auténticos después de lo mucho que se había equivocado? Pero, precisamente por eso, ella sabía que esta vez era de verdad. Nunca había sentido nada parecido. Una absoluta certeza, un sentimiento de pertenencia, de haber encontrado el camino a casa. Y resultó ser una emoción desbordante, casi dolorosa que no habría podido imaginar. Lo amaba, no le cabía la menor duda, y le demostraría que podía confiar en ella. Pero iba a necesitar tiempo y paciencia. Sobre todo si Aileen estaba cerca. Sonrió cuando Lachlan la ayudó a subir al caballo para regresar al castillo.

—Los demás ya habrán regresado —dijo él subiendo a Bran—. Y no estarán muy contentos.

Capítulo 30



—¿Se puede saber por qué habéis hecho esta estupidez? —Craig los miraba con semblante severo—. ¿Es que acaso creíais que iba a oponerme?

—Fue un impulso, padre, no lo pensamos demasiado —dijo Lachlan, que había sido el único que había hablado todo el tiempo.

Enid permanecía en silencio, con las manos unidas pegadas a su falda y la cabeza baja para ocultar sus ojos. No quería que pudiesen leer en ellos.

—Mejor aquí que en Gretna Green —dijo Dougal con una sonrisa de oreja a oreja—. Eso es para los que se casan de manera furtiva o en contra de los deseos de sus familias. Y aquí todos estamos encantados con esta boda.

—¿Todos? —Kenneth bajó el tono para que solo él pudiera oírlo—. La cara de tu mujer no dice tal cosa.

Dougal miró a Elizabeth y la sonrisa de su rostro desapareció como por ensalmo.

—Menuda aventura —dijo Brodie pasando el brazo por los hombros de Lachlan y sacudiéndolo con complicidad—. Que calladito que lo teníais.

—Desde luego —afirmó Ewan sintiéndose un bobo por no haberse dado cuenta de nada.

—Aileen se va a tener que tragar su propio veneno —dijo Caillen—. Bien que se apresuró a contarle a todo el mundo que os habían visto en la pensión. Cuando sepa que os habéis casado le va a salir espuma por la boca.

Dougal seguía mirando a su esposa, no entendía por qué no estaba tan contenta como él. Las cosas habían salido tal y como las había imaginado. Claro que todo era un poco raro, más teniendo en cuenta que Lachlan no parecía nada dispuesto cuando hablaron del tema. Se encogió de hombros, no dejaría que sus pensamientos le aguasen la fiesta, si algo había aprendido de sus años de pirata era que nunca hay que rechazar a la buena suerte cuando te llega.

—Me gustaría hablar con Enid —dijo Elizabeth sacándolo de sus pensamientos—. A solas.

Craig frunció el ceño, pero enseguida les hizo un gesto a todos para que salieran del salón.

—Vamos a brindar por los novios —dijo Dougal tratando de mantener un ánimo festivo—. Cuando acabéis volveremos a reunirnos y planearemos una celebración como Dios manda.

Su mujer asintió y le sonrió con ternura para que supiese que estaba bien. Esperó hasta que la puerta se hubo cerrado tras ellos y miró a Enid expectante.

—Ahora vas a contarme lo que ha pasado de verdad.

Enid se mordió el labio, no contaba con aquella encerrona.

—Sé que todo esto es un invento para ocultarme algo. ¡No me has mirado a los ojos ni una sola vez desde que has llegado! Tus padres, Enid.

La joven empalideció, pero la miró al fin.

—Lo entenderán.

—¿Que lo entenderán? ¡Por Dios! Una boda en una capilla, sin testigos…

—Teníamos testigos.

—¿El mayordomo y una doncella? ¡Parece una boda por… urgencia!

—¿No te referirás a…? ¡Elizabeth, yo jamás…!

—Os vieron en una posada. Abrazados y en la misma habitación.

—Nos vieron porque la puerta estaba abierta —recordó ella—. ¿Crees que si hubiéramos estado haciendo algo tan… tan…?

Elizabeth no pudo evitar una sonrisa al ver su turbación.

—Veo que habéis consumado el matrimonio.

Oh, sí, varias veces, de hecho. Y me muero por hablar de esto con alguien, pero no creo que pueda hacerlo contigo.

Elizabeth le hizo un gesto para que se sentara a su lado y Enid obedeció para a continuación iniciar su estudiado relato.

—Tuve una discusión con Gilleasbuig, le dije que no estaba enamorada de él y que no quería volver a verlo. Se mostró muy decepcionado conmigo y me dijo cosas horribles.

—¿Te hizo daño? —preguntó Elizabeth asustada.

—No, no me hizo nada. Tenía que aceptar lo que yo había decidido. Pero después de esa conversación yo me sentí muy mal y entonces me enteré de que Ciaran estaba muy enfermo. —Hizo una pausa dramática y continuó—. Neill estaba hablando con Lachlan y los escuché. Él iba a volver con Neill y yo les dije que me iba con ellos, ya sabes lo mucho que me importa Ciaran. En el camino tuve un accidente…

—¡Qué?

—No fue nada, tan solo me di con una rama en la cabeza. No conozco bien el lugar y era de noche… —Sentía los ojos de Elizabeth clavados en ella—. La cuestión es que Lachlan me llevó

a la posada porque quería que me viese un médico. Estábamos esperándolo para que me examinara cuando nos vieron los Buchanan. Tratamos de explicarles lo sucedido, pero esa horrible mujer no quiso creernos.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Elizabeth con voz calmada.

—¿El qué?

—La conversación con Gilleasbuig.

—Pues…

—¿Cuando dijiste que querías ver cómo montaban las tiendas y bajaste sola?

Enid frunció el ceño al recordar y asintió.

—¿Y cuándo llegó Neill? Nadie más lo vio.

—No sé… durante el baile, creo.

—¿Cuando fuiste a cambiarte de vestido?

Enid asintió lentamente.

—No puede ser, Lachlan estaba allí y…

—Después. —Recordó que Lachlan había encontrado a Kenneth en la biblioteca bebiendo—. Estaba con Kenneth en la biblioteca bebiendo cuando llegó Neill. No quisieron preocupar a nadie y por eso no dijeron nada.

—¿Y dónde estaba Neill?

Enid volvió a fruncir el ceño confusa, la mente de Elizabeth parecía ir mucho más rápido que la suya propia.

—En la posada, ¿dónde estaba Neill?

—¡Oh, eso! —¿Cómo no habían pensado en ello—. Pues… él… no estaba. No tenía sentido

que se quedase también. Ciaran estaba enfermo… —improvisó—. Lachlan le pidió que se adelantase.

Elizabeth tenía una mirada de lo más elocuente.

—¿Y qué caballo te llevaste?

—¿Qué?

—Nosotros fuimos a casa de Nathaniel en carruaje, ¿qué caballo cogiste?

—Pues… ninguno.

Elizabeth enarcó una ceja a la espera de explicación.

—Como bien has dicho, no llevé caballo así que tuve que… montar con Lachlan.

—¿Fuisteis los dos en el mismo caballo?

Enid asintió, no tenía sentido dar marcha atrás. Lo dicho, dicho estaba.

—Está claro que no me crees —dijo fingiendo ofenderse.

Elizabeth sonrió sin dejar de mirarla.

—No es que no te crea, es que mientes muy mal, Enid. Nadie te creerá si cuentas esa historia tan rocambolesca. Excepto Bonnie, pero es que ella es tan fantasiosa como tú. Y no lo agraves negándolo o me sentiré muy decepcionada. Puedo aceptar que me digas que no quieres contarme la verdad, que tienes motivos para ocultármela, pero no que me mientras tratando de engañarme, eso no lo aceptaré de ningún modo.

—Elizabeth, por favor. —La cogió de la mano y la miró a los ojos con expresión de súplica —. No me pidas más. ¿Tan mal te parece que Lachlan y yo nos hayamos casado? ¿Qué más da los motivos que tuviéramos para hacerlo?

—¿Te ha dicho que te ama?

Enid negó con la cabeza y su expresión dio muchos más datos de los que habría querido revelar. Elizabeth hizo que volviese a mirarla poniendo un dedo en su mejilla.

—¿Tú lo amas?

—Sí —dijo rotunda.

—¡Pequeña!

Enid se mordió el labio para contener su temblor, escucharla usar ese tono cariñoso la hacía vulnerable y no quería ponerse a llorar como una niña.

—Aprenderá a amarme —dijo con voz queda—. Yo haré que me ame.

—¿Estás segura de que esta vez es de verdad?

Enid asintió.

—Me siento una estúpida por haber pensado que sabía lo que era el amor. Nunca había sentido esto por nadie. Nunca. Y, ¿sabes qué, Elizabeth? Creo que lo supe desde el primer momento. Supe que era él. Buscaba siempre la manera de estar a su lado, me impliqué con Ciaran porque era suyo. No me daba cuenta, pero siempre estaba pendiente de lo que hacía o de lo que decía. Y quería que se fijase en mí, que me prestase atención por eso hice lo de Gilleasbuig…

—Eso podría haber sido muy peligroso, niña.

No sabes cuánto.

—Y muy estúpido —añadió con una sonrisa cómplice—. Como se encargó él de hacerme saber siempre que pudo.

—¿Por eso me preguntaste por Aileen?

Enid asintió y sus ojos se humedecieron. Elizabeth le dio unas palmaditas en las manos con

ternura.

—La olvidará.

—Dice que ya no la ama, pero creo que quería contentarme.

—Debes creer en él. Lachlan es un hombre honesto, estoy segura de que será totalmente sincero contigo.

Demasiado sincero, se lamentó al recordar cómo había confesado que aún la deseaba.

—Tendré que escribir una carta muy larga a tus padres.

—Yo lo haré.

—De ningún modo, yo te traje aquí y yo les contaré lo sucedido. ¿Puedo decirles que amas a tu esposo? Eso lo hará más fácil, supongo.

Enid asintió.

—Los invitaré a visitarnos.

—Todavía no —se apresuró a pedir—. Se darían cuenta de… Necesito un poco más de tiempo para que él… me tenga aprecio.

—Ya te tiene aprecio. Y, por lo que he visto cuando se ha enfrentado a todos nosotros, bastante diría yo.

—Puedes invitarlos para Navidad. Es una buena época y faltan aún varios meses.

Elizabeth suspiró sin dejar de mirarla.

—Debes comprender que para tu madre esto va a ser un descalabro. Te has casado a toda prisa, pensarán que hay algún motivo oculto. Todo el mundo lo pensará, de hecho, como lo pensaron conmigo. En mi caso, la falta de buenas nuevas ha acabado con esos rumores. Pero tú eres joven y es muy probable que quedes encinta enseguida.

Las mejillas de Enid se sonrojaron.

—No pareces disgustada por ello.

—¿Disgustada? ¡Oh, no! —Se tapó la boca al darse cuenta de su espontáneo comentario.

Elizabeth se rio a carcajadas.

—Me alegro de ver que te sientes complacida. Bien, pues esperaré hasta que consideres oportuno contarme toda la verdad. Si tú estás feliz, yo estoy feliz. Y por los rumores, no te preocupes, la gente se olvida pronto de todo.

—No me importa lo que piensen. Bueno, lo que piense mi familia, sí, pero sabré tranquilizarlos.

—Les pediré que pasen las Navidades con nosotros.

—Menciona a la duquesa de Sutherland y las ganas que tiene de que mamá venga a verla.

—Lo haré.

—Y di también lo feliz que estoy por poder ocuparme de los caballos.

Elizabeth asintió.

—Y diles…

—Al final ¿quién escribe la carta, tú o yo?

Enid bajó la mirada y sonrió con timidez.

—Ya está bien de charla —dijo Elizabeth poniéndose de pie—. Será mejor que nos reunamos con ellos o pensarán que te estoy leyendo la cartilla.

—¿Y no es lo que has hecho? —Enid no disimuló su tono de burla.

—Y bien que te lo tienes merecido.

Enid la abrazó con cariño.

—Vais a ser muy felices —dijo Elizabeth.

—Lo seremos —susurró Enid con voz anhelante.

—¿Lo habéis pasado bien? —preguntó Kenneth en el almuerzo tardío—. ¿Adónde habéis ido?

—*Monadhachan Aodh* —dijo Lachlan.

Craig levantó la vista y miró a su hijo sorprendido. Luego sonrió y siguió comiendo.

—Te habrá contado la historia de Duncan y Malcolm —dijo el patriarca.

—Sí —dijo ella sonriendo—. Y cómo los engañaste a todos.

—Durante años creímos que los McEntrie teníamos muchas historias —dijo Caillen—. Hasta que Lachlan destapó el pastel y supimos que nos había engañado como a unos tontos.

—Solo a vosotros —puntualizó Ewan—. Brodie y yo nos libramos.

—Por los pelos —dijo Kenneth.

—Era un buen modo de transmitiros el orgullo de ser un McEntrie —afirmó Craig—. ¿No es eso algo bueno?

—Menudo jarro de agua fría —dijo Dougal.

—Y hablando de otra cosa, ¿para qué quería Nathaniel hablar contigo, Caillen? —preguntó Craig.

—Quería modificar su testamento.

—¿Modificarlo? ¿Ha encontrado a su hermano? ¡No es posible! Me lo habría contado.

—Claro que te lo habría contado, padre —dijo Dougal—. Eres su mejor amigo.

—Querrás decir su único amigo —puntualizó Brodie—. Es el hombre más solitario que

conozco. No es solo el hecho de que no se haya casado nunca, es que tampoco tiene familia ni amigos.

—Nathaniel fue un hombre difícil en su juventud —explicó Craig.

—¿Difícil? —Elizabeth se mostró sorprendida—. Es un hombre encantador.

—Ahora, pero te aseguro que antes no lo era. Su hermano y él se llevaban muy mal. —Miró a Caillen y Kenneth sin disimulo—. Tanto que Sean acabó marchándose para siempre. Jamás regresó y cortó todo contacto con Nathaniel y con su padre. Ni siquiera vino para el entierro del viejo Forrester.

—Qué triste.

—Sí, hija, sí. No me imagino un dolor más grande para un padre que perder a uno de sus hijos.

—¿Y qué quería cambiar? —preguntó Brodie con curiosidad.

—Ya os conté que hace unos meses se enteró de que su hermano había muerto y me pidió que buscase a alguien que investigase si había dejado descendientes. Descubrimos que Sean tenía una hija y una nieta.

—¿Se lo deja todo a ellas? —preguntó Ewan con cara de sorpresa—. ¡Menuda alegría les va a dar cuando se enteren! Siempre he soñado con que me pasara algo así.

—Le hemos escrito una carta pidiéndole un encuentro —siguió Caillen ignorando los sueños de su hermano—. Nathaniel está dispuesto a viajar hasta Boston, pero la carta ha venido devuelta. Quiere que envíe otra. De hecho me ha pedido que siga escribiéndole hasta que responda. Aunque sea para mandarlo a la…

—Lo entendemos —lo cortó Elizabeth.

—Quizá su padre le contó algo que hace que no quiera saber nada de él —dijo Enid.

—No hay duda de que es eso —aseguró Craig—, pero es su tío y está solo en el mundo, debería mostrar un poco de compasión.

—Quién sabe lo que ocurre dentro de una familia —murmuró Lachlan.

—Y volviendo a vuestra visita a *Monadhachan Aodh* —dijo Kenneth—. ¿Qué habéis hecho allí?

No, no, no, no, no, suplicó Enid para sí muerta de la vergüenza y sintió que el rubor calentaba sus mejillas para delatarla vilmente. Kenneth elevó ligeramente una ceja y miró a su hermano que tenía la vista fija en el plato. Contuvo una sonrisa burlona y dejó que Elizabeth cambiase de tema convenientemente sin hacer leña del árbol caído, aunque con la perversa intención de utilizar aquel evidente descubrimiento a su conveniencia.

Capítulo 31



Las siguientes semanas se sucedieron con gran actividad. A la fiesta que organizó Elizabeth para celebrar la boda acudieron una gran cantidad de amigos, pero entre los invitados no se encontraba Rowena Sinclair, a la que Enid ansiaba conocer. Más después de saber que era buena amiga de Lachlan, a pesar de ser la hermana de Aileen. En el fondo esa era su mayor curiosidad, quería averiguar si, como decían todos, las dos hermanas eran como la noche y el día.

Los McKenzie organizaron una comida al aire libre para despedir el verano y, como no, todos los McEntrie estuvieron invitados. Enid descubrió que el resto de las familias de la zona consideraban a Craig su *laird* y, aunque ese título no tenía ya valor real alguno, sí que dotaba al que lo poseía de una pátina de respeto perfectamente visible en el trato de las otras familias para con él.

Enid se hizo un sitio permanente entre los hermanos y ya tenía sus ocupaciones como el resto. Ocupaciones que procuraba se desarrollasen siempre lo más alejadas posible de su esposo, ya que este aprovechaba cualquier ocasión para arrastrarla a algún lugar apartado donde solía ponerla en serios aprietos.

Las tardes las dedicaba Enid a pasar el rato con Elizabeth leyendo o charlando cuando no

haciendo visitas sociales, en las que asistían a reuniones o eventos para mujeres. Los pocos ratos libres que le quedaban, aprovechaba para leer alguno de los libros que Lachlan le había recomendado y solían hablar largo y tendido de ellos antes de dormirse, una vez satisfechas sus necesidades carnales. Las de los dos. Algo que sucedía cada noche sin excusa ni aplazamiento posible, por ninguna de las dos partes.

—Hoy han hablado mucho de ti —dijo Elizabeth cuando Enid le preguntó por su reunión con la señora McTavish—. Tanto ella como la señora Fergus están convencidas de que estás embarazada.

Las mejillas de Enid se caldearon instantáneamente.

—Menos mal que no te he acompañado —dijo con timidez.

—El modo en que Lachlan te mira resulta demasiado evidente —se burló su amiga—, deberías pedirle que se contenga un poco. Sois la comidilla de todo Lanerburgh, y no hablemos de los mozos, que entran en las cuadras silbando para no llevarse una sorpresa.

El rubor se acrecentó y el calor también.

—¡Ay, Dios! —exclamó Enid avergonzada, al recordar lo sucedido el día anterior en la cuadra de Ciaran. Si los caballos hablasen…

—Sé muy bien cómo son estos *highlanders* y me temo que no se parecen a los caballeros ingleses a los que estamos acostumbradas, pero no podemos dejar que hagan lo que quieran con nosotras.

Enid la miró inquieta.

—¿Tú también…?

Elizabeth sonrió con complicidad.

—Una vez, en la cocina —Se llevó la mano a la mejilla para tratar de enfriársela—. Había bajado a prepararme una infusión porque no podía dormir… Si Gavin hubiese aparecido, creo que me hubiese muerto allí mismo.

Enid puso cara de susto al imaginar al pobre cocinero entrando en la cocina y encontrándose con una escena como esa.

—Me dijiste hace una semana que te gustaría conocer a Rowena —dijo Elizabeth cambiando de tema.

—Así es.

—Pues mañana por la tarde vendrá a tomar el té, así que no hagas planes.

—¿La has invitado por mí?

Elizabeth asintió y sonrió afable y cogió la cesta con sus labores dispuesta a continuar con el bordado de la sabanita para la cuna del bebé.

—¿Ya se lo has dicho a Dougal?

—Aún es pronto.

—¿No se enfadará cuando sepa que se lo has ocultado todo este tiempo?

—Hasta que no esté de doce semanas no pienso decírselo.

Enid suspiró con preocupación.

—¿Qué? —Elizabeth la miró interrogadora.

—No está bien.

—Sabes cómo es, se preocupará.

—Pero tiene derecho a preocuparse. Es el padre.

Su amiga la miró reflexiva.

—¿Y si algo sale mal?

—Pues lo afrontaréis juntos. Dougal es el hombre más bueno que conozco Y el más grande —sonrió divertida—. ¿Qué les dan de comer para que sean tan enormes?

Elizabeth cogió la aguja y Enid abrió el libro que estaba leyendo, con una sonrisa de felicidad.

—¿Sabes lo que le pasa a Fionna? —preguntó Elizabeth refiriéndose a su doncella.

—¿Le ocurre algo? Glenna no me ha dicho nada.

—El otro día la encontré llorando y cuando le pregunté se puso tan nerviosa que derribó el jarrón de la entrada. Y ya sabes lo cuidadosa que es con todo.

—Su padre tuvo problemas con la granja, pero creía que ya se habían solucionado.

—Algo le ocurre, te lo digo yo. Siempre tiene los ojos hinchados y diría que ni siquiera duerme. ¿Podrías preguntarle a Glenna directamente? ¿Crees que te lo contará?

Enid se encogió de hombros. Se llevaba muy bien con su doncella, pero no estaba segura de que tuvieran tanta confianza.

—Hablaré con ella.

—Gracias.

Las dos se enfrascaron en sus respectivas tareas a la espera de que la cena estuviese lista.

—¿Cuánto tardará en perder el miedo? —preguntó Brodie sacando a Eógan, el semental preparado para la monta, para llevarlo hasta el cercado donde estaban las yeguas purasangre.

—Cada caballo es distinto, ya lo sabes —dijo Lachlan acariciando el lomo de Ruairí, el

potrillo que había estado a punto de romperse las patas de delante al caer en una zanja—. Saldrás de esta, muchacho.

—Estoy seguro de que ha sido Duncan, tiene su sello —dijo Brodie con rabia.

—Si lo ha hecho a propósito es una declaración de guerra en toda regla.

—Al final tendremos que vallar toda la propiedad —dijo Kenneth que llegaba de inspeccionar el terreno con Glenfyne—. Neill y Dougal se encargarán de tapar la zanja y Caillen va a ver si podemos emprender acciones legales contra los MacDonald.

—Que no pierda el tiempo —dijo Lachlan con pesar—. No servirá de nada. Duncan negará tener nada que ver y no hay forma de demostrarlo.

—Inspeccionaré el terreno a diario —dijo Kenneth—. Al menos durante un tiempo, hasta que estemos seguros.

—Ten cuidado con Glenfyne, no es inmune a las caídas y quién sea que la hiciera supo taparla muy bien.

Brodie abrió la puerta del cercado para dejar entrar a Eógan y cerró después quedándose fuera. Sus hermanos se acercaron colocándose junto a él. El momento de la monta era especial, no importaba las veces que se produjese, era la representación gráfica de la vida en una granja caballar. Lachlan se subió a la valla y se sentó en ella con gran habilidad y Kenneth se quedó apoyado en los listones junto a Brodie.

Eógan se movía alrededor de Ceò, la yegua purasangre que estaba lista para ser montada. El semental levantaba el labio superior y olfateaba el aire con fruición, percibiendo el olor a feromonas que emanaba de Ceò.

—Mira cómo arquea el cuello —dijo Brodie con tono burlón—, quiere que vea lo imponente

y musculoso que es.

—Igual que Lachlan cuando Enid se acerca de improviso —se rio Kenneth.

Lachlan contuvo una sonrisa sin caer en la trampa.

El semental relinchaba de manera prolongada y enérgica, haciéndole saber a la yegua que quería montarla mientras iniciaba su particular danza dando vueltas a su alrededor, brincando y levantando los cascos del suelo con elegancia.

—Está nervioso —dijo Kenneth—. Teme que en el último momento, lo rechace.

—¿Te ha pasado alguna vez, hermanito? —preguntó Brodie mirando a Lachlan con expresión inocente.

—¿Crees que te lo contaría si así fuese? —dijo el otro sin perder de vista al semental.

Ciertamente algunas hembras provocaban al caballo para finalmente rechazarlo dando coces con sus patas traseras, lo que provocaba un gran estrés en el animal y podía suponer un problema para la siguiente monta.

—Está claro que Ceò no piensa rechazarlo —dijo Kenneth al ver que la yegua permitía las caricias del semental sin eludirlas.

—Ya está listo —se congratuló Brodie al ver que Eógan olfateaba las partes traseras de la yegua para después lamerlas.

Lachlan sintió las miradas de sus hermanos clavada en él.

—¿Cuándo vais a parar con esto? Ya hace un mes que nos casamos.

—Pues parece que fue ayer, a juzgar por cómo la miras —respondió Kenneth.

La erección del caballo aumentó alcanzando el metro y medio y cuando la yegua apartó la cola dejándole paso libre, el semental levantó las patas y se subió encima de ella penetrándola de

un empujón. Siete movimientos y la cópula terminó.

—Catorce segundos —anunció Brodie dirigiéndose a la puerta para sacar a Eógan—. Espero que tú dures un poco más o Enid se sentirá muy defraudada.

Lachlan torció la sonrisa y se bajó de la valla para regresar a su trabajo.

—Con Lachlan no se puede, ya lo sabes —dijo Kenneth siguiéndolo—. Es inmune a la provocación.

Brodie se encogió de hombros y fue en busca de Eógan.

—No te habrás enfadado —dijo Kenneth al llegar junto a él.

—¿Enfadarme? ¿Por qué? Es normal que os muráis de envidia, mi vida sexual es mucho más placentera que la vuestra y eso debe haceros pensar mucho.

Kenneth sonrió divertido.

—¿En *Monadhachan Aodh*? —dijo burlón—. ¿Qué será lo próximo, hacerlo en las cuad…? ¡Lachlan! Pensaba que lo que decían los muchachos era una exageración, pero…

Se rio a carcajadas y el otro trataba de ignorarlo.

—Ni se te ocurra molestar a Enid con esto —le advirtió—. Dejadla tranquila.

—Nunca me imaginé que te vería así —dijo conmovido.

—¿Así cómo?

—Enamorado.

Lachlan se giró para mirarlo y su expresión era una mueca extraña difícil de catalogar.

—Quita esa cara, das miedo.

—¿De dónde sacas eso?

—¿Que estás enamorado? No hay más que veros juntos para saber que los dos lo estáis.

Lachlan frunció tanto el ceño que en su frente no cabían más arrugas.

—¡Increíble! ¿No lo sabías?

El otro se giró para darle la espalda y que no viera su conmoción.

—¡Lachlan! —Se acercó a él y soltó una carcajada—. Pero eso es algo bueno, estáis casados.

El otro seguía perplejo y sin saber qué era lo que lo aterraba tanto.

—Qué bien que está aquí —dijo Neill llegando junto a ellos—. Han traído esto para usted.

Kenneth extendió la mano para coger la nota, pero el mozo la dirigió hacia Lachlan. El escocés la cogió y Neill se marchó por donde había venido.

—No sabía que entregasen correo a estas horas —dijo Kenneth mirando el papel con curiosidad. Tenía un lacre y Lachlan parecía reacio a romperlo.

—Es de Buchanan —dijo.

Kenneth cambió de expresión.

—Dame, lo abro yo.

Lachlan no le hizo caso, rompió el lacre y desdobló el papel. Después de leerlo se lo dio a Kenneth. Su hermano levantó la vista con expresión contenida.

—No vas a ir.

El otro se frotó la mandíbula con expresión reflexiva.

—Por supuesto que no. Pero no deja de sorprenderme.

—Es una bruja amargada que quiere hacerte la vida imposible.

Lachlan lo miró con una sonrisa.

—Ya te he dicho que no voy a ir, así que no te sulfures. Quema esa nota y no hace falta que nadie se entere. ¿Me has oído?

—Que Enid no se entere, entendido.

Cada uno siguió con su trabajo y no volvieron a pensar en ello.

La hermana de Aileen miraba a Enid con expresión analítica. Elizabeth había tenido que resolver un problema doméstico, una discusión entre Gavin y Tom. El joven, que había servido como pirata bajo las órdenes de Dougal, decía que ya estaba harto de recibir golpes del cocinero, unas veces por espesar demasiado la salsa y otras por lo contrario, y amenazaba con marcharse de allí para siempre. Por ese motivo, habían avisado a Elizabeth, que era la única capaz de poner paz entre el cocinero y su ayudante.

—¿Nos sentamos? —propuso Enid señalando el servicio del té y Rowena asintió sin dejar de mirarla de aquel modo tan inquisitivo.

—Siempre me pregunté cómo sería la mujer que se casara con Lachlan.

Enid mantuvo la sonrisa mientras servía el líquido en las tazas, aunque su espalda se tensó al compararse mentalmente con su hermana.

—Si has sido la elegida, entonces tenemos que ser amigas. —La sonrisa de Rowena se mostró espléndida y Enid dejó salir el aire que se había acumulado en sus pulmones.

Una taza de té y dos pastitas después…

—No tenías por qué estar nerviosa —decía Rowena—, soy una persona muy comedida. Aunque vivir con mi abuela me ha dado carácter, eso es cierto. Es una pena que no hayas podido

conocerla, te aseguro que no era una mujer que dejase indiferente a nadie.

—Lachlan me ha hablado de ella.

—Se llevaban muy bien, por eso nos conocimos, ¿te lo ha contado? —Enid respondió negando con la cabeza—. Los McEntrie le vendieron los caballos de tiro para su carruaje y Lachlan fue el encargado de llevarlos a Meiglethorn. Yo tenía entonces… dieciséis años, sí y él era un joven imponente. Mi abuela se empeñó en que debía conquistarlo y a partir de ese momento intentó atraerlo siempre que pudo. De aquí que yo ahora tenga un buen número de caballos que pienso vender.

—¿Venderás sus caballos?

—Tenerlos allí es un desperdicio. Nadie les saca partido. Yo tengo el mío, *Aonghus.* Es de pelaje marrón claro y su presencia es calmada y serena, lo que me va muy bien porque soy todo lo contrario.

Enid sonrió divertida, aunque la idea de que quisiera deshacerse de sus caballos no le parecía nada halagüeña…

—Yo podría comprártelos —dijo sin pensarlo demasiado.

—¿Quieres recuperar los caballos que nos vendió Lachlan? —sonrió—. No creo que a él le parezca una buena idea.

—Iba a montar mi propia granja —explicó—. Antes de…

—¿Antes de tener que casarte con él por culpa de mi hermana? Sí, conozco la historia, bien que se encargó ella de que todo el mundo lo supiera. Supongo que eso precipitaría las cosas, pero está claro que había algo entre vosotros. No había más que ver cómo se puso Lachlan cuando le conté lo de Duncan.

Enid la miró interrogadora y la otra no pudo evitar reírse al recordarlo.

—¡Pensé que había visto al demonio! Salió de la biblioteca como una exhalación y lo seguí al piso de arriba. Ni se lo pensó, estoy segura de que ni llamó a la puerta de tu cuarto antes de entrar. —Negó con la cabeza y luego se llevó la taza a los labios para dar un pequeño sorbo—. Estaba fuera de sí.

Enid desvió la mirada, estaba claro que sabía más de lo que pensaba.

—No tienes que contarme nada, no soy ninguna chismosa, no me interesa la vida de los demás. —La tranquilizó—. Tengo bastante con ocuparme de mis propios asuntos y con intentar que las malas artes de mi hermana no me salpiquen.

—Eso te honra.

—Honrarme, no sé, pero evitarme muchos problemas, seguro. Por cierto, ten cuidado con tus criados. Mi madre es una experta en tejer una red de control sobre los criados de las personas a las que quiere influir de algún modo y me temo que mi hermana es igualita que ella.

Enid cambió de posición y dejó la taza con mucho cuidado.

—¿Qué quieres decir?

Rowena la miró mientras pensaba cómo explicarse.

—¿Quién sabe más de una casa que sus criados? Nadie. Si alguien quiere conocer tus secretos el mejor modo es hacerse con el control del servicio. Eso es lo que hace mi madre, me lo explicó mi abuela y te aseguro que me dio muchos ejemplos. Sé que mi hermana también lo hace y estoy segura de que tú le interesas especialmente.

—¿Por qué?

—Por Lachlan, claro.

—Pero ella…

—Sí, se acostó con ese… —apretó los labios para no insultarlo en su propia casa—. Ya sabes con quien. Pero eso no significa que haya olvidado a Lachlan. De hecho, me consta que sigue pensando en él.

—No tengo nada que ocultar —dijo y cogió la tetera para ofrecerle un poco más de té.

—¡Enid! No puedes ser tan ingenua, todos tenemos cosas que ocultar, sobre todo a personas que quieran hacernos daño. Cualquier pequeño detalle sobre nosotros puede suponernos un problema, si lo oye la persona equivocada. Mira lo que os ha pasado a vosotros. Que no digo que casaros haya sido algo malo —corroboró con una sonrisa—. Al contrario. Yo estoy muy contenta por Lachlan. Muy contenta.

Enid le devolvió la sonrisa agradeciendo la calidez con la que la trataba.

—¿Cómo es posible que seáis tan distintas? No parece haber ningún nexo entre tu hermana y tú.

—Habrás notado lo mucho que Aileen y mi madre se parecen. Yo he vivido toda mi vida con mi abuela, así que supongo que no recibí la influencia necesaria para convertirme en… ellas.

—Ya veo.

—Mi abuela era una mujer dura y nada cariñosa, la verdad, al menos no en el sentido físico. Quiero decir que nunca te besaba o te abrazaba. Se dejaba querer, ¿me entiendes? No rechazaba mis caricias, pero tampoco me las devolvía. Su forma de quererte era más sutil. Sabía siempre lo que querías, te escuchaba aunque no lo pareciese y siempre estaba ahí cuando la necesitabas. Me enseñó a valorar las cosas importantes y a desechar lo que es superficial y vano. Jamás la oí decir que yo era guapa o que tenía el porte de una princesa, ya sabes —sonrió—, las cosas que les

dicen las madres a sus hijas.

—Mi madre nos las decía, sí.

—Es lo normal. Pero mi abuela no era así.

—¿Cómo se llamaba? Creo que no lo has mencionado.

—Rowena. Cuando nací obligó a mi madre a ponerme su nombre.

—¿La obligó?

Rowena asintió conteniendo la risa.

—Literalmente. Le dijo que si no me ponía su nombre le daría la paliza de su vida. Y te aseguro que habría sido capaz de hacerlo.

Las dos se echaron a reír.

—Dime que asistirás a la velada del viernes en casa de los McPherson —pidió Rowena—. Sí tú vas no me aburriré mortalmente.

Enid asintió despacio.

—Kenneth participa en la carrera benéfica de la tarde, así que tenemos que asistir.

—Acabas de alegrarme la tarde —dijo ignorando su mención al McEntrie.

Capítulo 32

Con un estruendo ensordecedor, los cascos de los caballos golpearon el suelo y el mundo se convirtió en un borrón de colores y sonidos. Gaoth salió disparado como un rayo de luz. Kenneth se inclinaba hacia adelante, sintiendo el viento en su cara y sus movimientos sincronizados con los del animal. Los caballos competidores estaban cerca, sonrió imperceptiblemente, casi podía sentir el sabor de la adrenalina en su lengua.

Doblaban la última curva, con el poste de meta a la vista.

—Ahora —susurró Lachlan.

Enid lo miró un instante antes de ver cómo Gaoth aceleraba en un *sprint* final y los llevaba a conseguir la victoria indiscutible. Saltó como una niña dando palmas entusiasmada. Su esposo la miró divertido.

—¿Has disfrutado?

—Muchísimo. Ha sido magnífico.

—Felicidades —dijo una voz femenina detrás de ella.

Enid se giró y se encontró con el perfecto rostro de Aileen Buchanan mirándola con una complacida sonrisa.

—Señora McEntrie —dijo poniéndose a su lado—, ¿me permites llamarte Enid? Las dos somos muy cercanas a Lachlan, me siento como si nos conociéramos. No había tenido ocasión de… felicitaros, por cierto.

Lachlan aceptó su gesto con un leve movimiento de cabeza.

—Muchas gracias —dijo Enid al ver que él no decía nada.

—Oh, qué encantadora. ¿Verdad, Lachlan?

—Lo es, sin duda —dijo él.

—Se os ve tan bien juntos… Os he estado observando desde que habéis llegado y parecía que os lo pasabais muy bien.

—Mi esposo es muy divertido —dijo Enid.

—¡Oh, desde luego, desde luego! El mío en cambio… —Miró hacia el lugar en el que charlaba junto a otros dos caballeros tan poco interesados en los caballos como él mismo—. No le gusta ninguna actividad que conlleve esfuerzo físico.

A Enid le pareció que miraba a Lachlan de un modo demasiado obvio al hacer aquella afirmación, pero decidió ignorarla.

—¿Te gustan los caballos? —preguntó por decir algo.

—Desde luego. Tu marido te habrá contado las carreras que hacíamos hace… tiempo. Siempre me gustó competir, pero debo reconocer que contra los McEntrie no hay nada que hacer.

Lachlan agarró a su esposa por la cintura en un gesto posesivo de lo más inusual. Enid sintió que aquella mano le quemaba.

—Discúlpanos, Aileen, pero tengo cosas que enseñarle a mi esposa —dijo en tono

aterciopelado—. Saluda a tu esposo de mi parte.

Enid se dejó llevar sin girar la cabeza, por más que se moría de ganas de ver su expresión.

—Eso ha sido muy poco caballeroso.

—Gracias.

—No lo decía como un cumplido.

Lachlan tenía una enorme y contagiosa sonrisa.

—Me muero por besarte —dijo en un susurro.

—Estás loco.

—Completamente.

Por primera vez desde que se anuló su compromiso con Aileen se había enfrentado a ella sintiéndose confiado y seguro. Miró a su mujer con detenimiento, tenía una expresión radiante y feliz y él se sentía contagiado por esa felicidad. Era un sentimiento desconocido para él, igual que lo era la pulsión que latía en su pecho cada vez que ella entraba en una habitación, o cuando escuchaba su risa fresca y sincera detrás de una puerta.

Kenneth se acercaba a ellos decidido.

—¿Quieres participar? —Miraba a Enid interrogador.

Ella esperó una negativa de Lachlan, pero su esposo sonreía divertido.

—¿Qué? —Los miró a ambos alternativamente.

—Ewan se ha apuntado para que pudieras correr. Te está esperando en la tienda para dejarte su ropa.

—¡Pero es más grande que yo!

—Lo sabemos, pero es lo que hay. —Kenneth la cogió de la mano y se la llevó de allí

corriendo.

Lachlan los observó alejarse y con una sonrisa.

—No deberías dejarla sola con él.

La sonrisa se congeló en sus labios. Aileen llegó hasta él y se detuvo a su lado.

—No sé cómo duermes tranquilo por la noches sabiendo que tu hermano está cerca —siguió ella—. Claro que a lo mejor no te importa.

La miró de soslayo y con desprecio.

—¿No vas a dejarlo nunca?

—Soy muy persistente, Lachlan, ya lo sabes. Era una de las cosas que te gustaban de mí.

Él no respondió y durante unos segundos permanecieron callados e incómodos uno al lado del otro.

—No vas a convencerme de que la quieres. Está claro que te has casado por obligación. ¿Te acostaste con ella al menos? Me pesaría haber sido la artífice de…

Se giró a mirarla y sus fríos ojos habrían podido congelar el lago artificial que se veía detrás de ella.

—No, no me acosté con ella. Tal y como Enid te dijo, estaba convaleciente y yo solo la cuidaba. Es una mujer increíblemente maravillosa y me alegro de que sea mi esposa.

—Al principio me molestó la noticia —dijo ignorando su discurso—, lo reconozco. Pensé que era humillante que me hubieses sustituido por alguien tan poco… destacable. Pero luego me di cuenta de que era una idea maestra. Los dos casados, eso nos dará una coartada perfecta.

—Doy gracias porque mi hermano me abriese los ojos. No imagino el infierno que debe ser estar casada contigo.

Aileen lo sujetó del brazo cuando intentó irse.

—No me convencerás de que me has olvidado por muchos numeritos como este que montes. —Bajó el tono hasta que resultó apenas audible—. ¿La llevaste a mis tierras? Sabías que me enteraría, por eso lo hiciste, y yo recibí tu mensaje.

—Estás loca. Sabes que voy a *Monadhachan Aodh* desde que era un crío.

—Pero siempre has ido solo, ¿verdad? Ni siquiera a mí me dejaste ir contigo.

—Eso debería decirte algo.

Aileen se pasó la lengua por los labios y luego soltó una carcajada perversa.

—No tardaré mucho en tenerte en mi cama, puedes estar seguro. Esa niña tonta no es rival para mí. ¿Has visto esos ojos de sapo que tiene? Deben dar mucho miedo cuando te despiertes en plena noche. Ahora dormís en la misma cama, pero pronto te habrás cansado de ella, porque no soy yo.

Lachlan apretó los labios para contener la ristra de blasfemias que le venían a la boca y desvió la mirada para no verla. Aileen puso entonces mayor atención y su expresión cambió mostrando desconcierto. Fue solo un instante, pero a su hermana, que observaba la escena a una prudencial distancia, no le pasó desapercibida. Rowena pensó que era el momento de acercarse.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Dónde está Enid?

—Se la ha llevado Kenneth —dijo Aileen—. A saber adónde.

Lachlan respiró hondo por la nariz.

—Empieza otra carrera —dijo Rowena y observó a Kenneth dándole instrucciones a Ewan.

Había visto el programa y sabía que el pequeño de los McEntrie también participaba, algo poco habitual. Sobre el imponente animal se veía muy… pequeño. Frunció el ceño confusa y

miró a Lachlan. El escocés tenía una expresión difícil de catalogar, era una mezcla de admiración y travesura. Siguió su mirada hasta el jinete y entornó los ojos fijándose en los detalles. Brazos cortos, manos pequeñas... Miró entonces hacia las tiendas que habían montado para los participantes y algo rezagada vio la esbelta figura de… ¡Ewan! Abrió la boca para decir algo, pero se recordó a sí misma que su hermana también estaba allí.

La carrera fue sorprendente. El falso Ewan voló sobre la pista y ninguno de sus rivales pudo acercársele siquiera, pero en el último momento el jinete se ralentizó por algún motivo que nadie pudo explicarse y ganó el caballo que iba en segunda posición.

—¡Pobre Ewan! —exclamó Aileen—. Debe de ser difícil vivir a la sombra de Kenneth, el eterno vencedor.

Lo dijo en un tono que a su hermana le provocó nauseas.

—Me parece que tu esposo te reclama —mintió—. Lleva un buen rato mirando hacia aquí y diría que le he visto haciéndote señales.

—Me aburre —reconoció la otra sin inmutarse—. Prefiero quedarme con vosotros.

Lachlan apenas pudo disimular su disgusto y Rowena se encogió de hombros por su fracaso.

—¿Dónde estabas? —preguntó Rowena a Enid unos minutos después conteniendo una sonrisa—. Te has perdido una magnífica carrera.

—Ewan necesitaba mi ayuda con una… cosa.

—Ha estado soberbio —dijo Aileen—. Pero no entiendo por qué se ha detenido al final. ¿Le has preguntado?

—Un problema en una pata —dijo lo primero que se le ocurrió.

—Vaya.

Lachlan la miraba con una sonrisa de oreja a oreja y Rowena también se veía contenta, lo que enervó a Aileen.

—¿Y Kenneth? Te has ido con él.

Enid la miró con el ceño fruncido.

—Me ha acompañado a ver a Ewan —miró hacia el lugar en el que estaban los caballos—. Supongo que tendrá cosas que hacer.

—Se te ha desmontado el peinado —siguió Aileen—. Glenna no sabe peinar, deberías tener una doncella en condiciones, si quieres puedo recomendarte a…

—¿Conoces a Glenna? —preguntó confusa.

—Conozco a todo el mundo en el castillo de los McEntrie —dijo con altanería.

—Glenna no trabajó allí hasta… la boda de Elizabeth y Dougal. No veo cómo…

—Bueno, ya sabes, esas cosas se comentan.

—¿Los nombres de las doncellas se comentan? ¿Dónde?

Tanto Lachlan como Rowena estaban disfrutando, pero Enid estaba siendo totalmente inocente, de verdad le parecía extraño el comentario y recordaba la advertencia que le había hecho Rowena sobre su hermana y el servicio.

—La cuestión es que deberías preocuparte por tu peinado y no tanto por los nombres que sé o que no sé. —Aileen parecía malhumorada.

—Ewan te hace señas, Lachlan —dijo Rowena.

Enid vio que era cierto y le sonrió.

—Ve —dijo para que supiese que estaba bien.

Cuando se alejó Rowena se colocó a su lado, como una buena escudera.

—¿Quién corre en la próxima?

—Nosotros no —dijo Enid.

—Ya se considera una McEntrie, ¿no te resulta tierno, Rowena?

—No, hermana, me resulta lógico, pues es lo que es.

—Lo importante no es llegar, sino cuanto tiempo te quedas.

Enid la miró sorprendida. No entendía de cinismo y jamás lo practicaba, por eso le resultaba tan chocante oír a alguien hablar de ese modo.

—¿Adónde voy a ir?

—Querida, las dos sabemos muy bien a qué se debe tu matrimonio.

—Ah, ¿sí? —la encaró.

—No me hagas hablar —dijo mirando a su hermana—, no estamos solas.

—No, no estáis solas —corroboró Rowena mirando a su hermana con las manos en la cintura y expresión severa—. Por eso deberías irte, no tienes nada que hacer aquí.

—¡Rowena!

—Vete, Aileen, con tu marido o con quien te plazca, pero deja en paz a Enid o te las verás conmigo.

La otra abrió la boca sorprendida, pero volvió a cerrarla. Era consciente de que no había nadie allí que fuese a defenderla, así que optó por marcharse.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Enid cuando se quedaron solas.

—No, tú vas a explicarme qué ha sido eso —dijo señalando a la pista de carreras con expresión incrédula y bajando el tono añadió—: ¿Eras tú?

—Shssss —dijo la otra mirando a su alrededor—. ¿Cómo te has dado cuenta?

—Solo había que mirar.

—Espero que no.

—Tranquila, aquí la gente solo ve lo que quiere ver. No se darían cuenta de que eras tú a no ser que escribiesen tu nombre en el folleto. Pero cuéntame esta locura. ¡Y Lachlan lo ha permitido!

Enid la cogió del brazo y se alejaron del resto de la gente para asegurarse de que nadie más las escuchaba.

Mientras ellas se alejaban Aileen tomó una determinación. Llevaba días dándole vueltas, sin decidirse, pero lo sucedido hoy había resuelto todas sus dudas. Nadie se reía de ella y tampoco impedirían que tomase lo que debería ser suyo. Se iban a enterar.

Capítulo 33



—Rowena no se parece en nada a su hermana —le decía a su marido, que en ese momento trazaba dibujos con el dedo en su espalda—. Una ballena.

—Premio. —La besó en la nuca.

Enid estaba tumbada boca abajo y él, a su lado, se apoyaba en un codo mientras la otra mano jugaba con su espalda.

—Me cae bien —siguió ella—. Fue muy agradable ver cómo la ponía en su sitio.

Lachlan continuó haciendo trazos y Enid suspiró de placer cuando bajó hasta su cintura. Se dio la vuelta para mirarlo y su pecho se inflamó al ver su sonrisa.

—¿Qué? —preguntó traviesa.

—Eres lo más hermoso que he visto nunca —dijo pegándose a ella.

Enid rodeó su cuello con los brazos mirándolo entregada y Lachlan se dio cuenta de que se sentía feliz, muy feliz de hecho.

—No sé si estoy contenta con el hecho de que la consideres una buena amiga —dijo ella arrugando los labios—. Tengo celos de eso.

—Tú eres mi mejor amiga —dijo él besándola en la barbilla—. Y mi esposa. —Cogió una de

sus manos y la hizo bajar hasta su entrepierna—. Y me vuelves loco.

Y durante la siguiente hora no hubo más palabras que las que arrastraban suspiros y jadeos.

Lachlan se puso los pantalones y la camisa y salió del cuarto sin hacer ruido. El insomnio había regresado y se había cansado de mirar al techo. Cuando entró en la biblioteca no se sorprendió de encontrar allí a Kenneth leyendo junto a una de las lámparas.

—¡Vaya! —dijo al verlo entrar—. Creía que tus problemas para dormir se habían solucionado.

—Pues ya ves que no. —Se dejó caer en la butaca que había frente a la de su hermano.

—¿Una copa de *drambuie*? —preguntó Kenneth mostrándole la botella.

—¿No bebes demasiado?

—¿Cuánto es demasiado?

Lachlan levantó una ceja con la cabeza recostada en el respaldo, pero optó por no responder a eso.

—Ponme una copa —pidió cerrando los ojos.

—Vas a ir, ¿verdad? —preguntó Kenneth dándole la bebida antes de volver a su asiento.

—No puedo quitármelo de la cabeza.

—Lo sabía.

—¿Qué sabías?

—Que aún te tiene cogido por los huevos.

—Kenneth…

—¿Qué? ¿Puedes negármelo? Esa bruja te tiene hechizado.

—No es eso.

—¿Que no?

Lachlan negó con la cabeza y luego bebió un sorbo. Durante unos segundos observo el líquido brillante.

—Es por Enid.

—Ahora sí que no entiendo nada. ¿Por Enid vas a ir a ver a Aileen?

—Viste lo que ponía en la nota.

—¡Es una artimaña! ¿Qué puede tener en su contra?

—No lo sé, pero no puedo quedarme de brazos cruzados. Enid es demasiado inocente, demasiado…

—Y decía que no la amabas.

—¿Acaso ahora crees en el amor, Kenneth?

—Que yo no crea en él no significa nada.

—Si me hubiese casado por amor, lo habría hecho con Aileen. —Lachlan apoyó la copa en el reposabrazos y comenzó a girarla suavemente sin dejar de mirar el líquido que contenía—. Así que ha sido una suerte tener que casarme por obligación, ¿no crees?

El rostro de Kenneth cambió de repente, un fuego frío transformó su mirada azul en un paraje helado. Aquella era una conversación que no quería mantener con su hermano. Aunque sabía que era algo de lo que no podía escapar.

—Lo pensé, ¿sabes? —Lachlan seguía con la vista fija en su copa, pero su rostro se cubrió de oscuridad—. Aquella noche, mientras me consumía de rabia y de dolor, pensé casarme con ella igualmente.

—Me alegro de que no lo hicieras.

—¿Qué? —Levantó la mirada de su copa y la posó en él—. ¿Te resulto demasiado patético? Es normal, no sabes lo que es amar.

—Tú tampoco lo sabías. Lo que sentías por Aileen no era amor.

—¿Ah, no? ¿Y qué era?

—Puro deseo. Es esa clase de mujer. Si te la hubieras follado ya ni te acordarías de ella.

—¿Así es cómo tú despejas tus dudas?

—Nunca he tenido dudas. Hay algo que no funciona en mí, soy incapaz de amar.

Lachlan dejó escapar el aire en un suspiro.

—Enid ha tenido que renunciar al amor por mi culpa.

—¿Por tu culpa? Ella es la culpable de todo. Si no se hubiese acercado a Gilleasbuig… Ese desgraciado… ¿Dónde se habrá escondido, el muy cobarde?

—Le he dado dinero para que huyera a América.

—¿Qué?

Lachlan se rio de sí mismo.

—Me parezco a nuestra madre.

—Eso no es cierto.

—Apenas conociste a nuestra madre.

—Ni tú tampoco.

—Pero yo la maté.

—No seas imbécil.

—Es la verdad. Murió para que yo naciera. Supongo que me odias un poco por eso.

—¡Yo no te odio! ¿De dónde sacas esa estupidez?

Lachlan lo miró de un modo que hizo que el vello se le pusiera de punta.

—¿Crees que te odio? ¿Qué hice aquello por…? ¡Dios Santo, Lachlan! Creía que me conocías. Eres mi hermano y te quiero. ¡Por eso lo hice!

—Pues si crees que tienes que demostrarme algo de Enid, por favor esta vez no lo hagas follándotela.

El rostro de Kenneth empalideció y un ligero temblor de su mano agitó el líquido de su copa.

—Aileen era una zorra.

—¿Por eso no la cortejaste a pesar de lo mucho que le gustabas? ¿Te diste cuenta de que era una zorra desde el principio? Me interesa saberlo. Quiero comprobar el grado de patetismo que ostento.

—Yo no cortejo, Lachlan, ya deberías saberlo.

—Aileen debe ser la mujer más hermosa de Escocia, pero a mi hermano no le interesaba lo más mínimo.

—¿Conoces a todas las mujeres de Escocia?

—Eras el único que no caía rendido a sus encantos. Sin embargo, te beneficiaste de ellos.

—Lachlan, ¿qué narices haces?

El otro se encogió de hombros.

—Estamos hablando entre hermanos.

—¿Acaso no te has quitado a Aileen de la cabeza?

—No era en mi cabeza donde ha vivido todo este tiempo, Kenneth.

Un espeso silencio inundó la estancia sin que ninguno de los dos se molestara en romperlo.

Mientras tanto, al otro lado de la puerta la mano de Enid estrujaba la bata a la altura de su corazón, mientras las lágrimas caían por sus mejillas imparables. Lo había seguido hasta allí, pero la voz de Kenneth la había detenido. No era su intención escuchar a escondidas, pero al oír su nombre no pudo reprimir su curiosidad. Ahora tendría que cargar con ello y soportar el dolor que sus palabras le habían causado. Un dolor intenso e insoportable que estaba abriendo un boquete en su pecho. Se agarró a la pared un momento mientras recuperaba el aliento y regresó a su habitación con el corazón hecho trizas.

Kenneth le ofreció más *drambuie* y Lachlan lo rechazó.

—Ya es suficiente. Y tú tampoco deberías beber más. Si sigues durmiendo tan poco acabarás por enfermar.

El otro no dijo nada y apuró el contenido de su copa dejándola después sobre la mesilla.

—No vayas, Lachlan. Sabes lo que quiere.

El otro se puso de pie y torció su sonrisa mirándolo sin ambages.

—Tranquilo, eso es algo que nunca tendrá.

Se quitó la ropa y se metió en la cama desnudo. Le gustaba sentir la piel de Enid contra la suya… Frunció el ceño al ver que llevaba puesto el camisón.

—¿Estás despierta?

—Mmm.

Sonrió y la giró hacia él.

—¡Estás llorando, *mo chridhe*! ¿Por qué? ¿Has tenido una pesadilla?

Enid asintió sin dejar de mirarlo con aquella expresión desolada.

—Ven aquí, pequeña. —La abrazó y se tumbó con ella acariciándole el pelo—. Estoy aquí contigo y no dejaré que nada malo te suceda.

Sentía una extraña emoción siempre que la tenía cerca y la echaba de menos cuando se separaban. Aquel sentimiento iba mucho más allá de la relación física. El sexo era increíble con ella, pero empezaba a darse cuenta de que no era lo más importante para él. Más bien era una manifestación de otra cosa. Algo muy profundo que nunca había sentido.

Enid se encogió bajo su axila, como si quisiera desaparecer y su cuerpo temblaba por los sollozos. Frunció el ceño con preocupación, se apartó suavemente y se levantó para ponerse una camisa. Después la miró un momento desde fuera de la cama con las manos en la cintura.

—¿Qué sucede? —preguntó con un tono brusco que no pretendía utilizar.

Estaba claro que no quería responderle. Subió a la cama y le cogió la cara entre las manos para mirarla. Seguía teniendo aquella mirada desolada que le encogió el corazón.

—Enid… dime lo que te ocurre. Si no sé lo que te pasa…

—No quería espiarte —susurró—, no te enfades conmigo, por favor.

—Cualquiera diría que soy un ogro. ¿Me tienes miedo?

—¡No! —exclamó sentándose—. No te tengo ningún miedo, pero no quiero que te enfades.

Él sonrió sin entender una palabra.

—Te he seguido.

—¿Qué?

—Pensaba que no podías dormir y no quería que estuvieras solo…

Lachlan se echó hacia atrás y repasó la escena. Su rostro perdió toda expresión.

—¿Has escuchado lo que Kenneth y yo…?

Ella asintió lentamente y después se limpió las lágrimas avergonzada.

—¿Qué has oído exactamente?

—Hablabais de… Aileen. —Las lágrimas volvieron a caer y gruñó molesta bajando de la cama.

Lachlan la observó entornando los ojos.

—¿Y qué crees que decíamos?

—No quiero hablar de eso. —Carraspeó poniéndose la bata—. Voy a ir a prepararme una infusión.

Su marido le cortó el paso y sonrió con ternura.

—De aquí no te mueves hasta que hablemos.

—¿Por qué quieres hablar de ello? Yo no quiero.

—¿Por qué?

—¡Porque me duele!

—¿Te duele? —La agarró por los hombros y buscó sus ojos—. ¿Qué te duele?

—Saber que todavía la quieres. Que la deseas. No puedo soportarlo. ¡Yo te amo, Lachlan! Sé que no me crees, pero por Dios que te amo.

—*Mo chridhe*… —La atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza—. No quiero a Aileen, no creo haberla querido nunca, en realidad. No como te quiero a ti.

Enid se apartó para mirarlo y sus ojos eran francos y la miraban con tanto cariño que no

harían falta palabras. Aun así, él parecía necesitado de hablar.

—No diré que no la deseara, la deseaba porque mi corazón era libre, pero ahora…

Le cogió la cara entre las manos y la besó. Le mostró su devoción, su cariño y su absoluta entrega con aquel beso. Y Enid lo supo, supo que de verdad la amaba. A ella. Solo a ella.

—Te quiero a ti, *mo chridhe*, a nadie más.

Enid se sintió morir y se abrazó a él apretándolo tan fuerte que algo crujió entre sus costillas. Lachlan se rio a carcajadas.

—Muchacha, eres más fuerte de lo que parece.

Cuando ella se separó, también reía.

—No me hagas cosquillas —dijo huyendo de él al ver una expresión que conocía bien.

Lachlan la persiguió hasta alcanzarla y la torturó sin compasión. Ella se subió a la cama para tratar de saltar al otro lado, pero él se lanzó sobre ella y la atrapó bajo su cuerpo.

—No quiero volver a verte llorar jamás, ¿me oyes? —dijo apartándole el cabello que cubría su rostro—. Solo quiero oír tu risa, es el sonido más maravilloso del mundo.

—Ámame —pidió ella sin dejar de mirarlo entregada—. Quédate conmigo.

—Siempre.

Capítulo 34



—¿Te preparo un brandy? —Aileen se dirigía al mueble de las bebidas.

—No quiero nada, gracias.

Ella se detuvo y sonrió decepcionada.

—Pero siéntate.

—No voy a sentarme, Aileen. Dime lo que tengas que decirme.

—Qué dramático —dijo ella sentándose en una butaca—. Podemos sentarnos, al menos, no hace falta que seas un maleducado.

—No pretendo ser maleducado, solo quiero irme y que me dejes en paz de una puta vez.

—¿Entonces es verdad lo que dicen? ¿Estás enamorado de esa…?

—Estoy muy enamorado de mi esposa, sí —la cortó.

Aileen dejó escapar un suspiró amargo.

—Me ha sustituido en tu corazón.

—No, Aileen. Donde está Enid nadie ha puesto un pie jamás. Y tú menos que nadie.

La sonrisa se congeló en los labios de la mujer y su mirada lo traspasó como un estilete.

—No quería llegar a esto, pero no me das más opción que abrirte los ojos. Tu querida mujer

se entendía con Gilleasbuig.

—¿Qué?

Aileen se complació de tener toda su atención y se levantó de nuevo para ir hacia el mueble de las bebidas consciente de que iba a necesitarla.

—Tengo unas notas que se intercambiaron esos dos y siento decirte que planeaban escaparse a Gretna Green para casarse. —Sirvió el brandy y le ofreció una copa.

Lachlan no movió un músculo. Tenía el rostro petrificado y carente de expresión. Aileen se encogió de hombros y bebió un traguito de su copa antes de seguir hablando mientras paseaba por el salón.

—Nunca entendí lo que hacías con ella en aquella pensión. No era propio de ti actuar de ese modo, pero cuando llegaron a mis manos esas notas todo cobró sentido. No estabas allí para beneficiarte de la hija de los duques de Greenwood, fuiste a rescatarla. —Se giró para mirarlo de frente—. Siempre tan honorable, Lachlan, eso sí era creíble.

—Mientes —dijo tajante.

Aileen sonrió y su hermoso rostro se vio aún más bello si cabe.

—Bien, haremos una cosa para que puedas escucharme con atención y no perdamos el tiempo en un tira y afloja sin sentido. —Fue hasta una cajonera y sacó un papel del primer cajón. Se lo mostró desde lejos—. Voy a dejarte que la leas, pero debes saber que tengo tres más y una de ellas es aún más comprometedora que esta. Si la rompes o no me la devuelves, las haré públicas. —Lo vio mirar instintivamente hacia el cajón—. No están aquí, las tengo bien guardadas y no podrías encontrarlas aunque revisaras la casa entera, te lo aseguro.

Caminó hasta él y le tendió el papel. Lachlan dudó un instante antes de cogerlo y

desplegarlo. Su rostro se fue transformando a medida que leía las palabras de Gilleasbuig. Apretó los dientes para contener la tensión y después de unos minutos en los que trató de encontrar alguna salida, le devolvió la nota con expresión preocupada.

Aileen guardó el papel y se giró a mirarlo con una sonrisa perversa.

—Siéntate —ordenó.

Lachlan obedeció sin protestar.

—Bien —dijo ella acomodándose frente a él—. Veo que ahora comprendes mejor la situación, sabía que esto nos ahorraría tiempo.

—¿Cómo las has conseguido? —dijo con voz impersonal.

—La vida es sorprendente. Lo cierto es que no tenía ni la menor idea de las andanzas de tu mujercita, parece tan inocente… Pero bueno, ya sabes que pienso que el verdadero conocimiento de lo que ocurre en una casa está en las dependencias del servicio, por eso me encargo de tener ojos y oídos en la mayoría de los hogares de mis conocidos.

—¿Tienes un espía en mi casa? —preguntó taimado.

Aileen asintió sin pudor.

—Y en la de los McDonald, también.

—Solo pueden ser Glenna o Fionna.

—Veo que conoces bien a tu servicio.

—Los demás llevan demasiado tiempo con nosotros y confío plenamente en ellos.

—Has acertado, es una de ellas, pero no te diré cuál, por supuesto. Tendrás que despedirlas a las dos, lo que será muy injusto ya que una no quiso saber nada de mí cuando lo intenté con ella.

Lachlan respiró hondo y se recostó en el respaldo de la butaca.

—¿Qué quieres?

—Ya lo sabes.

—¿Estás haciendo todo esto solo para que te folle?

—No hace falta ser vulgar —dijo incómoda.

—¿Yo soy vulgar?

—Quiero ser tuya al menos una vez.

Lachlan la observó atentamente buscando lo que no quería que viera.

—Crees que si me acuesto contigo volverás a tenerme a tu merced.

Ella levantó la barbilla con expresión orgullosa.

—Sé que me amas.

El escocés comprendió de pronto el enorme poder que tenía sobre ella.

—Tú me amas.

Aileen desvió la mirada.

—¿Crees que haciendo esto me tendrás? ¿Tan poco respeto me tienes?

—Cometí un error —dijo retorciéndose las manos—. ¡Un error!

—¿A acostarte con mi hermano lo llamas error?

—¡Sí! Creía…

—¿Qué creías?

—¡No lo sé! —se puso de pie furiosa—. Pero yo no debería estar casada con Cameron, no lo amo. ¡Lo detesto! Deberías ser tú, siempre has sido tú, Lachlan.

Se arrodilló frente a él apoyándose en sus piernas.

—Quiero amarte y que me ames, ¿por qué te empeñas en resistirte? Sé que tú también me

deseas. Bésame, Lachlan, bésame y te demostraré…

Se levantó y se alejó de ella.

—No puedo ni mirarte del asco que me das —dijo con rabia—. Me revuelve las tripas saber que hubo un tiempo en que quise hacerte mi esposa.

Ella se puso de pie muy despacio, su pecho trataba de conseguir el aire que le faltaba y sus ojos chispeaban al borde de las lágrimas.

—Haré que te arrepientas de tus palabras. Mostraré esas notas a todo el mundo y destruiré la reputación de tu mujer. Todos sabrán que no fuiste el primero.

—¡Eso es falso! —dijo entre dientes.

Ella se rio a carcajadas.

—¿Crees que me importa? Lo único que quiero es destruirla y lo haré, te lo aseguro. No se quedará con lo que es mío.

—Yo no soy tuyo.

—Pero lo serás o convertiré tu vida en un infierno.

—¿Por qué haces esto? ¿Qué crees que vas a conseguir?

—Sé que cuando seas mío te darás cuenta de que me amas. Lo sé y no voy a parar hasta abrirte los ojos.

—Estás casada. Yo estoy casado.

—No me importa. Haré lo que sea por recuperarte.

—Te has vuelto loca.

—No imaginas lo que es estar casada con él. —Su rostro mostraba el asco que le tenía—. Lo odio con todo mi corazón, no soporto que me toque con esas manos gordas y bastas que no saben

acariciarme. No tiene sensibilidad no le importa si yo siento placer. Me obliga a hacer cosas…

—No voy a acostarme contigo, Aileen.

—Entonces la destruiré —dijo recuperando la compostura—. Lo haré, Lachlan. Acabaré con tu inocente y estúpida esposa. Todos le darán la espalda, avergonzaré a su familia, arrastraré tu apellido por el fango. Si tienes la desgracia de tener un hijo en los próximos ocho meses vivirá sin saber quién es su verdadero padre.

—No serás capaz.

—¡Oh, ya lo creo que sí! —exclamó riendo—. Lo haré, te lo juro por Dios.

La miraba perplejo, era como si se hubiese despojado de su piel para mostrar su verdadero aspecto, una maldita y retorcida serpiente. Ella le dejó un momento para asimilarlo y lo vio perder la fuerza por momentos. Lachlan se llevó la mano a la cabeza y la enterró en su mata de pelo negro que ella tantas veces había mesado con sus manos. Sintió que se le retorcían las entrañas, lo deseaba tanto que resultaba doloroso.

—¿Cómo? —preguntó él perplejo—. ¿Quieres que te tome ahora? ¿Aquí?

—No —negó poniéndose seria—. Quiero una noche entera de pasión. Quiero que me hagas sentir deseada y amada.

—No puedo hacer eso, ahora mismo eres la persona que más detesto en el mundo.

—Tendrás que poder o la condenarás a ser una desgraciada el resto de su vida.

Lachlan tragó con dificultad y desvió la mirada. Nunca en su vida se había sentido tan impotente.

—¿Y cómo sé que cumplirás tu promesa y me darás las notas después?

—Tendrás que confiar en mí. —Sonrió ladina—. No tienes más opciones. Además…

Lachlan frunció el ceño al verla acercarse. Aileen se detuvo frente a él y repasó la solapa de su chaqueta con el dedo mientras hablaba con voz suave.

—A partir de ahora y hasta que hayamos terminado nuestra «relación» no volverás a ignorarme en ninguna circunstancia. Si nos vemos en algún acto social me tratarás con suma delicadeza y total atención y, por supuesto, me antepondrás a tu esposa, si así te lo solicito.

—Te has vuelto completamente loca.

Lo miró llevándose un dedo a los labios y se balanceó como una niña mientras seguía con sus estúpidas peticiones.

—Si me apetece meterme con ella, callarás como un muerto. Si se te ocurre defenderla, enviaré esas notas al periódico y de ese modo todo el mundo podrá leerlas cómodamente en su casa mientras desayunan. ¿Qué te parece? ¿A que es una idea genial? Seguro que la noticia acabará llegando a Londres. ¿Imaginas la cara del duque al leerlas?

Lachlan la agarró del cuello y la empujó hasta que chocó contra la pared.

—Podría matarte ahora mismo —advirtió.

Ella lo miraba tranquila, a pesar de sentir la presión en su tráquea, sabía que no le haría daño. Lachlan la soltó respirando agitado y con el pelo cayéndole sobre los ojos.

—Soy capaz de volverte loco. Ahora mismo he visto la mirada que tenías cuando entraste en aquella habitación y me viste cabalgando sobre tu hermano. La he recordado cada noche desde entonces y no sabes lo mucho que me excita.

Lachlan cerró los ojos un instante para recuperar el control. La imagen de Enid se mostró ante él con toda nitidez. Una garra le retorció el corazón. No dejaría que la destruyera, no podía permitírselo.

—¿Cuándo? —preguntó con voz ronca.

—Te avisaré cuando Cameron salga de viaje y vendrás inmediatamente.

Lachlan no respondió, solo siguió mirándola fijamente unos segundos antes de darse la vuelta.

—Lachlan —dijo deteniéndolo—. Ven aquí.

Él se giró despacio y obedeció como si una invisible cuerda tirase de él contra su voluntad.

—Bésame —ordenó ella.

Él no se movió.

—Bésame, Lachlan, no hagas que lo…

La atrajo hacia si e hizo lo que le pedía. Ella movió su lengua rápidamente dentro de su boca y le rodeó el cuello con los brazos pegando sus generosos pechos al torso masculino. Lachlan la oyó gemir a su torpe caricia, porque le costó mucho esfuerzo devolverle el gesto. Sentía la boca entumecida y el corazón encogido. Cuando ella se separó lo miró con ansia.

—Espero que lo hagas mejor la próxima vez o conseguirás hacerme enfadar. Puedes irte.

El escocés salió de allí con el ego y la hombría arrastrándose tras él.

Capítulo 35

Estuvo callado y taciturno todo el día y por la noche apenas abrió la boca durante la cena. Enid lo observaba con disimulo, no quería que los demás prestasen atención a su ánimo, sabía que lo atacarían hasta hacerlo enfadar. Así era como los McEntrie demostraban su preocupación y cariño entre ellos.

Cuando se retiraron Enid vio el ansia en sus ojos. Ni siquiera hablaron, casi comenzó a desnudarla antes de entrar en la habitación y la poseyó sin quitarle el vestido, con urgencia y precipitación. Ella consiguió el orgasmo casi de manera instantánea, como si el anhelo de su marido fuese contagioso. Pero él siguió y siguió con las embestidas como si no pudiera alcanzar el clímax. Empezaba a dolerle la brusquedad con la que la penetraba y quería decírselo, pero sabía que él sufriría por ello, así que intentó aguantar un poco más.

—Lachlan… —Le cogió la cara entre las manos para que la mirara a los ojos.

Él suspiró entonces y su cuerpo respondió al fin dándole el alivio que necesitaba.

Un rato después, cuando ya se habían cambiado de ropa y estaban bajo las sábanas, Enid lo acunaba entre sus brazos acariciándole el pelo con suavidad. Lachlan tenía los ojos cerrados,

pero no dormía, su mente era una amalgama de pensamientos inconexos y agitados que enturbiaban su capacidad de raciocinio.

No hay salida, no hay salida se repetía allí dentro una y otra vez.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella al fin.

Sintió cómo el cuerpo de él se tensaba entre sus brazos.

—Puedes hablar conmigo de lo que sea.

—No quiero hablar —dijo rotundo y bajó los pies al suelo, dándole la espalda.

—Amor mío… —susurró ella abrazándolo desde detrás.

Lachlan cerró los ojos un instante y sacando fuerzas de donde no había se puso de pie librándose de su abrazo. Ella lo observó mientras se ponía los pantalones y la camisa.

—¿Adónde vas? —preguntó con la voz rota.

Él se volvió a mirarla.

—¿Vas a llorar?

¿Por qué su voz sonaba tan dura? Ella negó con la cabeza y se tragó las lágrimas. El escocés se sintió como un sucia rata y se maldijo mil veces por tratarla así.

—Estoy de mal humor, no me hagas caso —dijo tratando de suavizar su tono, aunque su expresión seguía siendo terrible.

—¿He hecho algo mal? ¿Te he molestado en..?

—Por favor, Enid, ¿no puedes dejarlo estar? No quiero hablar, ¿es que no lo ves?

—Perdón.

—¡No pidas perdón, maldita sea! —exclamó entre dientes.

Ella bajó la cabeza sin saber qué hacer. Era la primera vez que la trataba de ese modo.

Siempre había sido tan cariñoso y delicado con ella que no sabía cómo reaccionar.

—Duérmete —ordenó dirigiéndose a la puerta.

Salió de la habitación y una vez fuera se apoyó en la pared y cerró los ojos un instante. Sentía la garganta agarrotada y la cabeza a punto de explotar. Temía encontrarse con Kenneth si iba a la biblioteca, así que se dirigió al salón en el que sabía que también habría una botella de *drambuie*, lo único que necesitaba en ese momento.

Fue directo hasta la lamparita apagada y la encendió con la caja de yescas que estaba a su lado. Después abrió el mueble en el que guardaban las bebidas y cogió la botella y un vaso.

—Yo también quiero —dijo una voz detrás del sofá. Kenneth se sentó mirándolo por encima del respaldo—. Buenas noches, hermano.

Lachlan no pudo evitar poner los ojos en blanco y mascullar un «maldita sea» por lo que Kenneth enarcó una ceja.

—Has venido aquí pensando que estaría en la biblioteca. ¡Ja! —exclamó sonriendo divertido.

Lachlan le entregó un vaso y fue hacia la puerta.

—¿Adónde te crees que vas?

—No quiero charla.

—Lo siento por ti. Te seguiré adonde vayas —dijo poniéndose de pie.

Su hermano se detuvo y se giró despacio.

—Te aseguro que no es buen momento, Kenneth.

—Lo imagino.

—¿Lo imaginas?

—¿Te olvidas que sé adónde has ido hoy?

Lachlan suspiró impaciente y Kenneth le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

—Vamos, ven aquí, capullo. ¿Te crees que voy a dejar que hagas esto solo?

El otro se rindió consciente de que no se libraría de él. Se sentaron en sendas butacas y Lachlan dio un largo trago a su bebida sin decir nada.

—Suéltalo de una vez, te sentirás mejor después —dijo Kenneth apoyando los codos en las rodillas y mirándolo inquisitivo.

—¿Qué tiene?

—Una nota. Bueno, cuatro notas, en realidad, pero yo solo he visto una.

El otro asintió.

—¿Es muy malo?

Ahora fue Lachlan el que afirmó con la cabeza y después acabó con el contenido de su vaso. Kenneth se levantó para ir en busca de la botella y después de rellenárselo se sentó dejándola en el suelo a su lado.

—¿Qué pone en esas notas?

—No voy a decírtelo.

—Pues sí que es malo.

—Lo bastante como para que haya tenido que besarla en la boca conteniendo las arcadas que me ha provocado.

De pronto se acordó que Enid ya lo había seguido una vez. Se puso de pie para ir hasta la puerta con grandes zancadas. La abrió de golpe y asomó la cabeza fuera antes de poder respirar aliviado. Kenneth lo miraba con el ceño fruncido, pero su hermano regresó y se sentó sin aclarar sus dudas. Se encogió de hombros y apuró el contenido de su vaso para volver a rellenarlo.

—Supongo que vamos a emborracharnos.

Lachlan le tendió el vaso que volvía a estar vacío.

—La has besado, no es tan malo.

—Tendré que follármela si quiero que me dé esas notas.

—Ya veo. Pues sí que es malo.

—Hasta que me las devuelva me tiene cogido por los huevos.

Kenneth asintió pensativo.

—¿No se puede hacer nada?

—Por más vueltas que le doy no encuentro una salida.

—¿Qué pasará si no lo haces?

—Acabará con Enid.

Kenneth bebió un largo sorbo.

—¿Lo has hablado con ella?

—¿Con quién?

—Con tu esposa.

—¿Estás loco?

—¿Por qué? Está claro que está metida en esto igual que tú. Deberías darle la oportunidad de opinar…

—¿Opinar? ¿Quieres que le dé a escoger entre destruir su reputación, la mía, la de sus padres y nuestros posibles hijos o follarme a Aileen Buchanan? ¿Es eso?

—¡Ufff! Es realmente gordo.

Su hermano recostó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos con la mano crispada en el

reposabrazos. Kenneth se mordía el labio pensativo.

—Debe desearte mucho para hacer todo esto.

Lachlan abrió un ojo.

—¿Te parece que me importa?

—Tampoco es para tanto. ¿Solo una vez? Puedes hacerlo —se burló.

—No quiero hacerlo.

—Lo sé.

—Enid se sentirá traicionada.

—Menuda mierda es que os hayáis enamorado. Si al menos hubierais esperado un año, todo esto se habría resuelto sin problemas.

—Eres imbécil.

—¿Por qué me insultas?

—¿Te crees que uno se enamora cuando quiere? Me voy a reír de ti bien a gusto cuando te pase. Pienso meter el dedo en la llaga hasta que te atraviese.

Kenneth sonrió burlón.

—Buena suerte con eso.

Su hermano negó con la cabeza y gruñó entre dientes.

—Habla con ella, en serio. Si no lo haces y se entera, será peor.

—No puedo.

—Deja que se lo diga yo.

—Te mato, Kenneth. Hablo en serio, como le digas algo te juro que te mato.

El otro torció su sonrisa.

—Me debes una —le advirtió Lachlan—. Te follaste a mi prometida y me debes una.

La sonrisa de Kenneth desapareció por ensalmo.

—Júrame por Dios que no le dirás nada a Enid. —Se puso de pie amenazador—. ¡Júralo, Kenneth!

—Lo juro. Cálmate, hombre.

Lachlan se dejó caer en el asiento y vació su vaso de nuevo.

—Lo haré —dijo y a continuación dejó escapar el aire en un bufido—. Lo haré, puedo hacerlo. Y después lo olvidaremos todo y seguiremos con nuestra vida. Voy a protegerla cueste lo que cueste.

—La amas de verdad —lo dijo perplejo pues ese sentimiento escapaba por completo a su entendimiento.

Lachlan cogió la botella y rellenó su vaso sin responder.

—¿Donde tenía la nota?

—En una cajonera, pero ya me ha advertido que las otras no estaban allí.

—Quizá mentía.

—Quizá, pero parecía muy convencida, como si creyera que no podría encontrarlas por más que las buscara.

Kenneth asentía mientras hablaba.

—¿Crees que no lo he pensado? ¿Colarme en su casa y rebuscar por todas partes? Esa mansión es enorme, podrían estar en cualquier parte. Dentro de un jarrón, detrás de un cuadro.

—¿Cómo las ha obtenido ella?

—Glenna. O Fionna, una de las dos nos ha vendido. Y alguna doncella en casa de los

McDonald. Tiene ojos y oídos en todas partes.

—Menudo disgusto se va a llevar Elizabeth cuando se entere. —Lachlan lo miró amenazador —. ¿Tampoco puedo decírselo a ella?

—Iría a contarse a Enid inmediatamente, por supuesto que no puedes.

—Algo tendremos que hacer.

—Yo tengo que hacer algo, tú solo tienes que estarte callado. ¿Por qué narices no elegiste la biblioteca?

—Ese sofá es más cómodo —dijo señalando el lugar en el que lo había encontrado.

Lachlan se levantó con la botella en una mano y el vaso en la otra.

—Me iré yo, no tengo ganas de charla y ya he hablado demasiado.

Esta vez Kenneth no se lo impidió. Necesitaba quedarse solo para poder pensar.

Capítulo 36



Durante las siguientes semanas el ambiente siguió tenso entre Lachlan y Enid, pero según pasaban los días y el aviso de Aileen no llegaba, las cosas empezaron a suavizarse. La personalidad de su esposa tenía un efecto balsámico en su ánimo y su alegría acabó por ser contagiosa.

—Me hace gorda —dijo mirándose en el espejo con ojo crítico.

—¿Qué? —Él la observaba desde atrás con expresión incrédula—. ¡Pero si eres una sílfide!

—Mira mis pechos, están enormes.

—¿Es alguna clase de provocación? —dijo acercándose para abrazarla desde atrás y colocó sus manos directamente en la parte criticada—. Tienen la medida perfecta.

Enid se rio dejando que la girara dentro de sus brazos.

—Eres preciosa y tu cuerpo tiene las medidas exactas para amoldarse al mío, ¿quieres que te lo demuestre ahora mismo?

Ella le rodeó el cuello con los brazos.

—Bésame, *mo chridhe* —pidió.

Él obedeció sumiso y se entregó por completo a complacerla.

—Basta —dijo ella riendo al apartarse—. No pienso dejar que arrugues este precioso vestido.

—Dios, Enid… —dijo con la boca pegada a su cuello—, no sabes cuánto te quiero.

—La mitad de lo que te quiero yo —dijo ella empujándolo—. Me tengo que poner los zapatos.

La observó complacido y comenzó a hacerse el nudo del pañuelo.

—Me apetece mucho este baile —dijo ella poniéndose de pie y caminando hasta el tocador para coger los pendientes—. Me apena que Augusta se marche tan pronto, pero ha sido maravilloso disfrutar de su compañía estas semanas.

—Kenneth debería casarse con ella.

—¿Con Augusta? —Enid negó con la cabeza—. No lo creo.

—¿Por qué no? Se conocen desde niños y es la única mujer con la que nunca se acostaría.

Enid levantó una ceja.

—Me refiero sin casarse con ella.

—¡Ah!

Alguien tocó a la puerta.

—Adelante.

Glenna entró con ropa para guardar y Lachlan la miró con frialdad.

—Te esperaré abajo —dijo—. No tardes.

Enid se había percatado de su cambio de actitud hacia la doncella, pero no había conseguido arrancarle una explicación creíble.

—Señora… —La joven se acercó a ella y la miró con cierto temor.

—Dime, Glenna, ¿ocurre algo?

—Yo… Señora… —Se retorcía las manos nerviosa—. Usted…

Enid se acercó a ella y le sonrió para darle tranquilidad.

—Sabes que puedes hablarme con confianza, dime lo que te preocupa y trataré de ayudarte.

—Es que…

La puerta se abrió y Elizabeth asomó la cabeza.

—Me ha dicho Lachlan que ya estabas lista —dijo frunciendo el ceño—. ¿Qué hacéis de charla? Te estamos esperando.

—Voy —dijo y mirando a Glenna—: Cuando vuelva estarás durmiendo. Si quieres hablamos mañana, seguro que sea lo que sea tiene solución. ¿Puedes esperar a mañana?

La doncella asintió desviando la mirada para que no viera sus lágrimas. Enid le apretó el brazo suavemente con cariño y salió del cuarto.

La mansión de los O'Sullivan era de estilo moderno, tan solo hacía diez años que la habían ampliado añadiendo un ala de estilo francés en el lado norte que le daba un aspecto elegante y sofisticado. Enid no dejaba de decir lo mucho que le gustaba este detalle o aquel otro y Lachlan sonreía de verla tan feliz. Nunca la había escuchado hacer una crítica a ninguna de las casas a las que la habían invitado. Siempre tenía una palabra amable o un alabanza que ofrecer a sus anfitriones. Y sabía, además, que siempre era sincera.

—Ese artesonado me sigue encantando —le decía en ese momento a Violet O'Sullivan—, es precioso.

—Estoy muy orgullosa de él, la verdad, más después de lo mucho que me costó que Phillip Mouchard aceptara el proyecto.

—Si algún día tengo que hacer una reforma espero que pueda convencerlo de que me acepte como clienta.

—¡Enid! —Augusta llegó en ese momento con un precioso vestido blanco de seda y muselina que le daba un aspecto casi etéreo—. Estás guapísima. Este color verde te favorece muchísimo.

—Gracias —dijo ella mirando su escote con disimulo. Bajó la voz para preguntarle—: ¿No crees que es un poco… excesivo?

—Es perfecto —dijo la otra en el mismo tono—. Ven, Rowena lleva un buen rato preguntando por ti.

Se giró para decirle adiós a su marido que dio por hecho que no volvería a verla hasta que pudiera sacarla a bailar.

Rowena Sinclair estaba junto a las ventanas de la terraza como si quisiera tener una vía de escape cerca para un caso de necesidad. Llevaba un vestido granate con un corpiño de pedrería que brillaba a la luz de las enormes lámparas del salón de baile y hacía resaltar sus ojos azules. Su cabello oscuro, recogido primorosamente, dejaba una onda a un lado de la frente que a Enid le pareció de lo más original.

—¡Qué peinado tan bonito?

—¿Te gusta? Mi doncella es muy intrépida, ¿verdad? —Sonrió alegre—. Estás preciosa, Enid, ese color te sienta de maravilla.

—¿Verdad? —corroboró Augusta—. No conozco a nadie a quién el verde pudiese sentarle tan bien.

—¿Qué haces aquí tan apartada? —preguntó Enid con curiosidad.

—¿Ves aquel joven que se pasea por delante del bufé de bebidas?

—¿El del traje gris?

—Gris como él, no podría haber escogido mejor color —dijo Rowena con voz de aburrimiento.

—Es Caleb Anderson —dijo Augusta como si eso lo explicara todo.

—¿Quién es Caleb Anderson?

—¿No sabes quién es?

Enid negó con la cabeza.

—Lleva pidiéndome matrimonio desde que cumplí los dieciséis años —dijo Rowena—. Es tan incombustible como aburrido. No se cansa.

—Pobrecito —dijo Augusta divertida.

—¿Pobrecito? ¿Por qué no te casas tú con él?

Augusta se echó a reír a carcajadas como si hubiese dicho algo muy gracioso.

—No le veo la gracia.

—Está claro que no te gusta —dijo Enid mirando al joven, que era muy atractivo.

—A Rowena no le gusta ninguno. Si por ella fuera, se extinguiría nuestra especie.

—Excepto Lachlan —recordó Enid burlona.

—Bueno, pero es que Lachlan es… —Augusta puso los ojos en blanco.

—Vais a hacer que me ponga celosa —dijo Enid riendo.

—¿Celosa tú? ¡Nosotras estamos celosas! Te has quedado con el mejor de todos.

—Aún quedan unos cuantos McEntrie libres —dijo Enid con malicia—. ¿Qué me decís de Caillen?

—Es demasiado responsable —dijo Rowena.

—¿Y Kenneth?

Augusta rompió a reír a carcajadas.

—Buena suerte a la que lo intente.

—¿Y quién iba a querer intentarlo? —dijo Rowena con desprecio.

—No te metas con Kenneth, Rowena.

—Ya salió la defensora del demonio —dijo burlona.

Enid sonrió, verlas discutir era de lo más divertido y siempre estaban discutiendo por algo. Las notas de un vals comenzaron a sonar y Caleb Anderson se dirigió hacia ellas con timidez.

—Ahí viene —murmuró Rowena con voz temerosa—. Por Dios, ayudadme…

Enid fingió torcerse un tobillo y se agarró al brazo de su amiga con expresión de dolor.

—¡Au! Rowena, ¿puedes ayudarme? Creo que no puedo caminar. Necesito sentarme.

—Claro, vamos, apóyate en mí.

—Señorita O'Sullivan, ¿me haría el honor de bailar conmigo?

Augusta mostró una sonrisa nerviosa mientras se prometía mentalmente matar a esas dos en cuanto se librase de Anderson.

—Aprovechemos para comer algo —dijo Rowena cuando salieron del salón y empujó a Enid hacia el comedor en el que habían dispuesto varias mesas con comida—. Los O'Sullivan son los únicos que tienen esta mesa de aquí. ¿Lo habías visto alguna vez.

El bufé era única y exclusivamente de dulces, había tantas tartas, pasteles, gelatinas y otras chucherías que Enid no pudo evitar una exclamación asombrada al verlo. Enseguida localizó la

maravillosa tarta de zanahoria decorada con cerezas confitadas y nata.

—Es impresionante. —Sus papilas gustativas comenzaron a salivar. Cogió un pedazo de tarta y lo sirvió en un platito—. Es mi favorita.

—Lo sé —dijo su amiga sirviéndose un poco de gelatina de menta.

Enid se llevó un pedacito a la boca y cerró los ojos para disfrutarlo, pero curiosamente, no le supo delicioso. Frunció el ceño y probó de nuevo, pero nada.

—¿No te gusta? —preguntó Rowena y con su tenedor tomó un trozo—. Está muy buena.

—Qué raro —dijo Enid y se encogió de hombros dejando el plato en una mesa auxiliar.

Recorrieron el comedor revisando las otras bandejas para ver si el apetecía algo.

—Ese olor…

Rowena la miró con curiosidad.

—¿Olor? ¿Qué olor?

—Me provoca arcadas —dijo Enid apartándose rápidamente de una bandeja de riñones encebollados.

Rowena la miró entornando los ojos cuando salieron a la terraza.

—¿Estás…?

—¿Revuelta? —preguntó la otra—. Muchísimo. ¿Qué les habrán puesto a esos riñones para que olieran tan mal?

—Enid…

Miró a su amiga mientras se daba aire con la mano.

—¿Qué? Menos mal que aquí hace fresco, así se me pasará antes. Ayer me ocurrió lo mismo con el estofado, no dije nada porque Gavin es muy susceptible y… ¿Por qué me miras así?

Los labios de su amiga se curvaron hasta mostrar una enorme sonrisa.

—¡Estás encinta!

—¿Qué? —Miró a su alrededor avergonzada—. ¡No! ¿Qué dices? Baja la voz, te van a oír.

—¿Y qué que me oigan? Eres una mujer casada.

—Pero… llevo muy poco tiempo casada. ¿Cómo voy a estar embarazada tan pronto?

—¿Pronto? Hace casi dos meses. Conozco algunas que se han quedado la primera noche.

Enid la miraba con sus enormes ojos asustados. ¿Embarazada? ¿Ya? Sintió que le costaba respirar. ¿Y si Lachlan no quería tan pronto?

—Hace frío —dijo Rowena cogiéndola del brazo—. Vamos dentro, no quiero que te enfríes. Buscaremos un sitio para sentarnos.

Atravesaron el comedor, entraron al salón de baile y Rowena la llevó hasta un rincón en el que habían dispuesto varias sillas y sofás que en ese momento estaban vacíos.

—Esas náuseas son muy típicas. Ahora entiendo lo de la tarta de zanahoria. ¿Lachlan lo sabe? Estará loco de contento —dijo entusiasmada.

—¿Tienes náuseas, Enid?

Las dos enderezaron la espalda al escuchar la voz de Aileen detrás de ellas. Rowena se maldijo por no haber mirado a su alrededor.

—No es cosa tuya, hermana —dijo con voz de cansancio.

Aileen se sentó en el sofá junto a ellas y su sonrisa perversa no hacía juego con su vestido de seda dorada.

—Las náuseas suelen producirse alrededor de los tres meses de embarazo —dijo con maldad y a continuación chasqueó la lengua varias veces—. Uy, uy, uy... No me salen las cuentas, ¿y a

ti, Enid?

La otra sintió una gota de sudor frío deslizándose por su espalda. Era virgen, lo era, se repitió mentalmente. Lachlan no la habría engañado con eso.

—Espero de corazón que tu hijo nazca dentro del plazo correcto, sería terrible que se adelantara, ¿verdad?

—¡Aileen! —la llamó su hermana con expresión furibunda—. Vete a molestar a otra parte.

—Mira, aquí llega Lachlan, ¿debería felicitarlo o darle el pésame?

La había visto desde el otro lado del salón y llegó frente a ellas con una expresión indescifrable.

—Supongo que vienes a pedirme un baile —dijo Aileen mirándolo con una sonrisa perversa.

Rowena lo miró ansiosa.

—Lachlan, Enid no se encuentra bien, deberías llevarla a…

—Estoy bien —dijo ella rápidamente.

—¿Seguro? —preguntó él con voz profunda.

Aasintió con la cabeza. Aileen se puso de pie y tendió la mano hacia él.

—Lachlan… —lo apremió Rowena—, Enid te necesita.

—Ha dicho que está bien —dijo él con tono helado—. Voy a bailar con Aileen.

—Si nos disculpáis… —Sonrió ella con gran satisfacción y lo siguió a la pista de baile.

Rowena se quedó petrificada y miró a Enid sin comprender. Su amiga estaba pálida como la muerte y temió que acabase por desmayarse.

—Sácame de aquí —pidió en un susurro.

—Esto es demasiado incluso para ti —dijo Lachlan entre dientes—. No toleraré…

—¿Sabías que tu mujer está embarazada?

Él se detuvo y apretó su mano en exceso provocando que Aileen mirase a su alrededor con temor.

—Ahora más que nunca debes tenerme contenta —masculló—. Nos están mirando.

Él continuó con el baile sin dejar de buscar a Enid. Las había visto levantarse en cuanto empezaron a bailar, pero ¿adónde habían ido?

—Tiene náuseas y si peguntas a cualquier mujer que haya tenido hijos te dirá que eso suele suceder a partir de los dos meses de embarazo. Todavía no hace dos meses de tu boda, Lachlan…

—Era virgen —musitó contenido.

—La cuestión es lo que creerá la gente si leen eso que tú y yo sabemos.Te tengo en mis manos. Así que sonríe, quiero disfrutar de este baile como merezco.

Dougal miraba la escena sin disimulo. Podía percibir la tensión que emanaba del cuerpo de su hermano.

—Acabará cometiendo una estupidez —dijo Caillen a su lado.

—Es más fuerte de lo que crees. Aguantará.

—Aun así, deberíamos…

—No. Esto es lo que decidimos.

Caillen miró a Kenneth que charlaba animadamente con Eloise McPherson.

—Buscaré a Enid —dijo y suspiró antes de alejarse.

—Estoy bien, de verdad —dijo Enid sonriendo, aunque sus ojos no se correspondían con sus labios.

—Puedo llevarte a casa, si quieres —dijo Caillen solícito.

—No es necesario. Regresemos a la fiesta. Ya he tomado el aire y me siento mejor. Debe haberme sentado mal la tarta de zanahoria.

Caillen miró a Rowena que le hizo un gesto para que no preguntara y regresaron al salón de baile. Aileen estaba sentada donde antes habían estado ellas y Lachlan permanecía a su lado como si fuese su guardián.

—Pero qué narices… —Rowena contuvo su lengua con dificultad—. Caillen, ¿puedes acompañar a Enid al comedor?

—Estoy bien —dijo ella antes de caminar decidida hacia la boca del lobo.

Los otros dos la siguieron y contemplaron cómo se dirigía directamente a su marido.

—¿Quieres bailar conmigo?

—Me está haciendo compañía… —dijo Aileen disfrutando de su poder.

El escocés la miró con ojos acerados.

—Bailaré con mi mujer —dijo mordiendo cada una de las palabras, y cogiéndola del brazo la llevó hasta la pista con suma delicadeza.

—¿Qué estás haciendo? —le espetó Rowena a su hermana—. ¿Por qué te comportas así?

—No sé de qué me hablas.

—¿Cómo puedes ser tan odiosa y retorcida?

Aileen la miró con desprecio.

—Métete en tus asuntos. No te conviene ser mi enemiga, te lo advierto.

—¿Te crees que me das miedo?

—Puedo ser muy cruel si me lo propongo, no me provoques.

Caillen la cogió del brazo y la arrastró hasta la pista.

—¿Qué?

—Bailemos —dijo y, agarrándola de la cintura, no le dio opción a protestar.

Rowena estaba furiosa.

—Deberías dejar que le sacara los ojos. Todo quedará en familia, no temas.

—No solucionarías nada, sin ojos Aileen sería igual de peligrosa. Te aconsejo algo más drástico. Veneno, si no quieres mancharte las manos de sangre.

Rowena abrió la boca sorprendida y volvió a cerrarla con una sonrisa.

—Esa respuesta no ha estado nada mal.

—Me alegra poder ayudar.

—Cuando acabe este vals quiero que vuelvas a casa.

Enid lo miraba con tanta ternura que si no hubiesen estado en mitad de un salón lleno de gente probablemente lo habría hecho llorar como un niño.

—Haré lo que me digas.

—¿Confías en mí?

Ella asintió.

—¿De verdad?

Volvió a asentir.

—Te amo, Enid —susurró—. Te amo con toda mi alma.

—Estoy… embarazada.

—Lo sé.

—Lachlan —susurró en un tono aún más bajo pensando en Gilleasbuig y la hora que pasó inconsciente—, si tienes que decirme algo, podré soportarlo.

Él tragó saliva con dificultad y dejó escapar un suspiro inquieto.

—Algún día —dijo refiriéndose a Aileen y su chantaje.

Ella sintió que sus temores se confirmaban y no pudo ocultar el brillo de las lágrimas. Cuando la música terminó regresaron con Aileen.

—Kenneth te llevará a casa —dijo él muy serio.

Enid miró a Aileen que sonreía con mirada perversa.

—Acércate, querida —dijo haciéndole un gesto con la mano.

Enid esperó que Lachlan dijese algo, pero al ver que no se movía se inclinó para que Aileen le hablase al oído.

—No lo esperes levantado. Esta noche es solo mío.

Enid se irguió con expresión aterrada y miró a su esposo con los ojos muy abiertos.

—Lachlan…

Él le hizo un gesto a Kenneth.

—Vámonos, Enid —dijo su cuñado cogiéndola del brazo.

Ella seguía mirándolo con aquella expresión desconcertada, como si no pudiera asimilar lo

que estaba pasando. Y Lachlan le sonrió con ternura.

—Ve a casa, *mo chridhe*.

Enid asintió y se dejó llevar. Rowena lo miró con ojos encendidos y apretándolos labios los siguió muy alterada.

—No puedes irte, Enid —dijo alcanzándolos en el *hall*—, mi hermana es…

—Déjala, Rowena —dijo Kenneth rotundo.

—No estoy hablando contigo.

—Los Sinclair harían bien en controlar el carácter de sus hijas.

Rowena lanzaba chispas por los ojos.

—Y los McEntrie harían bien en expulsar a las ratas del castillo.

Kenneth levantó una ceja sorprendido.

—Vaya. Si hubiera dicho rata habría pensado que se refería a mí.

—Es usted muy avispado, pero sepa que me importa muy poco lo que piense.

—Pues para no importarle me presta demasiada atención —dijo con expresión cínica.

—Dejad de discutir, por favor —intervino Enid con voz cansada—, quiero irme a casa. Buenas noches, despídeme de Augusta y dile… Ya sabes qué decirle.

Rowena asintió y los dejó marchar antes de darse la vuelta para ir a sacarle los ojos a su hermana.

Kenneth la veía llorar por el rabillo del ojo. Silenciosa y discreta, procurando ocultarse detrás de la mano que apretaba con fuerza un pobre pañuelo. Durante todo el trayecto permanecieron en

silencio y una vez llegaron, ella se cubrió la cabeza con la capucha de la capa antes de bajar.

—Gracias por acompañarme —dijo con un hilo de voz.

—Enid… —La alcanzó en la entrada. Suspiró lanzando el aire de golpe—. Sé que no debería meterme en esto, pero ¿lo amas de verdad?

—¿Qué?

—¿Amas a Lachlan?

—Sí, claro que lo amo.

—Entonces confía en él. Confía pase lo que pase y veas lo que veas.

Ella lo miraba con los ojos llenos de lágrimas, pero con una firmeza perfectamente visible.

—Es lo mismo que me ha dicho él, ¿os habéis puesto de acuerdo?

—No.

—Entonces… ¿qué pasa, Kenneth?

—Ya he dicho demasiado.

—Kenneth —lo agarró del brazo obligándolo a mirarla—. ¿Lachlan está bien?

—Lo estará, te lo prometo.

Ella asintió.

—No vas a entrar, ¿verdad?

Él negó con la cabeza.

—Tengo algo que hacer.

Enid sonrió y una lágrima se deslizó por su mejilla.

—Ten cuidado.

El escocés apretó los labios y caminó hacia el coche con paso decidido.

Capítulo 37

Lachlan cerró el carruaje y dio un par de golpes en el techo para que el cochero se pusiera en marcha.

—No tenía pensado que fuese esta noche, precisamente —dijo Aileen con una sonrisa satisfecha.

—Tu esposo está de viaje y quiero acabar con esto de una vez por todas.

—¡Qué ansioso! —Se rio.

Lachlan centró su atención en la ventanilla mientras se concentraba en mantener sus nervios bajo control.

—No me conformaré con cualquier cosa, ya te lo dije, espero que de verdad tengas intención de cumplir con tu parte…

—Te aseguro que me voy a esforzar al máximo —dijo mirándola fijamente—. No soy de los que hacen las cosas a medias.

—No puedes llegar conmigo, los criados… Solo confío en mi doncella, los demás podrían traicionarme si mi marido los interrogase. Dejaré la ventana de mi cuarto abierta para que puedas entrar.

—Tranquila, me bajaré de carruaje cuando falte poco para llegar.

Aileen sonrió satisfecha y visiblemente excitada.

—¿Quizá podrías adelantarme algo aquí mismo? —se insinuó al tiempo que bajaba su escote.

Lachlan se preguntó cómo era posible que una vez pensara que aquella mujer era hermosa. Pero sin dudarlo un momento la tomó entre sus brazos y la besó apasionadamente hasta nublarle la cabeza.

Kenneth llegó a la mansión Buchanan y se acercó sigiloso. Una vez en su posición silbó dos veces tal y como habían acordado y vio una vela que se movía en una ventana. Sonrió satisfecho avanzó hasta la pared de la casa. La mayor parte del servicio estaría durmiendo, tan solo un par permanecerían despiertos a la espera de que su ama regresara. Se agarró a la enredadera y buscó los salientes en la pared para escalarla, tal y como le había indicado la doncella. Estaba claro que no era el primero que utilizaba esa técnica para acceder al dormitorio de Aileen Buchanan, pero estaba casi seguro de que iba a ser el último.

La ventana estaba abierta y la vela seguía encendida sobre la mesilla, eso evitaría que tropezase con algo y se revelase su presencia antes de tiempo. Se escondió detrás del biombo colocado en un rincón y se dispuso a esperar el siguiente acto pacientemente.

Dos horas antes:

Brodie esperaba en su carruaje a que el reloj marcase las diez, tal y como habían acordado. En ese momento Ewan, que hacía de cochero, golpeó en el techo para avisar de que era la hora.

Subió las escaleras de la casa que los Buchanan tenían en Scone y llamó a la puerta insistentemente.

—¡Ya va, ya va! —gritó alguien al otro lado de la puerta—. ¿Quién…?

—¿Está el señor Buchanan en casa? —preguntó Brodie con urgencia.

—El señor está descansando, estas no son horas de…

—Tiene que despertarlo, su esposa ha sufrido un percance y se requiere su presencia. ¡Avísele inmediatamente! —dijo elevando la voz para que el propio Buchanan lo escuchara.

El criado dejó la puerta abierta para que Brodie entrase y se apresuró a hacer lo que le decía. Al McEntrie le pareció escuchar la voz de una mujer y torció una sonrisa traviesa.

—Vaya, vaya… Está claro que son tal para cual.

—¿Qué sucede? —preguntó Buchanan bajando las escaleras mientras se abrochaba la bata.

—No lo sé exactamente, solo me han dicho que venga a avisarlo porque su mujer ha sufrido un accidente grave.

—¿Grave? ¿Qué significa grave? ¿Usted no es un McEntrie? —Miró hacia la puerta como si esperase ver entrar a alguien más—. ¿Por qué lo han enviado a usted y no a un criado?

—A mí me han dicho que viniese a buscarlo y yo he venido —dijo Brodie dirigiéndose a la puerta—. Si a usted no le importa su mujer, no es asunto…

—¡Espere! Deje que me vista e iré con usted. —Miró a su criado antes de subir las escaleras —. Que enganchen mi caballo al carruaje del señor McEntrie. ¡Vamos, rápido!

—¿Y yo qué hago? —se oyó de nuevo la voz de la mujer.

—Vístete y lárgate.

Lachlan bajó del coche y Aileen siguió el viaje con el corazón latiéndole desbocado. Sus besos eran tal y como los recordaba, se llevó una mano al pecho y suspiró emocionada por la noche que le esperaba. Bajó del carruaje y entró en la casa enseguida, estaba ansiosa por hacer lo que él le había pedido. Quería que lo esperase desnuda sobre la cama y le concedería esa fantasía. Por fin había roto sus barreras y conseguido que confesase sus verdaderos deseos. Iba a ser suyo y después de esa noche no querría estar con ninguna otra, mucho menos con esa desgraciada que llevaba al hijo de otro en las entrañas. La muy zorra.

—Iona, tráeme una palangana con agua de rosas y déjala ahí detrás —señaló el biombo—, pero antes ayúdame a desvestirme. ¡Rápido!

La doncella hizo lo que le pedía, pero estaba muy torpe y tardaba más de lo normal.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Estás dormida o qué? Acaba con esos botones y ya me desnudo yo sola. Hay que ver lo torpe que eres. Vamos, ve a por el agua de rosas, que quiero lavarme bien.

La doncella salió del cuarto y Aileen terminó de desnudarse por completo. Pasaban diez minutos de las doce.

—Pero ¿qué hace esa estúpida que no trae el agua? —Se pasó la mano por la axila para olerla y después hizo lo mismo con su entrepierna. Arrugó la nariz, así no podía presentarse ante…

Miró a su alrededor y cogió un paño, lo mojó con la jarra que tenía sobre la mesilla y se lo pasó por las partes más conflictivas. Después cogió uno de sus perfumes y se roció con él por completo.

—Mucho mejor así. A Lachlan le encantaba este perfume. —Comenzó a tararear una cancioncilla y, después de asegurarse de que estaba la ventana abierta, se tumbó sobre la cama

para esperarlo en una pose que a ella le pareció de lo más seductora.

Cerró los ojos un momento sin dejar de canturrear y cuando volvió a abrirlos se encontró con la mirada divertida de Kenneth McEntrie, completamente desnudo delante de ella.

—¿Qué?

—Hola Aileen, antes de que pongas a gritar como una loca, piensa en las consecuencias de que tus criados me vean aquí, especialmente cuando el carruaje que trae a tu esposo está a punto de llegar.

—¿Qué? —repitió sin poder pensar con claridad.

—Tienes unos pocos minutos para decidir qué quieres hacer y te aseguro que de esa decisión dependerá que tu vida se convierta en un infierno o no. Mi hermano Brodie ha ido a buscar a Cameron a vuestra casa de Scone diciéndole que has sufrido un accidente grave. ¡Qué alegría se llevará cuando vea que su querida esposa está perfectamente bien!

—¿Qué pretendes?

—Las notas. Dámelas y me iré por donde he venido.

—Jamás.

Kenneth se encogió hombros y saltó sobre la cama cuan largo era tumbándose a su lado.

—Ven a mis brazos, amor mío —dijo extendiéndolos risueño—. Quizá hasta podamos divertirnos un rato antes de que… mueras.

Aileen se puso de pie rápidamente y recogió la ropa del suelo para volver a ponérsela.

—No seré yo quién te abroche todos esos botones —dijo él colocando las manos debajo de la cabeza—. ¿Ya tienes una explicación para esto? —Señaló su cuerpo desnudo—. Estoy seguro de que a tu marido le costará aceptar que «pasaba por aquí».

—Le diré la verdad y lo entenderá. Te has colado por mi ventana y has intentado…

El otro chasqueó la lengua varias veces e hizo algunos guiños.

—¿Qué?

—Pues que no es eso lo que dirá Iona cuando Cameron le pregunte.

Aileen detuvo sus manos.

—¿De qué hablas?

—Verás, tu doncella está bastante harta de servirte y mi hermano Caillen…, conoces a Caillen, ¿verdad? Es el que se encarga de los asuntos legales de la familia, ya lo sabes. Bien, pues él habló con ella el otro día.

—¿Habló con mi doncella?

—Así es. ¿Recuerdas que Fionna le dijo que tenía algo para ti?

Aileen empalideció. Ya le pareció raro que fuese para una tontería como lo de que iban a asistir al baile de los O'Sullivan, eso lo sabía ella sin necesidad de…

—En realidad fue una manera de atraerla para que Caillen pudiese decirle lo que le pasaría si no colaboraba con nosotros. Lo que ha estado haciendo todo este tiempo no ha estado nada bien, pero es que, además, su novio se ha metido en serios problemas con la justicia y podría fácilmente, acabar en prisión. —Sonrió exageradamente—. Caillen va a ayudarle, ¿sabes? Mi hermano es un santo.

—Sois retorcidos y unos desgraciados, pero no os servirá de nada. Mañana mismo haré públicas esas notas y destruiré a tu hermano. ¡Lo juro por Dios!

—El problema es que es probable que no llegues a mañana. Tu marido es conocido por su mal carácter y si hay algo que no soportan los Buchanan es el escarnio público. Que te encuentre

conmigo aquí en tu cama en estas condiciones y con Iona diciendo que tú me invitaste… No le veo buen final a esto, Aileen.

—Te matará.

Kenneth amplió su sonrisa y su expresión no dejaba lugar a dudas sobre lo que opinaba al respecto.

—¿Oyes esos caballos? Tic, tac, tic, tac…

Aileen temblaba de rabia y de miedo a partes iguales. Si su marido entraba en esa habitación estaba muerta o algo peor. Pero si le entregaba las notas a Kenneth perdería la única baza que tenía para conseguir a Lachlan. Las lágrimas cayeron de sus ojos sin que pudiera frenarlas.

—No es cierto —murmuró desesperada—. Es un burdo engaño.

—¿Por qué no te asomas y lo compruebas tú misma? Creo que ya ha llegado.

Aileen lo hizo y vio cómo su marido descendía del coche de los McEntrie acompañado por Brodie.

—Malditos McEntrie, malditos seáis todos… —Corrió hasta la hornacina que contenía una imagen de San Columba y sacó unas hojas de papel—. Toma, vete por Dios.

Kenneth cogió las hojas.

—Aquí hay tres —dijo torciendo una sonrisa—, pero no te preocupes, ya tenemos la que dejaste en la cajonera del salón.

Cogió su ropa de donde la había dejado y se puso el pantalón y los zapatos. Sabía que Dougal estaba abajo y entretendría a Buchanan hasta que escuchase la señal. Se acercó a ella y la agarró del pelo para hablarle al oído.

—No vuelvas a acercarte a nadie de mi familia o te juro que la próxima vez no te dejaré una

escapatoria, maldita zorra.

Tiró sus cosas por la ventana y bajó tal y como había subido. Una vez que estuvo en el carruaje, Ewan ululó como un búho para dar la señal de partida. Dougal y Brodie salieron de la casa y Cameron Buchanan subió las escaleras hacia su habitación. Cuando entró en el cuarto se encontró con su mujer que trataba de quitarse la ropa con dificultad.

—¿Puedes ayudarme? —pidió entre lágrimas—. Con el brazo así, no puedo y no sé dónde se ha metido Iona.

—¡Dios Santo! —exclamó su marido al apartar el paño con el que cubría la quemadura—. ¿Ya te ha visto un médico? Huele a carne quemada en esta habitación. Deberías abrir la ventana…

Al hacerlo vio que el carruaje de los McEntrie se ponía en marcha y alguien sacaba un brazo para saludar. Frunció el ceño, juraría que Brodie llevaba puesta una casaca azul, pero aquella manga era negra. Se encogió de hombros y respondió al saludo y dejó la ventana abierta.

—Qué olor tan desagradable —masculló al regresar con su esposa.

—Hombre de poca fe —dijo Kenneth abrochándose la chaqueta.

—Era un plan horrible —respondió Lachlan—. No sé cómo ha funcionado. Hay tantas cosas que podían haber salido mal.

—Lo peor ha sido Rowena, casi lo estropea todo. Si no llega a ser por Caillen…

—Me he perdido todo el espectáculo por tener que ir a buscar a Buchanan, que por cierto estaba muy bien acompañado por alguien que tenía la misma voz que la señora Cunningham.

—¿La mujer de Arthur Cunningham? —preguntó Lachlan.

—La misma.

—Hablad más alto que aquí fuera no se oye nada —pidió Ewan.

Los hermanos llegaron a casa riendo y armando escándalo y Elizabeth salió a recibirlos.

—Bajad la voz —pidió—. Cuanta menos gente sepa de vuestra aventura, mejor.

Dougal la cogió de la cintura y le plantó un intenso beso en la boca. Lachlan esperó a que su hermano se desfogase y cuando la soltó le preguntó por Enid.

—Se ha acostado pronto. No se sentía bien. No le he contado nada para que no se angustiara, pero ahora debes explicárselo todo porque hoy lo ha pasado realmente mal.

Lachlan echó a correr hacia las escaleras y las subió de tres en tres quitándose la chaqueta por el camino. Cuando entró en la habitación, la tiró en una silla. Enid estaba hecha un ovillo en la cama de lado hacia la ventana. Se tumbó a su lado y la abrazó obligándola a volverse hacia él. Tenía sus enormes ojos abiertos y estaban rojos de tanto llorar.

—¿No te dije que confiaras en mí?

Ella asintió.

—Mi tontita adorable, ya está todo solucionado.

Se sentó en la cama y lo miró expectante.

—¿Quieres que te lo cuente todo?

Asintió con la cabeza.

—¿No vas a volver a hablarme?

—Tengo miedo de ponerme a llorar si hablo.

Le acarició la mejilla con ternura.

—Me has hablado y no estás llorando.

—¿Me mentiste? —preguntó y sus labios comenzaron a temblar peligrosamente.

Lachlan frunció el ceño.

—¿De qué hablas?

—De la primera vez.

—¿Si te mentí en qué?

—En que era virgen.

El negó con la cabeza.

—No, amor mío, no te mentí.

—Entonces este niño…

—Es mío, por supuesto que es mío. —Se arrastró para estar más cerca de ella y le cogió la cara entre las manos—. Pero ¿sabes qué? No me importaría, aunque fuese de otro. Te quiero, Enid, y querría cualquier cosa que viniese de ti. Me has devuelto la fe en el amor, en la vida, en todo. Nada podrá estropear eso. —Sonrió—. Ni siquiera Aileen.

Enid vio los papeles que le mostraba y los cogió con expresión confusa.

—Son… las notas de… —Abrió la boca y lo miró asustada—. ¿Aileen tenía estas notas?

—Sí, y pretendía chantajearme con ellas.

—¿Chantajearte?

—Me obligaba a acostarme con ella.

—¿Acos…? ¡Será zorra! —exclamó furiosa.

Lachlan soltó una carcajada y la abrazó cayendo con ella sobre la cama.

—No se te habrá ocurrido hacerlo —lo amenazó con un dedo—. Lachlan McEntrie, como

hayas osado meter tu…, tu… «eso» en esa desgraciada te juro que…

—¿Mi «eso»? —Su risa arreció—. ¡Mi «eso»!

—¿Cómo quieres que la llame?

—¡Mi «eso»! —siguió riéndose.

—¡Suéltame!

—Jamás —dijo él mirándola con ojos llorosos de tanto reír.

—¿Lo has hecho? —preguntó asustada.

—Tranquila, mi «eso» no entrará en ninguna parte que no seas tú.

—¿Y cómo has conseguido que te las dé?

—Pues, verás, a Kenneth se le ocurrió que…

Capítulo 38



Elizabeth miraba a Fionna con expresión serena, aunque sin ocultar su decepción.

—Supongo que entiendes que no tienes excusa para hacer lo que hiciste, pero escucharé lo que tengas que decirme.

—Las cogí porque me dio miedo lo que podría pasarle a Glenna. Mi hermana es muy inocente y no se da cuenta de las consecuencias que pueden tener sus actos. —Se limpió una lágrima antes de que cayera—. Pensé guardarlas por si alguna vez su señora la inculpaba de algo, para demostrar que ella no tuvo la culpa de nada, que solo fue una mera mensajera.

—¿Y cómo acabaron esas notas en manos de la señora Buchanan?

Fionna se mordió el labio.

—Mi padre tiene muchos problemas de dinero, ya lo sabe, por eso aceptamos este trabajo. Iona me dijo que su señora sería muy generosa conmigo, si le contaba cosas. Al principio solo le decía adónde iba el señor Lachlan o lo que hacía. Pero se volvió más y más exigente y me amenazó con delatarme si no continuaba dándole información. Cuando el señor se casó se volvió… loca. Me asusté y le dije lo de las notas para que me dejase en paz. Yo no quería usarlas para eso, se lo juro, señora McEntrie, me gusta mucho trabajar para usted —sollozó—, ha sido

tan buena…

—No lo suficiente, al parecer —dijo con frialdad—. Podrías haber hablado conmigo y yo te habría ayudado, con lo de tu padre y con lo demás, pero preferiste traicionarme y, lo siento, pero no puedo perdonarte. No confiaría en ti y no puedo tener en mi casa una persona en la que no confío. Te daré la paga de un mes y te irás inmediatamente. Por desgracia, no puedo darte referencias, no podría dar la cara por alguien capaz de una traición semejante. Aun así, no te deseo ningún mal, ojalá hayas aprendido la lección y esto te sirva para ser mejor persona. Puedes retirarte.

Fionna se marchó llorando desconsolada. Elizabeth cubrió su rostro con las manos y lloró también.

Cuando Dougal entró y la vio llorando, corrió a abrazarla.

—Amor mío, no llores, tú no has hecho nada malo. La trataste muy bien, no es culpa tuya.

—Le tenía aprecio, Dougal, no puedo creerme que me traicionase de este modo.

—Las personas y sus circunstancias, cariño. —Le cogió la cara entre las manos y la miró a los ojos—. Esto le servirá de lección. No volverá a hacer nada parecido.

—¿Tú crees?

—Si merece la pena, sí. Cuando era pirata me crucé con hombres que habían sido maltratados y despreciados, ninguna de esas experiencias sacó nada bueno de ellos. Pero *Bluejacket* los trató con respeto y lealtad y aprendieron que había otra manera de hacer las cosas.

—¿Qué tiene eso que ver?

Dougal sonrió.

—¿Crees que no hubo nadie que nos traicionase? Lo hubo, y no una vez, varias, pero ellos ya

no eran las mismas personas que habíamos rescatado, aquellas personas no tenían nada que perder. En cambio, cuando los dejábamos en tierra, cuando los expulsábamos de nuestro barco, perdían amistad, respeto, compañerismo… A muchos de ellos los vimos después siendo personas honradas y decentes. Una vez que pruebas eso no puedes renunciar a ello fácilmente.

—¿Ninguno se torció?

—¡Oh, sí! Ya lo creo, pero espero que Fionna haya aprendido la lección.

Elizabeth se secó las lágrimas.

—Estoy un poco más sensible de lo normal —dijo bajando la mirada.

—Amor mío. —La acarició con ternura.

Lo miró a los ojos con el corazón latiendo desbocado.

—Tengo algo que decirte, Dougal, pero quiero que conserves la calma, no te vuelvas loco, lo hablaremos sosegadamente y…

—¿Quieres asustarme, mujer? —preguntó ansioso—. Di lo que sea de una vez.

—Estoy embarazada.

Capítulo 39



—Se acabó lo de cabalgar —dijo Lachlan sin soltarla de la mano—. A partir de ahora solo pasearemos así, de la mano. Y nada de ir por ahí sola, no se te ocurra alejarte del castillo sin que yo esté cerca. Y nada de bajar a la playa. Ni te acerques a los acantilados. Ah, y tampoco puedes…

—¿Respirar me dejas? —preguntó malhumorada.

Se detuvo para cogerla en brazos y por más que ella protestó, no consiguió inmutarlo.

—Así te voy a llevar a todas partes.

—Cuando esté gorda como una yegua, ya lo veremos.

—Para eso falta mucho.

—Deberías haber dicho que nunca estaré gorda.

—Pero es que sí lo estarás.

—Eres un marido horrible.

—Pero me quieres.

—Muy a mi pesar.

Apoyó la cabeza en su hombro y Lachlan siguió caminando como si ella pesara menos que

una pluma.

—Va a llover —advirtió ella y al ver que no decía nada, lo miró interrogadora—. ¿En qué piensas?

—Le he preguntado a padre si podemos…

Enid abrió los ojos asustada.

—¿Si podemos…? ¡Ay, Lachlan! Dime que no has hablado de nuestra intimidad con tu padre.

—Ha tenido tres esposas, sabe bien de qué va el asunto. ¿A quién querías que le preguntase?

—A nadie.

—¿Y cómo saber entonces si es peligroso?

—Las mujeres han tenido niños desde que el mundo es mundo.

—Cierto.

—Y sus maridos no han tenido que preguntarle a nadie lo que hacer.

—Cierto también. Ahora me siento estúpido.

—¿Qué te ha dicho?

Él sonrió travieso.

—¿Te interesa?

—Algo —dijo escurridiza.

—Que no hay problema si no te resulta incómodo.

—Ahora mismo no me resulta incómodo en absoluto.

—Lo sé.

Volvió a apoyar la cabeza en su hombro.

—Anoche no quisiste…

Él la miró con tanto amor que lo sintió como una caricia.

—Aún no había hablado con él.

—Te eché de menos.

—¿Te refieres a que echaste de menos mi «eso»?

—¿Quieres morir, McEntrie?

—Si es en tus manos, sí. —La bajó al suelo y siguieron caminando hasta la ermita de San Columba.

—Nos vamos a mojar —recordó ella.

—Tendremos dónde resguardarnos. Ven. —Tiró de ella para entrar en las ruinas.

Enid se sintió abrumada por lo mucho que había cambiado su vida desde la primera vez que estuvo allí.

—¿Por qué hemos venido aquí?

—Quiero hacer una promesa al santo.

Enid lo siguió y entraron. Allí estaba aquel olor a piedra y madera, a tiempo y silencio. Caminó de su mano sobre el suelo irregular y observó los muros a medio derruir, la bóveda quebrada…

Lachlan se arrodilló frente al lugar en el que un día hubo un altar y unió las manos con devoción mientras miraba hacia dentro.

—No tengo mucha práctica en esto —empezó—, pero si me estás escuchando quiero darte la gracias por este templo. En realidad estas ruinas, porque de templo ya queda poco. Aun así, ha cumplido su función, porque trajo hasta aquí al amor de mi vida. La primera vez que vino no lo

hizo conmigo, pero vamos a obviar ese detallito que a nadie le importa.

Enid sonreía detrás de él y no supo si darle un cachete en la espalda o tirarse sobre él para comérselo a besos.

—En fin, que muchas gracias, San Columba, por este templo y espero que aguante mucho tiempo en pie para poder traer a mis hijos y contarles la historia de la enemistad de los McEntrie y los MacDonald, que se forjó entre estos muros derruidos. Amén.

Se puso de pie y se giró a mirarla.

—¿Qué?

—¿Piensas mentirles a nuestros hijos?

—No es mentir —dijo haciendo un guiño—. No exactamente.

—Es mentir y no voy a consentirlo.

—Enid… —La cogió de la cintura—. Tienen que conocer su historia. No querrás que los lleve a las tierras de los Sinclair, esta ermita está en nuestras tierras, es mucho más adecuado.

—Lachlan… —le rodeó el cuello con los brazos.

—Dime.

—Te quiero.

La besó con permiso del santo.

Epílogo

—No quiero —dijo remolona—, déjame dormir un poco más.

Lachlan la acariciaba con suavidad dibujando trazos circulares en su abdomen apenas abultado.

—Buenos días, pequeño McEntrie, ¿cómo va por ahí dentro?

—Deja de hablar con mi barriga —ordenó ella y se tapó la cara con la almohada.

—No hagas eso, tienes que respirar bien.

—Ya respiró bien, pero me molesta la luz.

—Está bien, quédate durmiendo —dijo él haciendo el gesto de levantarse.

Enid tiró de él obligándolo a tumbarse de nuevo.

—¿Qué pasó anoche? —preguntó enfurruñada.

—Estabas muy cansada.

—Excusas. ¿No será que ya te has cansado de mí?

Su marido sonrió con mirada traviesa.

—Sabes que me encanta por la mañana —dijo y cubrió uno de sus pechos con la mano—. Están más grandes.

—¿Lo ves? —Se miró con cara de susto—. Estoy gorda.

—No digas tonterías —comenzó a besarla una y otra vez recorriendo sus pechos—. Eres

preciosa.

—Y gorda.

Él se apartó y la miró muy serio.

—Señora McEntrie, no vuelva a criticarse o tendré que tomar cartas en el asunto.

—Gorda, gorda, gorda…

Le cubrió la enmudeció con su boca mientras su mano bajaba rauda y veloz por su vientre para perderse entre sus pliegues. Su esposa gimió restregándose contra aquella perversa mano. Lejos quedaron los días en los que se turbaba ante un ataque frontal. Lo empujó para tumbarlo y montó sobre él cual amazona.

—Ya que no me dejas cabalgar sobre Ciaran, lo haré sobre ti.

Ahora fue Lachlan el que gimió arrastrando el sonido como si le fuera la vida en ello. Enid se movía como una experta, ya eran muchas las prácticas y no quedaba nada de la inocente neófita del principio.

—Eres insaciable —dijo él riendo.

—¿Te desagrada? —Se detuvo inmediatamente y lo hizo salir de un tirón.

—¡Eh! —dijo él tumbándola para cambiar el dominio—. De eso nada, ahora acabas lo que has empezado.

—¿Y si no quiero? —dijo provocándolo.

Lachlan sonrió y pellizcó uno de sus pezones sin miramientos.

—Sabes que puedo hacer que me supliques —dijo perverso.

—Lo mismo digo. —Arqueó las caderas para enfundárselo.

—Dejémonos de juegos, ¿te parece? —Comenzó a moverse profundo y constante mientras

fuera empezaba a llover.

—Emma vendrá también —anunció Elizabeth después de mencionar la carta de su sobrina que había recibido el día anterior—. Van a ser unas Navidades muy especiales con los duques, Emma, Edward y el pequeño Robert aquí.

Dougal la miró consciente de lo feliz que eso la hacía.

—Siento que Harriet y Joseph no puedan venir también —dijo acariciándole el rostro—. Sé que te habría hecho ilusión.

—Vendrán cuando nazca la criatura —afirmó el escocés.

—Papá, ¿qué pasa? —preguntó Lachlan viendo la palidez en el rostro de Craig.

Sostenía la nota que le había entregado Ian hacia un momento, con manos temblorosas. Todos esperaron conscientes de que algo grave ocurría.

—Nathaniel ha muerto —dijo con evidente emoción.

Caillen se puso de pie inmediatamente y su padre le hizo un gesto para que volviese a sentarse.

—Termina de desayunar, hijo.

—Tengo que… —Su voz se quebró y volvió a sentarse, aunque no fue capaz de probar bocado.

Llevaba días esperando esa noticia, pero no por eso le dolía menos. Apreciaba muchísimo a ese hombre que había confiado y había compartido con él sus más íntimos secretos. Ahora tendría que ocuparse de cumplir con su última voluntad y no iba a ser fácil. Su heredera no había

querido establecer una relación con su tío, por más que le había escrito una y otra carta solicitándoselo. Y aun así, toda la fortuna de los Forrester iba a ser suya. Sintió una profunda tristeza por su amigo. Merecía al menos haber escuchado una palabra de agradecimiento.

—Tuvo la vida que quiso —dijo Craig como si leyera sus pensamientos—. No debemos lamentarnos por él, sino por nosotros que ya no podremos volver a gozar de su compañía y sus consejos.

Pero Caillen sabía que eso no era exactamente así. Nathaniel no había tenido la vida que habría querido, al menos no lo sintió así al final de su vida. A su mente volvió su última conversación, solo dos días antes, cuando lo había visitado por última vez.

—Es triste mirar hacia atrás y ver los errores que has cometido sabiendo que te equivocabas.

Nathaniel estaba sentado en su vieja butaca, esa en la que había charlado mil veces con él, después de tratar algún asunto legal o económico referente a su patrimonio.

—Debí haber enfrentado a mi padre. No haber dejado que mi hermano se marchara como lo hizo, lleno de rencor y odio. Entonces creía que el apellido lo es todo, que la autoridad es inquebrantable y que el destino lo pone todo en su lugar. Ahora sé que no eran más que pamplinas.

En ese momento le había dado un ataque de tos y tardó un buen rato en poder volver a hablar.

—No dejes que ningún problema te enemiste con tus hermanos, Caillen. Arregla las cosas con Kenneth o quizá te veas como yo, viejo, cansado y solo, al final de tu vida.

—Descansa en paz, amigo —dijo con un profundo sentimiento.

—Descanse en paz —se unieron todos los demás.

Nota de la autora.



¡Hola!

Os escribo mientras escucho a Kelly Clarkson cantando Stronger, así que he tenido que parar un momento para bailar, porque es imposible escuchar esta canción con los pies quietos. Probad y me contáis.

Menudo *highlander* es Lachlan, ¿no os parece? Un hombre de los pies a la cabeza y con un corazón de oro. Enid ha tenido mucha suerte para lo que le podía haber pasado, ¿no creéis?

Imagino que estaréis deseando saber qué va a pasar con Kenneth, pero este McEntrie ya habéis visto que es muy reacio al amor, así que tendremos que esperar para verlo enamorado. Antes sucumbirá algún otro… Bueno, mejor me callo que no quiero daros pistas.

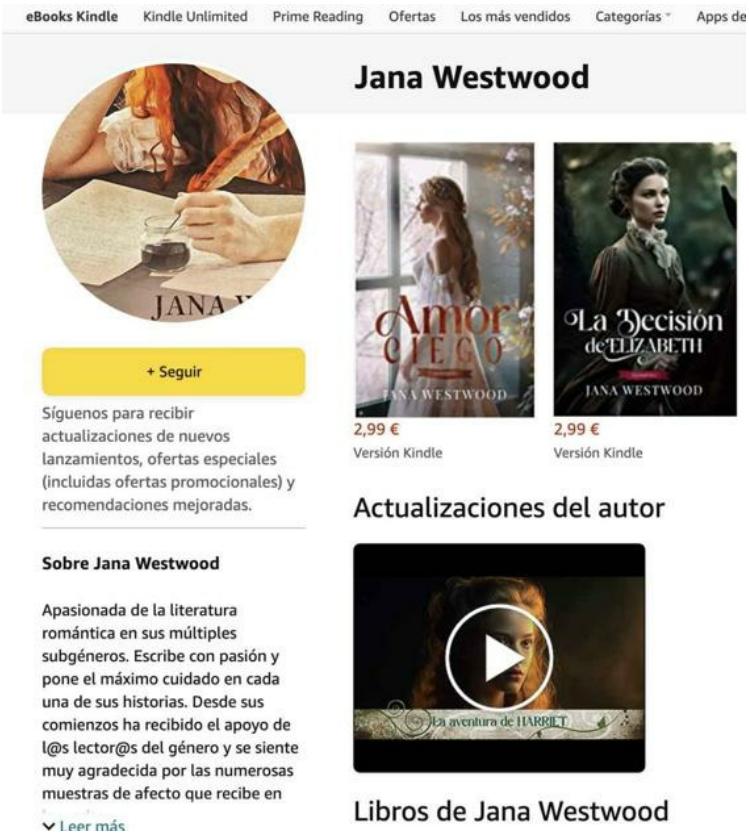
¡Elizabeth embarazada! Y Emma va a ir a verla, por supuesto, ¿alguien lo dudaba? Las Wharton no desaparecerán del todo ya lo sabéis, las iremos viendo en los diferentes libros y en momentos importantes. Estoy muy contenta por Elizabeth, va a ser una madre maravillosa. ¿Y Dougal? ¡Madre mía! Habrá que verlo sosteniendo una cosita tan pequeña como un bebé, con esas manos que tiene…

En fin, no quiero decir nada más que al final os cuento todo lo que está por venir, que es muchísimo. Espero que queráis seguir conmigo esta nueva aventura. Me siento muy bien acompañada por todas vosotras.

Seguidme en mi página de autora de Amazon si queréis que os avisen directamente de

mis novedades.

Amazon: https://www.amazon.es/Jana-Westwood/e/B01NCPV4ZB



Y no os olvidéis de dejar vuestra valoración, impresiones. El cariño es mutuo.

También podéis seguirme en las redes para que estemos en contacto.

Facebook: https://www.facebook.com/WestwoodJana

Instagram: https://www.instagram.com/janawestwood_oficial/

Twitter: https://twitter.com/JanaWestwood

Tik Tok: https://tiktok.com/@janawestwood

Y aquí tenéis mi mail: janawestwood92@gmail.com

Pues esto es todo, nos veremos pronto. Intentaré tener la siguiente en Octubre. Daré la fecha en mis redes.

Besos, Jana.